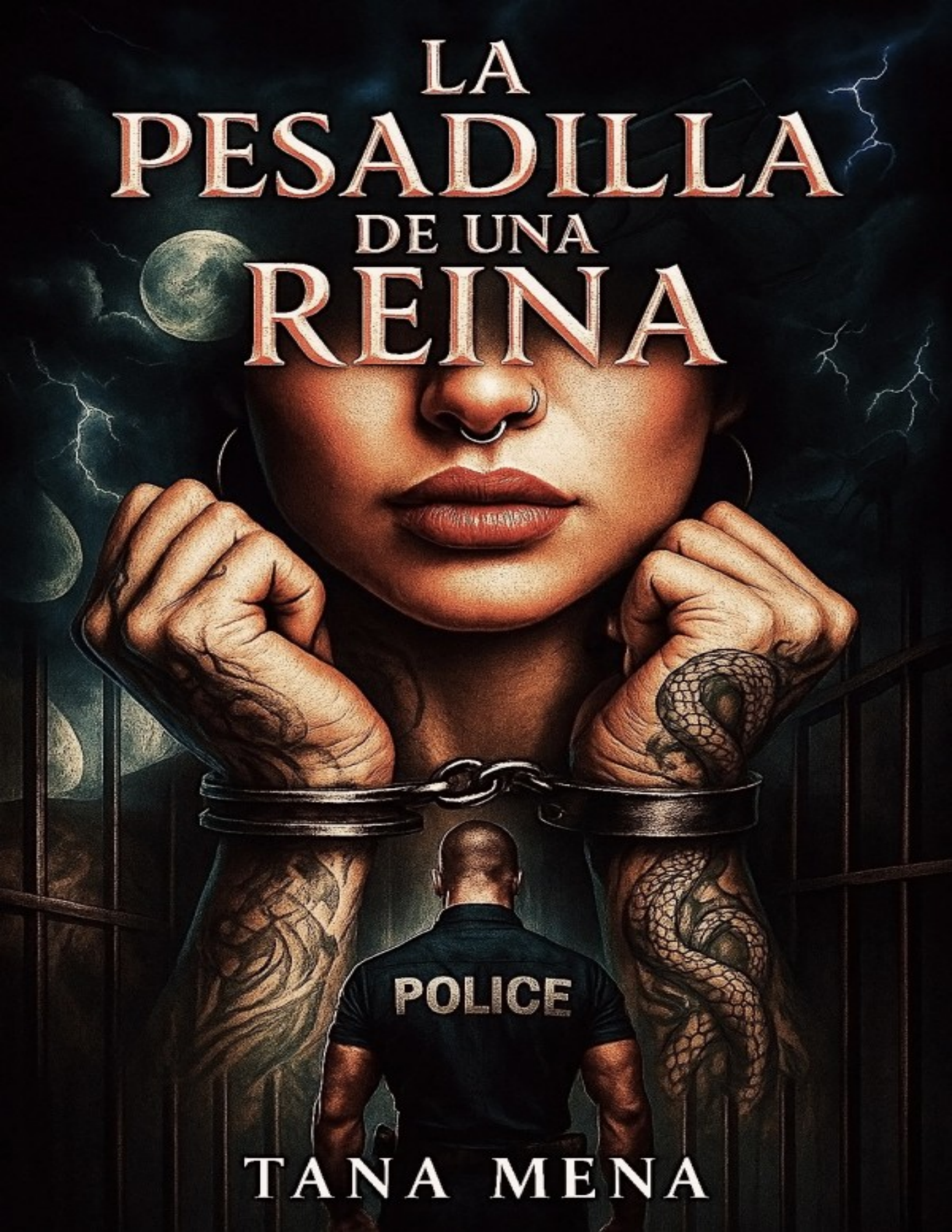

LA
PESADILLA
DE UNA
REINA
POLICE
TANA MENA

LA PESADILLA DE UNA REINA

Tana Mena

ÍNDICE

Dedicatoria

Advertencias

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

A las mujeres que no se dejan
dominar por nadie, ni siquiera
cuando amar las vuelve vulnerables.

Esta no es una historia dulce. Este libro es oscuro, intenso y perturbador. Está dirigido exclusivamente a lectores adultos (+18).

Contiene:

- **Violencia explícita**
- **Escenas sexuales explícitas**
- **Tortura física y psicológica**
- **Abuso de poder**
- **Lenguaje ofensivo**
- **Comportamientos moralmente cuestionables**
- **Relaciones prohibidas y conflictivas**

Todo lo narrado en este libro es ficción. Cualquier referencia a gobiernos, mafias, linajes, organizaciones, sistemas de poder o hechos históricos ha sido inventada con fines narrativos y no guarda relación con la realidad.

Esta historia NO pretende romantizar ni justificar la violencia, el abuso ni las relaciones de poder desiguales. Los personajes toman decisiones equivocadas, crueles y, en muchos casos, imperdonables. El dolor, la obsesión y el deseo se muestran como lo que son: fuerzas destructivas.

Si buscas moralidad, personajes ejemplares o finales justos, este libro no es para ti. Aquí no hay inocencia. No hay seguridad. No hay promesas de salvación.

Nada de lo que sucede en estas páginas debería ocurrir en la vida real... Si decides continuar, lo haces bajo tu propia responsabilidad.

Me llamo Reinetta Romano Rodríguez. Pero todos me llaman Reina. Y no es un apodo. Es una advertencia. Nací en la cuna del pecado y la redención. Soy hija del capo más temido de Italia y de la mujer que se atrevió a amarlo.

Me criaron entre armas, silencios, códigos y lealtades que se escriben con sangre. Me entrenaron para mandar, para sobrevivir… para vengar. Pero nada me preparó para esto: el día que cumplí dieciocho años, alguien me tendió una trampa. Una traición calculada.

Un nombre resuena en mi cabeza una y otra vez… los Moretti. Puede que fueran ellos. O puede que no. En este mundo, la verdad siempre tiene más de una cara.

Ahora estoy encerrada en una de las cárceles más peligrosas del país. Una prisión de hombres. Un lugar donde el poder se mide en miradas, silencios y violencia contenida. Algunos me subestiman. Otros me desafían. Y más de uno espera verme caer.

Excepto él. Adam. Un policía que me odia desde el primer segundo. Que me habla con desprecio. Que me trata como si yo fuera su castigo. Y aun así… no puede dejar de mirarme. Como si supiera que, tarde o temprano, vamos a destruirnos. Nos odiamos. Nos provocamos. Nos desafiamos. Y mientras la guerra afuera sigue esperando por mí, yo me consumo aquí dentro… entre el odio, el deseo y un amor que nunca debió existir.

Mi historia apenas comienza. Y esta vez… no habrá perdón.

PRÓLOGO

Corría.

Pasillo tras pasillo, esquivando sombras, esquivando manos que parecían salir de las paredes para sujetarme. El túnel olía a humedad vieja, a sudor, a sangre, a miedo acumulado durante años.

El mundo se estrechó. Y entonces...

Clac. Clac. Clac.

Tacones.

No deberían sonar aquí, pero cada vez estaban más cerca.

Me giré, desorientada. Un destello de luz parpadeó. No había tiempo. No había salida.

Las piernas me fallaron y caí al suelo con un golpe seco. El aire se me escapó del pecho. Intenté incorporarme, pero no tenía fuerzas. Me quedé ahí, jadeando, con la frente apoyada contra el suelo helado.

Los disparos ya no sonaban. Solo los pasos.

Clac... clac... clac...

Intenté arrastrarme. Apenas avancé unos centímetros. El cuerpo ya no me respondía. Todo me daba vueltas. La vista se me nubló.

Entonces el disparo llegó sin aviso.

Un golpe seco.

El dolor me atravesó el costado como fuego líquido, arrancándome el aire. Sentí la sangre brotar caliente, empapándome la ropa.

El sabor a óxido me llenó la boca.

Clac... Clac... Clac...

Los pasos se detuvieron justo detrás de mí.

Otro disparo sonó, pero esta vez no fue dirigido a mí. Levanté la vista, temblando. Y lo vi.

—Adam... —susurré, sin voz, sin fuerzas.

Sus botas resonaron sobre el suelo manchado de sangre. El uniforme impecable. El arma aún humeante en su mano.

CAPÍTULO 1

Ocho meses antes

REINA

Desperté de golpe. La luz gris del amanecer entraba a ráfagas por la ventanilla, obligándome a cerrar los ojos.

El motor ronroneaba bajo mis pies, y un olor a cuero viejo y desinfectante me llenó la nariz.

Parpadeé, confundida.

Estaba en el asiento trasero de un coche de policía. La respiración me salió entrecortada. Intenté mover las manos y un frío metálico me mordió las muñecas.

Esposas.

Bajé la mirada. Mis tobillos también estaban sujetos, unidos por una cadena corta que no me dejaba hacer nada más que un movimiento torpe.

—¿Qué...? —susurré, pero mi garganta sonaba como papel rasgado.

Apreté los dientes. El instinto me llevó a buscar la pistola en el muslo derecho, pero mis dedos chocaron contra la tela suave del vestido. Vacío. Nada.

Un vestido azul. El mismo de anoche. El escote apretaba mi pecho con descaro, y los tacones negros todavía colgaban de mis pies.

La memoria era un borrón. Pedazos de imágenes: luces rojas parpadeando, risas, un vaso frío entre mis dedos, unos tacones rojos con estampado de cocodrilo, una sombra acercándose demasiado... y después, nada.

No. No podía haber perdido el control. Yo no perdía el control.

Me eché hacia atrás en el asiento, sintiendo cómo el cuero helado me calaba a través de la tela. El coche estaba en movimiento, pero no podía ver quién conducía. Solo el reflejo distorsionado de un uniforme azul marino en el retrovisor.

Mis dedos se cerraron en puños. Tenía que pensar. Tenía que recordar. Porque si estaba aquí... era por algo grave. Muy grave.

Me obligué a cerrar los ojos. A respirar hondo. A buscar entre la niebla de mi cabeza algo que tuviera sentido.

La última noche que recordaba... era mi fiesta. Mi cumpleaños número dieciocho. Llevaba tres días celebrándolo, como correspondía a una Romano. La música, las luces, las copas... todo a lo grande.

La casa que habíamos alquilado para la ocasión parecía más un palacio que un simple lugar para emborracharse. Y, aun así, las palabras de mi padre seguían sonando como una advertencia en la parte trasera de mi mente:

"Ten cuidado, Reina. Tenemos muchos enemigos acechando. En cualquier momento pueden darnos un susto."

Yo me había reído. Siempre me reía. Porque no me gustaba que él creyera que podía meterme miedo con su tono de capo. Pero ahora... ahora su voz sonaba distinta.

Recuerdo que estuve con Andoni. Mi Andoni. El único que conseguía que bajara la guardia... Me abrazaba, me besaba el cuello y luego me follaba; mientras la música vibraba en las paredes, y yo juraría que no me había separado de él en toda la noche.

No bebí. No lo necesito para divertirme. Tampoco me drogue; nunca lo he hecho. Así que no había razón para que todo estuviera tan borroso, pero la verdad era otra: había un hueco en mi memoria. Un hueco frío, silencioso, como si alguien hubiera arrancado horas enteras de mi vida y las hubiera tirado al fuego. Y yo... yo necesitaba saber qué cojones había pasado.

—¿Dónde vamos? —pregunté al fin, rompiendo el silencio asfixiante.

El policía no respondió de inmediato. Seguía mirando al frente con las manos firmes en el volante, como si yo no existiera.

—¿Por qué estoy esposada? —insistí, arrastrando cada palabra con rabia contenida.

Esta vez sí habló, sin mirarme.

—Te llevo a *La Fortezza di Sangue*.

El nombre me golpeó como un puñetazo. La prisión más peligrosa de toda Italia. Un infierno de muros altos y almas podridas, donde hasta los carceleros temen cerrar los ojos.

—No... —negué, el corazón acelerándose— No puede ser. Se han confundido.

—Yo creo que no.

—Soy Reinetta Romano —espeté, inclinándome hacia adelante, dejando que mi voz se llenara de veneno—. Y si mi padre se entera de esto... no va a quedar nada de ti, ni de esta patrulla.

El policía no contestó. Tragó saliva, como si se acabase de dar cuenta de la mierda en la que se estaba metiendo. Ese hombre me tenía miedo, no era ninguna novedad. Podría hacerle papilla si quisiese.

Pensé en seguir insistiendo, pero no valdría la pena, el policía no parecía saber nada. Así que me limité a seguir mirando por la ventanilla, pero no vi nada. No importaba cuántos paisajes pasaran, mi cabeza estaba atrapada en la misma pregunta: *¿cómo coño he llegado aquí?*

No recuerdo salir de la fiesta. No recuerdo subirme a este coche. Y si algo me han enseñado en mi casa, es que no se sobrevive siendo ingenua.

No me han criado para rendirme. Soy fuerte. Soy la sucesora de Alessio Romano. Y aunque nunca he llevado las riendas de sus negocios, he visto de cerca lo que significa su apellido.

La policía no se mete con nosotros. No se atreve. Por eso todo esto me apesta.

¿Y si es un plan de los Moretti?

Los muy bastardos llevan años intentando encontrar una grieta en nuestra familia. Y si no podían tocar a mi padre, tal vez pensaron que podían tocarme a mí.

—¿De qué se me acusa? —pregunté, con voz tensa, rompiendo mi silencio calculado.

El policía contestó con la voz baja, sin apartar la vista de la carretera.

—Tres homicidios en primer grado.

No respondí.

Por dentro, mis pensamientos corrían como cuchillas afiladas. Sí, me habían entrenado para matar. Para reaccionar rápido. Para que, si alguna vez era necesario, pudiera defenderme sin pestañear. Pero nunca había matado a nadie en vano. Jamás. Siempre lo había hecho en defensa propia o de mi familia.

Por eso lo entendí de golpe: esto no era un arresto. Era una trampa. Y alguien me quería en esa cárcel de mala muerte.

•••

Dos horas después el coche abandonó la autopista y tomó una carretera estrecha, flanqueada por campos secos y árboles retorcidos.

El cielo parecía más gris allí, como si incluso las nubes quisieran mantenerse lejos de ese lugar. Y entonces la vi. *La Fortezza di Sangue*: un monstruo de piedra y acero levantado en medio de la nada. Muros tan altos que tapaban el horizonte, coronados de alambre de espino. Garitas en cada esquina, como ojos fríos vigilando cada movimiento. El aire alrededor olía a óxido y a condena. Era peor de lo que imaginaba. Mucho peor.

El coche se detuvo con un frenazo seco frente a la puerta principal.

Antes de que pudiera procesar nada, la puerta trasera se abrió de golpe y unas manos toscas me agarraron del brazo, tirándome hacia afuera.

—¡Ah! —gemí al notar un dolor agudo en el tobillo. Me habían doblado el pie con la fuerza de aquel tirón.

—*¡Stronzo!* —escupí en italiano, mirándolo con todo el veneno que pude reunir.

Levanté la cabeza, dispuesta a seguir soltando insultos, pero tuve que alzar la barbilla mucho más de lo normal; incluso con mis tacones, él me sacaba más de dos cabezas.

El uniforme le quedaba impecable. Alto, ancho de hombros, la mandíbula marcada. El tipo de hombre que haría suspirar a cualquiera... pero a mí no me impresionó.

Se detuvo a un paso de mí. No me habló, no me sonrió, solo me observó con una expresión de fastidio absoluto, como si mi mera presencia fuera una molestia.

—Apártate —escupí, sin moverme.

Sus cejas apenas se alzaron, y sin decir palabra, me agarró por las esposas.

Sus dedos se cerraron alrededor del metal con tanta fuerza que sentí cómo se me helaba la piel. Tiró de mí bruscamente hacia delante, obligándome a dar un paso en falso.

Me empujó en dirección a la verja, sin suavidad, sin cuidado. El tirón me arrancó un chasquido de la mandíbula al apretar los dientes.

—No me vuelvas a insultar —dijo, su voz era grave y seca, cargada de amenaza—. Porque si lo haces, te aseguro que vas a sufrir las consecuencias.

No apartó la mirada ni un segundo. Fría. Vacía. Como si ya me hubiera juzgado y condenado sin necesidad de un juicio.

—¿Sabes acaso quién soy yo?¿A quién acabas de amenazar? —solté, clavándole la mirada con todo el veneno que pude reunir.

Él no se detuvo. Siguió empujándome hacia delante con las esposas tirantes, como si mis palabras fueran ruido de fondo.

—No me importa quién seas —respondió al fin, sin siquiera mirarme —. Aquí dentro, tu nombre no vale nada.

—Soy Reinetta Romano —insistí, alzando la voz—. Mi padre es...

—Un hombre al que no voy a temer —me cortó, seco, casi con desprecio.

Aquello me encendió la sangre.

—Te convendría tenerle miedo —espeté—. Y a mí también.

Se detuvo. Giró apenas la cabeza y me miró de lado, con una frialdad que me heló la piel.

—A ti —dijo, pronunciando cada sílaba con calma—, menos que a nadie.

No era solo lo que dijo, sino cómo lo dijo. No había rabia ni gritos, solo una certeza tan firme que me atravesó como un cuchillo.

Quise contestarle, mostrarle que no me iba a doblegar. Pero antes de que pudiera abrir la boca, su mano se cerró con fuerza sobre mi brazo.

—Cierra la boca —me ordenó, con un tono que no admitía réplica—. Aquí mando yo. Y no quiero que vuelvas a abrir la boca, ni siquiera para respirar.

Sentí el hielo de sus palabras calándome hasta los huesos. Quise odiarlo aún más, pero algo en esa amenaza me paralizó.

Di un paso, pero un dolor agudo me recorrió el tobillo, obligándome a cojear.

—No puedo caminar —le advertí, con la voz tensa—. Me duele mucho el tobillo.

Él me miró con desprecio, como si estuviera fingiendo.

—Deja de hacer teatros —gruñó—. Vamos.

Antes de que pudiera decir algo, sus manos se cerraron aún más fuerte alrededor de mis muñecas. El frío del metal de las esposas mordía mi piel mientras me arrastraba sin piedad hacia adelante.

Cada paso que daba era un suplicio, pero no tenía otra opción. Sus dedos me apretaban como si quisiera marcarme, recordarme que aquí no había lugar para mis caprichos ni debilidades.

—No me importa si te duele —sentenció con voz dura—. Aquí se hace lo que yo diga.

Me obligó a seguir arrastrándome por ese corredor que parecía tragarnos en su oscuridad, y yo sentí cómo la rabia y el miedo se mezclaban en mi pecho, hirviendo al mismo ritmo que mi tobillo palpitante.

No podía más. El dolor en el tobillo era insoportable y mis fuerzas flaquearon. Tropecé y caí de rodillas al suelo frío y duro.

—*¡Figlio di puttana maledetto!* —gruñí, sin esconder mi odio.

Él se inclinó sobre mí con una sombra oscura en la mirada.

—Vuelve a insultarme, niña, y te mato —susurró, con una voz tan baja que helaba la sangre.

Sentí cómo el desprecio y el odio que me dirigía me quemaban más que el dolor físico.

—Levántate —ordenó con voz firme y, sin previo aviso, tiró de mi pelo con tanta fuerza que me hizo jadear.

—¿Me has entendido? —añadió con dureza, sus ojos clavados en los míos como un aviso letal.

Intenté ponerme en pie, pero las esposas en mis manos y pies me lo impedían. Cada vez que lo intentaba, mi cuerpo traicionero tropezaba, me tambaleaba, y volvía a caer.

—Vamos, joder —gruñó con impaciencia.

Mis manos ardían bajo el frío metal y mi tobillo gritaba de dolor, pero a él no parecía importarle. Solo esperaba que me levantará.

El peso de la derrota y la rabia me aplastaban, mientras la realidad me golpeaba con toda su fuerza: no era la Reina aquí. Aquí no mandaba yo. Y aquel hombre... él era mi carcelero y mi verdugo.

—No puedo —murmuré, respirando con dificultad, el mundo dando vueltas—. Las esposas...

Su mandíbula se tensó y la ira se hizo más visible en su rostro. Sin decir una palabra, volvió a agarrar mis muñecas con un agarre implacable, dispuesto a arrastrarme, sin importar cuánto doliera.

Yo seguía en el suelo, el dolor en el tobillo me doblaba y las esposas en los pies me mantenían atrapada, humillada.

Bajé la cabeza, apartando todo el orgullo que me quedaba, y con la voz quebrada por el cansancio, le supliqué:

—Por favor... quítame las esposas de los pies. No puedo caminar.

Lo miré, esperando que me ignorara, o peor, que se burlara. Pero para mi sorpresa, después de una pausa que pareció eterna, se agachó frente a mí.

Sus ojos se clavaron en mis tacones antes de posar la mirada en mí.

—Con esos tacones normal que no puedas caminar.

—Probablemente cuesten más que todo lo que vas a ganar en tu miserable vida, agente.

Él me miró con una mezcla de asco y odio contenido. Su mano firme rodeó mis tobillos esposados, y con un movimiento preciso y frío me liberó del tormento metálico.

Sentí un escalofrío incómodo cuando su piel rozó la mía. Ni miedo ni deseo, solo una sensación extraña, como si esa fricción encendiera una tensión invisible entre los dos.

Sin apartar la mirada, me ordenó:

—Levántate. Y deja de hacer el ridículo.

Me levanté despacio, con los tacones colgando de una mano y el tobillo todavía ardiendo.

El césped, áspero y húmedo, se pegaba a la planta de mis pies descalzos a cada paso. El agente tiraba de mis muñecas esposadas como si fuera una marioneta rota, obligándome a seguir su ritmo.

Atravesamos el portón y el mundo se abrió frente a mí.

Cuatro edificios se alzaban en un cuadrado perfecto, de ladrillo gris y ventanas estrechas como heridas. Cada uno estaba marcado con un número pintado a brochazos rojos. En el centro, un patio de hierba maltratada y barro, donde unas pocas figuras nos miraban desde lejos. A la derecha, una torre de vigilancia se recortaba contra el cielo nublado. Desde allí, un hombre con un rifle apoyado en el pecho nos seguía con la mirada. Sentí su vista en mi nuca, pesada, inquisitiva.

El aire olía a humedad, óxido y sudor viejo. Cada sonido —el portazo de una reja, el silbido del viento, el murmullo lejano de voces masculinas— se colaba bajo mi piel como una amenaza silenciosa.

El agente no redujo el paso. Cada tirón de las esposas me cortaba un poco más la circulación, pero él no parecía notarlo. O no le importaba.

Yo no aparté la vista de nada. Conté puertas, memoricé ventanas, grabé cada centímetro de ese patio en mi cabeza. Porque si algo había aprendido en mi casa era que el primer paso para salir de una trampa... es conocerla entera.

Atravesamos un corredor exterior cubierto y, al doblar una esquina, los vi. Un grupo de presos, todos con uniformes naranjas desteñidos, descansaban junto a una pared desconchada. La mayoría nos observó en silencio... hasta que tres hombres se separaron del grupo. Eran altos, anchos de hombros, la piel negra brillando bajo la luz gris del día.

Uno sonrió mostrando unos dientes blancos como cuchillas.

—Mira, mira... —canturreó—. Esta es la nueva cara bonita de la que todos hablan.

El segundo soltó una carcajada grave.

—La Reina... —saboreó la palabra—. Con la que nos lo vamos a pasar muy bien.

El tercero me escaneó de pies a cabeza con un descaro que me dio ganas de escupirle en la cara.

Yo me detuve un segundo, devolviéndoles la mirada. No era miedo. Era asco. Desprecio. Como si fueran insectos que podía aplastar con la punta del pie. Me imaginé sus cuerpos tirados en un callejón, la sangre tiñendo el suelo... y supe que probablemente esos hombres no entendían el peligro en el que se metían. O peor: les daba igual.

—¡Callaros de una puta vez! —rugió el agente, su voz rebotando contra las paredes.

Los tres se apartaron, todavía sonriendo, y yo seguí caminando, con la barbilla alta, sin concederles una sola palabra.

El agente me tiró de las muñecas y me arrastró hacia uno de los edificios grises. La puerta se cerró tras nosotros con un golpe seco.

Y en ese instante lo supe: aquí dentro, no había aliados. Solo enemigos... y uno de ellos, me tenía agarrada de las muñecas.

ADAM

La puerta se cerró a nuestras espaldas con un golpe que retumbó en mis huesos. El eco se perdió en el pasillo, pero yo seguía sintiendo su peso. La tenía delante. Reinetta Romano. La hija de Alessio Romano.

Michael —mi jefe— me lo había dicho con la voz baja esta misma mañana:

—Eres el mejor de mis hombres, Adam.

—¿Y qué quiere que haga con ella?

—Nada que no merezca. Los de arriba han sido claros: trátala como a la peor de las calañas. Sin concesiones. Sin trato especial.

—¿Por qué?

—No me han dado más datos. Solo sé que es la hija de un capo. De Alessio Romano. Y con eso basta.

Sí. Bastaba.

El apellido Romano era suficiente para que la bilis me subiera por la garganta. Los mafiosos no necesitan máscara ni uniforme para ser lo que son. Lo sé porque crecí viendo su obra: mi casa hecha trizas, la sangre seca de mis padres pegada al suelo de la cocina, y el eco del disparo que todavía me despierta algunas noches.

Yo tenía ocho años cuando entraron en mi casa. Mis padres me escondieron en un armario. Desde allí vi cómo destrozaban todo. Vi a mi madre en el suelo. Vi cómo la tocaban, cómo se reían, cómo no se daban prisa. Vi a mi padre intentar levantarse una última vez. Después, sangre. Silencio. Desde entonces, aprendí que esa gente

no cambia. Que la sangre de víbora se hereda. Y que, tarde o temprano, todos acaban en un lugar como este.

La miré, y supe que haría exactamente lo que me habían pedido. No necesitaba un expediente, ni pruebas, ni una confesión. No me importaba si había disparado un arma o no. Estaba aquí, y yo me encargaría de que entendiera lo que significa estar bajo mi custodia.

Ella levantó el mentón, intentando sostenerme la mirada como si pudiera desafiarme. Lo único que conseguía era darme más razones para aplastarla.

"Reinetta Romano... aquí no eres nadie." Pensé.

Yo tampoco lo fui durante mucho tiempo.

Desde que mataron a mis padres, supe lo que quería ser. No quería ser bombero. Ni médico. Quería ser policía. No para poner multas ni para patrullar calles tranquilas, sino para enfrentarme cara a cara con la basura que les arrebató la vida. Para hacer justicia... aunque a veces eso signifique ensuciarse las manos.

Trabajo en una cárcel, y eso significa que no hay espacio para la compasión. Aquí, si titubeas, te devoran.

No me tiembla la voz para dar una orden, ni la mano para arrastrar a un preso al suelo si es necesario. Ellos me llaman duro. Yo lo llamo sobrevivir. Pero fuera de estos muros... soy otro hombre. No el Agente Muller, sino Adam. Y amo con todo lo que tengo.

Solo hay una persona que realmente me importa en este mundo: Jezabell. Mi novia. Mi refugio. La única capaz de arrancarme una sonrisa incluso en los días más negros. Ella me recuerda que no todo está podrido, que todavía existe la bondad. Que, aunque me pase el día entre alambre de espino y puertas de hierro, todavía puedo ser un buen hombre.

Con ella soy todo lo que no puedo ser aquí: paciente, tierno, hasta un poco ridículo a veces. No hay rejas cuando la abrazo. No hay mafiosos ni recuerdos de sangre cuando me mira. Solo nosotros. Por eso, cuando cruzo la puerta de la prisión, cierro ese lado de mí.

Jezabell no entra aquí dentro. Aquí, lo único que existe es mi trabajo. Y mi trabajo ahora es asegurarme de que la hija de Alessio Romano entienda que no tiene un solo centímetro de poder en este lugar.

Hace unos minutos, cuando la vi por primera vez... la odié al instante. Fue instinto. El mismo que me hace cerrar el puño cuando oigo un apellido como el suyo.

Su manera de levantar la barbilla, de mirarme como si yo fuera menos que nada... Era puro veneno. Pero joder... sería un mentiroso si dijera que no me impresionó. Porque lo hizo. Era la viva imagen de Monica Bellucci de joven. Tiene esa belleza peligrosa que no pide permiso, la que usa como un arma. O como un escudo. Y aunque me dé asco admitirlo, esa cara y ese cuerpo no pasarán desapercibidos aquí dentro.

En una cárcel de hombres, no importa quién seas, no importa tu apellido. Solo importa lo que ven, y a ella la van a ver como carne nueva. Todos la querrán. Algunos lo intentarán. Y lo peor es la ironía: además de vigilarla y tratarla como a la peor de las calañas, también es mi responsabilidad protegerla. Es una contradicción asquerosa, pero así funciona este lugar. Yo puedo humillarla, empujarla, quebrarla si es necesario… pero si uno de los internos le pone un solo dedo encima, tengo que intervenir…aunque cada fibra de mi cuerpo me diga que se lo tiene merecido. Porque con esa lengua afilada y ese carácter de mierda, no tardará en buscarse enemigos.

Quizá un buen susto le baje los humos. Dejársela un rato a los negros para que la violen. Como los cabrones mafiosos violaron a mi madre. Que le quiten esa soberbia. Tal vez enfrentarse a ellos le haría entender dónde está. Y aun así… no estoy seguro de querer verlo.

Ahora nos encontrábamos en la zona de los uniformes, en un pasillo angosto, con paredes amarillentas y grietas finas que parecen mapas rotos.

El aire estaba cargado con olor a humedad, detergente barato y tela mojada. Un fluorescente colgante zumbaba como un insecto atrapado.

La encargada de lavandería salió de detrás del mostrador metálico con un uniforme naranja doblado bajo el brazo.

—Muller —dijo en voz baja, con esa confianza de quien no necesita rodeos—, Aurelio no ha venido hoy.

—¿Y? —respondí.

—Te toca a ti la revisión profunda.

No contesté. Cogí el uniforme y me acerqué a Reina.

—Quítate el vestido niña —ordené.

Reina se cruzó de brazos.

—Ni de puta coña.

—No te lo voy a repetir.

Ella me sostuvo la mirada con un brillo de desafío, y antes de que pudiera reaccionar, intentó lanzarme un puñetazo directo a la cara. Lo bloqueé con el antebrazo y la empotré contra la pared.

Su respiración estaba agitada, y la mía empezaba a tensarse.

—Suéltame, *figlio di puttana* —escupió.

Intentó clavarme la rodilla, pero la inmovilicé, sujetándole las muñecas por encima de la cabeza. Al hacerlo, mi rostro quedó a centímetros del suyo. Fue entonces cuando me fijé de verdad en ella: la nariz recta, la piel marcada por la rabia… y dos pequeños piercings brillando en su nariz… El primero, un aro atravesándole el centro, justo bajo el tabique, y otro incrustado en uno de los lados. Dos detalles mínimos, provocadores, como si incluso su cuerpo se negara a pasar desapercibido.

Acerqué aún más mi rostro al suyo.

—Última oportunidad.

—Vete a la mierda.

Entonces agarré el vestido azul por el cuello y lo rasgué de un tirón. La tela se abrió con un sonido seco, cayendo en jirones a sus pies. El sujetador negro quedó a la vista. No le di tiempo: metí la mano, enganché el cierre y lo arranqué. Sus pechos quedaron expuestos; ni siquiera me fijé en ellos. Estaba trabajando, y esa niña era el menor de mis intereses. Bajé el tanga de un tirón, ignorando las patadas que intentaba darme.

Me puse los guantes, cada chasquido del látex amplificado por el silencio.

—De espaldas.

Ella no se movió.

—Déjame, joder.

La giré con un tirón, inclinándola hacia la pared fría y entonces los vi, sus tatuajes. La tinta cubría su espalda entera, subiendo por los omóplatos y extendiéndose por los brazos como una historia escrita a golpes. Algunos trazos eran finos, casi bellos, símbolos que parecían más antiguos que ella. Otros eran duros, angulosos, marcas que no se hacen por estética, sino por pertenencia. Por lealtad. Por sangre. Por mafia.

No eran dulces ni delicados; eran duros, agresivos. Y de alguna manera hipnóticos. La misma tinta que vi en la piel de los que asesinaron a mis padres. Un nudo me apretó la garganta, pero no lo dejé ver.

Su cintura era diminuta, demasiado para la dureza que llevaba encima, como si su cuerpo y lo que representaba no terminaran de encajar. No la miré con deseo. La miré con frialdad. Con reconocimiento.

—Pies separados —ordené.

—Ni se te ocurra tocarme.

Me incliné hasta su oído, mi pecho aplastado contra su espalda, notando el calor irregular de su respiración. El latido en su cuello era rápido, tenso, y yo lo tenía justo bajo mi boca.

—Vaya colección —murmuré.

Mi mirada volvió a recorrer la tinta que le cubría la espalda y se deslizaba por sus brazos.

—Muy completa —añadí, sin emoción—. Casi parece sacada de una serie de televisión. De esas en las que el protagonista cree que la tinta lo hace especial.

Incliné un poco más la cabeza.

—Esto no es *Prison Break* niña —dije en voz baja.

Ella giró la cabeza lo justo para clavarme una mirada cargada de odio.

—No —escupió—. La diferencia es que mis tatuajes no son un plano para huir. Son historias. Cosas que tú no entenderías, aunque te las dibujaran paso a paso. — Hizo una pausa mínima —A mí no me hace falta ser Michael Scofield para salir de cualquier sitio… saldré de este agujero de mierda y luego te mataré.

—Ya he oído suficiente —dije, sin mirarla siquiera.

Acto seguido, le sujeté la cadera con una mano y, sin aviso, introduje el dedo en su ano. Su cuerpo se arqueó de inmediato, soltando una cadena de insultos en italiano. Se retorcía como una fiera, intentando morderme el hombro.

—Relájate... —susurré, tan bajo que ni el aire lo escuchó—. Si te resistes, será peor.

—No llevo nada... *stronzo*—escupió, con rabia contenida.

—Eso dicen todos —murmuré sin apartarme.

—Muérete —replicó, apoyando la mejilla contra el cemento helado, como si quisiera romperlo con la mirada.

Terminé la revisión con la misma frialdad con la que se firma un informe. Mis manos hicieron el recorrido necesario, ni un segundo más, ni un gesto que no fuera estrictamente técnico. No había nada. Ni drogas, ni armas, ni un maldito alfiler. Solo piel cálida, resistencia física... y ese perfume.

Lo recordé en cuanto me aparté: lo había notado antes, cuando me incliné para susurrarle que se relajara. Estaba en su cuello, en el hueco exacto entre la mandíbula y el hombro, dulce y lujoso, un aroma caro que no pertenecía a este lugar. No se parecía a ningún perfume de nadie que hubiese puesto un pie aquí. Y aunque no lo quisiese admitir, había quedado atrapado en mis sentidos.

Me quité los guantes con un chasquido seco y, sin darme cuenta, me pasé la mano por la cara para apartarme el sudor. El olor me golpeó como un puñetazo invisible. No era solo el perfume. Había algo más, un matiz íntimo, húmedo, que se había quedado impregnado en el látex: el rastro cálido de su coño. No apestaba, no repelía... al contrario. Olía limpio, provocadoramente limpio. Como si ese olor no tuviera derecho a existir en un sitio como este.

Me odié por reconocerlo. Me odié más por notarlo tan claro.

—Vístete —ordené, cortante, como si las palabras pudieran cortar el aire que nos rodeaba.

Ella se incorporó sin prisa, se puso el uniforme sin mirarme y caminó hasta quedar a mi altura. No me dirigió la palabra... hasta que pasé por su lado para salir.

Se inclinó apenas, lo justo para que solo yo pudiera oírla.

—Vas a pagar por esto, agente... y voy a disfrutar destruyéndote.

CAPÍTULO 2

REINA

Nunca en mi vida me habían humillado así. Ni siquiera cuando me habían apuntado con un arma. Aquello fue peligro, sí, pero yo tenía opciones: un cuchillo escondido, una palabra que podía cambiar el rumbo, un apellido que pesaba más que cualquier bala.

Pero lo que el puto agente me había hecho...había sido distinto. No fue violencia para matarme, fue violencia para reducirme. Para arrancarme de un golpe la única cosa que nunca me habían quitado: el control.

Su revisión había sido fría, calculada, mecánica... pero cada segundo me había hecho sentir como si me arrancara la piel.

Me dejó desnuda, expuesta, y lo peor... sin poder hacer nada. Yo, que siempre había decidido quién me mira, quién me toca y ahora estaba obedeciendo órdenes como una cualquiera.

Sentí su mano en mi muñeca, su voz ordenándome, y algo en mi interior ardió. No de miedo. De odio. Del odio más puro que había sentido en años. Iba a encontrar la manera de que se arrodillase y me pidiese perdón. Y cuando lo hiciese...iba a destrozarlo. No me importaba cuánto tiempo me llevase.

Me quedé mirando lo que me habían dado para vestirme y casi me dan ganas de escupir en el suelo. Un uniforme naranja, desteñido hasta un tono sucio, con olor a tela húmeda y detergente barato. Me colgaba como si me hubieran envuelto en una lona. Las mangas me cubrían hasta los nudillos y el pantalón, sostenido por una goma floja, amenazaba con deslizarse si respiraba demasiado hondo. Yo, que apenas medía metro y medio, parecía una cría robándole la ropa a un preso gigante.

Cerraba los ojos y veía mi vestido azul. No un vestido cualquiera. Seda italiana, corte ajustado, hecho para que se pegara a mi cuerpo como una confesión. Una pieza que solo unas pocas podían tener, y yo era una de ellas. Hasta que él lo arrancó. No lo rompió: lo destrozó. Lo desgarró como si fuera papel, como si no tuviera valor,

como si yo no tuviera valor. Y mis tacones negros... tacón de aguja, piel auténtica, costura perfecta... probablemente más caros que todo el maldito armario de ese imbécil. Abandonados en algún rincón de este lugar, como si fueran basura.

Apreté las manos en puños, sintiendo el frío del metal de las esposas todavía en la piel.

Ahora caminábamos en silencio. El pasillo se estrechaba a cada paso, como si la prisión quisiera tragarnos.

El aire era espeso, húmedo, con un olor agrio que se colaba por la nariz y raspaba la garganta: orina rancia, sudor seco, moho.

Las paredes, de un gris enfermizo, estaban manchadas por humedad que dibujaba formas oscuras; en el suelo, charcos finos reflejaban la luz amarillenta de fluorescentes moribundos. Todo parecía vivo... pero de la peor forma posible.

Las zapatillas blancas que me habían dado eran cómodas, pero no amortiguaban el golpe de cada paso sobre el cemento rugoso. Cada gota que caía desde algún rincón sonaba como un reloj invisible marcando el tiempo. *Tic. Tac. Tic. Tac.*

Llegamos a una puerta metálica. Él la abrió con un golpe seco y entramos a un espacio reducido, dominado por un ascensor. Las paredes de chapa gris estaban arañadas. Allí dentro, el aire olía peor, como si hubiera estado respirando la misma podredumbre durante décadas.

Él entró primero. No me dejó seguir a mi ritmo: me cogió del brazo y me colocó delante de él, como si mi posición fuera un asunto suyo. El cajón metálico se cerró con un eco hueco, atrapándonos.

El calor era sofocante, el olor a metal viejo se mezclaba con su respiración, demasiado cerca.

—No te muevas —ordenó.

El ascensor arrancó con un tirón.

Me forcé a mirar al frente, a clavar la vista en un trozo de óxido de la puerta para no pensar en lo que me rodeaba. El aire era denso, como si pesara.

Los ascensores... mi única debilidad real. Esa debilidad que llevo arrastrando desde que tengo memoria: era una niña cuando comenzó: un ascensor demasiado estrecho, una puerta que no se abría, la oscuridad tragándome mientras golpeaba las paredes con los puños diminutos.

Mi padre ha intentado curarme de todas las formas posibles: me encerró en habitaciones, en coches, en bodegas; siempre a su manera, siempre convencido de que podía hacerme fuerte. Y funcionó para todo lo demás: sé disparar, negociar, mandar, resistir... soy perfecta en todo, salvo en esto.

Las paredes metálicas del ascensor parecían inclinarse hacia mí, acercándose con lentitud. El zumbido del ventilador oxidado no aliviaba nada; más bien parecía el sonido de un animal respirando dentro de la caja con nosotros.

El aire se espesaba, y aunque sabía que había oxígeno, mi cuerpo lo discutía. La respiración se me volvió más rápida. Las manos comenzaron a sudarme. Apreté los puños contra los muslos, intentando que la humedad no se notara, pero la ansiedad me trepaba por la espalda como un insecto invisible.

Necesitaba un punto fijo, algo sólido que me anclara y me recordara que no iba a desaparecer en este cajón metálico.

Di un paso hacia atrás. No fue pensado, ni medido; fue puro instinto, como quien busca un punto de apoyo en medio de una tormenta. Olvidé por completo que él estaba allí, justo detrás de mí... hasta que lo sentí. En mi espalda. Algo duro. Al principio, mi cerebro hizo lo lógico: su pistola. Pero el pensamiento se evaporó en cuanto mi cuerpo procesó los detalles. No era metal frío. No era un ángulo rígido. Era otra cosa. Calor. Firmeza. Un contorno que reconocí de inmediato, incluso sin verlo. Era su polla.

El uniforme no ocultaba nada; al contrario, parecía transmitir cada matiz del contacto: la presión exacta, el calor que atravesaba la tela, el leve pulso que acompañaba su respiración. Inconfundible. Inequívoco.

Me quedé quieta. No por pudor, sino porque mi cuerpo se quedó atrapado entre dos sensaciones opuestas: el encierro que me ahogaba y ese contacto inesperado que, de algún modo, desviaba parte de mi ansiedad hacia otra cosa. No mejor... pero distinta.

Sentí que él tampoco se apartaba. El segundo se estiró como si el aire se hubiera espesado a nuestro alrededor. Cada latido parecía retumbar más fuerte, como si mi corazón y el suyo midieran el mismo tiempo.

No había palabras. No había movimientos bruscos. Pero no duró. Sus manos, grandes y firmes, se cerraron sobre mis brazos. Me empujó hacia delante, rompiendo el contacto y marcando la distancia. No fue violento, pero sí definitivo. Una forma de recordarme quién mandaba aquí.

El ascensor se detuvo con un chirrido agudo y la puerta se abrió. El aire del pasillo entró de golpe, pero no alivió la presión en mi pecho.

Di un paso y las piernas me fallaron.

El mundo se encogió en un segundo: un pitido sordo en los oídos, la vista empañada, el corazón golpeando como si quisiera escapar de mi cuerpo. Estaba a medio segundo de ceder al vacío cuando unas manos fuertes me agarraron de los brazos. No fue un gesto delicado, ni un amarre protector: fue una sujeción brusca, firme, casi impaciente.

Me enderecé en el acto, más por orgullo que por fuerza propia, y él me empujó hacia delante, obligándome a avanzar. Ni siquiera me miró. Lo hizo como quien aparta un obstáculo del camino.

—Camina —dijo, con su voz grave, autoritaria.

Seguimos caminando por un pasillo estrecho, flanqueado por puertas metálicas idénticas, y un número grabado en pintura blanca

descascarada.

El sonido de nuestros pasos rebotaba en las paredes desnudas. No se escuchaban voces, ni ruidos metálicos, ni ese murmullo sordo que siempre acompaña a un lugar lleno de gente.

Todas las celdas estaban vacías. Completamente vacías.

Llegamos a la última puerta del pasillo. El agente la abrió con un chirrido que me arañó los oídos.

La celda era un rectángulo estrecho de paredes gris mate, sin un solo adorno, como si el lugar estuviese diseñado para borrar cualquier rastro de humanidad. En una esquina, un retrete metálico y un lavabo diminuto compartían el mismo bloque, unidos por una tubería que parecía oxidada en la base. La litera estaba contra la pared opuesta, era una estructura de hierro rayada y con pintura saltada; solo el colchón de abajo tenía sábanas.

Una ventana diminuta, casi un agujero, se alzaba a dos metros de altura, demasiado alta para asomarse. La luz que entraba era fría, mortecina, como si incluso el sol se negara a entrar allí.

Recorrí la estancia con la mirada y luego el pasillo vacío.

—¿Dónde están los presos? —pregunté.

—No hay nadie aquí para ti —respondió, sin mirarme, como si el tema le resultara irrelevante.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que no hay nadie?

Entonces sí me miró. La intensidad de sus ojos helados me atravesó.

—Porque estás en aislamiento, y así va a pasar toda tu vida.

La frase cayó como una losa. No había ironía en su voz, ni crueldad exagerada. Solo la certeza fría de quien sabe que puede cumplir lo que dice.

Me quedé inmóvil, de pie, mirando esa puerta cerrada como si pudiera atravesarla con la vista. Afuera, el agente arrastró una silla y

se dejó caer en ella. El chirrido del metal sobre el suelo fue su forma de decirme: *no me voy a mover de aquí*.

Caminé despacio por la celda, como un animal reconociendo su jaula. En mi cabeza, las piezas volvieron a moverse solas. Comencé a pensar en quién cojones me había arrastrado hasta aquí.

Yo misma sabía que solo hay una familia que haría algo así: los Moretti. Nos hemos cruzado demasiadas veces. Y siempre he salido ganando. Les quité un cargamento entero en Marsella. Les arrebaté un contacto en Dubái. Les hice perder más de un millón en cuestión de horas. Ellos no olvidan. Ellos se vengan. Pero mi padre siempre me enseñó que el verdadero peligro no está afuera. Está en casa. En las manos que estrechas todos los días. Quizá no fueron los Moretti. Quizá alguien muy cerca mío me vendió.

¿Quién?¿Por qué?

Necesito reconstruirlo todo, paso a paso, hasta que encaje.

Me dejé caer en la litera de abajo. La sábana era fina, áspera, pero no me importaba. Cerré los ojos y repasé las últimas palabras del agente:

"Porque estás en aislamiento. Y así va a pasar toda tu vida."

Me reí. No en voz alta, solo en mi cabeza. Toda mi vida... qué poco sabía él.

Mi padre no me dejaría aquí. Nunca lo había hecho, y nunca lo haría. Puede que tardase horas, días... pero él vendría. Siempre venía. Y cuando lo hiciera, este lugar no será más que un recuerdo borroso. Y el agente... bueno, él tendrá que aprender lo que significa enfrentarse a mí.

Cuando me dejó en la celda, el muy cabrón ya me había quitado las esposas. No porque fuera un gesto amable, sino porque sabía que aquí no podía ir a ninguna parte.

Pasaron dos horas. Eternas. No se movió. No tosió. No cambió de postura. Era como un perro de piedra, entrenado para vigilar.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día, agente? —le solté por fin, recostándome contra la pared con aire aburrido—. ¿O te pagan solo por mirarme?

Ni parpadeó. Se llevó el walkie a la boca y murmuró algo. No entendí una palabra, pero su tono era medido, calculado, como si temiera darme más de lo necesario.

Seguí dándole vueltas a la cabeza: mi familia, Andoni, mi cumpleaños... y en medio de ese enjambre de pensamientos, surgió una pregunta absurda:

¿Cómo se llamará este cabrón?

Quería saberlo antes de matarlo. Y lo haría. No le dejaría ese honor a mi padre.

—Dime, agente... ¿Cómo te llamas?

Nada.

—Si te avergüenza tu nombre, al menos dame tu apellido. Me sirve igual.

Silencio otra vez.

Figlio di puttana.

Me estaba ignorando. Respiré hondo. Mi padre me enseñó que la paciencia es un arma, y yo iba a desgastar la suya hasta romperla.

Me incliné hacia los barrotes, con una sonrisa que sabía que le iba a irritar.

—Vaya, qué hombre tan misterioso...Vamos a probar con otra pregunta.

Le miré a los ojos, dejando que el silencio se estirara.

—Cuando me registraste... cuando me metiste la mano en el culo... ¿Te la puse dura?... ¿Tienes novia... o mujer? ¿Te excité más que ella, agente?

Sabía exactamente lo que estaba haciendo. No era algo que dijera por placer. Era un arma. Una provocación calculada.

Jamás me había gustado la gente que se entromete en relaciones ajenas, y detestaba la infidelidad con la misma fuerza con la que mi madre me había enseñado a despreciarla. Pero este agente... este cabrón se había ganado cada palabra. No me importaba si tenía pareja o no. Lo único que importaba era enseñarle a quien no debía ignorar.

La silla crujió cuando se levantó. Paso lento, pesado. Se acercó a la puerta, y su sombra se proyectó sobre mí. Metió la mano entre los barrotes y me agarró la cara con fuerza, apretándome la mandíbula hasta que me dolió.

—A mi mujer ni la nombres —dijo con una voz baja, afilada como vidrio roto—. Ella no existe en tu mundo.

Vaya, vaya... sonreí, no por diversión, sino como quien acaba de encontrar una grieta en un muro. Ahí estaba su punto débil. Lo guardé, como un cuchillo envuelto en seda, para usarlo cuando más doliera.

Iba a contestar, pero no me dio tiempo.

Me soltó la cara y, con un movimiento seco, me agarró del cuello del uniforme para estamparme contra la pared. El impacto hizo retumbar mi cráneo; después, el suelo frío me recibió de espaldas. Un hilo de sangre me bajaba lentamente por la ceja.

Le sostuve la mirada desde allí, sentada, con la respiración acelerada... pero sin miedo. Solo asco.

Él me observó un segundo más. Y entonces, algo cambió. No fue compasión, pero sí una grieta. Una chispa de preocupación que intentó ocultar... y no pudo.

ADAM

La odiaba. En ese momento, con su mirada clavada en mí, la odiaba más que a nadie. Pero sabía que el golpe había sido demasiado. No era necesario... y lo supe en cuanto vi la sangre correrle por la ceja.

Seguí mirándola, sin moverme, intentando convencerme de que no me importaba... hasta que vi cómo el hilo rojo se volvía más grueso.

Bajaba rápido por su sien, manchándole la mejilla, y pronto le goteó sobre el cuello. Aquello no era solo un corte.

Ella no dijo nada. Intentó incorporarse, pero apenas pudo sostenerse con los brazos antes de volver a caer contra el suelo.

Un nudo se me apretó en el estómago. No por ella. Nunca por ella. Pero... si se moría ahí, Michael me arrancaría la cabeza.

—Mierda... —susurré, entrando en la celda.

Me agaché junto a su cuerpo, que ya se veía más pálido de lo normal. Le cogí por los brazos, sacudiéndola con fuerza. No reaccionaba.

—Vamos, despierta... —murmuré, sintiendo una punzada de preocupación.

Su respiración era débil. Los párpados le temblaban.

—Adam, joder... me llamo Adam Muller. —El tono me salió más apremiante de lo que habría querido—. Despierta, joder... O, me vas a meter en un buen lío.

Su cabeza cayó hacia un lado... o eso creí. Porque en el siguiente segundo, su mano se movió con una rapidez imposible para alguien medio inconsciente. Sentí el frío metal contra mi costado, y cuando bajé la vista, vi mi propia pistola apuntándome al pecho.

—Vaya... —sonrió, todavía con un hilo de sangre en la ceja—. Me lo has puesto muy fácil.

Apreté la mandíbula, maldiciéndome por haber bajado la guardia.

—Gracias por contestar a la pregunta, agente Muller. —Su voz rezumaba satisfacción venenosa—. Te habrías ahorrado todo esto si hubieras respondido a la primera.

Seguía apuntándome. La distancia era mínima, y aun así, no disparó. En lugar de eso, giró la muñeca y lanzó el arma fuera de la celda. El sonido metálico rebotó en el pasillo.

—No voy a matarte... todavía. —Sus ojos brillaron con un retorcido placer—. Sería demasiado fácil. Y, además, no podría escapar, hay demasiados policías ahí fuera.

Me hervía la sangre. La rabia me subía por el cuello, apretando cada músculo. Sentía una presión en el pecho, mezcla de irritación y frustración.

Me incorporé para apartarme, pero ella me detuvo. Su mano me agarró por el mentón, obligándome a mirarla.

Se inclinó hacia mí, tan cerca que el calor de su aliento me rozó los labios.

—Nunca más vuelvas a ignorarme.

La aparté de un tirón, sin medir la fuerza, como quien se quita de encima un peso que quema.

Me puse en pie, cerré la puerta de la celda con un golpe seco y me giré sin mirarla. Si me quedaba un segundo más, acabaría estrangulándola.

Caminé por el pasillo con pasos firmes, como si cada uno pudiera aplastar la rabia que me hervía por dentro.

La gente dice que estoy entrenado para no perder la paciencia... y es verdad. He estado años perfeccionando el control, siendo el policía que no titubea, el que no se mete en problemas, el que siempre mantiene la cabeza fría. Y me ha funcionado con todos... hasta con los peores cabrones que han pasado por estas celdas. Pero con ella... había logrado empujarme justo donde más duele. No tanto por lo que decía, sino por la forma en la que lo hacía, esa maldita seguridad con la que escupía cada palabra.

Lo peor es que me había hecho recordar algo que preferiría enterrar. El guante. Ese maldito olor. Y su voz, clavándose aún en mi cabeza como una espina envenenada:

"Cuando me registraste... cuando metiste la mano en mi culo... ¿te la puse dura? ¿Tienes novia... o mujer? ¿Te excité más que ella, agente?"

Sí, mi mujer es intocable, y que la nombrara me tocó los cojones. Pero lo que realmente me jodió fue que dijera, con esa maldita seguridad, que se me había puesto dura al tocarle el culo.

Y entonces, sin querer, volví al momento en el ascensor.

Ella estaba delante, yo detrás. El espacio era reducido y el silencio, incómodo. Al principio, mantuvo la vista fija en el panel de los pisos, impasible... hasta que noté cómo su cuerpo se tensaba. No lo entendí al instante, pero luego vi el leve temblor en sus manos. Le incomodaba el ascensor. Claustrofobia, pensé.

De pronto, se echó ligeramente hacia atrás, como buscando apoyo. Su espalda rozó mi pecho y, por un instante, el olor del maldito guante volvió a mi cabeza. Me invadió rápido, como una descarga, y entonces lo sentí: tenía la polla dura. No por ella, o al menos eso me repetí, sino por esa mezcla absurda de tensión, adrenalina y ese puto aroma que me había atrapado antes.

Me quedé inmóvil, fingiendo indiferencia, con la mandíbula apretada. La aparté ligeramente antes de que notara mi erección. Ella ni siquiera se giró, solo se quedó ahí, respirando un poco más rápido, mientras yo me repetía una y otra vez que no significaba nada.

Nada.

Me repetí la palabra hasta que las puertas del ascensor se abrieron y pude apartarme de ella sin que pareciera una huida. Y, sin embargo, mientras caminaba, la sensación seguía ahí, como si el maldito roce se hubiera quedado grabado en mi piel.

Sacudí la cabeza para apartar esa imagen. No iba a darle importancia. No a ella.

Giré por el pasillo y entré en el baño volviendo al presente. El eco de mis pasos rebotó contra los azulejos, y el olor a lejía y humedad me golpeó. Me apoyé con ambas manos sobre el lavabo, respirando hondo. Tenía que calmarme.

Me miré en el espejo. La mandíbula tensa, los músculos del cuello rígidos. Me sentía como una bomba a punto de estallar, y lo peor es

que sabía exactamente quién estaba encendiendo la mecha.

Respiré otra vez. No, no iba a darle esa satisfacción. Era una mafiosa, una manipuladora. Una víbora.

Michael había sido claro: debía vigilarla todo el tiempo. No era una sugerencia, era la orden. Según Michael los de arriba todavía no le habían dado todos los detalles, pero ya le habían dejado caer que, si esto salía bien, habría un ascenso. Así que no podía permitirme fallar.

Estar tantas horas con una presa aislada nunca es fácil. No importa lo dura que sea tu coraza, siempre hay un momento en el que la rutina y el encierro te empujan a bajar la guardia. Por eso yo tenía mi propia norma: no encariñarme con un preso. Ni conversación innecesaria, ni un gesto de cercanía. Nada. He visto lo que pasa cuando un agente olvida esa línea, y no pienso repetir el error que a más de un compañero le costó la carrera... o algo peor. Así que la ignoré. Todo el día. Ni una palabra, ni una mirada más de la necesaria. Pero la muy hija de puta había conseguido provocarme.

Me lavé la cara con agua fría y me obligué a mirarme de nuevo en el espejo. No iba a dejar que me llevara a su terreno. No otra vez. No iba a reaccionar a sus provocaciones, ni a su sonrisa envenenada, ni a nada que saliera de su boca. Me lo juré ahí mismo, con el eco del baño como testigo.

Cuando volví a la celda, mi pulso ya estaba más tranquilo. Reina seguía sentada en el suelo, con un trozo de papel presionado contra la ceja. No me miró. Yo tampoco dije nada. Simplemente abrí la puerta y la llevé a la enfermería para que le cosieran el corte.

Caminó a mi lado en silencio, sin resistencia ni comentarios. Un silencio que, para mi sorpresa, se mantuvo incluso cuando la acompañé después al comedor. Comió, apartada del resto, y no se metió en problemas. Milagro.

Cuando mi turno terminó, sentí que me quitaban un peso de encima.

Jones se hizo cargo de vigilarla y yo, por fin, pude salir del edificio. Afuera, el aire frío me golpeó en la cara, y solo entonces me di cuenta de lo tenso que había estado todo el día. Uno de los días más largos y jodidos que recuerdo en este trabajo.

Fuera de la cárcel, soy otro. Apenas cierro la puerta detrás de mí, la coraza se cae, y lo primero que hago es abrazar a Jezabell.

—Hola, cariño —le susurro antes de besarla. Un beso intenso, de esos que hacen que el resto del mundo desaparezca por unos segundos.

Ella sonríe, con esa expresión que siempre me calma, y pregunta:

—¿Qué tal el día, amor?

—Agitado —respondo, mientras me quito la chaqueta—. Michael me ha asignado a una presa... pero no es cualquiera. Es una mafiosa italiana.

Veo cómo frunce el ceño.

—¿Una mujer? ¿En *La Fortezza di Sangue*?

Asiento.

—Sí... ni yo lo entiendo. Me dijeron que la tratara mal. No sé qué buscan con ella, pero es peligrosa.

Le cuento lo esencial, dejando fuera los detalles que no quiero que escuche. Los detalles que me pesan. Porque mientras hablo, no puedo evitar que, en lo más hondo, regrese esa sensación en el ascensor. El maldito guante. El maldito olor. Y esa certeza incómoda de que, aunque me repita que fue tensión y nada más, mi cuerpo reaccionó.

La miro a los ojos, acaricio su mejilla y sonrío para que no note nada raro. No voy a manchar lo que tengo con ella por culpa de esa víbora.

Mientras Jezabell prepara algo en la cocina, me dejo caer en el sofá, sintiendo cómo el cansancio me cala hasta los huesos. Ella me sonríe

de reojo, como si pudiera leerme, y por un instante me pregunto cómo he tenido tanta suerte.

No siempre fue así. De hecho, hubo una época en la que creí que jamás volvería a tener un hogar. Después de lo que pasó cuando tenía ocho años, la vida dejó de ser la de un niño normal. Me fui a vivir con mis abuelos.

Unos abuelos que nunca antes había visto. Por suerte, eran gente buena, que me enseñó a mantenerme firme y a no dejar que el odio me comiera vivo... aunque la verdad es que nunca se fue. Aun así, crecí, estudié, me entrené para ser policía. Y fue entonces, a los veinte, cuando apareció ella. Jezabell. No fue en un lugar de película ni con una escena de cuento: un centro comercial cualquiera, un cruce de miradas, y después... algo que simplemente encajó.

Jezabell y yo nos volvimos inseparables desde el primer mes. Ella me dio calma. Me enseñó que podía vivir sin mirar atrás todo el tiempo.

El trabajo en *La Fortezza di Sangue* no lo conseguí por méritos propios. El padre de Jezabell, un hombre con cargos en el gobierno movió los hilos necesarios para colocarme allí. No lo pedí... pero lo acepté. Quizá porque, en el fondo, siempre supe que en esas celdas acabarían los mismos monstruos que, años atrás, me arrebataron a mis padres. Y yo estaría allí para verlos pudrirse.

Hoy, sin embargo, uno de esos monstruos tenía un nombre... y un rostro que no encajaba con la imagen que llevaba toda la vida pintando en mi cabeza.

No pude evitar que mi mente trazara una comparación absurda. Jezabell... mi Jezabell. Inglesa, rubia, con unos ojos azules tan limpios que parecen inventados. Alta, elegante, con unas piernas infinitas y la piel más blanca e impecable que he visto nunca; no es solo que el sol no la toque, es que ni siquiera se atreve. Su belleza es pulida, serena... casi irreal.

Reina, en cambio, es otra cosa. Bajita, delgada, pero con esas curvas insolentes que se quedan en la retina. Una espalda y unos brazos cubiertos de tatuajes, como un mapa de historias que nadie

debería conocer. Ojos marrones, profundos, peligrosos; pelo negro como medianoche y unos labios... unos labios que, si no fuera por lo que sé de ella, podrían tentar a cualquiera. Es la belleza italiana en estado puro: intensa, cruda, casi violenta.

Me detuve. *¿Qué coño estaba haciendo?* Comparando a mi mujer con una criminal. No había punto de comparación. Jezabell es mi hogar, mi centro… aún no llevamos anillos, pero en mi cabeza ya es mi esposa. Y, si todo va según lo planeado, antes de que acabe el año estaré de rodillas, con una caja en la mano, viendo cómo sus ojos azules se llenan de lágrimas.

Ese es el futuro que quiero. Lo demás... no me importa

CAPÍTULO 3

REINA

Siete días.

En cualquier otro lugar, una semana pasa volando. Aquí... cada hora pesa como una piedra atada al cuello.

Ya sé exactamente cuántos pasos hay desde mi cama hasta la puerta: veintidós pasos de ida y vuelta, y si los repito suficientes veces, puedo engañar a mi cuerpo y pensar que me muevo. Pero mi cabeza... mi cabeza no se engaña.

El aislamiento es un agujero sin ventanas al mundo. Las paredes no hablan, pero yo he aprendido a escuchar cada sonido: el crujido de las botas al pasar, el chasquido del cerrojo, el goteo constante de la tubería rota en la esquina. Sé diferenciar el sonido de las llaves del agente Muller o de Jones. Las de Muller pesan más, o tal vez sea que su paso siempre suena como una amenaza.

Mi rutina es tan predecible que podría dibujarla con los ojos cerrados: comida, cena, patio. Treinta minutos al día bajo un cielo que parece gris incluso cuando no lo está. El resto... silencio y paredes.

Gracias a Dios, el agente Jones es quien me abre la puerta para esas salidas. Tiene la cara amable, el tipo de hombre que sonríe sin darse cuenta. Me habla de fútbol, de su hija pequeña, y me trata como si no fuera una prisionera más. A veces me deja quedarme dos minutos extra en el patio. Son dos minutos que no valen nada... pero aquí dentro, son oro.

El agente Muller, en cambio... es de piedra. Desde el día que llegué. Desde aquella disputa donde acabé con su paciencia, apenas me habla. No me mira. Tampoco he vuelto a provocarle. Sé que no va a volver a caer. Y eso me irrita más de lo que me gustaría admitir. El muy cabrón me trata como si fuera invisible. Bueno... invisible no. Porque sí ha hablado. Poco, pero lo suficiente para recordarme que me odia.

El tercer día, cuando me llevó a cenar, me quedé mirando la puerta del comedor más de la cuenta.

—¿Planeando una fuga? —dijo, sin mirarme.

—Planeando qué parte de tu cuerpo romper primero cuando salga de aquí.

No sonrió. Solo se inclinó para cerrar el candado y susurró:

—Para ser de la mafia, no sé si eres muy tonta o demasiado ingenua... —dejó una pausa, clavando las llaves en el candado—. Creo que me quedo con la primera opción.

Se enderezó despacio, acercándose lo suficiente para que pudiera sentir el hielo en su voz.

—No vas a salir de aquí. Yo mismo me encargaré de que te pudras entre estas paredes.

El quinto día, mientras estábamos solos en la celda, él me seguía con la mirada, cada movimiento mío parecía pasar por un juicio silencioso.

No pude contenerlo más.

—¿Podrías dejar de mirarme todo el tiempo? —dije, cruzándome de brazos, con un tono desafiante—. Es irritante.

Muller alzó la cabeza sin cambiar su expresión. Sus ojos eran fríos, cortantes, y la tensión en su mandíbula era palpable.

—No te miro por gusto, niña —dijo con voz baja, calculada, pesada —. Preferiría mirar cualquier otra cosa antes que a ti.

Me acerqué un paso.

—Vaya, qué amabilidad —susurré con sarcasmo—. ¿Y todo este odio gratuito? ¿O es solo tu forma de ser?

Él respiró hondo, y cada músculo de su cuerpo parecía rígido, listo para contenerse a duras penas.

—No es odio gratuito —replicó, sus palabras eran como cuchillas—Es precaución. Y control. No permitiré que esta celda se convierta en

un lugar donde tú creas que tienes algún poder.

Pero todo esto no eran más que pequeñas escaramuzas. Dardos envenenados que apenas rozaban la superficie.

No he pasado la semana pendiente solo de él. También he estado pensando en cómo salir de aquí. No es que dude de mi capacidad para sobrevivir a esta cárcel, pero no quiero malgastar ni un minuto más de mi vida entre estas paredes.

No sé qué está pasando afuera: si la guerra con los Moretti sigue, si mis padres siguen vivos, si Andoni está bien... solo de pensarlo, algo se me revuelve por dentro.

Siempre he sido muy sentimental; mi madre solía decirme que llorar no es de débiles, y lo hacía a menudo. Pero aquí... soy demasiado orgullosa como para mostrar debilidad. Los enemigos nunca pueden verte vulnerable, y mucho menos el agente Muller.

Lo más difícil es que no hay nadie con quien hablar. No hay favores que cobrar, ni deudas que saldar. El aislamiento es como estar muerta... pero con los ojos abiertos.

Me tumbo boca arriba en la cama, mirando el techo agrietado. Pienso en los Moretti. Pienso en la última vez que vi a Andoni. Pienso en el agente Muller.... Y lo que más me jode es que, en este momento, los tres están decidiendo cuánto tiempo voy a seguir respirando este aire rancio.

Por suerte, si hay algo que puedo soportar en esta cárcel, es la ducha. No porque sea buena —el agua sale tibia, a veces helada, y la presión es tan floja que parece que te escupe—, sino porque es el único momento en el que siento que recupero un poco de control sobre mi cuerpo. Aquí, todo huele a metal oxidado, sudor rancio y miedo viejo... menos cuando salgo de la ducha.

La mayoría de los presos se bañan una vez a la semana, si es que lo hacen. Son unos cerdos. Yo, en cambio, todos los días. No pienso dejar que este lugar me quite ni eso.

Hoy es igual que siempre: el agente Muller me escolta, esposada, hasta las duchas. Dos pasillos. Silencio tenso. Hasta que él tira de las esposas tan fuerte que me arranca un chasquido de dolor en las muñecas.

—¿Podrías no hacer eso? —digo, controlando el tono, sin darle el gusto de provocarle—. No hace falta que me arrastres como si fuera un saco de basura, *cazzo*.

Él ni se gira.

—Camina y no me hagas perder el tiempo.

—Te lo estoy diciendo bien, Muller —insisto, apretando los dientes—. No me trates así. Te estoy concediendo un respiro hasta que mi padre me rescate de aquí, pero si quisiera, ya te habría matado... así que más te vale tener cuidado.

Se detiene de golpe. Cuando gira hacia mí, su mirada es pura frialdad, cortante como un cuchillo. Por primera vez desde que lo conozco, una risa seca y cruel escapa de sus labios, atravesándome como un filo invisible.

—No me puedo creer que me estés amenazando.

De repente, saca su pistola y la apunta a mi cabeza.

—El que puede matarte cuando quiera soy yo, niñata. Así que deja de decir gilipolleces.

El cañón frío presionaba mi piel. Durante un segundo interminable, pensé que podía hacerlo de verdad. Que no le temblaría el pulso en volarme la cabeza.

Lo miró fijamente a los ojos y doy un paso, apretando aún más la pistola en mi frente. Y, entonces, murmuro:

—Hazlo... sé valiente.

El silencio se vuelve casi tangible. Sus ojos se estrechan, evaluando mi insolencia, midiendo si estoy loca o simplemente soy osada.

Y entonces, con un movimiento rápido y brutal, me agarra por la cintura, pegándome con fuerza a su pecho, mi espalda choca contra su cuerpo rígido como el acero. La pistola desciende lentamente, rozando mi cuello, su aliento me quema el oído.

Su cuerpo estaba rígido, hostil... y, aun así, lo sentía demasiado cerca. Su odio era tan sofocante como su calor.

—No me tientes —susurra, cada palabra cargada de amenaza y control, un látigo invisible que me deja sin aliento—. O descubrirás lo poco que me importa tu vida.

Me suelta de golpe, como si el contacto con mi cuerpo lo hubiera quemado, y me empuja hacia adelante con una brusquedad que me arranca un gruñido de rabia.

Camino sin mirar atrás, con la mandíbula apretada, mientras él vuelve a tirar de las esposas para guiarme hasta las duchas.

Las duchas de esta prisión son un chiste cruel. Una puerta metálica oxidada da acceso a un pasillo húmedo que apesta a humedad y lejía vieja.

El agente Muller se queda fuera, junto con otros guardias, custodiando como perros de presa, y los presos entramos solos.

Dentro, no hay nada más que una fila de duchas pegadas unas a otras, separadas apenas por cortinas finas y mugrientas que ni siquiera cubren por completo. Un invento barato para fingir privacidad donde no la hay.

El agua gotea, las baldosas resbalan, y todo huele a moho mezclado con jabón rancio. Aun así, para mí es el único momento en que respiro. El único instante en el que siento que recupero control sobre mi cuerpo.

Por suerte, hasta ahora nadie se ha atrevido a cruzar la línea conmigo. Quizás porque saben quién soy, o quizás porque se imaginan lo que pasaría si lo intentaran. No necesito armas: tengo mis manos, mis dientes y mis ganas de matar a cualquiera que crea

que puede tocarme. Si alguien osa probar suerte, lo aprenderá de la forma más dolorosa.

Dejo mis cosas en el taburete y entro bajo el agua tibia. Me dejo empapar, cierro los ojos. Por un momento, casi puedo olvidar dónde estoy. El ruido del agua me cubre, me arrulla. Es el único instante en que mi cuerpo me pertenece de nuevo. Pero de repente...un chasquido.

El sonido áspero de una cortina rasgándose.

Abro los ojos y tres sombras me bloquean la salida. Los mismos hombres que vi el primer día. Grandes, negros, tienen los músculos tensos como si hubieran estado esperando este momento desde entonces.

Uno sonríe con los dientes blancos y afilados bajo la luz mortecina.

—Es hora de probar el coñito de una Romano —susurra.

No me muevo. No muestro miedo. Al menos, no todavía.

—Apartaros de mí —escupo con el ceño fruncido.

Ellos se miran entre sí. Y entonces, uno me empuja con violencia contra la pared húmeda. El golpe me arranca el aire de los pulmones. Me revuelvo, le clavo la rodilla en el estómago, giro y le agarro el brazo: lo derribo contra el suelo mojado con una llave limpia. El impacto retumba, su espalda choca contra las baldosas y gruñe de dolor.

Por un segundo, pienso que puedo con ellos. Que puedo ganar. Pero el segundo se acaba. Los otros dos me agarran de los brazos con una fuerza inhumana, me levantan como si no pesara nada. Me sacuden y me estampan contra la pared. El aire me quema en los pulmones. Intento patear, moverme, zafarme, pero son demasiado grandes.

—¡Alejaros de mí! —rujo, arañando la piel del que tengo más cerca.

Consigo girar la cabeza y le muerdo el antebrazo con todas mis fuerzas. El sabor metálico de la sangre me llena la boca. Escucho su

grito ahogado, su insulto rabioso.

—¡Zorra! —ruge mientras me sacude con violencia.

Me golpean contra la pared otra vez, la frente me arde, siento la piel abrirse en un hilo de sangre que resbala por mi cara. El agua de la ducha lo arrastra, lo mezcla, y por un instante no sé si estoy sudando, llorando o sangrando.

El que mordí me aprieta el cuello con una mano, empujándome hacia las baldosas resbaladizas. El suelo frío y áspero me corta la espalda al chocar contra él. Intento incorporarme, pero la rodilla del tercero me hunde el abdomen y me roba el aire.

—Quédate quieta, puta... —susurra uno en mi oído, tan cerca que el calor de su aliento me repugna.

No. No voy a quedarme quieta. Me retuerzo, muerdo de nuevo, araño, grito tan fuerte que siento la garganta desgarrarse. Pero no sirve. Son tres. Y yo soy una. Y por primera vez en mucho tiempo... siento miedo de verdad. Miedo de que me violen. De no salir de aquí.

Sus risas bajas, sus palabras asquerosas. No es el dolor físico. Es otra cosa. Una humillación que jamás había sentido.

—Eres nuestra ahora —murmura uno, sujetándome la cara con brutalidad.

Las lágrimas se mezclan con el agua, pero no son de debilidad, son de rabia. De impotencia. Aun así, mi cuerpo tiembla.

Uno de ellos se acerca demasiado a mí, su boca a centímetros, como si quisiera devorarme. Me chupa los pechos. El asco me revienta por dentro. Yo me retuerzo, me revuelvo como una fiera acorralada, le clavo las uñas, le escupo en la cara, pero su fuerza es mayor.... me muerde el pezón. Y luego el otro preso comienza a meter su mano en mi coño.

En ese momento grito, grito con todo lo que me queda, pero las paredes devuelven el eco vacío. Nadie entra. Nadie escucha. Nadie me salva.

Hasta que, sin pensarlo, con la garganta ardiendo y la voz rota, grito un nombre al que jamás habría creído aferrarme. Un nombre al que nunca hubiese imaginado pedir como auxilio.

—¡Agente Muller!... ¡Adam, por favor!

El eco de su nombre retumba contra las baldosas húmedas, multiplicándose, llenando cada rincón de las duchas. Por un instante, siento como si las paredes mismas se estremecieran.

Mi pecho se agita, el aire me quema en los pulmones, y la desesperación late en cada golpe de mi corazón. Todo el ruido se apaga: las risas bajas, el agua cayendo, incluso mi propia respiración. Solo queda su nombre suspendido en el aire.

Y en ese segundo eterno, el mundo parece detenerse.

ADAM

Al principio, los gritos me dieron igual. Aquí dentro son parte del aire, se escuchan a todas horas. Hombres suplicando, llorando, maldiciendo. Nadie entra. Nadie interviene. Yo tampoco.

Reina no era diferente. Ella había buscado esto. Una lección, un escarmiento. Eso pensé mientras permanecía firme, apoyado en la pared, escuchando su voz desgarrarse contra las paredes de los pasillos.

Hasta que escuché mi nombre.

—¡Agente Muller!... ¡Adam, por favor!

Me quedé helado. Era distinto. No era un grito cualquiera, no era un insulto, ni la arrogancia habitual de la hija de Alessio Romano. Era un grito de auxilio. Mi nombre, pronunciado con desesperación, con miedo real. Algo que jamás habría esperado oír de sus labios.

Giré lentamente hacia mi compañero, que estaba a mi lado, con la mirada dura.

—Voy a entrar.

Él arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Estás loco?

No contesté. Solo crucé la puerta de las duchas y lo que vi me golpeó como un puñetazo en el estómago.

El agua corría a raudales, tiñéndose de rojo. Un charco de sangre se mezclaba con el vapor, resbalando por las baldosas. El olor a hierro, sudor y miedo me golpeó de lleno. Y allí estaba ella: Reina, desnuda, sostenida por dos hombres que la inmovilizaban como si fuera un trozo de carne. Otro, entre sus piernas, a punto de violarla.

Se me cerró el estómago.

He visto de todo en este trabajo. Cuerpos rotos, escenas que no salen en los informes, violencia que te obliga a aprender a mirar sin sentir. Ese es el truco para sobrevivir: endurecerte o morir por dentro. Pero esta vez no pude. Algo se rompió. No fue rabia al principio. Fue una imagen. Un recuerdo que no pedí. Mi madre contra el suelo. Manos que no eran suyas. Miradas que no pedían permiso. Yo escondido, pequeño, incapaz de moverme. El mismo olor. El mismo miedo.

Una furia seca, brutal, me atravesó. Un instinto que no supe describir. Solo sé que en ese momento dejé de ser policía, dejé de ser guardia, dejé de ser todo lo que creía ser. Solo era un hombre a punto de desatarse.

—¡Hijos de puta! —rugí.

El primero no alcanzó a reaccionar. Le estampé el puño en la mandíbula con tanta fuerza que su cabeza rebotó contra la pared. Sentí el crujido seco del hueso bajo mis nudillos. El segundo intentó sujetarme, pero lo agarré por la nuca y lo estampé contra el suelo mojado, la sangre y el agua se mezclaban bajo su cara.

Reina gritaba, forcejeaba, aún atrapada entre uno de ellos. Yo no veía nada más que los brazos que la sujetaban, las manos que se atrevían a tocarla. Me lancé sobre el último hombre con golpes ciegos, rabiosos, uno tras otro, hasta que mis compañeros irrumpieron detrás de mí y se unieron a la pelea. El caos estalló.

Puños, gritos, botas contra el suelo resbaladizo. Yo solo sabía que tenía que apartarlos de ella.

El ruido de la puerta cerrándose resonó en mis oídos. Los agentes se llevaron a los presos reducidos, maldiciendo, y de pronto el silencio me golpeó con fuerza. Solo quedaba el sonido del agua cayendo, mezclándose con la sangre en el suelo.

Reina estaba tirada en las baldosas, desnuda, su cuerpo lleno de arañazos, moratones y cortes. El agua arrastraba la sangre por su piel, convirtiendo el suelo en un charco turbio. La cabeza le caía hacia un lado, los labios entreabiertos, respirando de manera irregular.

No debía importarme. Esto no era asunto mío, y ella lo merecía de alguna manera. Pero algo se movió dentro de mí, un instinto extraño y desagradable que no sabía cómo etiquetar. Me revolvió el estómago verla así, indefensa… La odiaba. Sí. No soportaba su arrogancia, su lengua afilada, su forma de mirarme como si me desafiara a cada segundo. Pero odiarla no significaba permitir que la destrozaran de esa forma. No significaba quedarme quieto mientras tres animales la reducían.

Me agaché junto a ella, con cuidado, midiendo cada movimiento. Intenté sostenerla, levantarla, pero ella se apartó al instante, gimiendo débilmente, sin reconocerme.

—Tranquila —dije, con voz baja, apenas audible—. Nadie te va a hacer daño.

No respondió. Se removía, débil, medio inconsciente, y yo no podía apartar la mirada de los moratones y cortes. No me gustaba verla así. Me irritaba. Me hacía sentir fuera de control. Me recordaba al pasado, a mi madre.

Alcé una mano lentamente, solo para tocar su mejilla, un gesto profesional, casi instintivo. Sus ojos se abrieron entre la neblina de dolor y lágrimas. La mirada felina seguía ahí, desafiante incluso herida. No me gustaba, no sabía por qué me afectaba de esa forma. Solo sabía que no podía dejarla en ese estado.

—Soy yo —susurré, sin moverme demasiado—. Te vas a poner bien.

No respondió. Solo se abrazó a sí misma y gimió, medio inconsciente, mientras yo permanecía a su lado, rígido, incómodo, sin saber qué hacer con esa sensación que me invadía.

—Agárrate a mi cuello —le dije con voz firme, y la sentí temblar un instante antes de que se apoyara en mí. La levanté en brazos con cuidado, consciente de cada movimiento, de cada golpe que su cuerpo había recibido.

No debía mirar, no podía permitírmelo y, sin embargo, mi mirada se detuvo un instante demasiado largo en su torso. Ya la había visto desnuda antes, pero nunca me había fijado de verdad. Sus pechos... enormes, firmes, naturales. Perfectos. Un detalle físico que no debería importar, y aun así lo hizo.

Mi atención se centró rápido en otro detalle que me arrancó un gruñido gutural: uno de ellos estaba marcado, mordido.

Malditos hijos de puta.

La rabia me subió por todo el cuerpo, caliente, visceral. Cada músculo se tensó mientras apretaba los dientes.

No podía quedarme a admirar ni pensar en otra cosa. Tenía que llevarla a la enfermería. La presión de sus brazos alrededor de mi cuello me recordaba lo débil que estaba. La mantuve pegada a mi pecho mientras avanzaba por los pasillos, evitando que se golpeara contra las paredes, con la ira hirviendo dentro de mí por lo que le habían hecho.

Cada paso era un recordatorio de que el mundo podía ser cruel, y de que yo no iba a permitir que nadie volviera a tocarla así, al menos mientras yo estuviera cerca.

Mientras la sostenía en brazos, no pude evitar notar cómo su cuerpo se pegaba al mío. Su piel caliente, cada curva, y especialmente la forma en que sus pechos se apoyaban contra mi uniforme, hicieron que un calor incómodo me recorriera. Podía sentir la presión de sus

pezones incluso a través de la tela, y cada reacción de mi cuerpo me llenaba de ira hacia mí mismo.

Me odié a mí mismo por cómo respondía, por ese impulso involuntario en medio de su dolor y vulnerabilidad. Tenía que recordarme a cada instante que nada de esto significaba nada: no había espacio para otra cosa que no fuera protegerla. Cada paso hacia la enfermería se volvió un ejercicio de control brutal, luchando contra mi propia reacción física mientras mantenía la mente fija en su seguridad.

Entré corriendo en la enfermería, con Reina en brazos.

El olor a desinfectante chocó con el del agua y la sangre que aún goteaba de su cuerpo. La médica y enfermera levantaron la vista al mismo tiempo, y vi cómo sus rostros cambiaban al instante: del gesto rutinario al puro pánico.

—¡Dios mío! —murmuró la enfermera, llevándose una mano a la boca.

La deposité con cuidado sobre la camilla, intentando no perder la calma, pero en el instante en que intenté soltarla, Reina, medio inconsciente, me atrapó con fuerza del cuello. Sus dedos se clavaban como garras, débiles pero desesperados. No quise moverme bruscamente, temía romperla más de lo que ya estaba.

—Tranquila... tranquila —susurré, bajando la voz, como si esas palabras pudieran atravesar la niebla en la que estaba atrapada—. Estás a salvo.

Poco a poco conseguí soltarme, y dejé que su cuerpo cayera en la camilla. Ella no abrió los ojos, pero su respiración era agitada, irregular. Su piel estaba pálida, cubierta de moratones y arañazos que parecían gritarme lo tarde que había llegado.

—Sal de aquí, Muller —ordenó la médica con firmeza, poniéndose los guantes y preparando la enfermería—. Necesitamos espacio.

—No —repliqué, tajante, sintiendo un nudo en la garganta.

—He dicho que salgas —insistió, sin levantar la vista de Reina.

—¡No voy a moverme de aquí! —gruñí, la voz cargada de rabia que no entendía de dónde salía.

La médica me fulminó con la mirada, pero yo no me moví un centímetro. Mi corazón martilleaba, mis manos temblaban y cada segundo que pasaba la veía más frágil, más rota.

Y entonces, entre los murmullos, entre el caos de guantes, vendas y sueros, su voz me atravesó como un disparo. Apenas un susurro, quebrado, inconsciente:

—Adam... por favor... agente... no... no te vayas... no me dejes.

Me quedé helado. Las piernas se me aflojaron y tuve que apoyar una mano contra la pared. No entendía nada.

¿Por qué cojones me pedía a mí? ¿Por qué sonaba como si yo fuera la única persona que pudiera salvarla?

Esa súplica se me quedó grabada en el pecho, como un hierro candente.

La miré. El rostro hinchado, los labios partidos, los ojos cerrados... Y, aun así, incluso en ese estado, seguía teniendo esa maldita presencia que me había estado irritando desde el primer día.

Toda la semana había intentado ignorarla. Me recordaba a cada momento que era solo otra reclusa. Una Romano. Un peligro. Pero de vez en cuando me sorprendía mirándola más de lo normal: la forma en que caminaba, la dureza con la que me sostenía la mirada, la manera en que no se dejaba doblegar.

No lo pensé. En cuanto escuché mi nombre de sus labios, me moví como un resorte. Crucé la distancia hasta la camilla y le agarré la mano. Estaba helada, temblorosa, pero aun así se aferró débilmente a mí, como si ese gesto fuese lo único que la mantenía a flote. Sentí un nudo en la garganta.

—Estoy aquí —murmuré en voz baja, sin saber siquiera por qué lo decía—. No te voy a dejar.

La médica me miró, sorprendida. Vi en sus ojos que no entendía nada, y yo tampoco.

—Muller—dijo con severidad, alzando la voz—. ¿Qué te pasa, joder? Nunca has querido estar presente con un preso. Jamás.

No contesté. No podía. Mis dedos apretaban los suyos como si soltarla fuera imposible. Mi mente gritaba que me alejara, que esto no era yo. Pero mi cuerpo no obedecía.

—O te vas ahora —continuó, ya perdiendo la paciencia— o llamo a Michael.

Ese nombre me hizo reaccionar. Gruñí por lo bajo, y solté la mano de Reina con brusquedad, como si me hubiese quemado.

Me levanté de golpe, con la rabia subiéndome por las venas.

—Está bien —dije con la voz más áspera de lo que pretendía.

Me giré y salí de la enfermería, apreté la mandíbula con tanta fuerza que sentí un dolor en la sien.

Afuera, el aire me golpeó la cara y me apoyé contra la pared, intentando recuperar el aliento. Pero no podía sacarme su voz de la cabeza, ese susurro quebrado pidiéndome que no me fuera.

CAPÍTULO 4

REINA

El sueño llegó como un veneno suave. No recuerdo haber cerrado los ojos, solo sentir cómo la negrura me arrastraba, y de pronto... estaba allí.

Una mesa inmensa, cubierta con un mantel blanco que tenía manchas de vino como heridas abiertas. Candelabros encendidos proyectaban sombras alargadas en las paredes, y en el centro había

copas de cristal, platos intactos, como si todos estuvieran esperando algo.

Mi padre estaba en la cabecera. Alessio Romano. Imponente, con su traje negro, los ojos clavados en mí como siempre, como si estuviera evaluándome incluso en sueños. A su lado, mi madre, Estela... dulce, serena, con esa sonrisa que alguna vez me calmó de niña, la única mujer capaz de suavizar la dureza de mi padre con una sola caricia. Su presencia era como un bálsamo en medio de aquella mesa. A la derecha, Andoni. Mi Andoni. La chispa traviesa en sus ojos, esa media sonrisa que tantas veces me derritió. Pero en el medio... los Moretti. Como si siempre hubieran pertenecido a nosotros. Copas en la mano, sonrisas en los labios. Como si fueran familia. De pronto, como una coreografía macabra, todos se giraron hacia mí. Mi padre. Mi madre. Andoni. Los Moretti. Y al unísono, levantaron una pistola.

El corazón se me congeló.

—¿Qué...? —intenté hablar, pero mi voz no salió.

Los cañones negros brillaban en dirección a mi pecho. Nadie dudaba. Ni mi padre. Ni Andoni. Incluso mi madre, con su dulzura, me apuntaba con la mano temblorosa pero firme.

El aire me faltaba. Me levanté de golpe, la silla cayendo hacia atrás.

—¡Soy de los vuestros, joder! ¡Soy una Romano!

Nadie parpadeó. Nadie respiró.

El silencio era peor que un disparo. Y entonces apareció él. El agente Muller. Uniforme impecable, pasos firmes, ojos de acero. Surgió desde las sombras, desde un rincón imposible, como si el sueño hubiera estado esperándolo.

Debería haber sentido odio. Debería haber querido gritarle, escupirle, pero no. En ese instante, con todos los cañones apuntándome, lo único que pude hacer fue suplicar.

—Agente... —mi voz temblaba, quebrada—. No me dejes. Por favor... rescátame.

No contestó. Solo caminó hacia mí, lento, seguro, como si el mundo entero se hubiera detenido para esperar ese momento.

Me temblaban las manos. El corazón me golpeaba con tanta fuerza que pensé que iba a desmayarme allí mismo. Él llegó hasta mí. Su mano, grande y dura, me cogió de la cara. Y antes de que pudiera respirar, me besó.

No fue un beso suave. Fue un beso voraz, brutal. Su boca se estrelló contra la mía, su lengua invadió mi boca con hambre. Mis dientes chocaron con los suyos, el gemido se me ahogó en la garganta.

Su aliento me ardía, su pecho aplastaba el mío, sus dedos se hundían en mi nuca obligándome a rendirme.

Lo odiaba. Dios, cómo lo odiaba. Pero mi cuerpo lo devoraba con la misma desesperación con la que pedía auxilio.

Mis uñas se clavaron en su uniforme, lo atraje más, lo mordí, lo busqué como si en ese beso estuviera mi salvación. Era violento, era oscuro, era intenso. El sabor metálico de la sangre se mezclaba con nuestra saliva, y aun así lo quise más.

Un disparo resonó en algún lugar, pero no me importó. Me hundí en él, en el calor de su lengua, en el roce de sus dientes, en la furia de ese beso que parecía arrancarme el alma. Y de golpe, todo desapareció.

Abrí los ojos con un sobresalto.

El olor a desinfectante me golpeó primero. No había mesa. No había candelabros. No había familia apuntándome. Solo la enfermería. Las luces blancas. El sonido distante de instrumentos metálicos.

Respiré con dificultad, mi pecho subía y bajaba como si hubiera corrido kilómetros. Y mis labios... mis labios seguían ardiendo, como si el beso hubiera sido real.

—Agente Muller... —murmuré en un hilo de voz, mirando alrededor.

Pero no estaba allí. La habitación estaba vacía salvo por el zumbido de los fluorescentes y el olor penetrante a desinfectante que me

taladraba la nariz.

El recuerdo del sueño me golpeó de repente como un bofetón. El beso. Su boca devorándome. Yo suplicándole que no me dejara.

—No... —susurré, cubriéndome los ojos con la mano—. Joder... no.

Me ardía el orgullo más que las heridas.

¿Cómo podía haber soñado algo así? ¿Cómo podía mi cabeza traicionarme de esa forma?

Yo, Reinetta Romano, soñando que le rogaba a ese cabrón. A ese perro de uniforme que me odia, que me humilló, que me apuntó a la cabeza.

Un nudo se me formó en la garganta. El sueño se desvanecía, pero lo que no desaparecía eran los recuerdos reales. El agua de la ducha, las risas graves de los tres hijos de puta, sus manos sujetándome, el asco de sus bocas, el dolor de sus golpes.

De repente me sentí desnuda de nuevo.

Aparté la sábana de un tirón y bajé la mirada. El aire se me atascó en los pulmones. Moratones en los brazos, en el abdomen, en los muslos. Cortes en la piel, algunos todavía enrojecidos bajo los apósitos improvisados. Arañazos. Y lo peor: el pecho izquierdo marcado, el pezón inflamado y enrojecido por una mordida que había requerido puntos, un dolor que aún me quemaba por dentro.

—*Bastardi di merda*... —escupí, sintiendo cómo las lágrimas me nublaban los ojos.

Me abracé a mí misma, pero no era consuelo, era un juramento. Los iba a matar. A cada uno de ellos. Los iba a hacer sufrir hasta que suplicaran por la muerte.

Intenté incorporarme, pero un dolor agudo me cruzó el costado y el mundo dio un vuelco. Mi cuerpo me recordó lo obvio: estaba rota. Demasiado débil para cumplir mi juramento ahora mismo.

La puerta chirrió, y la enfermera apareció con una bandeja de gasas limpias y un frasco de alcohol. Era una mujer delgada, de pelo

castaño recogido en un moño apretado, mirada práctica, sin adornos. Se acercó a la camilla y me examinó con rapidez, como quien ya lo había hecho cien veces antes.

—No tienes nada grave —dijo en un tono seco, pero no cruel—. Son cortes, moratones, alguna herida superficial. Te dolerá unos días, pero cicatrizará.

—¿Cicatrizará? —reí con amargura, señalando mi pecho—. ¿También esto cicatrizará?

La mujer me sostuvo la mirada un instante, y me pareció ver un destello de compasión en sus ojos.

No dijo nada más.

Se quedó allí, en silencio, mientras yo me hundía contra la almohada con la respiración aún agitada.

El recuerdo me apretaba el pecho: el agua helada, las manos de esos hijos de puta sujetándome, su risa pegada a mi oído... y yo gritando un nombre que nunca debería haber salido de mis labios. Adam. El agente Muller. Recordaba verlo entrar, los golpes, la furia en su mirada. Y después... todo borroso. Siluetas, sangre, el suelo resbaladizo…

Ahora me encontraba aquí, entera, aunque rota.

Por un instante pensé en preguntarle si había sido él quien me había traído hasta la enfermería. La duda me ardía en la garganta. Pero no lo hice. No quería darle poder a ese pensamiento. No quería pronunciar su nombre otra vez.

Fue entonces cuando la enfermera asintió apenas, recogió la bandeja con gesto mecánico y salió de la enfermería. La puerta se cerró tras ella con un chasquido seco, dejándome sola.

Y el sueño… ese maldito sueño seguía ardiéndome en los labios. Me había besado. Yo había suplicado. Yo lo había querido.

Negué con la cabeza con brusquedad, apretando los dientes.

—No —murmuré para mí misma—. No es real. Solo fue un agradecimiento. Nada más.

Yo no lo deseaba. Yo no lo necesitaba. Yo no soñaba con él.

La puerta chirrió y apareció Jones, con una sonrisa amable.

—¿Qué tal estás? —preguntó, bajando la voz como si temiera despertarme.

—Sobreviviendo —respondí seca.

Él asintió.

—Hasta mañana yo estaré a tu cargo. Muller ha tenido que marcharse.

Muller. Solo oírlo me devolvió la rabia. Ni se había dignado a quedarse. Ni una palabra. Ni siquiera comprobar cómo estaba. Se había largado como un cobarde.

No pensaba darle las gracias.

Me giré en la camilla, de espaldas a Jones, ocultando el temblor de mis manos.

—Entendido —fue lo único que dije.

Apreté los ojos con fuerza. No. Nunca volvería a soñar algo así con él. No era más que un perro uniformado, un muro de odio. Y aunque me hubiera salvado de esos tres cabrones, eso no borraba nada. Seguiría odiándolo. Seguiría detestándolo. Y tarde o temprano, cumpliría mi promesa… matarlo.

La enfermera volvió junto a mí, con gasas limpias y una bandeja metálica que tintineaba a cada paso. Levantó un poco la sábana y comenzó a revisar los moratones de mis costillas. El roce del algodón me arrancó un gemido entre dientes.

—Vas a tener que quedarte aquí al menos un día entero —dijo sin levantar la vista—Necesito curar bien las heridas, y vigilar que ninguna se infecte.

—Un día... —bufé, con la voz ronca—. Como si me apeteciera disfrutar de este hotel de lujo.

Ella no contestó, pero la vi levantar apenas la mirada hacia la puerta. Hacia Jones. Y fue tan rápido como evidente: los ojos se le suavizaron, un destello mínimo, íntimo, que nada tenía que ver con un gesto profesional.

Jones, que estaba recostado contra el marco con los brazos cruzados, lo notó también. No apartó la mirada. Le sostuvo ese segundo demasiado largo antes de girarse como si nada.

Yo me quedé en silencio, observando la escena con una ceja arqueada. No dije nada, pero la idea se me clavó como una espina. Porque hacía unos días, en el patio, Jones me había contado con orgullo sobre su mujer y su hija pequeña. Había sonreído al hablar de ellas, con esa ternura de hombre de familia que parecía tan rara en un lugar como este. Y ahora veía esos ojitos compartidos con la enfermera... y me quedé pensando.

No era asunto mío. No era mi problema. Pero registré el detalle igual, porque siempre registro todo.

Mi padre siempre decía que hasta el gesto más pequeño puede volverse un arma en las manos adecuadas. Y yo crecí con esa idea clavada en la sangre.

Desde niña me preparó para ser la hija de un capo. No había espacio para errores, ni para inocencias. Me enseñó a caminar con la barbilla alta, aunque tuviera miedo, a mirar a los ojos a hombres que podían matarme en segundos, a no temblar al escuchar el clic de un arma cargándose. Su voz era mi entrenamiento:

"No seas débil, Reina. La debilidad es un lujo que no podemos permitirnos."

Aprendí a disparar antes de aprender a bailar. Aprendí a negociar antes de aprender a llorar.

Mi padre me moldeaba como se moldea una espada. Y yo aceptaba cada lección, convencida de que algún día estaría a su altura. Pero

mi madre... mi madre era todo lo contrario. Estela era la dulzura que sobrevivía en medio de todo ese hierro. Ella me enseñó a llorar sin vergüenza, a reírme fuerte, aunque el mundo se cayera, a disfrutar de un helado en verano o de un beso robado. Me recordaba que no todo era sangre, que también existían los abrazos. Decía que ser sentimental no me hacía débil, sino humana. Con ella aprendí a escuchar música y dejarme llevar, a escribir diarios secretos, a soñar con cosas que no tenían nada que ver con pistolas ni con mafias. Su voz era un refugio:

"No dejes que la oscuridad te robe el corazón, Reina. Un Romano fuerte puede serlo sin perder la ternura."

Mi padre me hacía fuerte. Mi madre me hacía humana. Y yo, atrapada entre esas dos enseñanzas, me convertí en esta contradicción: la hija perfecta para un capo, con un corazón que todavía late como el de una niña que alguna vez creyó en el amor.

Cerré los ojos un instante.

El recuerdo de los dos me golpeaba más fuerte ahora, aquí, rota, en una cama de enfermería que olía a desinfectante barato. Me dolía pensar si estarían vivos. Si estarían buscándome.

Mis pensamientos se deslizaron hacia Andoni. Él siempre había estado ahí, como una sombra cálida que me acompañaba desde niña.

Mis padres me lo presentaron cuando apenas tenía memoria de las cosas importantes. Recuerdo la manera en que mi padre lo miraba: con respeto. Andoni era el hijo de un hombre poderoso, un aliado que cualquier familia desearía tener cerca. Desde entonces, mi destino parecía enlazado al suyo.

—Si algún día quieres, él podría ser tu esposo —me había dicho mi padre, con una seriedad que aún de niña supe que era rara en él—. Pero escucha, Reina, si no lo quieres, si eliges a otro, yo lo aceptaré. Nunca te obligaré a casarte con nadie. Nunca. — Y en su voz lo creí. Era la única promesa que sonaba diferente a todas las demás. Pero lo cierto es que Andoni no necesitó obligaciones. Él se encargó

de conquistarme poco a poco. No con grandes gestos, sino con su forma de mirarme, con esa paciencia de quien siempre supo esperar.

Con él me di primer beso. Con él perdí la virginidad. Y con él aprendí lo que era la cercanía de un hombre. Ningún otro había estado en mi cama, ni en mi cuerpo. Solo Andoni.

A veces me pregunto si lo amo de verdad o si lo que siento es simplemente costumbre, lealtad, la seguridad de alguien que siempre estuvo ahí. No lo sé. Nunca lo he sabido. Lo que sí sé es que él es la mejor opción para mi vida. La elección perfecta. El hombre que me asegura estabilidad, que respeta a mi familia, que siempre ha estado dispuesto a protegerme.

Y aunque mi corazón es un caos, aunque a veces me descubro pensando en cosas que no debería, Andoni es la certeza. La pieza que encaja. Quizás no sea un amor de cuento de hadas. Pero en nuestra vida... *¿quién necesita cuentos?*

ADAM

Me apoyé contra la pared del pasillo, con las manos temblando. Las miré: aún estaban manchadas de sangre seca, mezclada con agua sucia. No sabía si era de ella o de los hijos de puta a los que casi reviento.

Me dirigí al baño más cercano. El grifo chirrió al abrirse y el agua helada me golpeó los dedos, arrastrando el rojo por el desagüe. Froté con rabia, una y otra vez, como si pudiera borrar lo que había pasado en esas duchas. Pero no eran solo las manos... era todo lo que me hervía por dentro.

Recordaba cada detalle: los gritos, los cuerpos sobre ella, el miedo en su voz. Y después... la forma en que la sostuve, la manera en que me aferró, como si yo fuera su única salvación.

Tragué saliva, golpeando el lavabo con el puño.

—¿Qué cojones me pasa?

No lo entendía. No entendía cómo había podido lanzarme así. No entendía cómo había roto todas mis putas reglas por una reclusa. Y no una cualquiera. Una Romano. Una puta mafiosa...

Desde el primer día la odié. Su arrogancia, su boca venenosa, su forma de mirarme como si supiera cómo romperme. La odiaba porque representaba todo lo que detestaba de esta vida. Y, aun así, ahí estaba yo, metiendo las manos en el fuego por ella.

No. Tenía que convencerme. No fue por ella. No fue por Reinetta Romano. Fue por mí. Por mi humanidad. Porque, joder, aunque lleve este uniforme y me digan que debo ser de piedra, sigo siendo humano. Si hubiera sido cualquier otro preso... no, no me habría movido. Jamás. Pero ella... ella es mujer. Es joven. Y ver lo que esos cabrones estaban a punto de hacer... eso es algo que no se tolera.

No fue por ella. Fue por lo que estaba pasando. Por mis recuerdos… por el pasado. Eso es lo que tengo que repetirme.

Me enjuagué otra vez las manos, aunque ya estaban limpias, y me miré en el espejo.

Mi reflejo devolvía una mirada dura, cansada. Ojeras profundas, mandíbula apretada, la frustración marcaba cada línea de mi cara.

—La odio —murmuré, casi con rabia, como si necesitara escucharlo en voz alta.

La odio. La odio. La odio.

Seguí repitiéndolo en mi cabeza mientras el agua seguía corriendo cuando escuché la puerta abrirse.

Me giré despacio, con el ceño fruncido, y ahí estaba Jones. El único en este maldito lugar al que podía llamar amigo.

—Te estaba buscando —dijo, arqueando una ceja al verme empapado hasta los codos—. ¿Qué coño ha pasado en las duchas? Media prisión lo está comentando.

Me sequé las manos con una toalla, sin responder al instante. No quería revivirlo. No quería ponerle palabras a lo que había sentido.

—Los negros quisieron pasarse de listos con la Romano —respondí al fin, con la voz baja, dura.

Jones chasqueó la lengua.

—Me imaginé que tarde o temprano pasaría. Esa capulla es preciosa. Y, por cierto, he visto tu cara cuando saliste. Tu no sueles perder el control, Adam.

—No lo he perdido, joder. —repuse de inmediato, más rápido de lo que debería, casi como un reflejo.

Jones no insistió. Me conocía lo suficiente para saber cuándo no rascar más. Se limitó a cruzarse de brazos y apoyarse en la pared, observándome en silencio.

—Hazme un favor —le dije, rompiendo la tensión—. Quédate vigilando a la Romano esta noche.

Frunció el ceño.

—¿Yo? Pensé que era tu asignación hasta mañana.

—Lo es —admití, apretando la mandíbula—. Pero me encuentro mal. Necesito... aire.

Jones me estudió un segundo, como si intentara leer lo que de verdad escondían mis palabras. Pero no dije nada más. No podía. No iba a entrar de nuevo en esa enfermería. No iba a verla otra vez en ese estado, desnuda, rota, mirándome como si yo fuera alguien en quien pudiera confiar.

—Está bien —dijo al fin Jones, con ese tono leal de siempre—. Yo me encargo.

Asentí, dándole una palmada seca en el hombro, y pasé de largo sin añadir nada.

Mientras me alejaba por el pasillo, con las botas resonando contra el suelo, una idea me taladraba la cabeza con rabia contenida: no era por ella. Era por mí. Porque si la volvía a ver... sabía que esa jodida debilidad volvería a romperme.

•••

El silencio de mi apartamento me golpeó como un muro. Dejé las llaves sobre la mesa, y mis ojos fueron directo al papel doblado en el salón. Reconocí la letra de Jezabell enseguida:

"Llegaré tarde. Sesión de modelaje. Te amo."

Me dejé caer en el sofá, leyendo esas palabras una y otra vez. La necesitaba.

Dios, cómo la necesitaba.

Ojalá hubiera estado en casa para besarme, para bajarme la rabia de un simple roce. Hubiera dado lo que fuese por hundirme en sus brazos y olvidar todo lo que me carcomía por dentro. Pero no. Estaba solo. Solo con el eco de lo que había pasado en esas duchas.

Suspiré hondo, pasándome una mano por el pelo, y me puse en pie.

Cada músculo me dolía, no del combate, sino de la tensión acumulada.

Crucé hasta el baño, arrancándome poco a poco el uniforme, con movimientos bruscos, como si la tela me pesara toneladas. La camisa cayó primero. La tiré al suelo, empapada aún de humedad.

El aire fresco chocó contra mi torso y vi mi reflejo en el espejo: el pecho amplio, duro. Los músculos tensos, como si mi cuerpo estuviera hecho para la guerra y no para el descanso. Desabroché el cinturón con un chasquido metálico y dejé caer el pantalón. Las botas resonaron contra el azulejo al quitármelas. Allí estaba yo, frente al espejo, solo en calzoncillos, el cuerpo fuerte y definido de un hombre que había pasado la vida entrenando, conteniéndose, sobreviviendo. Y, aun así, no reconocía la mirada que me devolvía el cristal.

Me deslicé la última prenda y quedé desnudo, completamente expuesto frente a mí mismo. El vaho del baño empañaba poco a poco la superficie, pero aún alcanzaba a ver las líneas de mi abdomen, el relieve de mis hombros y brazos.

La respiración me agitaba el pecho.

Abrí la ducha y me metí bajo el agua hirviendo. Cerré los ojos, dejando que cada gota me golpeara como cuchillas ardientes, intentando arrancarme de encima la sensación de Reina aferrada a mí, temblando, desnuda, vulnerable. Me enjaboné con violencia, como si pudiera borrar su piel de la mía, pero no lo lograba.

Cada vez que cerraba los ojos, no veía a Jezabell, no veía mi casa, no veía nada más que a ella. A Reina. Su cuerpo mojado bajo el agua, sus tetas enormes, firmes, pegándose a mi pecho cuando la levanté. El calor de su piel contra mi uniforme empapado. El roce de sus pezones, tan marcado que aún lo sentía.

Me apoyé contra la pared de la ducha, con los nudillos blancos de apretar tanto.

—Joder... —murmuré con la voz rota.

Salí al cabo de un rato, secándome sin cuidado.

La toalla apenas me recorrió el cuerpo antes de caer al suelo, y me dejé caer desnudo en la cama. La oscuridad de la habitación no ayudaba. Mi mente seguía repitiendo las mismas imágenes como un castigo.

No era la pelea lo que volvía a mí. Ni siquiera su voz suplicando mi nombre. Era su cuerpo. El contraste de la fuerza con su fragilidad. El brillo de su piel bajo el agua. Los pechos gigantes, pesados, perfectos, que había intentado no mirar... y que ahora me perseguían.

Me odiaba por eso. Me odiaba porque el calor me recorría entero, bajando hasta mi vientre, haciendo que mi cuerpo reaccionara sin permiso. Endureciéndose con una brutalidad que me encendía la sangre.

Me pasé una mano por la cara, frustrado, casi furioso conmigo mismo. No quería. No debía. Y, sin embargo, cada segundo que pasaba era peor. El deseo me consumía, implacable, incontrolable.

Rodé hasta quedar boca abajo, la frente hundida en la almohada. Mi respiración estaba fuera de control, jadeante, como si hubiese

corrido una maratón. Y entonces lo noté: mi erección, mi polla dura, palpitante, presionando contra las sábanas ásperas. Cada mínimo movimiento era un roce que me arrancaba un escalofrío.

Cerré los ojos con fuerza, apretando los dientes, pero mi cuerpo me traicionaba. Comencé a moverme despacio, rozando mi polla contra la sabana, buscando fricción como un condenado. El calor subía de golpe, el pulso retumbaba en mis sienes.

Un gemido bajo, ronco, escapó de mi garganta. Me mordí el labio, intentando contenerlo, pero otro le siguió, más intenso, más cargado de rabia que de placer.

La fricción se volvió necesidad.

Me deslicé con más fuerza, empapando las sábanas con el sudor de mi piel, jadeando cada vez que mi miembro se rozaba contra la tela húmeda.

La imagen regresó como un castigo: sus pechos bajo el agua, firmes, pesados, pegándose a mi pecho cuando la levanté. Sentí el temblor de sus dedos en mi cuello, el calor de su piel desnuda contra mí... y cada recuerdo me arrancaba un gemido más profundo, más desesperado.

—Dios... —susurré contra la almohada, casi suplicando.

No pronuncié su nombre. No podía. Pero estaba allí, en mi mente, en cada roce, en cada espasmo de placer que recorría mi cuerpo. Odiándome. Maltratándome. Y, aun así, fui incapaz de detenerme.

La fricción se volvió insoportable, cada movimiento contra la tela áspera de las sábanas me arrancaba gemidos más profundos, más sucios, hasta que el calor me explotó por dentro. No necesité mis manos, no necesité nada más. Solo ese roce, salvaje, humillante, que me llevó directo al límite.

Me corrí jadeando, pegado a la cama, dejando que el espasmo recorriera todo mi cuerpo. Mi pecho subía y bajaba con violencia, tenía la piel empapada en sudor, el corazón desbocado como si fuese a romperme las costillas.

Hundí la cara contra la almohada, gruñendo entre dientes, mientras el pulso frenético se iba apagando poco a poco.

El silencio que siguió fue peor que cualquier ruido. Me quedé quieto, con las sábanas húmedas bajo mi cuerpo, respirando como un animal agotado. La excitación se desvanecía y en su lugar llegó la lucidez... y con ella, la culpa.

Abrí los ojos, mirando la oscuridad de mi cuarto, y el asco me golpeó de lleno.

—¿Qué cojones acabo de hacer...? —susurré, con la garganta seca.

Me pasé las manos por la cara, furioso conmigo mismo. Yo, que nunca había mirado a otra mujer desde que conocí a Jezabell. Yo, que siempre había sido leal, incapaz de traicionarla siquiera en un pensamiento. Y ahora... ahora me había corrido como un maldito crío, fantaseando con una mafiosa. Con *ella*.

El estómago se me revolvió. Me sentía sucio, traidor, débil. Jezabell no merecía esto. No merecía un hombre que, aunque fuera por un segundo, había deseado a otra.

—Nunca más —murmuré, apretando los puños.

Nunca volvería a dejar que esa mujer se metiera en mi cabeza. Nunca más iba a pensar en su cuerpo, ni en sus labios, ni en el calor de su piel contra la mía. La odiaba. Me odiaba. Y si alguna vez se le ocurría darme las gracias por haberla salvado, se las escupiría en la cara.

Yo era Adam Muller. Y lo único que ella iba a recibir de mí sería desprecio. Nada de treguas. Nada de debilidad. A partir de ahora, volvería a tratarla como lo que era: una Romano. Una mafiosa. Mi enemiga.

CAPÍTULO 5

REINA

La noche en la enfermería se volvió eterna. El silencio solo se interrumpía con el goteo rítmico del suero y el crujir de la camilla cada vez que intentaba moverme. La luz blanca me ardía en los ojos, demasiado fría, demasiado limpia para lo sucia que me sentía por dentro.

El agente Jones entraba de vez en cuando. Se asomaba, preguntaba con voz baja si todo iba bien, y luego se marchaba. Su presencia no era molesta; tenía esa calma de hombre sencillo que no carga con demasiados demonios.

La enfermera, en cambio, entraba cada hora para revisar mis heridas. Cambiaba vendajes, aplicaba ungüentos, me pedía que girara el cuerpo cuando yo apenas podía hacerlo. Cada contacto suyo me recordaba las marcas, los moratones, los cortes. El espejo de lo que había pasado.

Soy fuerte. Siempre lo he sido. Pero esta noche... esta noche la debilidad me calaba hasta los huesos. Sentía un nudo en la garganta que no se deshacía, unas ganas de llorar que me quemaban por dentro.

Cuando el silencio regresó y estuve sola, cerré los ojos. El aire se me escapó en un sollozo seco, que pronto se convirtió en un llanto contenido. Me tapé la boca con las manos, ahogando los sonidos, porque no quería que nadie me oyera. Las lágrimas rodaron calientes, implacables, hasta mojar la almohada.

Lloraba por lo que me hicieron. Lloraba por el asco, por la rabia, por el miedo que me había devorado allí, contra esas baldosas frías. Y mientras lloraba, recordé a mi padre.

Alessio Romano.

Él me había entrenado para ser fuerte, para resistir lo que nadie más podría soportar, pero también me había enseñado que las lágrimas no son debilidad, que a veces llorar es la única forma de soltar el veneno para poder seguir respirando.

"Llora si lo necesitas, hija mía —me decía con esa voz firme, que no admitía réplica—. pero cuando termines, levántate más fuerte. Porque los Romano nunca se rinden."

Y eso hice. Lloré. Por lo que intentaron arrebatarme. Por la humillación y el dolor. Lloré hasta que no me quedaron fuerzas, hasta que el pecho me ardió y la garganta se secó.

Después me obligué a parar. A limpiar mi rostro con brusquedad, como si arrancara las huellas de lo que había sentido. No puedo quedarme aquí, atrapada en ese momento. No soy una víctima. No voy a serlo.

Respiré hondo, apretando los puños con fuerza. Soy su hija. Soy una Romano. Y aunque esta noche me he derrumbado, mañana me levantaré más dura, más fría.

No voy a olvidar lo que me hicieron, porque cada recuerdo será gasolina. Una llama que me guiará hasta el día en que los encuentre. Uno por uno. Y se lo haré pagar.

La madrugada en la enfermería era un tormento.

La calma nunca era calma del todo: los tubos goteaban, el reloj tic-taqueaba lento, y cada vez que cerraba los ojos me atacaban

recuerdos en forma de sombras: el dolor en mis costillas, los moratones palpitando, las heridas ardiendo bajo las vendas... todo me mantenía despierta, atrapada entre el insomnio y el cansancio.

No sé en qué momento me venció el sueño, pero un murmullo me arrancó de golpe de ese frágil descanso. Voces bajas, masculinas, filtrándose por la puerta entreabierta. Mi cuerpo se tensó al instante. Reconocí una enseguida.

Jones. Y… el agente Muller.

Me quedé inmóvil, el corazón comenzó a latirme fuerte. Fingí dormir, aunque cada músculo estaba alerta.

La puerta se abrió y sus pasos resonaron en el silencio de la enfermería.

—¿Y Jezabell? —preguntó Jones en voz baja.

—Está bien —contestó Muller, seco, pero con un deje distinto—. La amo, Jones. Ella es mi vida. Mi mujer.

El nombre cayó sobre mí como un peso.

Jezabell.

Buena información, incluso mejor de lo que esperaba. Ya sabía que tenía pareja, pero ahora tenía un nombre... un rostro que todavía no conocía, pero conocería. Y pensé que tal vez no sería a él a quien mataría primero. Tal vez lo más cruel sería arrancarle a su Jezabell, hacerle sentir la viudez antes de que yo misma lo mandara al infierno.

Que me hubiera salvado no cambiaba nada: Muller seguía siendo mi enemigo. Y yo ya conocía su punto débil.

Los pasos se acercaron a mi camilla. Lo sentí detenerse a mi lado. Su presencia era inconfundible, pesada, casi sofocante.

—Mírala —susurró Muller, y su voz bajó aún más, como si hablara solo para él—. Así dormida no parece una víbora. Parece... un angelito.

El aire me quemó en los pulmones.

¿Un angelito?

Sentí como la piel se me erizaraba. Y de pronto, un roce. Una caricia lenta, inesperada, que me recorrió la mejilla. Su mano.

Adam Muller pasándome la mano por la cara.

Tuve que contener el impulso de abrir los ojos y escupirle en la cara. Me mordí la lengua con fuerza, fingiendo respiraciones tranquilas, como si de verdad estuviera perdida en sueños.

Jones soltó una risa breve, incrédula.

—Eso mismo pienso yo... —murmuró, con un deje de asombro—. No entiendo cómo una chica tan joven, tan preciosa... puede ser una mafiosa. Y tan peligrosa, además.

El silencio se cargó de tensión. Y entonces, como un látigo, llegó el veneno de Muller.

—Preciosa o no, no te confundas. Es basura. Una Romano. Si desapareciera mañana, el mundo sería un lugar más limpio.

Cada palabra me atravesó como un disparo. Por dentro ardía. No me moví, seguí fingiendo que dormía, pero juré en silencio que esas frases no se borrarían nunca. Algún día se las devolvería.

—Bueno, mi turno acaba aquí —dijo Jones, rompiendo la quietud— Quédate tú.

—Sí —respondió Muller, escueto.

La puerta se cerró y nos quedamos solos. Él pensando que yo dormía. Yo ardiendo en rabia bajo mis párpados cerrados.

Minutos después, la puerta se abrió con un chirrido suave. Escuché pasos firmes, medidos, que se acercaban a la mesa metálica del fondo.

El sonido de un tintineo leve, quizá cristal o metal me confirmó que la enfermera había traído lo necesario para seguir con las curas.

Yo no moví un músculo, seguí con los párpados apretados, fingiendo dormir.

Sentí un silencio breve, luego su voz, baja, dirigida a Muller:

—Cuando despierte le daré el alta, pero no podrá valerse por sí sola todavía. Alguien tendrá que cuidarla en la celda.

Un nudo se me formó en la garganta. No quería necesitar cuidados de nadie, y menos de él.

Muller soltó una risa seca, irónica.

—¿Me estás pidiendo que haga de niñera de una mafiosa? —murmuró con sarcasmo—. De la tipa más venenosa que ha pisado estos pasillos.

Cada palabra me atravesó como un cuchillo. Fingí calma, pero por dentro ardía.

La enfermera chasqueó la lengua, molesta, pero manteniendo el tono bajo.

—No lo pido, te lo digo. Esa "tipa venenosa" es una chica de dieciocho años que anoche estuvo a punto de ser violada y que ahora mismo apenas puede sostenerse en pie. Está débil, maltrecha, y sí, menos mal que apareciste, porque si no... no lo quiero ni pensar.

El corazón me latió con fuerza. Odiaba que me nombraran así, como si fuera una víctima indefensa. Pero odiaba más que él escuchara esas palabras.

Adam gruñó por lo bajo, molesto.

—Sigue siendo lo que es. Una Romano.

Me mordí la lengua. Sí, era una Romano. Pero esa noche había estado a un suspiro de perderlo todo. Y aunque quisiera ocultarlo, esas heridas me recordaban la verdad.

La enfermera no se alteró, pero bajó el tono, incisiva:

—Ayer no hablabas así. Ayer la mirabas con preocupación. No parecía solo una presa para ti. Muller, joder. Y no me vengas con excusas... la escuché llorar anoche.

Mis mejillas se calentaron de vergüenza. Contuve la respiración con fuerza, rogando que no dijera más.

Silencio. Una pausa tensa. Pude oír la respiración del agente, pesada, como si contuviera algo.

—Te equivocas —dijo al fin, frío, cortante—. Era solo parte del trabajo. Nada más.

La enfermera no contestó. Solo un leve suspiro, y volvió a moverse por la sala.

Yo me quedé rígida bajo las sábanas, tragando la rabia en silencio. Ojalá pudiera levantarme y escupirles a la cara que no necesitaba ni sus cuidados ni su lástima.

La puerta se cerró con suavidad tras la salida de la enfermera. El silencio volvió a llenar la sala, roto solo por un suspiro profundo y pesado. Escuché cómo una silla se arrastraba levemente contra el suelo, y luego el crujido de la madera bajo el peso de Adam al sentarse.

Ese sonido fue suficiente. Ya había fingido bastante. Decidí que era hora de abrir los ojos.

Parpadeé lentamente, como si despertara de un sueño real.

Lo primero que vi fue su figura erguida, incorporándose al notar mi movimiento. Nuestras miradas se cruzaron de golpe. Yo, desde la camilla; él, desde la silla. Y durante unos segundos que parecieron eternos no hubo palabras, solo ese choque mudo, cargado de odio, de tensión contenida.

—¿Ni siquiera te vas a dignar a preguntarme qué tal estoy, agente? —solté al fin, con la voz áspera pero firme, rompiendo el silencio.

Su mandíbula se endureció y respondió sin apartar los ojos de los míos:

—Lo que hice ayer fue por trabajo. No porque me importes. Para mí sigues siendo la misma mierda que antes.

Sentí cómo esas palabras me atravesaban.

No eran solo insultos, no era solo su odio: era lo que no decía lo que más dolía. Porque, después de lo de ayer, después de tener a esos cabrones encima de mí, de sentir sus manos, sus risas, su fuerza aplastándome... lo único que necesitaba era lo contrario. Una palabra de alivio, una mínima pizca de consuelo. Un "estás bien ahora". Un "no te preocupes". Algo que me hiciera pensar que no estaba sola en este agujero. Pero no. De sus labios no salía nada más que veneno.

Sin poder evitarlo, aun apretando los dientes con todas mis fuerzas, giré la cabeza hacia un lado. Quería que no lo viera, quería ser de piedra, pero el cuerpo me traicionó. Primero un calor insoportable en los ojos, después el temblor en la garganta... y finalmente las lágrimas. Cayeron silenciosas al principio, resbalando por mi piel herida, y luego en cascada, sin control, humedeciéndome la mejilla y la sábana.

Una presión enorme se me instaló en el pecho, como si me estuvieran aplastando de nuevo contra aquel suelo inmundo.

Cerré los ojos con fuerza, deseando que se detuviera, que se apagara esa maldita debilidad. Maldije, en mi fuero interno, a mi madre por haberme enseñado que llorar no era vergüenza, sino desahogo.

"Nunca reprimas tus lágrimas, hija, hasta los fuertes necesitan llorar", me decía.

Ahora la odiaba por eso. Porque gracias a ella, yo, una Romano, estaba llorando delante del hombre que menos debía verlo.

Me cubrí un poco con la manta, queriendo ocultar el rostro.

Escuché el roce de sus botas contra el suelo, lentos, acercándose. Mi corazón dio un vuelco al mismo tiempo que mi orgullo gritaba que no, que no podía permitirlo. Su respiración se volvió más cercana, más densa, como si también le pesara estar ahí, como si no supiera qué hacer conmigo.

Seguí con la cara girada hacia un lado, las lágrimas corriéndome sin freno, empapándome la piel. Cada sollozo que se escapaba, por más que intentaba ahogarlo, era otra derrota.

—No... —susurré con la voz rota, apenas audible—. No te acerques.

No se detuvo. Lo sentí más próximo, su sombra cayendo sobre mí.

—He dicho que te vayas —escupí entonces, con la poca fuerza que me quedaba, entre lágrimas y rabia—. No te quiero aquí.

La tensión era un hilo a punto de romperse. Mi cuerpo temblaba, no sabía si de debilidad o de furia, y cada paso suyo me parecía un desafío, una provocación.

Yo no quería mirarlo, no quería verlo. Solo necesitaba que desapareciera, que me dejara con mis heridas, mis lágrimas y mi odio.

Él no respondió a mis gritos ahogados. El silencio fue lo único que me contestó al principio, un silencio denso que me hacía hervir de impotencia. Pensé que se marcharía, que lo había logrado alejar... pero no.

El colchón se hundió bajo su peso cuando se sentó a mi lado. Mi cuerpo se tensó al instante, clavé las uñas con fuerza en la sábana.

Sentí su calor demasiado cerca, su respiración agitada, luchando consigo mismo.

—No me toques... —supliqué y ordené a la vez, con la voz rota—. He dicho que no me toques.

Pero lo hizo. Su mano, áspera, grande, se acercó con suavidad. Rozó mi mejilla, obligándome a girar un poco el rostro, a enfrentar la

dirección contraria. Yo solté un sollozo de rabia, mordiéndome el labio hasta hacerme daño.

—¡He dicho que no! —grité con la poca fuerza que me quedaba, y las lágrimas cayendo todavía más rápido, traicionándome.

Mi orgullo se destrozaba. No solo por mis heridas, no solo por el llanto, sino porque él era ahora quien me tocaba, quien veía mi debilidad más desnuda que nunca. Y, sin embargo, no se apartó. No dijo nada. Solo acercó sus dedos y comenzó a limpiar lentamente las lágrimas que surcaban mi piel. Una a una, como si borrar aquel rastro fuese posible.

Yo me revolvía por dentro. Lo odiaba. Lo odiaba más que nunca. Pero cada caricia silenciosa, cada lágrima que apartaba de mi cara, me hacía sentir un nudo en el pecho imposible de arrancar.

Él no habló. Yo tampoco. Solo su respiración y la mía, descompuesta, llenaban el espacio entre los dos. Y esa extraña paradoja: el hombre que más me despreciaba, secándome las lágrimas que nunca quise mostrar.

Las lágrimas seguían cayendo, aunque él tratara de borrarlas con sus dedos. Cada roce suyo me quemaba, me rompía más de lo que quería admitir.

El silencio me asfixiaba, y al final no aguanté más.

—¿Por qué...? —pregunté entrecortada, con la voz rota, mirándolo con rabia y dolor—. ¿Por qué haces esto, agente?

Su mano se detuvo en seco. Vi cómo sus ojos se oscurecían, cómo el veneno volvía a asomar en sus labios.

—Para que cierres la puta boca y dejes de sollozar como una cría —escupió, con un tono gélido que me atravesó más que cualquier insulto.

Retiró la mano de golpe, como si mi piel lo hubiera quemado, y se puso de pie sin mirarme más.

El sonido de sus botas golpeando el suelo retumbó en mi pecho como martillazos. La puerta se abrió con violencia contenida y, un segundo después se cerró tras él, dejándome sola de nuevo. Sola con mis lágrimas, con mi rabia, y con la humillación de haber dejado que me viera rota.

ADAM

El aire de la madrugada me golpeó de lleno, frío, áspero, como si intentara arrancarme la confusión a la fuerza.

Me apoyé en la pared, respirando hondo, pero el nudo en el pecho no cedía.

Me había jurado odiarla. Tenía que hacerlo. Después de lo que pasó anoche en mi cama, después de correrme pensando en ella, lo único que me repetía era que nunca más, que no volvería a perder el control. Que no volvería a dejar que esa cría se metiera en mi cabeza. Porque eso es lo que es: una cría. Joder, dieciocho años. Y encima una Romano. Mafiosa hasta la médula. El tipo de basura que debería darme asco, el tipo de gente que mató a mis padres. Pero verla hoy... verla llorar de esa forma, rota, débil... me jodió. Me partió por dentro de una manera que no sé ni cómo nombrar.

La frialdad que siempre me define, la coraza de piedra con la que he vivido todos estos años se agrietó en cuanto la vi temblando, con los ojos hechos pedazos. Y lo peor es que quise consolarla. Abrir los brazos y decirle que ya estaba a salvo. A mí, que nunca me ha temblado la mano para hundir a nadie, me dieron ganas de proteger a la hija de un puto capo.

Por eso tuve que escupirle veneno. Por eso solté aquellas palabras crueles. Necesitaba recordarme a mí mismo quién soy y quién es ella.

Esta niña que solo lleva aquí una puta semana me había descolocado más que cualquier otro preso en los ocho años que

llevo trabajando aquí.

Jezabell. Pensé en ella. En su sonrisa, en lo que significa para mí. Ella es mi ancla, mi centro. La mujer a la que amo, la única que me importa. Y mientras tanto... yo aquí, dejando que una niña mafiosa me tambalee las convicciones.

—Joder... —murmuré entre dientes, golpeando la pared con el puño.

El chasquido del walkie en mi cinturón me sacó en seco de mis pensamientos.

—Muller, la chica ya tiene el alta. Ven a por ella.

Respiré hondo, cerrando los ojos un segundo. Tenía que ser fuerte. Tenía que recordarme quién era ella. Una Romano. Una mafiosa. Una peste que no merecía compasión. Me repetí esas palabras como un escudo antes de empujar la puerta de la enfermería.

Al entrar, la vi de inmediato. Ni rastro de lágrimas. Ni rastro de debilidad. Se había rehecho, como si en pocos minutos hubiese levantado otra vez esa máscara que tanto la caracterizaba.

Sus ojos felinos, afilados, me atravesaron con una seguridad que no cuadraba con los moratones que aún marcaban su piel.

Se levantó despacio, con un paso decidido que desmentía el dolor de su cuerpo, y se plantó frente a mí.

—¿Y bien, agente? —escupió con desdén, alzando las muñecas hacia mí—. ¿O vas a quedarte mirándome todo el día?

Noté cómo mi mandíbula se tensaba, cómo el maldito pulso se me aceleraba por su cercanía.

Saqué las esposas con un movimiento brusco, metálico, y se las coloqué en las muñecas con toda la hostilidad que pude transmitir en ese gesto. Ella no apartó la mirada, orgullosa, casi desafiándome.

—Listo —murmuré entre dientes, sin mirarla más.

Salimos de la enfermería. Sus zapatillas resonaban al compás de mis botas, y aunque intentaba mantener el paso firme, la vi tambalearse

apenas unos centímetros. El instinto me empujó a extender la mano, a sostenerla, pero me contuve. La dejé recomponerse sola, como si nada hubiese pasado. Porque eso era lo que tenía que ser: nada. Ella no era nada para mí.

El trayecto hasta la celda fue un silencio absoluto. No hubo palabras, ni miradas, ni nada más allá del eco de nuestras pisadas en los pasillos. Yo no la toqué más de lo necesario, ella no se dignó a hablar. Cuando la puerta de la celda se cerró tras su espalda, fue como si cada uno hubiera vuelto a atrincherarse en su propio bando.

Pasaron los días.

Dos semanas enteras. Durante ese tiempo, apenas cruzamos palabras. Cuando lo hacíamos, eran simples dardos envenenados, sarcasmos lanzados de un lado al otro, más por costumbre que por verdadera rabia. El odio seguía ahí, intacto, pero quieto, como una bestia en reposo.

Reina fue sanando poco a poco. Los moratones se difuminaron, las heridas cicatrizaron. Solo quedaban las marcas invisibles: las pesadillas que la despertaban a veces en mitad de la noche. Pero se recomponía rápido. No permitía que nadie la viera débil, y menos yo.

Por mi parte, mantuve la distancia. No volví a perder el control. Ni una sola vez. Jezabell fue mi refugio. Cada noche, cada día libre, la buscaba con ansia, y la follaba como si necesitara recordarme a quién pertenezco, cuál es mi vida, dónde está mi centro. No hubo espacio para la maldita mafiosa en mi cabeza. No en mi cama, no en mis fantasías. Jezabell era todo lo que necesitaba.

Ahora, todo parecía en calma. Pero en una cárcel como esta, la calma nunca dura demasiado.

Las duchas eran su punto débil. Lo sabía yo, lo sabía ella y lo sabían todos. Desde aquella noche, aquel intento maldito, cada vez que le tocaba entrar aquí el aire se volvía más pesado. El sonido del agua cayendo no era solo agua: eran recuerdos. Sombras que se colaban en cada rincón de los azulejos, en cada gota que resbalaba por su piel.

Desde hacía días me habían advertido que no bastaba con vigilar desde fuera: debía quedarme dentro de las duchas con ella. No podía permitir que otro cabrón intentara lo mismo de nuevo. Así que allí estaba, dentro de ese cubículo húmedo, con el vapor empañando el aire y el olor a humedad pegándose a la piel. Siempre de espaldas, brazos cruzados, apoyado contra la pared fría, fingiendo indiferencia mientras escuchaba el agua golpeando el suelo y deslizándose por los azulejos.

El ambiente era opresivo.

El eco de las gotas parecía repetirse en cada rincón. El calor del vapor mezclado con el frío cortante de las baldosas creaba una tensión extraña, un contraste que no ayudaba a olvidar lo que había pasado allí.

Yo me mantenía inmóvil, dándole la espalda, marcando distancia.

Los primeros días entraba temblando, como si en cualquier momento fuera a desplomarse. La toalla la apretaba contra el pecho como un escudo. Pero habían pasado dos semanas, y aunque todavía llevaba las cicatrices en la piel, había aprendido a controlar el temblor. Ahora caminaba erguida, con ese orgullo insolente que tanto la definía, como si quisiera gritar que ya no la doblegaría nadie, ni siquiera aquí, en su lugar más vulnerable.

Para mí era rutina. Vigilar, esperar, mirar al suelo o a la pared para no ver más de lo que debía. Pero aquel día algo quebró la rutina.

Un grito.

Me giré instintivamente, en un segundo. Crucé el espacio que nos separaba y corrí la cortina de un tirón.

—¿Qué pasa? —la voz me salió dura, más brusca de lo que pretendía.

La vi contra la pared, encogida, con el agua golpeándole el cuerpo. Su mano se apretaba contra el pecho, y de entre sus dedos se escapaba un hilo rojo que se mezclaba con el agua, bajando hasta su vientre en un reguero escarlata.

Sus ojos estaban desbordados, vidriosos.

—Se me han soltado los puntos... —jadeó, con la voz temblorosa, rota—. ¡Me duele, joder, me duele mucho!

No pensé. No razoné. Entré bajo el agua, sintiendo el uniforme pegarse al cuerpo de inmediato. Arranqué un trozo de tela de mi manga y, sin dudar, le aparté la mano con firmeza.

Posé la mía sobre su teta, sosteniéndola para poder presionar la tela contra la herida. Sentí el calor de su piel bajo mis dedos, la curva perfecta llenándome la palma, el latido acelerado justo debajo. Y entonces, ocurrió: su pezón, duro, reaccionando al contacto. Lo noté. Maldita sea, lo noté.

Ella cerró los ojos con fuerza, como si quisiera hundirse en la pared. Pero no apartó mi mano. Y yo, con la mandíbula tensa, sentí cómo el aire se volvía imposible, cargado de una electricidad brutal.

Nos odiábamos. Nos lo recordábamos a diario. Y, sin embargo, en ese instante, bajo el agua, con su pecho en mi mano y mis dedos manchados de sangre, el odio se mezclaba con algo más. Algo prohibido, peligroso, que no podíamos nombrar.

El agua resbalaba por ambos, el ruido del chorro cubría nuestros jadeos, y todo parecía transcurrir a cámara lenta. Un segundo de más en esa posición y la frontera se difuminaría del todo.

Yo debía ser de piedra. Pero, joder, su fragilidad mezclada con su fuerza, su dolor mezclado con esa tensión brutal... me estaba destrozando por dentro.

Pasamos minutos así, en silencio, con el agua cayendo sin descanso, arrastrando la sangre que poco a poco se iba diluyendo en el desagüe. Mi mano seguía presionando su pecho con la tela improvisada, el calor de su piel quemándome la palma, y ella no decía nada. Yo tampoco. Pero el silencio era insoportable, cada segundo nos acercaba más al límite.

Mis ojos se desviaron hacia sus labios, mojados, brillantes, casi provocativos en medio de aquel cuadro de dolor y fragilidad. Y

entonces, como la arpía que era, abrió la boca para soltar veneno:

—¿Vas a seguir ahí plantado o vas a llevarme a la enfermería de una puta vez, agente? —su voz salió cargada de desprecio, sarcástica.

La rabia me golpeó directo. Apreté con más fuerza la tela contra su herida, arrancándole un quejido ahogado, y me incliné aún más sobre ella.

Sentí su aliento chocar contra el mío, dulce, exquisito, colándose sin querer entre mis sentidos, mientras el vaho de la ducha nos envolvía como una niebla espesa.

—Si no te callas... —susurré grave —. Voy a cortarte la lengua y van a tener que coserte algo más que el pezón.

Me incliné aún más, hasta que apenas nos separaba un suspiro, mi boca rozando casi la suya. Y con una mueca cruel le lancé la daga disfrazada de pregunta:

—¿Siempre que te toco te pones así de cachonda, niña?

Sus ojos se abrieron con furia, encendidos como brasas. La sangre le subió al rostro y, rabiosa, levantó la mano para pegarme. Era tan bajita que apenas alcanzaba a rozarme, pero el gesto fue tan rápido y feroz que tuve que reaccionar.

Le agarré la muñeca al vuelo, cerrando mi mano alrededor de su brazo con firmeza. Ella soltó un quejido ahogado, mezcla de dolor y furia, que se confundió con un leve gemido al sentirse atrapada.

Tiré de ella hacia mí sin pensarlo, y su cuerpo chocó contra el mío, empapado también por el agua. La acerqué tanto que ya no había espacio entre nosotros.

Su pecho se apretaba contra el mío, el vaho nos envolvía, y sus labios quedaron a un suspiro de los míos.

Por un maldito segundo, todo lo demás desapareció. No había cárcel, ni odio, ni heridas. Solo esa cercanía insoportable, ese borde afilado entre devorarnos o destrozarnos.

CAPÍTULO 6

ADAM

No sé en qué momento crucé la línea.

Tenía su muñeca atrapada, su cuerpo pegado al mío, tan cerca que sentía cada curva, cada latido.

El tiempo se detuvo.

Era como flotar en una puta nube venenosa. No veía a la presa, no veía a la hija de un capo: veía a una mujer joven, con la piel empapada y temblorosa contra mí. Y lo peor de todo... lo peor era cómo me hacía sentir.

El olor me golpeó de lleno, exquisito, casi irreal en este agujero inmundo. Ni siquiera en una cárcel podía desprenderse de esa fragancia a perfume caro, a lujo. Era como si llevara consigo un pedazo del mundo al que pertenecía, y yo... yo lo respiraba como un condenado, como si me envenenara y al mismo tiempo me diera vida.

Mi polla estaba dura. Asquerosamente dura. Lo odiaba, pero no podía evitarlo. Sentir su aliento tan cerca, su boca a un suspiro de la mía me estaba rompiendo por dentro.

Por un instante lo pensé. Besarla. Perderlo todo y hundirme en ese abismo que me estaba llamando a gritos.

Joder, estaba a medio centímetro de hacerlo.

Y entonces, el ruido seco y chirriante del walkie-talkie me devolvió de golpe a la realidad.

—Muller, ¿todo bien? —la voz retumbó en el aparato colgado de mi cinturón, rompiendo el hechizo como un disparo.

Ambos nos separamos bruscamente, casi como si nos hubieran sorprendido en un delito.

Ella retrocedió un paso, con los labios entreabiertos, los ojos todavía brillantes de furia y algo más. Yo di un paso atrás también, tragando saliva, el pulso desbocado. El agua seguía cayendo, arrastrando la

sangre y el calor de aquel momento, pero la tensión permanecía suspendida en el aire, insoportable.

Respiré hondo, tratando de recomponerme, de volver a ser el hombre de piedra que debía ser. Pero la verdad era que acababa de estar a un segundo de besar a Reinetta Romano. Y esa puta idea me perseguiría durante mucho tiempo.

—Todo en orden —gruñí al walkie, forzando la voz a sonar firme, aunque por dentro aún me temblaban las entrañas.

Silencio. Solo el agua cayendo, solo sus ojos clavados en los míos.

Entonces, como la víbora que era, abrió la boca para rematar lo que había quedado pendiente:

—¿Crees que me pondría cachonda contigo? —soltó con una sonrisa torcida, cruel—. Prefiero morirme antes que de que vuelvas a tocarme.

Me mordí el interior de la mejilla con tanta fuerza que casi sangré. Ese comentario me atravesó como una daga, porque lo que más me jodía era que, si no fuera por el maldito uniforme, si no fuera por las capas de tela que me protegían, sería yo quien estaría teniendo que soportar esa misma pregunta de sus labios.

Tenía una erección tan dura que apenas recordaba otra igual en mi vida.

Iba a responderle, a escupirle otra frase envenenada que la dejara callada, pero entonces vi como la tela improvisada que cubría su pecho comenzaba a teñirse de rojo otra vez, un hilo oscuro escapándose entre mis dedos.

El corazón me dio un vuelco.

Me asusté. No podía negarlo, aunque jamás lo admitiría. Pero no quería pasar ni un segundo más allí, tan cerca de ella, sintiendo su respiración mezclarse con la mía.

Solté un gruñido y di un paso atrás, obligándome a recomponerme.

—Vístete —ordené con la voz seca, helada—. Mi compañero te llevará a la enfermería.

Las palabras me supieron a hierro en la lengua. Porque, en cuanto las solté, una imagen me atravesó como un cuchillo: la de otro hombre viéndola así, desnuda, mojada, frágil. Y algo en mí se revolvió con violencia.

No quería que nadie más la mirara de esa manera, ni siquiera mi propio compañero. No podía soportar esa idea.

Apreté la mandíbula, conteniendo la rabia que no entendía, odiando cada segundo de aquella contradicción.

Salí de allí hecho una furia, empapado de arriba abajo, con el uniforme pegado a la piel como una segunda condena. El agua chorreaba todavía por mi pelo, por mis brazos, como si la puta ducha me siguiera persiguiendo.

Mi compañero me vio aparecer en el pasillo, pero no me detuve ni un segundo en explicaciones.

—Lleva a Romano a la enfermería —escupí con la voz dura —. Voy a cambiarme el uniforme.

No esperé respuesta. Me di la vuelta de inmediato, apretando los puños, y caminé a paso largo hasta el vestuario. Cada zancada era una descarga de rabia contenida.

Cuando cerré la puerta tras de mí, me apoyé en las taquillas de golpe, con la respiración disparada. Hiperventilaba. El pecho subía y bajaba como si hubiera corrido kilómetros. No sabía qué coño me estaba pasando. No entendía por qué esa cría, esa maldita mafiosa, me atraía de esa manera tan enferma. Era como si Dios me estuviera castigando. Como si quisiera hundirme en el barro, arrancarme la poca paz que me quedaba.

Yo, que tengo en casa a la mujer más hermosa del mundo, la única a la que amo, la única que me importa... y, aun así, mis pensamientos se desviaban hacia una reclusa. Una jodida Romano.

Un rugido me subió por la garganta y golpeé el casillero con el puño. El metal retumbó, vibrando.

El espejo colgado a un lado me devolvió mi reflejo, desencajado, los ojos enrojecidos, la mandíbula dura. Estuve a un segundo de reventarlo, de hacer añicos mi propia imagen.

No lo entendía. No encontraba sentido. Apenas habían pasado tres semanas desde que entró en esta cárcel y ya había conseguido colarse dentro de mi cabeza

¿Cómo era posible? ¿Cómo coño podía esa mocosa sacudir algo en mí?

No. Eso se acababa. Tenía que acabarse.

Me quedé quieto con los nudillos ardiendo, respirando como un animal acorralado.

Poco a poco, la furia dio paso al cansancio. No podía seguir así. No podía verla más. Si seguía cruzándome con ella, iba a perder lo que soy, lo que siempre he sido.

"Ríndete", me dije a mí mismo.

Esa era la solución. Hablar con Michael, pedirle que me cambie de tarea, que me asigne a otro módulo. Lo que fuera, pero lejos de la Romano. No quiero volver a verla nunca más.

El pasillo hasta el despacho de Michael siempre me había parecido interminable, pero esa vez sentía que los pasos me pesaban el doble.

Cuando abrí la puerta, lo encontré como nunca: serio, rígido detrás de su escritorio con los dedos entrelazados sobre la mesa. No había ni rastro de la cordialidad habitual con la que solía recibirme.

—Siéntate, Muller —dijo con voz grave, seca.

Me tensé al instante. Sabía que algo iba mal. Michael rara vez usaba ese tono conmigo.

—Tengo que hablar contigo —empecé.

Él asintió apenas y murmuró:

—Curioso, porque yo también quería hablar contigo. Y no es cualquier cosa.

Se inclinó hacia adelante, la mandíbula dura, los ojos oscuros.

—Me han llamado de arriba. Y cuando digo "de arriba", hablo de más arriba de lo que jamás había tratado antes. No sé quién cojones es Reinetta Romano... pero alguien con demasiado poder acaba de dar la orden de que no se le toque un pelo.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—El primer día pidieron lo contrario —continuó Michael—. Querían que la hundiéramos, que no tuviera tregua. Y ahora... ahora es intocable. Y no solo eso.

Abrió un cajón y sacó una carpeta.

La abrió despacio, como si le pesara hacerlo, y deslizó una fotografía hacia mí. Sobres translúcidos, un polvo blanco, un símbolo extraño estampado en la bolsa.

—Se cree que Alessio Romano ha creado una nueva droga. Algo fuerte, diferente. Quieren que averigüemos si es cierto.

Me incliné hacia adelante, la sangre bulléndome en las venas.

—¿Quién quiere eso, Michael? —escupí—. ¿Quién está detrás? ¿Mafiosos? ¿Corruptos? ¿Quién?

Michael apretó los labios.

—No lo sé. Te juro que lo pregunté esta mañana. ¿Sabes qué me contestaron? Que la orden viene de dos lugares: del Centro de Investigación de Italia y del puto gobierno.

Me quedé helado.

—¿El... gobierno? —murmuré, incrédulo—. ¿Qué pintan ellos en la vida de una mafiosa?

Él negó lentamente, con un gesto cansado.

—No tengo ni idea. Y créeme, Muller, prefiero no saberlo. Solo sé que nos han dado tres meses para presentar un informe sobre esta droga. Tres meses.

—¿Y si no conseguimos nada? —dije, con la voz seca.

Michael me sostuvo la mirada un segundo largo, antes de contestar:

—No lo dijeron, pero sonaba a amenaza. No es una sugerencia, Muller. Es una orden.

El silencio cayó entre nosotros como un bloque de cemento. Yo sentía el corazón en un puño.

Michael inspiró hondo y cambió el tono, quitándose la máscara de alcaide para hablarme como siempre lo había hecho, de hombre a hombre:

—Y necesito que seas tú quien lo haga. Eres el único en quien confío. Si alguien puede sacarle información a la Romano, eres tú. Y tienes mi permiso para todo. Seducirla, enamorarla, follártela... lo que sea necesario.

Me levanté de golpe, la silla chirrió contra el suelo.

—¿Estás de coña? No pienso hacer eso, joder. Tengo pareja, Michael. Jezabell...

—Eso no es problema —me interrumpió, tajante. Esta vez sí me miró con dureza, clavando la estocada final—. Tu suegro estaba en la reunión telemática de esta mañana. Fue él quien dio la idea.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

—¿Mi suegro? —musité, incrédulo—. ¿Qué coño...?

Michael sostuvo mi mirada, y vi algo extraño en sus ojos: rabia contenida, pero también miedo.

—Peter estaba allí, Muller. Y no solo estaba: lideró la conversación. Él presionó más que nadie.

El aire se me cortó en seco. Mi suegro. Mi familia. El puto gobierno. Una reclusa mafiosa. Todo mezclado en una maraña imposible.

—No lo entiendo... —susurré, con el pulso disparado—. ¿Por qué Peter? ¿Por qué el gobierno? ¿Qué mierda hay detrás de todo esto?

Michael suspiró, apoyando las manos en la mesa.

—No lo sé. Pero sí sé una cosa: si Peter está metido, si los de arriba lo han permitido, es porque esta chica importa mucho más de lo que aparenta. Y eso... eso es peligroso para todos.

El silencio entre nosotros era un cuchillo. Yo estaba ardiendo por dentro, descolocado, jodido. Y Michael, serio como nunca, parecía llevar el peso de un secreto que ni él entendía del todo.

Michael suspiró hondo, pero no apartó los ojos de mí.

—Muller... entiéndelo. No es que yo quiera que lo hagas. Es que ellos lo quieren. Y lo peor es que han dejado claro que solo tú puedes hacerlo.

Sentí que la sangre se me helaba en las venas.

—¿Qué...? —murmuré, incrédulo—. ¿Ellos quieren que sea yo? ¿Por qué cojones yo?

—Porque saben que yo confío en ti, porque me tienen atado por dentro y lo saben. —Michael apretó los puños sobre la mesa, la rabia contenida en cada palabra—. Y porque alguien de arriba dijo que eras el hombre adecuado.

Me quedé en shock, sin aire. No podía encajar todas las piezas. No tenía sentido.

—Yo... yo no voy a hacerlo. No puedo. A mí no me entrenaron para eso. Soy un policía, no un puto espía, ni un actor. Tengo a Jezabell. Hablaré con ella, se lo contaré, y que se jodan.

Me levanté, dispuesto a largarme, pero su voz me detuvo en seco.

—Si no aceptas, tendrás que irte. —Michael lo soltó despacio, con una seriedad glacial—. No hay otra opción. O cumples la orden... o te apartan de la cárcel.

Lo miré, paralizado.

Michael nunca me había hablado así, nunca con esa dureza. Pero sus ojos me lo decían todo: no era una amenaza vacía, era la realidad.

El despacho se me cerraba encima. Una orden imposible. Un peso que me aplastaba el pecho. Y yo, atrapado entre obedecer o perderlo todo.

Me ardía la sangre, no podía contenerlo más.

—¿Sabes qué, Michael? Justo venía a decirte que no puedo seguir vigilando a esa puta mafiosa día y noche. No puedo. ¡La odio! —golpeé la mesa con el puño, la madera retumbó bajo mi rabia—. Si sigo compartiendo espacio con ella, acabaré matándola. ¡Te lo juro por Dios que la mato!

La verdad, dentro de mí, era otra. Pero tenía que aferrarme al odio, al veneno, o todo se derrumbaría.

Michael me miró en silencio unos segundos que se hicieron eternos. Tenía el gesto duro, disgustado, como si yo fuera un crío que no entendía la magnitud del problema.

—Muller... —dijo al fin, con voz baja pero cargada de peso—. No tienes opción. Debes ganarte a la Romano. Sea como sea.

Yo lo miré, incrédulo, temblando de furia.

—¿Ganármela?

Michael se inclinó hacia delante, clavando los ojos en mí.

—Sí. Y si eso implica follártela, tendrás que hacerlo. Es una cría, joder. Dieciocho años. Puedes con ella.

Sentí que me tragaba la tierra. Su voz sonaba firme, cruel en su realismo. No me lo pedía como amigo, ni como jefe cercano: me lo ordenaba como alcaide, con el peso de los de arriba aplastándonos a los dos.

Un silencio espeso se instaló en el despacho.

Mi respiración era un trueno en mis oídos. Quería gritarle que no, que no podía. Quería largarme y no volver nunca. Pero las palabras

no salían.

Al final, apreté la mandíbula, tragándome la rabia.

—...Está bien. —mi voz sonó ronca, derrotada, casi un susurro—. Lo haré.

Michael asintió, sin rastro de satisfacción en su rostro. Como si ni él mismo quisiera oírme decirlo.

Me levanté despacio de la silla, sintiendo el peso de la decisión aplastándome el pecho. Porque sabía que en el momento en el que acepté... ya no había marcha atrás.

REINA

La aguja entraba y salía de mi piel, cosiendo de nuevo lo que se había abierto.

Yo apenas me movía. La enfermera pensaba que estaba nerviosa por el dolor, por el maldito pezón que palpitaba como si ardiera. Pero no. Nada tenía que ver con eso.

No podía dejar de pensar en él.

En Muller.

En cómo me había tocado en la ducha, en cómo me sostuvo el pecho con su mano áspera, en lo cerca que había estado de besarme.

Joder, aún sentía la presión de sus dedos, el calor de su palma pegada a mi piel. Y lo peor de todo: me había puesto cachonda. Tan cachonda que apenas podía mirarle a la cara sin temblar por dentro.

¿En qué coño me estaba convirtiendo?

Me maldecía por ello. Me repetía que era el encierro, que eran las semanas sin contacto, que si Andoni estuviera aquí jamás sentiría algo así. Me lo decía una y otra vez, como si con eso pudiera convencerme. Pero la verdad me golpeaba sin piedad: ese cabrón me había hecho perder el control con solo rozarme.

Cuando el otro agente me llevó de vuelta a la celda, intenté recomponerme. Caminé con la cabeza alta, el paso firme, como si todo aquello no me hubiera afectado. Pero en cuanto me quedé sola, me derrumbé sobre la litera.

Cerré los ojos, y lo único que vi fue su cara. La ducha. El vaho. Su respiración mezclándose con la mía. Su voz venenosa, clavándose en mi pecho como un cuchillo, y aun así haciéndome temblar de deseo.

Sentí la humedad en mi tanga y quise arrancarme la piel de puro asco.

Debo controlarme. Debo controlarme.

Me giré en la cama, apretando los muslos, pero la presión era insoportable. Al final cedí.

Me quité el uniforme con manos temblorosas, quedándome en ropa interior. El aire frío de la celda me erizó la piel, y eso solo me encendió más.

Deslicé la mano bajo el tanga y ahogué un gemido contra la almohada. Los dedos en mi clítoris eran electricidad pura. Con la otra mano me acaricié el vientre, los pechos, imaginando que era él quien me recorría la piel. Sentí el calor crecer, subir, como un veneno dulce que me estaba destruyendo.

Imaginé su barba rozando mi cuello. Imaginé sus manos sujetándome fuerte. Imaginé su olor a limpio, a hombre, impregnándome entera.

Mi cuerpo vibraba con cada movimiento, los dedos entrando y saliendo, húmedos, rápidos, mientras el recuerdo de su cuerpo pegado al mío en la ducha me arrastraba sin piedad.

El orgasmo me golpeó como una ola furiosa. Me estremecí de pies a cabeza, jadeando contra la almohada para que nadie me oyera, con el corazón desbocado y las piernas temblando.

Cuando pasó, me quedé quieta, con la respiración rota y la mirada fija en el techo. Y el odio volvió. Odio hacia él, porque me hacía

perder la cabeza. Odio hacia mí misma, porque me había corrido pensando en el puto agente Muller.

Apreté los dientes, rabiosa, y lo supe con claridad: si no quería volverme loca, debía dejar de pensar en él y empezar a pensar en escapar. Nadie iba a venir a buscarme. Nadie. Llevaba tres semanas encerrada y cada día se sentía como un año. Si quería salir de esta cárcel, tendría que hacerlo sola.

Me quedé tendida en la litera, el cuerpo aún temblando, la respiración agitada, el sudor pegado a mi piel. La celda olía a humedad y a pecado. Cerré los ojos con rabia y me prometí en silencio, con los dientes apretados:

Nunca más. No volveré a pensar en él de ese modo.

Podía odiarlo, sí. Podía insultarlo, desafiarlo con cada palabra venenosa que saliera de mi boca. Eso era lo que debía hacer. Eso era lo que me mantenía en pie. Pero dejar que me afectara de esa manera, que se colara en mi cabeza como un fantasma que me calentaba la sangre... no. Eso no iba a volver a pasar.

Me removí bajo la litera, y la pregunta me oprimió por dentro:

¿Él lo habrá notado? ¿Se habrá dado cuenta de lo cerca que estuvo? ¿De que, por un instante, casi me besa?

La respuesta llegó sola, cruel y evidente. No. Muller no pierde el control. Muller no se permite sentir. Puede que me odie tanto como dice, puede que piense que soy guapa —desde que era una niña he escuchado lo mismo, "qué bonita eres, qué mirada tienes", como si mi cara fuera un adorno más de la familia Romano—, pero estoy segura de una cosa: ese hombre se cortaría los labios con sus propias manos antes que besarlos contra los míos. Me odia. Me detesta. Y en el fondo... yo también a él.

Apreté la sábana entre mis dedos, furiosa conmigo misma, sintiendo aún el eco de mi propio cuerpo traicionándome. Si quería sobrevivir aquí, debía mantener la cabeza fría. No dejar que Muller se convirtiera en otra cadena más dentro de esta prisión.

Me repetí una vez más: *Nunca más. Nunca más.*

Me giré de lado en la litera, intentando acallar la tormenta de pensamientos. Y, como tantas veces en esta celda de mierda, los recuerdos volvieron a morderme.

Tenía apenas diez años cuando mi padre me obligó a ver aquella escena. Nunca olvidaré el olor a hierro, el grito sofocado de la mujer. La sentaron frente a mí, con la espalda desnuda, y delante de mis ojos comenzaron a arrancarle la piel poco a poco, como si fuera un trozo de tela que se descose. La sangre corría en hilos gruesos, la carne abierta dejaba ver los músculos, las venas latiendo en rojo vivo.

Yo temblaba, lloraba en silencio mientras me obligaban a no apartar la mirada. Y mi padre, detrás de mí, con la mano pesada sobre mi hombro, me susurraba que no cerrara los ojos. Que no huyera. Que lo viera todo.

Esa noche me escondí en mi habitación y lloré hasta quedarme sin aire. Durante semanas lo hice. El eco de sus gritos me perseguía incluso en los sueños.

Recuerdo haber escuchado a mis padres discutir. Mi madre, furiosa, decía que él estaba loco, que cómo podía hacerme eso. Que era una niña, que me había destrozado. Pero él insistía. "Debe aprender. Debe ser fuerte."

Un día después vino a mí. Nunca lo había visto así: roto, derrotado, con lágrimas en los ojos. Se arrodilló frente a mí, me cogió de las manos pequeñas y frías, y me susurró con la voz quebrada:

—Perdóname, principessa... Solo quiero que seas fuerte. Solo eso.

Ese día lo odié y lo amé al mismo tiempo. Odié la crueldad de lo que me obligó a presenciar, pero guardé esas palabras como un hierro candente en el pecho. "Sé fuerte."

Y ahora, tumbada en esta cama dura, rodeada de muros grises, me repetí lo mismo una y otra vez. *Soy fuerte. Soy fuerte. Soy*

fuerte. Porque si sobreviví a aquello con diez años, también sobreviviría a esto.

Me quedé tendida en la litera, escuchando el eco lejano de la cárcel. El silencio me envolvía, roto apenas por el zumbido de las luces y alguna voz perdida a lo lejos. Controlé la respiración, intentando disipar cualquier rastro de lo que acababa de hacer.

Luego me incorporé despacio, con cuidado, y me acerqué a los barrotes. Me agarré a ellos y asomé la cabeza. El pasillo estaba vacío. Nadie de guardia en ese momento, ni Muller, ni Jones, ni ningún otro. Solo un corredor interminable de hierro y sombras.

Esa era la rutina: pasaba horas sola, encerrada entre barrotes, hasta que alguno de los dos aparecía para llevarme a comer, a ducharme o a la enfermería. El resto del tiempo, lo único que me acompañaba era el sonido de mis propios pensamientos.

El chirrido metálico de las llaves de Jones me sacó de golpe de esa calma frágil. Jones apareció, como casi siempre, con esa sonrisa tranquila que parecía hecha para disimular la podredumbre de aquel lugar.

—Hora de cenar, Romano —dijo en tono ligero.

No respondí. Solo asentí y lo seguí.

La cena fue tan insípida como de costumbre, pero Jones habló lo suficiente para llenar el vacío: del frío de los pasillos, de un guardia que se había roto un diente con un pan duro, de cualquier tontería que me sacara por un instante de mi encierro.

De regreso a la celda, me acompañó hasta la puerta. Antes de marcharse, me miró con calma y añadió:

—Mañana vendrá Muller.

No contesté. Me limité a bajar la mirada y esperar a que se marchara. Cuando lo hizo, el chirrido de la reja devolvió el silencio a mi mundo.

Me tumbé de nuevo en la litera, pero el sueño estaba lejos. Me quedé mirando los barrotes oscuros, recordando las palabras de mi padre, tan vivas como siempre:

"Los policías son ratas con uniforme, principessa. Nunca confíes en ellos."

Ese odio lo había mamado desde niña. Estaba en mi sangre. Y aunque Jones me arrancara alguna sonrisa, aunque Muller me descolocara hasta la rabia, lo sabía bien: al final, bajo el uniforme, todos eran iguales. Policías. Enemigos.

•••

La mañana llegó sin avisar, como siempre, con ese ruido metálico de las puertas y el frío que se colaba hasta los huesos.

—Romano. Arriba. —La voz grave de Muller me sacó del sopor.

Abrí los ojos despacio, acostumbrándome a la luz mortecina que se filtraba entre los barrotes.

Allí estaba él, como cada mañana, con la misma expresión dura, el mismo uniforme impecable. Nada en su postura delataba lo ocurrido en la ducha, ni la tensión que aún me pesaba en el cuerpo.

Me incorporé sin mirarlo.

Había tomado una decisión anoche, después de... después de perder el control en la litera, de dejarme arrastrar por un pensamiento que me asqueaba tanto como me excitaba. Jamás volvería a darle ni un segundo de mi atención. Ni una palabra de más, ni un gesto, ni una mirada. Él no merecía eso.

Muller abrió la puerta con un chasquido seco de llaves y me indicó que saliera.

—Desayuno. Vamos.

No le respondí. Solo me puse en pie, erguida, y caminé delante de él con la barbilla alta, como si no existiera.

Sentía su mirada clavada en mi nuca, lo notaba, pero me juré que no giraría la cabeza. Que no caería en la trampa de volver a darle

espacio en mis pensamientos.

El pasillo estaba en silencio, salvo por el eco de nuestros pasos. La rutina era la misma de siempre, casi insoportable en su monotonía. Pero yo sabía que hoy no sería igual. Hoy había puesto un muro entre él y yo. Y pensaba mantenerlo.

El comedor estaba casi vacío, apenas se oía un murmullo lejano de otros presos y el ruido de cubiertos contra las bandejas metálicas.

Me senté en la mesa de siempre, con el desayuno insípido delante. Muller permaneció de pie, cerca, como una sombra que vigilaba. Pero entonces, contra todo pronóstico, lo vi sentarse a mi lado, a una distancia prudente, como si eso no fuera nada fuera de lo común.

—Vaya... —murmuró, con ese tono frío que lo caracterizaba, aunque sonó extraño, forzado—. ¿No piensas temblar hoy como ayer en las duchas?

Me giré despacio hacia él, arqueando una ceja. Sus palabras eran cortantes, casi hirientes, pero había algo raro en escucharlas de su boca. No era propio de Muller iniciar nada. Era como si estuviera interpretando un papel que no le encajaba. Y fue eso lo que me hizo sonreír.

Solté una risa suave, burlona, dejando que resonara entre nosotros.

—¿Eso era un intento de provocación? —pregunté, mordiéndome el labio con ironía—. Esperaba algo mejor de ti, agente.

Me incliné hacia él, acercándome hasta que nuestras caras quedaron a escasos centímetros. Podía sentir su respiración, fría y tensa, chocar contra la mía. Él no se movió, no se echó atrás, pero sus ojos se clavaron en los míos con la misma rigidez con la que se apuntaría a un blanco.

—Qué decepción —susurré, orgullosa, venenosa, casi rozando su boca.

Lo miré directo a los ojos, sin apartarme ni un milímetro.

—Dime, agente... ¿hoy te has levantado con ganas de tocarme las narices, o a qué cojones se debe la pregunta? —escupí, con sorna.

Su mandíbula se tensó, y por un instante juraría que disfrutaba de esa confrontación.

Bajó un poco la voz, como si quisiera que sus palabras fuesen solo para mí, cortantes como un cuchillo.

—No te creas tan especial, niña. Si quisiera tocarte de verdad, ya estarías llorando.

El veneno en su tono era puro acero, una amenaza disfrazada de calma. Su aliento se mezclaba con el mío, fresco, con un ligero aroma a menta, inesperadamente limpio, casi agradable.

Por un instante estuve a punto de seguir el juego, de devolverle otra puñalada en forma de palabras... pero entonces recordé lo que me había prometido a mí misma esta mañana: ignorarle, no darle ni un segundo de poder sobre mí.

Me aparté de golpe, arrastrando la silla con un chirrido seco. El contacto de su presencia todavía quemaba, como si el aire entre los dos hubiera estado cargado de electricidad.

—Déjame en paz, Muller —escupí, con el ceño fruncido, alzando la barbilla con orgullo—. No pienso perder ni un segundo más contigo.

Me giré hacia mi bandeja, como si su existencia no valiera más que el ruido de fondo en aquel comedor gris.

El aire se tensó de inmediato. Su mandíbula se endureció y, antes de que pudiera apartarme del todo, su mano me agarró con brusquedad del brazo. Me empujó hacia él, borrando de un tirón la distancia que yo acababa de imponer.

Su voz me golpeó en la cara, grave, helada, con ese veneno que le recorría las venas:

—No me vuelvas a decir lo que tengo que hacer, joder.

La rabia le destilaba de cada palabra. Sus ojos, tan cerca, parecían cuchillas a punto de desgarrarme. Y aun así... no pude evitar reírme.

Una risa baja, venenosa, que le escupí directo a la cara, como si mis labios disfrutaran del fuego que lo consumía. Pero la carcajada se congeló en mi garganta. Porque, por encima de su hombro, al otro extremo del comedor, vi cómo se abrían las puertas. Y entonces, como una pesadilla hecha carne, entraron los tres. Los mismos cabrones que dos semanas atrás habían intentado violarme.

La sangre me bajó de golpe a los pies.

El ruido del comedor desapareció. Solo quedaron ellos, atravesando el umbral con esa calma brutal de depredadores que saben lo que buscan. Y ahí, pegada al maldito Muller, con su mano clavada aún en mi brazo, sentí que el mundo volvía a tambalearse.

CAPÍTULO 7

ADAM

El reloj de la cocina avanzaba lento, cada tic-tac sonaba como un martillo contra mis sienes.

Estaba en casa, sentado en el borde del sofá, con las manos entrelazadas y los codos apoyados en las rodillas, incapaz de sacudirme la rabia.

Me hervía la sangre.

Peter. Tenía que ser él. Ese cabrón me había metido en un compromiso que no entendía, un laberinto oscuro en el que no veía la salida.

La cerradura giró. Escuché los pasos suaves de Jezabell antes de verla aparecer en el umbral. Sonrió al principio, como siempre hacía al verme, pero se le borró en cuanto notó la tensión en mi rostro.

—Cariño... ¿qué pasa?

Me puse de pie, caminé unos pasos hacia ella y lo solté sin rodeos:

—Tengo que hablar contigo. Es sobre tu padre.

Sus cejas se arquearon, sorprendidas. Se cruzó de brazos.

—¿Qué ha hecho?

Le conté todo. La reunión telemática de la que Michael me había hablado, las órdenes de arriba, la foto de la droga y finalmente, el golpe más duro: que había sido Peter quien había propuesto que me ganara a Reinetta Romano, incluso que me la follase si era necesario.

El silencio cayó como un bloque de plomo. Jezabell me miraba incrédula, como si quisiera pensar que me lo había inventado, que todo era una pesadilla absurda.

—No... —murmuró al fin—. No puede ser. Eso no puede ser cierto.

—Lo es —dije seco, clavando los ojos en los suyos—. Y lo sabes.

Ella dio un paso atrás, llevándose una mano a la cara.

—Voy a llamarlo ahora mismo.

Asentí, aunque en mi interior sabía perfectamente cuál sería la respuesta.

Se encerró en la habitación.

Yo me quedé allí, de pie, con el corazón ardiendo. Escuchaba murmullos, su voz quebrada, alguna palabra suelta, pero nada claro. Los minutos se hicieron eternos. Hasta que volvió con los ojos rojos, las lágrimas corriéndole por las mejillas.

Me miró como si estuviera rota.

—Amor... es verdad. Tendrás que hacerlo. —Su voz tembló, y las palabras me destrozaron—. Necesitarás ganarte la confianza de esa puta mafiosa.

Me quedé helado. No, peor: me quedé vacío. Sentí que algo dentro de mí se quebraba en mil pedazos.

—¿Qué...? —susurré, incrédulo—. ¿Por qué? ¿Qué coño tiene que ver todo esto con el gobierno? ¿Qué mierda pinta tu padre en todo esto?

Ella negó, sollozando.

—No lo sé, Adam. Te juro que no lo sé. Solo me ha dicho que es muy importante. Que depende de ti.

Quise gritar. Golpear la pared. Hacer lo que fuera para despertar de esa pesadilla, pero no lo hice.

Me quedé de pie, abatido, destrozado, con los puños cerrados. Entonces vi como Jezabell comenzaba a llorar por mí, por lo que me pedían. Por lo que su propio padre me pedía. Y sentí un dolor punzante en el pecho.

Me acerqué a ella despacio. Levanté la mano y le aparté un mechón húmedo de la cara. Después, sin pensarlo más, acerqué mis labios a los suyos.

Fue un beso lento, suave, desesperado. Un intento inútil de aferrarme a lo único real en medio de un mundo que se desmoronaba bajo mis pies.

Me separé apenas del beso, y apoye la frente contra la suya, respirando agitado. Tenía el corazón en un puño, la rabia y la impotencia se me enredaban en cada latido.

—No quiero ganarme su confianza —gruñí entre dientes—. Y mucho menos tener que seducirla.

Jezabell, todavía con lágrimas en los ojos, me acarició la mejilla con una dulzura que me partió en dos.

—Cariño... no tienes que verla como algo real. Solo tendrás que fingir. Ser un actor. —Su voz se quebró, pero intentó sonar firme— Por mucho que la odies, tendrás que hacerlo.

La miré en silencio.

Fingir. Eso era lo que todos querían escuchar. Que me pusiera una máscara, que hiciera mi trabajo, que interpretara un papel como si esto fuera un puto teatro. Pero lo que Jezabell no sabía era que lo que más me jodía no era la idea de fingir. Era la posibilidad de que no tuviera que fingir demasiado.

Apreté los puños, apartándome de ella, caminando de un lado a otro de la habitación. La rabia me quemaba las entrañas.

—¿Sabes lo que significa esto? —dije, casi escupiendo las palabras —. Hasta mi propia mujer me está dando permiso para follarme a otra.

Me llevé las manos a la cara, incapaz de ordenar mi cabeza. Jezabell intentó calmarme, pero yo no podía escuchar nada. El eco del encargo me retumbaba dentro, como una condena.

Joder, ¿y si al final lo lograba demasiado bien? ¿Y si esa atracción enferma que empezaba a asomarse en mí me llevaba a cruzar una línea de la que no podría volver?

Tragué saliva.

—Esto... esto no va a acabar bien —susurré, más para mí que para ella.

Jezabell me sujetó la cara entre las manos, obligándome a mirarla. Sus ojos estaban enrojecidos, brillando con lágrimas que no podía contener.

—Adam... —susurró con la voz hecha pedazos, y me besó lento, desesperado, como si quisiera fundirse conmigo para que nada pudiera separarnos—. Yo confío en ti.

Sus dedos temblaban sobre mi mandíbula, sus labios rozaban los míos en un murmullo quebrado.

—Sé que podrás hacerlo. Que podrás manipularla, sacarle lo que necesites. Lo sé porque jamás tendrás sentimientos por ella. Jamás. —Tragó saliva, un sollozo ahogado escapó de su pecho—. Sé cuánto la odias, Adam. Sé quién eres y se lo mucho que odias la mafia.

Cerré los ojos, sintiendo cómo sus lágrimas me mojaban la piel. Cada palabra me atravesaba con más fuerza que una bala.

—Y cuando la beses... —su voz se quebró del todo, apenas un susurro—. O cuando la folles, piensa que soy yo. Hazlo como si estuvieras conmigo. Como si no existiera nadie más.

Me besó otra vez, con rabia, con dolor, con una desesperación que me destrozó por dentro. Abatida, rota, pero aun así intentando ser fuerte para mí.

Yo no supe qué decir. Solo la abracé, hundiendo la cara en su cuello, odiándome por dentro.

•••

Volver al presente fue como tragar hierro. Una cosa era escuchar a Jezabell destrozada, dándome su "permiso" entre lágrimas, y otra muy distinta era estar aquí, sentado junto a Reina mientras desayunaba como si nada.

Tenía que provocarla.

Tenía que empezar a trabajar en esa puta orden. Ganarme su confianza, manipularla, sonsacarle lo que fuera sobre Alessio y su mierda de droga. Eso era lo que Michael esperaba de mí. Lo que Jezabell, llorando, me había suplicado que hiciera. Pero, joder... yo no era actor. Era policía. Un hombre de piedra, entrenado para obedecer, para imponer respeto, para disparar si hacía falta. No para fingir sentimientos, no para jugar con el veneno de una mafiosa de dieciocho años que me miraba como si quisiera arrancarme la garganta.

Tosí, intentando soltar algo que sonara convincente, provocador, lo que fuera. Pero las palabras me salieron torpes, forzadas, como si fueran de otro. Y ella lo notó al instante. Lo vi en el ceño fruncido, en esa sonrisa torcida que se le escapó después.

Había fallado. No sabía ni por dónde cojones empezar, y esa cría lo olió como un depredador huele la sangre.

Yo, Adam Muller, el tipo al que todos temían en esta cárcel... me sentía como un puto aficionado sentado al lado de Reinetta Romano.

La mirada de Reina cambió de golpe. No era burla, ni veneno, ni orgullo. Era miedo. Respiraba rápido, demasiado rápido, y yo aún la tenía cogida del brazo, sintiendo cómo los latidos se le disparaban bajo la piel.

Fruncí el ceño, girándome para entender qué coño pasaba, y entonces los vi. Ellos. Los tres cabrones que habían intentado destrozarla la primera semana. Caminaban hacia el comedor como si nada, como si fueran uno más entre la manada.

Una furia seca me recorrió de pies a cabeza. Sabía que tarde o temprano volverían a cruzarse en nuestro camino, pero no esperaba que me jodiera tanto verlos. No esperaba sentir este fuego en el pecho.

Volví a mirarla.

Reina tenía la vista fija al frente, clavada en un punto invisible, los ojos abiertos de par en par, las manos temblando sobre la mesa.

Estaba hiperventilando, tragando aire como si se ahogara. Y joder... me dio ternura.

La misma cría orgullosa que me enfrentaba cada día estaba quebrándose justo delante de mí. No era la mafiosa, ni la arpía venenosa que fingía ser: era una muchacha de dieciocho años atrapada en una jaula de lobos.

Pensé que era el momento perfecto para acercarme. Para calmarla. Para que entendiera que, aunque me odiara, yo estaba ahí.

Apreté un poco más su brazo y, despacio, con un tono bajo que casi nunca usaba, murmuré:

—Tranquilízate... estoy aquí. No va a pasarte nada, si se les ocurre tocarte, los mato.

Le agarré la mano, fuerte, como queriendo anclarla al suelo, a la realidad. Pero lo único que recibí fue un tirón brusco. Me apartó como si le quemara. Ni siquiera me miró. Se quedó tiesa, rígida, ignorándome como si yo fuera una puta pared.

No dije nada. Ni un reproche, ni una palabra más. Me limité a soltar su brazo y levantarme como si el momento no hubiera existido. Ella tampoco me miró.

La llevé al patio como dictaba la rutina. El aire libre parecía haberle devuelto un poco de color, y su respiración se normalizó.

Caminaba con la cabeza erguida, los ojos afilados otra vez. Había vuelto a ponerse la coraza. Yo, en cambio, no podía quedarme quieto. Tenía que seguir intentándolo.

Me acerqué un poco, bajando la voz para que solo me escuchase ella.

—¿Y bien? ¿Cómo estás? ¿Te sientes mejor?

Nada. Ni un gesto. Como si hablara con una estatua. Su mirada seguía fija al frente, el mentón erguido, ignorándome por completo.

Apreté los dientes.

—Te estoy hablando.

Fue entonces cuando giró la cara apenas:

—Ya te lo he dicho: déjame en paz. Si quieres empezar un jueguecito, búscate a otra. Llevas desde el primer día que llegue aquí ignorándome, apenas dignándote a hablarme... ¿y ahora vienes con esto? ¿Qué coño quieres hoy?

La miré fijamente mientras el pulso me martilleaba en las sienes, sintiendo cómo esa maldita altivez suya me descolocaba más de lo que debería.

Apreté los dientes. Yo no era actor. Nunca lo había sido. Y si seguía así, se me iba a escapar entre los dedos antes de siquiera empezar.

•••

Había pasado una semana desde aquel desayuno, y no había vuelto a arrancarle ni una sola palabra. Ni una. La muy zorra se había encerrado en su silencio, levantando un muro tan alto que parecía imposible atravesarlo.

Yo sabía que tenía tres meses. Tres jodidos meses para conseguir información, para hacer que hablara, para ganarme su confianza de la forma que fuera. Tiempo de sobra, en teoría. Pero la teoría siempre suena fácil hasta que te topas con la realidad. Y la realidad era Reinetta Romano.

Jamás imaginé que fuera tan difícil. Siempre había pensado en los Romano como víboras peligrosas, sí, pero también previsibles: codiciosos, soberbios, fáciles de manipular si dabas con el botón correcto. Pero ella... ella era distinta. No caía, no mordía el anzuelo, ni siquiera reaccionaba a mis provocaciones. Se limitaba a ignorarme como si yo no existiera. Y lo peor era que antes, cuando no sabía nada de este puto plan, cuando no había órdenes, ni plazos, ni mierda de gobiernos metidos en medio... casi había conseguido más con ella.

Aquellos momentos en la enfermería, en las duchas... todo aquello parecía más real, más tenso, más cercano. Ahora todo sonaba a actuación, a estrategia. Y eso la hacía todavía más inalcanzable.

Me pasé la mano por la cara, frustrado. Cuanto más intentaba fingir, más se me escapaba. Quizá ese era el error. Quizá la clave no era jugar a ser alguien que no soy. Quizá lo que necesitaba era volver a lo que siempre me funcionó: frialdad, crueldad. La dureza de piedra que me hacía intocable. Si no podía ganarla con sonrisas falsas, tal vez debía quebrarla con la única arma que siempre había sabido usar: la presión, el miedo, la hostilidad.

Reinetta Romano no iba a doblarme a mí. Al contrario. Si hacía falta, la iba a arrastrar de los pelos hasta que soltara lo que sabía.

Apreté el puño con rabia, convenciéndome a medias de mi propia idea. Porque, joder, si intentaba acercarme como Michael y Peter querían... lo único que iba a conseguir era que esa cría terminara dominándome a mí.

Decidí que ya estaba bien de gilipolleces. Fingir no era lo mío. Nunca lo había sido. Si quería acercarme a la Romano, no sería jugando al actor barato que Michael quería. No. Lo haría a mi manera. Frío. Hostil. Como siempre. Esa coraza de piedra que nadie había roto en ocho años.

La llevaba hacia fuera, a otro módulo. Tocaba traslado, papeleo, mierda rutinaria. El pasillo olía a humedad y desinfectante barato. Hoy teníamos que usar el ascensor. Casi nunca lo cogíamos, pero esta vez no había alternativa.

Apenas puse el pie dentro, lo noté. La tensión en su cuerpo. Sus manos crispadas, la forma en que evitaba mirar las paredes metálicas.

El ascensor le daba miedo. No necesitaba que lo dijera. La muy orgullosa lo escondía bien... pero yo lo veía.

Nos colocamos frente a frente. Yo, apoyado contra la pared, ella tiesa como una estatua, negándose a cruzar mis ojos.

—No quiero volver a usar este ascensor —escupió de repente con la voz baja pero cargada de rabia.

Solté una carcajada seca, sin máscara, sin fingir nada.

—Esto no es un puto hotel, niña. Aquí no eliges nada.

La vi tensarse aún más, como si mis palabras fueran cadenas apretándole el cuello. Y justo entonces, el ascensor tembló. Un zumbido metálico, un chasquido seco... y las luces se apagaron de golpe. Oscuridad total. El ascensor quedó detenido en medio de la nada.

Un grito agudo escapó de su garganta. Corto, desgarrado, auténtico. El eco rebotó en las paredes metálicas, llenando el espacio reducido con su miedo.

Yo me quedé quieto, inmóvil en la penumbra. Pero por dentro... por dentro algo me ardía.

REINA

El corazón me golpeaba en el pecho como un martillo. Las manos me sudaban, los dedos me temblaban sin control. El aire se sentía espeso, atrapado en las paredes de metal.

Joder... odiaba los ascensores.

Me agaché, abrazando mis rodillas contra el pecho, intentando controlar la respiración y esconder mi miedo. Pero entonces lo escuché moverse. Su silueta se inclinó hacia mí y, antes de que pudiera apartarme, sentí cómo sus manos frías se cerraban sobre mis muñecas. Un clic metálico. Me estaba quitando las esposas.

—Tranquila —su voz sonó grave, contenida, casi suave—. Solo es un corte de luz. Nada más.

Quise responderle con maldad, con cualquier mierda que me devolviera el orgullo, pero la garganta se me cerró. El temblor era tan fuerte que terminé llorando. Llorando como una niña. Me odié por ello, odié sentirme tan mal justo frente a él.

Sus manos volvieron a atraparme, esta vez entre las suyas. Firmes, cálidas.

—Respira. Estoy aquí —murmuró.

Apreté los párpados con fuerza, intentando borrar las lágrimas. No quería mirarle, no quería sentir ese contacto... pero mis dedos, traicioneros, se aferraron un segundo a los suyos.

Él se incorporó apenas para tantear en la oscuridad y apretó la campana de emergencia.

Un pitido agudo llenó el ascensor.

Pasaron segundos. Luego minutos. Nadie venía. El silencio solo me hacía sentir más atrapada.

De pronto, un zumbido recorrió las paredes y se encendió una luz. Una bombilla pequeña, fría, como de hospital. Bastó para arrancar las sombras de golpe, para iluminar nuestras siluetas. Pude ver su rostro muy cerca del mío.

El sudor perlaba mi frente, mis mejillas estaban húmedas de lágrimas. Él también me miraba fijamente, con los ojos clavados en los míos, sin apartar la vista.

Sentía que me iba. Tenía el estómago revuelto, la cabeza mareada, las lágrimas calientes nublándome la vista. Todo giraba, como si el ascensor se cerrara cada vez más, tragándome. Estaba a punto de desmayarme cuando su voz me alcanzó, baja, contenida, casi un susurro:

—¿Por qué te dan miedo los ascensores?

Cerré los ojos con fuerza.

Me había prometido ignorarlo, jurado que no le daría ni una palabra más. Pero ahí, en ese estado, con su calor cerca y el corazón golpeándome como un tambor, las defensas se derrumbaron. No pensé. No calculé. Las palabras me salieron solas, como un vómito envenenado que llevaba años guardado.

—Tenía cuatro años... —murmuré con la voz rota. Tragué saliva, con la respiración entrecortada, y seguí: —. Estábamos en casa de los Moretti, en una misión. La primera a la que mi padre me llevó. Me dijo que subiera a la azotea. Que lo esperara allí. Que no hiciera ruido, que no hablara con nadie. Yo obedecí.

El aire se volvió pesado.

—El ascensor estaba a oscuras. No se veía nada. Ni los números, ni las paredes. Solo negro. Recuerdo pensar que era un juego… hasta que se detuvo.

Abrí los ojos un instante, perdida en esa imagen.

—Se paró de golpe. Entre plantas. Y entonces… de las sombras salió él. Un Moretti. No sé cómo lo supe, pero lo supe. Su voz. Su forma de mirarme.

Me temblaron los dedos.

—No gritó. No hizo ruido. Solo sonrió. Y sacó una aguja.

El recuerdo me atravesó como una descarga.

—Me pinchó… —sollocé—. Una vez. Y otra. Y otra más. En el brazo… en la pierna… en el cuello…

Las palabras se me rompían en la boca. Lloraba sin control, el aire entrando a trompicones, el pecho me dolía de tanto contenerlo todo durante años.

—Yo no entendía nada… —seguí, entre sollozos—. Solo lloraba. Me dolía. Tenía frío… frío por dentro.

Respiré hondo, o al menos lo intenté. Las manos me temblaban cuando me toqué el brazo, luego el costado, después el cuello, recorriendo mi propio cuerpo como si buscara algo que ya no estaba ahí.

La piel se me erizó al instante.

—No sé cuánto tiempo pasó. Para mí fue eterno. El ascensor seguía parado, oscuro, como una tumba.

Hice una pausa larga.

—Mi padre llegó. No sé cómo. No sé qué hizo exactamente… solo sé que aquel hombre no salió vivo de allí.

Abrí los ojos despacio.

—Después vinieron médicos, pruebas, análisis. Dijeron que no había pasado nada grave. Que había tenido suerte.

Solté una risa baja, sin humor.

—Y lo peor es que… —susurré— no sé ni cómo recuerdo todo esto. Tenía cuatro años. A veces pienso que mi cabeza se lo inventó. Pero cada vez que se cierran las puertas de un ascensor… sé que no.

El silencio cayó entre nosotros, denso, pesado.

—Desde entonces, no es miedo —concluí—. Es volver a estar ahí dentro. En la oscuridad. Esperando a que alguien salga de las sombras.

Tragué aire con dificultad, bajando la mirada hacia mis manos que aún temblaban.

—Años después, mi padre quiso quitarme la "manía" —pronuncié —. Me encerraba en sótanos, en habitaciones pequeñas. Creía que así lo superaría... pero fue peor.

Me quedé callada. El ascensor parecía haberse encogido más aún después de soltar aquello. Notaba su mirada clavada en mí, pero no me atreví a levantar la cabeza.

Me quedé helada cuando su mano me apartó un mechón de la cara. Fue un gesto lento, casi torpe, y después sentí sus labios rozarme la frente: un beso breve... pero suficiente. Sus brazos me rodearon sin aplastarme y me pegó a él en la penumbra del ascensor.

—Nadie va a salir de las sombras ahora, Reinetta.

Lo dijo bajo. Seguro. Como una orden dirigida al mundo entero.

Levanté la cara despacio. La cabeza me daba vueltas, pero aun así lo miré. Sus ojos estaban fijos en mí, oscuros, tensos, como si

estuviera sosteniendo algo que no quería soltar.

No entendí nada. No sabía por qué hacía eso. No sabía si era otra jugada suya, si era compasión, si era simple instinto. Solo supe una cosa: por primera vez en mi vida, en un ascensor, el pánico se detuvo.

Su olor —limpio, a jabón, a menta— me ancló. El frío de la luz azulada recortaba su mandíbula y yo oía su respiración, pausada, cerca de mi sien.

—Respira conmigo —murmuró, apenas en un hilo de voz.

Y mi cuerpo, traidor, obedeció. Inspiré cuando él inspiró. Solté el aire cuando él lo soltó. Las manos dejaron de sudarme, el temblor fue cediendo, el nudo en la garganta se aflojó. Sin darme cuenta, había agarrado su camiseta a la altura del pecho, como si me colgara de ese trozo de tela para no caerme.

No supe si apartarme o quedarme un segundo más. Así que no hice nada. Solo respiré con él. Y el ascensor, por unos instantes, dejó de ser una trampa.

•••

Pasaron las horas. El silencio del ascensor se había vuelto casi insoportable, interrumpido solo por el zumbido apagado de la pequeña luz de emergencia.

Al principio pensé que los minutos me iban a devorar viva, que me quedaría sin aire allí dentro... pero el pánico se había deshecho poco a poco. Mi respiración ya no era un jadeo desbocado, y mi corazón había dejado de martillear contra las costillas.

Muller había probado el walkie varias veces. Cada intento fue igual: silencio, ni un puto murmullo de respuesta.

Lo maldijo entre dientes, golpeando el aparato contra la rodilla, y al final lo dejó a un lado, resignado.

Ahora estábamos los dos sentados en el suelo, nuestra espalda contra la pared metálica, la rodilla de él rozando la mía de vez en

cuando.

Yo ya no lloraba. Mi pulso estaba mucho más estable, como si lo peor hubiera pasado. Y, aunque me negaba a admitirlo, el hecho de que él siguiera ahí era lo que había hecho la diferencia.

Tragué saliva, incómoda con lo que estaba a punto de decir.

—Gracias... —murmuré al fin, sin mirarle—. Por antes. Por... ayudarme.

Sentí cómo se tensaba a mi lado. Tardó unos segundos en responder, pero cuando lo hizo, su voz sonó cortante, como un cuchillo helado:

—No me lo agradezcas. Solo estaba haciendo mi trabajo.

Fruncí el ceño.

—Eres un desgraciado —escupí, con veneno en la lengua.

No me dio tiempo a apartarme. Su mano grande me agarró de la mandíbula con fuerza, obligándome a sostenerle la mirada.

Sus ojos eran dos cuchillas heladas que parecían atravesarme.

—Retira lo que acabas de decir —murmuró grave, cada palabra retumbando como un disparo contenido.

Intenté zafarme, pero me tenía sujeta. El corazón me golpeaba en el pecho, pero mi orgullo no me permitía bajar la mirada.

—Suéltame, Muller. Déjame en paz.

Él no cedió. Se inclinó un poco más hacia mí con los dedos clavados en mi piel, como si quisiera marcarme solo por haberme atrevido a desafiarlo.

Nos retamos con la mirada. Ninguno apartó los ojos, ninguno quiso ceder. Era como si todo el aire del ascensor se hubiera vuelto fuego.

Me soltó de golpe, como si sus propios dedos le hubieran quemado. Se llevó una mano al rostro, frotándose la mandíbula con un gesto cansado.

Yo me quedé rígida, con la piel ardiendo donde me había tocado, odiando que el silencio volviera a tragarnos.

•••

Pasaron más horas.

El aire dentro del ascensor se volvió espeso, irrespirable. El calor era sofocante; las paredes metálicas retenían el bochorno como un horno maldito.

Tenía el uniforme pegado a la piel, el sudor resbalaba por mi cuello y mi espalda.

De pronto, Muller se puso en pie y se quitó el chaleco sin decir una palabra. Ni una sola mirada en mi dirección. Lo dejó a un lado y se quedó en camiseta mientras volvía a sentarse. El tejido húmedo le marcaba los músculos, el torso firme, los abdominales...

Me descubrí apretando las piernas sin querer, sintiendo cómo mi tanga se humedecía.

Tragué saliva, mientras me levantaba y me escuché decir:

—Me voy a quitar el uniforme. No aguanto este puto calor.

Él apenas se movió. Bajó la cabeza, desinteresado.

Su respuesta fue un murmullo seco, cruel:

—Haz lo que quieras. Ya te he visto desnuda, niña. No hay nada que me vaya a impresionar—dijo, con frialdad.

Estuve a punto de responderle con alguna frase cargada de odio, pero el cansancio me venció antes. Estaba demasiado exhausta para discutir. Lo único que quería era quitarme el uniforme y dejar de sentirlo oprimiéndome el cuerpo.

Cuando empecé a desabrocharlo me di cuenta de que no llevaba nada más debajo que la ropa interior. Dudé apenas un instante, pero me dio igual. El calor era insoportable. No podía aguantar ni un segundo más.

Me quedé en ropa interior: sujetador negro y tanga. Aun así, me sentí expuesta, como si él me hubiera arrancado toda protección.

Bajé los ojos hacia él, buscándolo, y entonces noté como sus pupilas estaban dilatadas, oscuras, fijas en mí. Por un segundo me estremecí, pero me forcé a pensar que era por el calor. Solo por el calor.

De pronto Adam se levantó. No hubo aviso, no hubo palabra. Solo su sombra inclinándose ante mí, hasta que mi espalda chocó contra la pared metálica del ascensor.

El calor de su cuerpo me envolvió por completo, su aliento me quemaba la boca a escasos centímetros. Sentía cada músculo de él tensarse, cada fibra de su control resquebrajarse.

—Agente... —alcancé a susurrar con la voz quebrada, apenas un murmullo de protesta—. ¿Qué está haciendo...?

Me sentía aturdida, como si estuviera borracha o drogada. No lo estaba, pero era la única forma de describirlo: esa niebla espesa en la cabeza, ese vértigo de perder el control.

El aire se había vuelto irrespirable, cada respiro me sabía a él. Y entonces lo hizo. Levantó una mano hacia mi cuello y, sin aviso, fue descendiendo lentamente hasta colarse entre mis piernas. En mi coño.

Un gemido se me escapó antes de poder contenerlo. Mis rodillas flaquearon, mi cuello cayó hacia atrás, ofreciendo la piel húmeda de mi garganta a su cercanía.

El sonido húmedo llenó el reducido espacio, mezclándose con mi respiración jadeante.

Y entonces lo escuché. Grave, cortante, su voz a ras de mi oído:

—Estás empapada, joder.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

Odiaba lo que sentía, odiaba que lo supiera, odiaba cómo cada palabra suya me hacía vibrar por dentro. Y, sin embargo, no pude

detener el gemido ahogado que salió de mi garganta cuando sus dedos se movieron más hondo.

Mi voz había desaparecido. Estaba muda.

El mundo se redujo a su respiración cerca de la mía y al latido desbocado en mi pecho.

CAPÍTULO 8

ADAM

El puto ascensor. Nunca pensé que cuatro paredes de metal pudieran volverse un infierno tan rápido. Horas atrapado allí con ella... y cada segundo fue una tortura distinta.

Al principio traté de mantener la cabeza fría. Cuando empezó a temblar, cuando casi se ahogaba del miedo, me agaché, le quité las esposas y le hablé bajito. No sé si lo hice para tranquilizarla o porque me salió de dentro.

Me repetí mil veces que era fingir, que todo esto formaba parte del puto plan. Pero verla tan rota, tan débil... joder, eso me sacudió. Y durante un segundo, demasiado largo, pensé que quería protegerla.

No debía sentir eso. Así que cuando me dio las gracias, le contesté mal, la corté en seco. Tenía que hacerlo. Mantenerla a raya. Que me odie. Mejor así.

Pasaron las horas y el calor empezó a devorarnos. Me quité el chaleco, y verla desabotonarse el uniforme fue otra condena. Su piel perlada de sudor, el contorno de su cuerpo... mierda, era como tener delante un anzuelo envenenado.

No estaba previsto. Nada de aquello lo estaba. Mis manos se adelantaron a mi cabeza, recorriendo su cuello primero; descendieron despacio hasta su pubis, siguiendo una intuición peligrosa, y su cuerpo reaccionó al instante, abriéndose a ese contacto con una respuesta honesta. Después toqué su clítoris, giré mis dedos alrededor de él, y finalmente hundí mis dedos en su coño: suave, empapado...

No sabía si estaba así por mí. Pensé que me odiaba. Que me detestaba tanto como yo decía hacerlo. Pero no, estaba empapada. Gimió. Y yo... yo disfruté como un condenado.

Nunca había sentido algo así. Nunca en mi vida había tocado algo tan suave, tan perfecto... Y el olor de su coño... ese aroma que me

atrapó desde el primer puto día, durante aquella revisión que no debía recordar.

Me obligué a creer que era estrategia. Que cada movimiento era un paso hacia lo que me habían ordenado: ganarme su confianza, manipularla. Tenía que verlo así. Si no, significaba que había cruzado un límite del que no se vuelve. Y yo no puedo permitirme eso. No con Jezabell esperándome en casa. No con todo lo que está en juego. Necesito convencerme de que solo estoy fingiendo. Necesito salir de este ascensor antes de que vuelva a olvidar la diferencia.

Su gemido todavía vibraba en el aire, dulce, prohibido, tan jodidamente perfecto que me hizo apretar la mandíbula hasta que me dolió.

Sentía mi polla endurecida hasta lo insoportable, latiendo con cada respiración suya, con cada estremecimiento de su cuerpo.

Ella levantó apenas la barbilla, tenía la boca entreabierta y los labios húmedos.

Me lanzó una sonrisa torcida, descarada, de esas que buscan hundirte más hondo en el fango.

—¿Sabes lo rápido que te van a despedir por esto? —susurró con la voz cargada de burla.

La muy cabrona sabía lo que hacía. Me provocaba incluso temblando, incluso con la respiración entrecortada.

Me incliné un poco más, tan cerca que mis labios rozaron la comisura de los suyos sin llegar a tocarla. Le sostuve la mirada, fría, dura, pero con el veneno ardiéndome en la lengua.

—Cállate —gruñí, con la voz áspera, como si esas tres sílabas fueran lo único que podía mantenerme en pie.

No le di tiempo a replicar. De un tirón seco le arranqué el tanga, el sonido de la tela rompiéndose se mezcló con el zumbido eléctrico del ascensor.

Ella jadeó, sorprendida, con esa mezcla de rabia y deseo que me envenenaba cada vez más. Un segundo después fue el sujetador, cayendo sin resistencia, dejándola expuesta ante mí.

Y entonces vi la cicatriz. Aquel trazo violento en su pezón, cicatrizado a medias, recordándole lo frágil que podía ser incluso detrás de toda su soberbia.

Mi mano, casi por inercia, recorrió la línea marcada en su piel con una caricia suave, delicada. Ella se tensó, me miró con los ojos abiertos como si no entendiera nada. Yo tampoco lo entendía.

Me incliné sobre ella con una desesperación que ni siquiera intenté ocultar. Atrapé su pezón intacto con la boca, duro, erguido, como si mi lengua pudiera arrancarle el aire que jadeaba. Lo succioné con una fuerza que me ardía en las venas.

Sentí sus uñas presionando mi hombro, su respiración convulsa, y por un segundo creí que me dejaría seguir, que se rendiría a lo que ya era inevitable, pero de pronto sus manos me aferraron la cara.

Sus palmas heladas contra mis mejillas me apartaron con delicadeza, aunque la firmeza de sus dedos me obligó a mirarla. A esos ojos oscuros, orgullosos, ardiendo de rabia y de miedo al mismo tiempo.

—Para ya, agente —escupió con la furia contenida en cada palabra —. Tienes novia y yo un prometido, joder. En mi familia esto no se tolera. Nunca.

Las palabras me golpearon como un disparo en el pecho. Y en lugar de detenerme, me encendieron aún más. La rabia me nubló. La atraje hacia mí con violencia, un empujón seco que la estampó contra mi torso sudado. Sentí sus costillas tensarse bajo mis manos, el choque de su cuerpo frágil contra mi fuerza.

Podía sentir su respiración caliente, irregular, rozándome los labios, su piel erizada contra mi pecho sudado.

—¿Quieres que te diga la verdad, Reinetta? —susurré con la voz quebrada, casi en un gruñido.

Ella no respondió. Solo me miraba, con los ojos abiertos de par en par, como si no supiera si debía golpearme o escucharme.

Apreté más mi mano contra su nuca, obligándola a mantener la mirada fija en la mía.

—Desde el primer puto segundo en que te vi, no he podido dejar de pensarte. Ni un solo día. —Mi garganta ardía, pero seguí—. No eres solo guapa, no. Eres jodidamente preciosa, tienes algo en los ojos, en esa forma en que me desafías, que me carcome por dentro. Es como un veneno. Un veneno que se me ha metido bajo la piel y que me tiene atrapado, aunque te odie. Aunque te deteste.

Ella parpadeó, incrédula, pero no apartó la vista. Mi respiración se mezclaba con la suya, y cada palabra me hacía sentir que me hundía más.

—¿Quieres que me humille más? Pues lo haré. —Tragué saliva, y las palabras salieron solas, crudas, sin filtro—. Me he masturbado pensando en ti. Sí, Reina. Varias veces. Me corro con tu imagen en mi cabeza, con tu voz, con tus putos ojos.

Sus labios se entreabrieron, pero no emitió sonido.

—Me odio por eso —continué, con un susurro que temblaba de rabia —. Odio cerrar los ojos y verte en mi cama, verte debajo de mí... y aun así no puedo parar. Tú tienes algo que no entiendo. Y cuanto más lo niego, más fuerte me arrastra.

Sentía las palabras saliendo de mi boca como cuchilladas contra mi propia dignidad. Si no me hubiesen obligado a ganarme su confianza, no estaría arrastrándome de esta manera. No me reconocía. Ni siquiera sabía de dónde coño salía ese torrente de confesiones, pero ya estaba demasiado metido. Y tenía que seguir. Tenía que romperla por dentro, abrir esa grieta, aunque me costara la piel.

—Dime la verdad... —susurré, mi voz rozaba la desesperación—. ¿Tú sientes lo mismo?

Me incliné, y apenas la rocé: un beso suave, mínimo, en la comisura de sus labios. Fue como un contacto eléctrico, un roce que me prendió la sangre. Ella cerró los ojos un instante, perdida, temblando, y yo aproveché ese vacío para acorralarla más.

—Dímelo —apreté, con la boca pegada a la suya—. Dime que también te corres pensando en mí.

Ella seguía muda, enredada en su propio desconcierto, y yo ya no me pude frenar. Entonces me lancé. La besé. Esta vez de verdad. Hundí mi lengua en su boca, la saboreé como si llevara siglos esperándolo. Al principio fue un muro, sus labios duros, su cuerpo rígido... pero poco a poco cedió. Su boca se abrió, tímida al principio, y luego respondió.

Nos separamos apenas un suspiro, jadeando los dos como si hubiésemos corrido una maratón. Mi frente quedó apoyada contra la suya, y podía sentir su respiración agitada mezclarse con la mía. Sus labios estaban húmedos, rojos por el beso, y sus ojos brillaban como si acabara de abrir una grieta en un muro que llevaba toda la vida blindado.

—Sí, agente ... —susurró al fin con la voz temblorosa—. Sí, me he corrido pensando en ti.

El aire se me heló en los pulmones.

—Te odio... —continuó, esta vez con un tono más firme, aunque sus ojos se desviaban, como si no quisiera verme de frente—. Te odio con cada fibra de mi cuerpo, Muller. Y aun así... no puedo evitarlo. No puedo sacarte de mi cabeza.

Hizo una pausa, tragó saliva, y cuando volvió a hablar su voz se quebraba entre la rabia y la vergüenza.

—Desde que llegué a esta maldita cárcel, cierro los ojos y apareces. Tu voz, tu olor, tu forma de mirarme. Y me odio por ello. Porque me he tocado pensando en ti, porque he gemido tu nombre en silencio como una cría desesperada. —apretó los dientes, la respiración acelerada—. Y esto me está consumiendo, joder.

El corazón me dio un vuelco. No esperaba oír eso de su boca. No así. A mí, en cierto modo, me habían empujado a decir lo mío. Pero ella... Q

¿Estaba fingiendo también? ¿Era verdad todo lo que estaba diciendo?

Las últimas palabras casi le temblaron en los labios, pero enseguida recuperó un atisbo de la altivez que siempre tenía.

—A mí me criaron para odiar a la policía —escupió, aunque su voz sonaba más cansada que rabiosa—. Desde niña me repitieron que no sois más que chivatos con uniforme, carroña con placa. Y yo lo creí. Siempre lo creí. —bajó la mirada un segundo y luego volvió a levantarla, brillando con rabia y con miedo—. Y sin embargo... aquí estoy, confesándote que me corro pensando en ti.

La sinceridad me atravesó de lleno. Y por mucho que me jodiera reconocerlo, yo tampoco había mentido del todo.

Apreté la mandíbula, pero no dije nada. Ella no había terminado.

—Y además... —su tono bajó hasta casi ser un murmullo, inseguro, casi tímido, como si quisiera esconderse de lo que decía— estoy casi comprometida con Andoni desde que tengo uso de razón. Toda mi vida lo he sabido, agente. Desde que era una niña. Andoni iba a ser mi marido, mi futuro. Ese era el plan, mi destino. Mi familia lo decidió por mí, y yo... yo lo acepté.

Sus ojos se cerraron con fuerza, como si quisiera arrancarse las palabras de la boca.

—Y ahora... ahora me descubro deseando a un policía. A ti. Y no entiendo nada.

Un cuchillo me atravesó la mente.

¿Andoni? Tragué saliva, mi mandíbula se tensó.

Michael nunca me había dicho nada de ningún prometido. Ni una puta palabra, pero me callé. No era el momento de mostrar dudas, no podía derrumbar el personaje.

Me quedé allí, en silencio, con la frente pegada a la suya, la polla dura como una piedra y el corazón golpeando como si quisiera abrirse paso por el pecho.

El silencio me devoraba, sus labios estaban todavía húmedos en mi memoria, su respiración se enredaba con la mía. Aún podía saborearla. Joder... su boca. Dulce, exquisita, como un veneno disfrazado de miel. Y el olor de su piel... un aroma lujoso que no tenía nada que hacer en un agujero como este. Olía dulce y sexual, con un toque a vainilla que se quedaba suspendido en el aire. Podría quedarme respirándolo todos los putos días de mi vida.

No lo pensé, salió de lo más hondo, como un cuchillo:

—¿Y a Andoni lo quieres de verdad? —pregunté, con un susurro ronco, cargado de rabia y deseo.

Ella parpadeó, sorprendida, y poco a poco comenzó a apartarse, como si despertara de un trance del que no quería salir. Sus labios se deslizaron hacia un lado, pero no bruscamente, no... lo hizo con lentitud, con duda, como si parte de ella todavía se resistiera a romper el hilo invisible que nos mantenía pegados.

—Claro que lo quiero —dijo al fin, con un tono firme, aunque la respiración le delataba—. ¿Qué clase de pregunta es esa? Lo que ha pasado aquí no significa nada. Solo ha sido un beso.

La rabia me atravesó. Un beso. Solo eso. Como si mi cuerpo no siguiera ardiendo, como si mi polla no estuviera a punto de estallar por la tensión que nos rodeaba.

Me incliné hacia ella de nuevo, agarrándola del brazo con fuerza, devolviéndola a mi espacio.

—¿Un beso? —bufé, mi voz temblaba de deseo contenido—. No me jodas. Sabes que ha sido mucho más, niña.

Ella me fulminó con la mirada.

—No te confundas, Muller. Yo no soy como tú. Yo sí sé lo que quiero, y sé con quién.

Sentí cómo la sangre me golpeaba en las sienes, cómo el calor subía por mi pecho.

La miré fijamente con los labios apretados, y las palabras salieron solas, en un susurro:

—¿Estás insinuando que no quiero a mi mujer?

Ella arqueó una ceja.

—Yo no insinúo nada —dijo despacio, como si saboreara cada sílaba —. Solo digo lo que veo. Y lo que veo es un hombre que se muere por besarme otra vez.

La mandíbula me crujió de la tensión. Por dentro me gritaba que todo era mentira, que estaba actuando. Pero al sentir su respiración todavía caliente contra mi cara, al ver esos labios tan cerca la duda me devoraba y supe, con una certeza incómoda, que como ella había dicho, yo era exactamente eso: un hombre que se moría por besarla otra vez.

REINA

Esperaba su respuesta con el pecho agitado, aún desnuda y con la piel ardiendo. Tenía los labios húmedos, el cuerpo encendido y una parte de mí quería que no se callara, que siguiera mirándome así, con esa rabia que quemaba y atraía a la vez.

Pero entonces... los oímos.

Un ruido metálico, golpes sordos sobre la puerta del ascensor. Ambos nos sobresaltamos como si nos hubiesen echado un cubo de agua helada encima. En un segundo la magia —o la maldición—se rompió.

Adam se puso de pie de un salto, yo me cubrí instintivamente con el uniforme tirado en el suelo. Nos vestimos a toda prisa, sin mirarnos, como dos ladrones huyendo de una escena prohibida.

Ninguno dijo una sola palabra. El silencio era denso, casi vergonzoso, como si lo que había pasado hubiera quedado grabado en el aire, pero no debiera existir.

La puerta chirrió. La luz de una linterna entró primero, deslumbrante, y después la voz grave de un hombre:

—¿Estáis bien ahí dentro?

El metal cedió y un bombero apareció al otro lado. El aire fresco me golpeó en la cara.

Adam salió primero, tenía los puños cerrados y su expresión era un muro. Yo lo seguí, los pies me tambaleaban, todavía podía sentir el sabor de su boca.

Afuera solo había dos bomberos y un par de agentes. Muller estalló enseguida, la voz retumbó en el pasillo:

—¡Joder, habéis tardado una eternidad! ¿Qué coño estabais haciendo?

Los bomberos, pacientes, apenas respondieron con un encogimiento de hombros. Uno de ellos nos miró de arriba abajo y preguntó:

—¿Necesitáis asistencia médica?

—No —contestamos los dos al mismo tiempo.

Yo apreté los labios.

Muller seguía furioso, como si toda la rabia que había contenido ahí dentro necesitara una válvula de escape. Yo, en cambio, solo quería que nadie me mirara demasiado, que no sospecharan nada.

Mi corazón aún golpeaba con fuerza, pero no por el encierro.

Jones me escoltó hasta la celda. Muller había desaparecido sin decir una palabra, y su ausencia me quemaba más que su presencia.

Caminé en silencio junto a Jones, apretando los dientes, fingiendo entereza.

—¿Todo bien? —preguntó él, con ese tono amable que tanto le caracterizaba.

Asentí, seca, sin mirarle.

—Sí. Estoy bien.

Mentira. Estaba hecha una mierda.

Cuando Jones cerró los barrotes tras de mí, sonrió como siempre.

—Descansa, Romano. Mañana será otro día.

—Claro —respondí, con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

Se marchó. Sus pasos se fueron apagando por el pasillo, hasta que me quedé sola con mis demonios.

Me derrumbé sobre la litera, llevándome una mano a los labios. Aún podía sentirlo. El puto beso de Muller.

¿Cómo había pasado?

Yo, que nunca había dejado que otro hombre que no fuera Andoni me rozara. Y, aun así, había dejado que ese agente... ese maldito policía... me besara. Joder, y sabía bien. Demasiado bien. El roce de su barba todavía me raspaba la piel en un recuerdo insoportable. Y ese olor suyo... intenso, varonil... Olía a frescura limpia, con un dulzor masculino que se me había quedado grabado. Solo de pensarlo, sentí cómo mi cuerpo me traicionaba, cómo el calor me subía de nuevo, humillándome.

Me odié. Me odié con cada fibra de mi ser. Nunca me había sentido tan débil.

Un policía... justo lo que mi padre me enseñó a despreciar. Pero no era solo el beso. No. Era lo que me había dicho. Su confesión absurda, desesperada. Había perdido el control delante de mí. Muller, el agente implacable, se había derrumbado, había admitido que pensaba en mí, que me deseaba, que no podía sacarme de su cabeza. Eso me sacudió más que cualquier contacto físico.

Pensé en ir al alcaide. Contarle lo que había ocurrido, repetirle palabra por palabra esa confesión que Muller nunca debió hacer. Pero *¿para qué?* Nadie me creería. Dirían que manipulaba, que intentaba jugar mis cartas.

Cerré los ojos con rabia, repitiéndome en silencio:

Se acabó, Reina. Se acabó. No volverás a darle poder sobre ti.

No podía permitirme esto. No podía dejar que mi propia cabeza me traicionara. Muller no era nadie, solo un obstáculo más. Y si mi cuerpo empezaba a confundirse, si seguía dejándome arrastrar por esa mierda de atracción... entonces tenía que cortar de raíz.

Debía escapar.

La idea me golpeó tan fuerte que sentí que el aire volvía a mis pulmones. Escapar. Era lo único que me quedaba. Andoni no vendría a rescatarme, llevaba un mes esperando y nadie aparecía. Estaba sola. Y si no me movía, si no actuaba, acabaría pudriéndome entre estos barrotes, consumida por mi propio deseo y la manipulación de ese hijo de puta.

Me levanté de golpe, recorriendo la celda con la mirada como si de pronto la viera por primera vez. Las puertas, los barrotes, el ventanuco en lo alto... cada detalle era una posibilidad.

Necesitaba un papel, aunque fuera robado, arrancado de algún informe o conseguido en la enfermería. Tenía que empezar a dibujar el plano de esta prisión, paso a paso, módulo por módulo.

Me senté en la litera, apretando los dientes. Lo tenía claro: si mi cabeza empezaba a flaquear, entonces debía dejar de pensar y empezar a actuar. Un plan. Mi plan.

•••

La bandeja de la cena apenas olía a nada, el mismo puré aguado y la carne seca de siempre. Pero esa noche algo era distinto.

Jones, sentado frente a mí, se inclinó un poco, bajando la voz como si estuviera a punto de darme una noticia importante.

—Puedes estar tranquila, Reina —dijo con esa media sonrisa suya, franca, casi como si quisiera contagiarme paz—. Los tres cabrones que intentaron hacerte daño... los han trasladado esta mañana a otra prisión.

Sentí que algo dentro de mí se rompía, un nudo invisible que llevaba semanas apretándome el pecho.

Me quedé mirándolo, boquiabierta, como si no pudiera creerle.

—¿De verdad? —susurré, más para mí que para él.

Jones asintió despacio.

Y yo... respiré. Por primera vez en mucho tiempo, respiré de verdad. El peso desapareció de golpe, como si alguien hubiera arrancado un grillete invisible de mis tobillos.

Cerré los ojos un instante, y cuando los abrí me descubrí sonriendo. Una sonrisa real, limpia, sin la máscara de hielo que había tenido que ponerme cada día.

—Joder... —murmuré con un hilo de voz—. No sabes qué alivio.

Jones se encogió de hombros, como restándole importancia, pero yo vi en sus ojos que sí lo sabía. Que lo entendía. Y entonces añadió, casi como si guardara lo mejor para el final:

—Y otra cosa. Mañana ya puedes recibir visitas. A partir de ahora, cada jueves alguien podrá venir a verte.

El mundo se me detuvo.

—¿Qué? —alcancé a decir, notando cómo el corazón me daba un salto brutal contra las costillas.

—Eso. —Jones sonrió un poco más, disfrutando con la sorpresa que me había provocado—. Mañana, después de un mes aquí, puedes recibir visitas.

Me quedé helada, y al mismo tiempo un calor eléctrico recorrió todo mi cuerp*o.*

¿Visitas? ¿De verdad? ¿Después de todo este infierno iba a poder verlos? ¿A papá? ¿A mamá? ¿A Andoni?

La idea me dejó sin aliento. Las manos me temblaron sobre la mesa, pero no de miedo, sino de una emoción que no recordaba haber sentido en mucho tiempo. Mañana, por fin, podría mirar a la cara a mi mundo fuera de aquí.

De vuelta en la celda, el silencio me golpeó como una pared. Me tumbé en la litera, y poco a poco la emoción que había sentido en la

cena empezó a resquebrajarse.

Todo sonaba demasiado bien. Demasiado fácil. Demasiado raro. Jones diciéndome que podía estar tranquila porque habían sacado de aquí a esos tres hijos de puta.

¿Por qué ahora? ¿Por qué justo hoy?

Jones diciéndome que mañana podía tener visitas, después de un mes de encierro absoluto.

¿Qué había cambiado de repente?

Y, sobre todo... el maldito Muller confesándome aquello en el ascensor. Palabras que ningún policía diría, no así.

Fruncí el ceño, tenía el corazón en un puño.

Me habían enseñado desde pequeña a desconfiar, a no creer en nadie, y menos en la policía. Mi padre lo repetía una y otra vez: todo lo que parece un regalo de su parte, siempre es una trampa. Así que... ¿por qué cojones me lo estaba creyendo?

Me giré de lado, apretando los dientes. No podía permitirme flaquear, no podía dejar que un par de palabras dulces o la promesa de ver a mi familia me desarmaran. No aquí. Algo no encajaba. Algo estaba mal.

•••

La rutina se repetía como siempre: el chirrido de la puerta, la sombra de Adam en el umbral, el mismo "Arriba, Romano" con voz seca y cortante.

Me vestí sin mirarlo y dejé que me esposara, el metal frío se cerró en mis muñecas con un chasquido que parecía recordarme cada día lo que era: una prisionera.

Caminé delante de él por el pasillo, sus pasos resonando detrás, constantes, demasiado cerca. Su presencia me pesaba en la nuca como una amenaza. Y entonces, exploté.

—No me creo nada —dije de golpe, con la voz firme, sin girarme— Nada de lo que dijiste ayer en ese ascensor. Todas esas putas

confesiones... tus palabras, tus miradas... Ni una sola.

El silencio me cortó la respiración. Lo noté tensarse detrás de mí.

—Todo huele raro —continué —. Los presos que desaparecen, las visitas de repente... y tú, de pronto, hablando como si fueras otra persona. No cuela, Muller.

De pronto tiró de las esposas con tanta fuerza que me obligó a detenerme. Mi espalda chocó contra su pecho duro como una roca. Un gruñido bajo le escapó de la garganta, como si acabara de perder la paciencia.

Se inclinó, bajando el rostro hasta mi oído. Su aliento caliente me rozó la piel y un escalofrío me bajó por la espalda.

—¿No te crees nada, eh? —susurró, con esa voz grave que parecía golpearme desde dentro—. Pues escucha bien, niña... voy a hacer lo que sea. Lo que sea.

Su barba raspó mi mejilla cuando se acercó más, rozándome.

—Hasta que estés tan jodidamente loca por mí... —su voz se volvió más áspera, más lenta— como yo lo estoy por ti.

El corazón se me subió a la garganta. Odiaba esas palabras, odiaba lo que provocaban en mí.

—Estás loco si piensas que me voy a enamorar de ti. —alcancé a murmurar, la voz quebrada entre rabia y un temblor que me delataba.

Lo sentí sonreír. No lo vi, pero lo sentí. Una sonrisa fría, peligrosa, la de alguien que sabe exactamente el efecto que está causando.

—No tienes idea de lo que soy capaz —me susurró, presionando un poco más las esposas para que no pudiera moverme—. Y cuando caigas... cuando te arrastres por mí, cuando me necesites como el aire... entonces me creerás.

Me mordí el labio con fuerza, intentando recuperar el control, odiándome porque mi cuerpo estaba reaccionando a cada palabra, a cada roce de su voz en mi oído.

—Aléjate de mí... —escupí, aunque sonó más débil de lo que hubiera querido.

—Imposible —contestó, helado, soltándome al fin.

El pasillo volvió a tragarse el silencio. Yo caminé de nuevo hacia adelante, las esposas me pesaban como nunca, mi corazón estaba desbocado... y tenía la certeza de que él no iba a parar.

El desayuno pasó en silencio. Yo no abrí la boca y él tampoco lo intentó. El ruido de cubiertos golpeando las bandejas de plástico, los murmullos apagados del resto, todo era un telón de fondo que apenas existía.

Me concentré en tragar cada bocado como si fueran piedras, sin mirarlo ni una sola vez.

Cuando terminé, me levanté sin decir palabra y me indicó con un gesto seco que lo siguiera. Mis pies me llevaron casi en automático, las esposas tintineaban entre mis muñecas, hasta que el pasillo desembocó en una puerta distinta a todas las demás. Era la sala de visitas. El aire allí era otro: menos opresivo, más humano. Había varias mesas alineadas, sillas atornilladas al suelo, todo pensado para que nada pudiera salirse de control. Y, aun así, había algo que me sacudió el pecho, un murmullo distinto, un olor que no era el metálico de la celda ni el sudor de los pasillos. Era el olor del mundo de fuera.

Me senté donde me indicó, el corazón me golpeaba como un tambor. Y entonces la puerta se abrió. Una fila de personas comenzó a entrar. Madres, hijos, parejas, todos buscando con la mirada desesperada a los suyos. Yo giraba la cabeza, una, dos, tres veces... nada. Nadie conocido. El vacío me mordió el estómago. Hasta que lo vi.

Andoni.

Allí, de pie, buscándome con esos ojos que me lo habían prometido todo desde que era niña. Mi mundo se derrumbó y se reconstruyó en un mismo segundo. Una oleada de calor me recorrió la piel, y

antes de poder controlarme, las lágrimas ya me estaban nublando la vista.

—Andoni... —susurré, apenas en un hilo de voz que ni yo misma escuché.

Me llevé las manos a la cara, temblando, y por primera vez en semanas sonreí de verdad. Una sonrisa rota, temblorosa, pero auténtica.

Las lágrimas cayeron libres. No me importó. Porque después de todo el infierno, ahí estaba él.

CAPÍTULO 9

ADAM

Desde que salí de aquel puto ascensor no había dejado de pensar en ello.

Lo primero que pensé fue en ir directo al despacho de Michael para preguntarle por qué cojones nos habían dejado encerrados tantas horas ahí dentro. Porque no era casualidad. Nada lo es en esta cárcel. Pero cuando crucé la puerta, lo que me salió fue otra cosa.

—¿Quién coño es Andoni? —pregunté, sin poder contenerme.

Michael levantó la vista de sus papeles, arqueando apenas una ceja.

—Así que te lo ha dicho.

—Sí, me lo soltó en la cara —gruñí, golpeando la mesa con el puño —. Dice que es su prometido. ¿Tú lo sabías?

—Claro que lo sabía, joder. Pero las órdenes fueron claras, no debía contarte nada.

Me incliné hacia él, con los dientes apretados.

—Perfecto. Entonces queríais que me follara a la hija de un capo sin saber que estaba prometida. ¿Por qué, joder?

—Porque iba a complicarlo todo —respondió Michael, con un deje de fastidio—. Pero ya que lo sabes, escucha bien: Andoni no es cualquier tipo. Es el hijo de un aliado de Alessio Romano. La comprometieron con él desde que era una cría, cosas de la mafia. Y ahora, para colmo, su nombre también aparece en la lista de los que debemos investigar. Queremos saber si está metido en esa supuesta nueva droga que Alessio ha puesto en marcha.

Me sostuvo la mirada un instante, como midiendo cuánto podía soltarme. Luego bajó el tono, casi en un susurro:

—Sé que pensaban decírtelo pronto. Pero ya sabes cómo es esto... yo no mando una mierda en esta misión. O lo que cojones sea.

Me froté la cara, tenso, con el estómago encogido.

—Perfecto. Cojonudo. Así que no solo tengo que camelarme a la hija de Romano, sino que encima tengo que sacarle mierda de su prometido.

Michael asintió, imperturbable.

—Eres el mejor para esto, Muller. No me jodas.

Me mordí la mejilla hasta casi sangrar.

—¿Sabes qué he conseguido en una semana? Una puta historia de cuando tenía cuatro años ¿Eso es lo que esperabas?

Michael sonrió de lado, ladeando la cabeza, como si lo mío no fuera más que una excusa barata.

—Y no habrías conseguido ni eso sin el parón del ascensor.

Lo fulminé con la mirada, furioso.

—Sabía que había sido cosa tuya.

Se inclinó hacia delante, esta vez serio.

—Exacto. Porque todas las veces que te he preguntado esta semana me has dado largas. Ni una puta mirada habías sacado de ella, y lo sabes. Así que sí, se me ocurrió encerraros. Y por lo que veo, ha funcionado.

Me dieron ganas de levantarme y cruzarle la cara allí mismo. Pero no se detuvo. Michael abrió la carpeta que tenía frente a él y empezó a enumerar con frialdad, como si hablara de papeleo corriente.

—Han reubicado a los tres presos que intentaron violarla. No volverán a pisar esta prisión. Y, además, a partir de mañana, Romano tendrá derecho a visitas semanales.

Me quedé helado.

—¿Por qué? ¿Por qué tantos privilegios de repente? Va a sospechar, joder.

—Tuve una reunión con el gobierno esta mañana —respondió, clavándome los ojos—. Quieren que esté cómoda. Si está tensa, no soltará una mierda.

—¿Cómoda? —bufé con rabia—. A este paso le damos una suite, ¿no te jode? ¿Y visitas? ¿Quién coño va a venir?

Michael se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Y por eso mismo tendrás que ponerle un micrófono. Necesitamos escuchar cada palabra.

Me pasé una mano por el pelo, desesperado.

—¿Y cómo voy a hacer eso? ¿Cómo voy a plantarle un micro sin que lo note?

—Improvísalo. Acércate a ella. Busca el momento. Mañana mismo, antes de la visita. —Se recostó en la silla y me miró con esa calma irritante—. Ahora vete a casa y descansa.

Me incliné hacia él, con la sangre hirviendo.

—Esto es una puta mierda, Michael.

Él apoyó los codos en la mesa, con una seriedad que pocas veces había visto en su rostro.

—No son mis órdenes, Muller. Vienen de más arriba. Mucho más arriba. El ascensor fue cosa mía, sí. Pero lo demás... eso es obra de ellos. Y ya sabes cómo funciona: aquí no hay opción.

Sentí el corazón en un puño. Todo era un nudo imposible, y yo era la cuerda a punto de romperse.

Salí del despacho de Michael echando humo. Cerré la puerta de un portazo que retumbó en el pasillo, y no me importó si alguien lo escuchaba. El turno había terminado.

El volante chirrió entre mis manos cuando arranqué el coche. La rabia me hervía por dentro, pero en cuanto el motor rugió, la mente se me fue a otro sitio. Al ascensor.

Joder... tenía que reconocerlo: había sido una buena jugada. Una mierda de encerrona, sí, pero efectiva. Sin eso, no habría arrancado nada de ella. Y lo odiaba, odiaba admitir que Michael había tenido

razón. Pero lo peor fue lo que vino después. Recordar su voz temblando, confesando.

"Sí, me he corrido pensando en ti."

Me apreté los dientes, golpeando el volante con la palma. Nunca pensé que llegaría a escuchar algo así de ella. Yo estaba actuando, mintiendo como un cabrón, pero ella...

¿Qué coño había pasado por su cabeza?

Si se supone que me odiaba, si me había estado ignorando durante días...

El recuerdo me golpeó con fuerza. Mis dedos entrando en su coño, la calidez húmeda de su interior. Su cuerpo temblando contra mí. Y entonces, de repente, me di cuenta: todavía no me había lavado las manos.

Tragué saliva, tenía el corazón acelerado.

Levanté la mano derecha, despacio, mirándola bajo la tenue luz que entraba por el parabrisas. Y lo hice. Me llevé los dedos a la nariz. El olor me explotó en la cabeza. Inconfundible. Ella. Puro sexo, dulce y salvaje, mezclado con algo que no sabía describir. Era enfermizo, asqueroso, pero al mismo tiempo... joder, era adictivo.

Cerré los ojos, aspirando más fuerte, y un escalofrío me recorrió la columna. Estaba loco. Completamente loco. Y lo sabía.

—Joder, Muller... —murmuré, apretando el volante con la otra mano.

Pero, aunque quisiera, no podía borrar ese olor de mi nariz. Ni su gemido de mis oídos. Ni su confesión de mi puta cabeza.

Me forcé a soltar el aire, a dejar la mano caer de nuevo sobre el volante. El olor seguía ahí, impregnado en mi piel como una marca invisible.

Cerré los ojos un instante y apreté la mandíbula.

Esto no era amor. Ni siquiera afecto. Era pura atracción. Enferma, retorcida. Un veneno que se me había metido dentro y que me

estaba pudriendo la cabeza. Nada más. Y lo sabía: en cuanto la tuviera de verdad, en cuanto me la follara, todo terminaría. Se acabaría la fantasía y después no quedaría nada. Solo carne y silencio. Y entonces, mi mente volvería a su sitio. A Jezabell. A la mujer que amo, la única que de verdad importa.

Era eso. Tenía que ser eso. Una atracción pasajera, un capricho enfermo que desaparecería en cuanto lo consumiera. Y después volvería a ser yo: Adam Muller, el hombre de piedra, fiel a Jezabell, con los ojos bien puestos en lo que de verdad importa.

Me repetí esa idea una y otra vez mientras el coche avanzaba por la carretera oscura. Pero ni siquiera así conseguía borrar de mi cabeza su voz, su olor, sus labios temblando bajo los míos.

Pensé en Jezabell. En su sonrisa limpia, en la forma en que siempre conseguía traerme de vuelta cuando todo lo demás fallaba. Ella era mi ancla. Pero ahora estaba lejos, demasiado lejos. Tokio. Dos semanas de campañas, contratos y sesiones interminables de fotos. Y yo aquí, atrapado en un nudo de mierda que no podía desatar. Todos los días hablábamos. Una llamada, un mensaje, aunque fuera breve. Ella siempre estaba. Siempre. Hoy no. Marqué su número tres veces. Nada. La señal daba, pero nadie contestaba. Ni un mensaje, ni un audio.

Me quedé un rato mirando la pantalla, esperando que vibrara. No lo hizo. Al final, con un gruñido, apagué el móvil y lo lancé sobre el asiento del copiloto.

Subí al apartamento con la mente hecha trizas. Cada paso era más pesado que el anterior. Me dejé caer en la cama, aún con parte del uniforme puesto, y cerré los ojos.

Dormí poco y mal.

La madrugada me había dejado con más preguntas que respuestas, y cuando al fin abrí los ojos lo único que tenía claro era que hoy sería un día de mierda.

Me vestí con desgana, repasando en la cabeza lo que Michael había ordenado: el micrófono. Tenía que colocárselo antes de la visita.

—Arriba, Romano —gruñí en cuanto la vi.

Ella estaba profundamente dormida, enroscada entre las sábanas. Se removió al oír mi voz, parpadeó despacio y, con una calma que me sacaba de quicio, se incorporó como si no hubiera prisa en el mundo.

La vi vestirse delante de mí: cada gesto seguro, preciso, hasta parecer perfecta. Hermosa, joder, incluso en este agujero.

Cuando salió al pasillo, ya tenía esa mirada desafiante, dura como piedra. Y en cuanto abrió la boca, lo hizo con el veneno de siempre:

—No me creo nada de lo que dijiste ayer. Ni una palabra.

Noté la tensión en mi mandíbula. Tenía que pensar rápido. No podía dejar que me leyera tan fácil. Así que improvisé. La atraje bruscamente hacia mí, con un movimiento calculado, fingiendo hostilidad. Ella se revolvió, como siempre, y fue en ese instante, en esa cercanía forzada, cuando aproveché. El micro quedó escondido bajo la costura de su uniforme, imperceptible.

Por dentro, mi pulso estaba desbocado, porque sabía que lo había hecho. El micro estaba en su sitio. Y ella, no sospechaba nada.

Seguimos andando hasta el comedor. La rutina de siempre: bandejas, el silencio cargado entre nosotros, la rabia contenida en cada mirada que no terminaba de cruzarse. Ella fingía indiferencia, yo me aferraba a la máscara de frialdad.

Después llegó el momento. La sala de visitas. Las mesas alineadas, el murmullo de otros internos. La puerta del fondo se abrió, y poco a poco fueron entrando los familiares, uno tras otro.

Yo la observaba desde la distancia, con el estómago tenso. Ella miraba a cada persona que entraba, expectante, hasta que sus ojos se iluminaron de golpe.

Andoni.

No necesitaba que nadie me lo presentara. Alto, fuerte, tatuajes recorriendo cada centímetro visible de piel, y esa cicatriz en la cara que lo marcaba como un hombre hecho en la violencia. Un tipo que sabía perfectamente quién era y lo que representaba.

Reina lo vio y se le descompuso el rostro. Las lágrimas le brotaron al instante, y en cuanto se sentó frente a él le agarró las manos con fuerza, como si fueran su único salvavidas. Él le devolvió la sonrisa, con esa calma que solo tienen los hombres que saben que están respaldados por un imperio. Ambos hablaban sin parar. Ella conversaba atropellada, entrecortada por el llanto.

Me mantuve en mi puesto, recto, brazos cruzados. Nada de esto era nuevo: visitas cargadas de emoción, lágrimas, promesas. Pero la forma en que él la tenía cogida, demasiado cerca, demasiado confiada, era algo que no podía permitirse en un recinto de máxima seguridad. Y cuando, de pronto, Andoni la rodeó por la cintura y la colocó en su regazo, el instinto me atravesó como un disparo.

Estaba a punto de moverme. Tenía el protocolo de mi lado: contacto físico de ese nivel estaba prohibido. Y no pensaba tolerarlo. Pero justo entonces el walkie en mi cinturón crepitó.

—Muller —la voz de Michael sonó baja, firme—. Ni se te ocurra intervenir.

Apreté la mandíbula, deteniéndome en seco.

—Michael —respondí en el mismo tono, girándome un poco para dar la espalda a los internos—. Están sobrepasando el límite. Es contacto inadecuado, sabes que no está permitido.

Un breve silencio, apenas roto por la estática.

—Lo sé —dijo él al fin—. Pero ahora mismo están diciendo cosas que necesito escuchar. Cosas muy interesantes.

Me quedé helado un segundo.

—¿Ya tienes acceso al micro? —pregunté en voz baja, seco.

—Lo tengo. Y créeme, Muller... —su voz descendió aún más —. No nos conviene interrumpir.

Solté aire por la nariz, ajustando el auricular en mi oído, forzándome a mantener la calma.

—Entendido.

Me obligué a mantener la postura, inmóvil, aunque por dentro sentía la tensión arderme bajo la piel. No había nada que pudiera hacer, salvo observar. Y eso hice. De pie, con la máscara de profesionalidad intacta, viendo como la hija de Alessio Romano se derretía por otro hombre.

¿Cómo cojones iba a hacerlo?

¿Cómo iba a conseguir que Reinetta Romano cayera a mis pies, que se olvidara de ese imbécil tatuado, si delante de mis narices él era todo lo que ella parecía necesitar?

Me repetí que podía. Que era cuestión de tiempo. Que podía romperla, moldearla, arrancar de ella cada secreto que escondiera. Lo sabía, joder. Si algo había aprendido en estos años era a doblegar voluntades. Y ella, tarde o temprano, no sería la excepción.

Pero vi como Andoni la besaba. Un beso firme, posesivo. Ella llorando aún, pero sin apartarse. Sus labios sellados en los de él como si yo ni siquiera existiera a escasos metros. Y algo dentro de mí se rompió. El aire se me atascó en el pecho, un nudo áspero me apretó las costillas. La mandíbula me crujió de la presión.

Todo lo que había reprimido estos días, todas las líneas que había cruzado en silencio explotaron de golpe.

Ya no era el agente que observaba con frialdad. No era el profesional con la máscara intacta. Era un hombre al borde de perder el control. La furia ardía en mis venas, cruda, rabiosa. Mis dedos se apretaron en puños contra los costados, con una única idea atravesándome: arrancarla de esos brazos tatuados, borrarle a ese cabrón de la cara esa sonrisa satisfecha.

Por un segundo tuve que recordarme dónde estaba, qué estaba haciendo. Porque en ese instante, lo único que quise fue destruir.

REINA

En cuanto le vi, las lágrimas me inundaron los ojos como un torrente imposible de detener.

—Andoni... —mi voz se quebró al pronunciar su nombre.

Él me estrechó las manos con fuerza, como si quisiera anclarme a la vida. Su sonrisa era tranquila, pero en sus ojos oscuros vi la misma tensión que latía en los míos.

—Tranquila, *amore* —susurró, acariciándome la cara con la yema de los dedos—. Tus padres están bien. Están escondidos, pero a salvo.

Un suspiro roto se me escapó, cerré los ojos un segundo, sintiendo su toque como un bálsamo en medio de todo este infierno.

—¿De verdad? —pregunté, casi como una niña suplicando que le confirmaran que el monstruo del armario no existe.

Él asintió, apretando más mis manos.

—De verdad.

—Andoni, yo... no puedo más —murmuré, con la garganta cerrada por el llanto—. Esto no es vida. Me estoy volviendo loca aquí dentro.

Él me sostuvo la mirada, con una intensidad que me atravesó hasta los huesos.

—Te amo, Reina. Y voy a sacarte de aquí, te lo juro. Pero no es fácil. Alguien te tendió una trampa. Todo apunta al día de tu cumpleaños... ¿recuerdas algo de esa noche?

Sacudí la cabeza con desesperación.

—Llevo un mes dándole vueltas, y no recuerdo nada, joder. ¿Quién me metió aquí? ¿Por qué? Necesito respuestas.

Su mandíbula se tensó, y bajó la voz como si temiera que alguien más pudiera escucharnos.

—Las cosas se han puesto muy jodidas, *amore mio*. Desde que te encerraron, todo ha sido un caos. Tus padres y yo te hemos buscado como locos, sin parar, noche y día. Hasta que un día llegó una carta... una amenaza. Decían que si tu padre no entregaba información sobre lo que está creando... te matarían.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

—¿Qué...? No... no puede ser.

—Sí, Reina —continuó, acariciándome la cara con ternura—. Tu padre no tuvo opción. Habló, soltó lo que pudo... y después él y tu madre desaparecieron, se escondieron en una isla. Allí siguen. Yo me quedé en casa, aguantando, custodiando todo y pasándole información a Alessio. Te busqué cada segundo, princesa... pero no fue hasta ayer que recibí otra carta. Decía que estabas aquí. Que hoy podría verte

El corazón me golpeaba tan fuerte que sentía que los policías podían escucharlo desde la otra punta de la sala.

Tragué saliva, temblando, y solté la pregunta que me quemaba por dentro:

—¿Son los Moretti? ¿Ellos están detrás de todo esto?

Vi cómo dudaba, sus ojos esquivaron los míos antes de volver a encontrarlos. Al final habló despacio, con un tono grave que me heló la sangre:

—Estamos investigando. Creemos que sí... pero hay más. Mucho más. Aquí no son solo los Moretti. Hay gente con poder real, Reina. Poder de verdad, moviendo los hilos.

El nudo en el estómago se me hizo insoportable.

—¿Entonces qué hago yo aquí? —pregunté con la voz rota, suplicante—. ¿Qué coño quieren de mí?

Él me acarició de nuevo, suave, con ternura en sus dedos ásperos.

—Por ahora... aguanta. Eso es lo único que puedes hacer. Aguantar en esta cárcel de mala muerte hasta que todo esté listo. Y

entonces... te sacaré de aquí, lo prometo.

De pronto él me cogió de las manos y me atrajo hasta sentarme en su regazo, como si quisiera protegerme del mundo con solo su cuerpo. Su voz, más baja ahora, se volvió dulce:

—Cuéntame, *amore*... ¿Cómo estás de verdad? ¿Alguien te ha tocado?

El orgullo me atravesó como un cuchillo, quise decir que no, que estaba bien, que seguía siendo intocable... pero las lágrimas me traicionaron. Los ojos se me nublaron y las palabras salieron desgarradas, empapadas de rabia y vergüenza:

—Unos cabrones... intentaron violarme.

Andoni se quedó helado un segundo. Luego sentí cómo me apretaba más fuerte, su respiración se volvió áspera, temblaba de pura furia.

—¿Qué? —rugió casi en un susurro—. Dime quiénes fueron, Reina. Dímelo ahora mismo.

Me aferré a su camiseta, llorando sin control, como si volviera a estar en esas duchas.

—Ya no importa... los reubicaron. Se los llevaron a otra cárcel.

Él me sostuvo la cara entre las manos, el tatuaje en su muñeca me rozó la piel. Sus ojos, oscuros, ardían.

—No me importa dónde estén. Los encontraré. Y los mataré. Uno a uno. Te lo juro por mi sangre.

Un sollozo escapó de mi garganta y me escondí en su cuello, dejando que esa promesa me envolviera como un escudo. Pero la lucidez me golpeó de pronto, entre lágrimas.

—Andoni... algo raro está pasando aquí. No me cuadran las cosas. — Me aparté apenas, mirándolo con el ceño fruncido, aunque mi voz seguía rota—. Llevan días dándome privilegios que antes no tenía. Visitas, protección, hasta cambios en los módulos... No sé qué cojones quieren de mí.

Él endureció el gesto, arrugando la frente, como si cada palabra confirmara una sospecha que ya tenía.

—Mierda... —masculló, con los dientes apretados. Me acarició de nuevo, pero sus ojos se desviaron hacia el vacío, calculando—. Voy a intentar descifrar qué está pasando.

Sus dedos se deslizaron sobre mi mejilla, firmes, como si sellara una promesa.

—Intentaré venir cada semana. Y cuando venga, te daré información. Aunque sea poco a poco. Juntos vamos a salir de esta.

Lo miré fijamente, temblando todavía, pero con una chispa nueva encendiéndose en mi pecho. La esperanza, por mínima que fuera, volvía a respirar dentro de mí.

Andoni me sostuvo la cara con ambas manos, sus ojos marrones se clavaron en los míos, firmes, seguros, como si pudieran sostenerme entera.

—Cuando todo esto termine... nos casaremos, Reina. —Su voz vibraba con una fuerza que me atravesó la piel—. Te amo. Te necesito. No sé cómo seguir sin ti.

Las lágrimas brotaron con más fuerza. No eran las lágrimas de la niña que lloraba de miedo en esta cárcel, eran las lágrimas de la mujer que recordaba lo que era el amor, lo que era sentirse deseada por alguien que la conocía desde que tenía memoria. Andoni. Mi Andoni. El único hombre que había tocado mi cuerpo, el único al que yo había pertenecido.

Mi pecho se oprimió.

Por un instante la imagen del maldito agente Muller me cruzó la mente como un relámpago envenenado: su aliento sobre mi boca en aquel ascensor, su confesión absurda, sus manos metidas en mi coño... Y peor aún: el recuerdo de mi propio cuerpo respondiendo. Quise arrancarme la piel con las uñas.

Por un segundo pensé en decirlo. En contarle a Andoni la verdad, vomitarle todo de golpe: lo que había pasado, lo que Muller me

había hecho sentir, lo que yo misma había traicionado dentro de mi cabeza. Lo pensé... y el miedo me desgarró. Porque si lo hacía, lo destruiría todo. Me destruiría a mí. Andoni nunca me perdonaría. Y yo lo necesitaba demasiado. Así que callé. Callé y me aferré a él como si fuera mi única salvación.

Muller no significaba nada. Nada. Ese policía de mierda me había hecho sentir débil, me había hecho tambalear como si fuera una niña. Pero yo no era débil. Y menos por él. Ese hombre era veneno. Y yo no iba a dejar que me contaminara otra vez.

Andoni acarició mis mejillas con los pulgares, sus labios estaban a centímetros de los míos.

—Aguanta un poco más, mi vida. Te sacaré de aquí. Sea como sea.

Y entonces lo entendí. Ahí estaba mi verdad. Mi hogar. El único al que había amado, el único que importaba. Andoni no era solo mi prometido; era la prueba viviente de que yo seguía siendo yo, de que mi vida no pertenecía a esas paredes ni a ese policía que me había confundido.

Me dejé arrastrar cuando me besó. Cerré los ojos y sentí su boca dura, firme, la promesa de todo lo que habíamos soñado desde niños. El amor, la lealtad, la familia. Ese beso era un grito contra todo lo que me estaba pudriendo dentro de la cárcel. Y en mi cabeza repetí:

Mi vida es Andoni. Mi futuro es Andoni. El agente Muller no es nada. Nada.

Por un instante, el mundo se borró. No hubo barrotes, ni pasillos fríos, ni recuerdos venenosos. Solo Andoni. Solo nosotros.

El beso todavía me ardía en los labios cuando una mano me arrancó de golpe. El tirón fue tan brusco que casi caí al suelo.

—¡¿Qué cojones...?! —grité, tambaleándome hasta que mis ojos se clavaron en él.

Muller. Con la mandíbula apretada, los ojos helados, y mi brazo atrapado en su puño como si fuera un grillete.

Andoni se levantó de inmediato, la silla golpeó contra el suelo con un estrépito. Su ceño fruncido, la cicatriz en su rostro y sus tatuajes tensos hacían que pareciera un animal acorralado.

—¿Quién coño eres tú? —escupió, incrédulo—. ¿Qué mierda haces tocándola así?

Muller no se inmutó. Se cuadró frente a él, con esa frialdad que dolía más que los gritos.

—Soy el que tiene que aguantarla todos los putos días aquí dentro. —Su voz era baja, cortante, como un cuchillo—. Y también el que se asegura de que no le ocurra nada. Y de que a nadie se le ocurra pasarse de listo.

El rostro de Andoni se endureció. Dio un paso adelante, el fuego en los ojos a punto de desatarse.

—¿Pasarme de listo? ¡Es mi prometida, cabrón! No necesito permiso para tocarla.

Un silencio brutal se extendió por un segundo. Muller apretó más mi brazo, sus labios se torcieron en una mueca de desprecio.

—Aquí no eres nadie, ¿entiendes? Prometido o no, en esta cárcel no la tocas.

Las palabras cayeron como un golpe seco. Vi cómo el rostro de Andoni se transformaba.

—¡Vuelve a decir eso y te reviento la cara! —rugió, alzando el puño.

Muller dio un paso más, acercándose hasta casi chocar con él. Su voz salió más baja aún, venenosa:

—Atrévete.

Yo estaba atrapada en medio del duelo, con el corazón desbocado, odiando a Muller más que a nada en el mundo.

La tensión iba a estallar, lo sabía. Pero antes de que los dos pudieran cruzar el primer golpe, otros agentes entraron corriendo, separando

a Andoni a la fuerza. Lo sujetaron de los brazos, empujándolo hacia atrás mientras él seguía forcejeando como un animal enjaulado.

—¡Reina! —gritó con la voz desgarrada—. Te voy a sacar de aquí, te lo prometo, *amore mio.*

Yo extendí una mano hacia él, impotente, pero Muller tiró de mí sin miramientos, obligándome a apartarme mientras Andoni desaparecía en medio de los guardias.

Miré a Muller, fulminándolo con todo el odio que me quedaba.

—Te odio —le escupí con la voz quebrada por la furia.

Él no respondió. Solo apretó la mandíbula y siguió caminando, arrastrándome con él. Y yo, entre la ira y el desconcierto, solo podía pensar que aquel choque no había hecho más que encender una guerra imposible.

El pasillo hasta la celda fue un suplicio. Cada paso que daba junto a Muller era un latigazo en mi pecho, un recordatorio de lo que acababa de arrancarme. No dije una sola palabra; el silencio estaba lleno de rabia, como una tormenta que rugía por dentro.

Cuando llegamos, empujó la puerta metálica con un gesto seco... pero no la cerró del todo. El chirrido quedó flotando en el aire, como una amenaza inconclusa. Ni siquiera se molestó en quitarme las esposas.

Me giré de golpe hacia él.

—No sé quién cojones te crees que eres, Muller, pero no vuelvas a tocar a Andoni. —Mi voz salió afilada, cargada de todo lo que tenía acumulado—. Llevo días debatiendo si quiero seguir matándote o no. No me hagas decidirme ahora mismo.

Él no se inmutó. Se limitó a sonreír de medio lado, esa sonrisa burlona que rara vez le había visto, como si disfrutara arrancándome la piel a tiras.

—¿Lo estabas debatiendo antes... o después de confesarme que te corrías pensando en mí?

Su voz me atravesó como una cuchilla.

Mi mente se nubló, los pulmones se me cerraron. El impulso fue inmediato: quise golpearlo, arañarlo, destrozarlo. Pero estaba esposada. Indefensa. Lo único que pude hacer fue lanzarle golpes torpes contra el pecho, una y otra vez, hasta que mis brazos se rindieron por puro agotamiento. Caí contra él, temblando, con la frente clavada en su camisa.

Era humillante. Yo, la hija de Alessio Romano, reducida a eso. Y lo peor: sintiéndome débil, quebrada, como si lo necesitara para sostenerme. Por un segundo me habría arrancado la piel por poder estar en brazos de Andoni y olvidarme de todo esto.

Muller no me apartó. Al contrario. Me dejó descargarme contra su pecho, me sostuvo con un agarre firme. Y cuando por fin dejé de forcejear, cuando mi respiración se calmó, inclinó la cabeza y murmuró con sorna:

—Sabes de sobra que no me vas a matar. —Su sonrisa me perforó— ¿Le has contado a tu prometido que te toqué el coño?

—¡Cállate! —grité con la voz rota.

Me aparté como pude, las lágrimas me nublaban la vista. Sentía que cada palabra suya me rompía un poco más. Ese cabrón me estaba manipulando, y lo peor era que lo estaba consiguiendo.

Me sentía hecha añicos, perdida. Me dejé caer al suelo, recogida sobre mí misma, intentando reconstruirme.

"No eres débil. No lo eres." Me lo repetí una y otra vez.

El encierro, el reencuentro con Andoni, todo lo que Muller me había dicho... todo me estaba arrancando las entrañas. Pero lo peor, lo que me devoraba, era la certeza de que había caído con él. Que me había tocado. Que había respondido. Con un puto policía.

Me sequé las lágrimas con rabia, enderecé la espalda y lo miré de frente, lanzándole lo primero que me salió, aferrándome a mis últimas migajas de orgullo:

—Lo de ayer fue una debilidad. Solo eso. Estaba encerrada en un ascensor, asfixiada, ni siquiera sabía lo que decía. Pero escucha bien esto, Muller: nunca habrá otro hombre en mi vida. Nunca.

Él se agachó despacio frente a mí. Su sonrisa burlona seguía ahí, pero había algo en sus ojos que se me clavaba como un hierro candente.

—¿Nunca habrá otro hombre en tu vida, eh?

—Solo existe Andoni para mí. —Las palabras me salieron duras, firmes, como un juramento.

Su sonrisa se borró de golpe.

La sombra en su mirada me heló la sangre. Sin darme tiempo a respirar, me agarró por la nuca con una brutalidad que me arrancó un jadeo.

—No vuelvas a decir eso —murmuró, bajo, amenazante.

Y de un tirón me estampó contra su boca.

El beso fue un choque brutal. Sus labios cayeron sobre los míos como una sentencia, ásperos, furiosos, devorándome sin dejarme espacio para escapar.

Intenté resistirme, forcejeé, apreté los puños contra su pecho para apartarlo, pero él me sujetaba con una firmeza implacable.

No quería besarlo. Joder, no quería. Mi cabeza gritaba que lo odiaba, que quería arrancarle la garganta, pero mi cuerpo... mi cuerpo no respondía.

Era un beso salvaje, desesperado, un combate en el que yo me resistía y él me devoraba. Y cuanto más intentaba apartarme, más me atrapaba, hasta que el aire dejó de importarme y lo único que existía era él, su boca, su aliento, el maldito abismo al que me arrastraba.

CAPÍTULO 10

ADAM

Su boca sabía a veneno y a gloria al mismo tiempo. Dulce, suave, exquisita, como si cada segundo de ese beso me quemara y me curara a la vez. Sentía su lengua rozar la mía, temblorosa al principio, rebelde después, y su aliento me embriagaba como si hubiera estado esperándolo toda la vida.

Joder, estaba actuando. Tenía que conseguir su confianza. Eso era lo que estaba haciendo. Eso me repetía con cada latido... pero entonces me vinieron a la cabeza sus palabras.

"Solo existe Andoni para mí."

El nombre me atravesó como una bala. Sentí una furia tan cruda que me dejó casi ciego. Nunca había experimentado algo así, ni siquiera con los peores presos, ni con los bastardos que mataron a mis padres. Una rabia seca, ardiente, me gritaba que no podía permitirlo, que no podía dejarla hablar de otro hombre con esa certeza en los labios.

La besé más fuerte, con una brutalidad que me sorprendió a mí mismo, devorando cada rincón de su boca como si pudiera borrar su promesa con Andoni a base de mordiscos. Y mientras lo hacía, mientras la mantenía atrapada contra mí; con un movimiento preciso, entrenado, aproveché el roce de nuestros cuerpos para

deslizar los dedos hacia su cintura, justo donde había ocultado el maldito micrófono esa mañana.

Ella estaba demasiado perdida en la lucha del beso, demasiado ocupada en odiarme y resistirse, para notar cómo mis dedos lo arrancaban. Lo saqué sin esfuerzo, con la misma frialdad con la que limpiaría un arma. Un simple clic, y desapareció entre mis manos.

No sabía qué coño estaba haciendo. Si realmente intentaba seducirla por las órdenes de mis jefes o porque, joder, ella no caía. No se abría a mí. Se me enfrentaba, me desafiaba, me odiaba en cada mirada. Y quizá era eso lo que más me jodía, lo que más me enganchaba: la muy cabrona se resistía a todo.

Nos separamos de golpe, los dos jadeando como si hubiéramos salido de una pelea a muerte.

Apenas tuve tiempo de parpadear cuando sentí el impacto seco de sus manos en mi cara. No una, dos. Una bofetada brutal que me cruzó el rostro con el metal de las esposas mordiéndome la piel. El dolor me atravesó como un látigo, el eco reventó en mis oídos.

Me quedé inmóvil un segundo, la mejilla me ardía, mientras ella me miraba con esos ojos en llamas.

—Te estas confundido conmigo, agente —escupió, con la voz rota, vibrando entre la furia y las lágrimas—. No vuelvas a tocarme. No vuelvas a mirarme con deseo. Porque no conseguirás nada de mí. ¿Me oyes? ¡Nada!

Su pecho subía y bajaba con violencia, las lágrimas le nublaban la mirada, pero aun así se erguía frente a mí como una fiera acorralada, con los labios temblando y los ojos enrojecidos. Débil, sí. Fuera de control. Pero joder, más peligrosa que nunca.

Yo aún sentía la marca candente de las esposas en la cara, el sabor metálico de la sangre en la comisura de mis labios.

Me pasé la lengua por la comisura, probando el sabor metálico de la sangre. La miré fijamente, con la mejilla todavía ardiendo, y sonreí.

—Que raro... —murmuré, grave—. En el ascensor no decías lo mismo. Ni el primer día, ¿recuerdas? Cuando me provocaste y preguntaste si se me había puesto dura al tocarte.

Sus ojos se abrieron apenas, pero enseguida los entrecerró con rabia.

—¿El primer día? —escupió, con desprecio—. Fue un comentario absurdo, una forma de molestarte. Nada más. Y lo del ascensor... ya te lo dije: estaba en trance. Perdida. Confundida. No significa nada. —Sus lágrimas seguían cayendo, pero su voz sonó firme, cruel—. No vuelvas a tocarme, Muller. Jamás.

Las palabras me golpearon más fuerte que la bofetada.

Me quedé callado, tragándome la rabia, con el ego retorciéndose como un animal herido.

¿Cómo cojones una cría mafiosa conseguía humillarme así?

A mí nunca se me habían dado mal las mujeres. Antes de Jezabell, jamás una me había rechazado. Todas caían, todas babeaban, incluso ahora, con pareja, seguían mirándome como si fuera intocable. Y sin embargo ahí estaba yo... soportando el rechazo de una mocosa de dieciocho años como si me hubieran abierto el pecho de un puñetazo.

Odiaba cada lágrima que la hacía parecer frágil, cada gesto que me recordaba que no podía controlarla como al resto. Y lo peor era admitirlo: me estaba doliendo.

Me incliné hacia ella, todavía con el sabor de su rechazo ardiéndome en la boca.

—¿Sabes qué? —susurré, helado, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—Cuanto más te resistas a esto, peor será. Está atracción te va a devorar viva... y lo sabes.

Ella sollozó, con los ojos inyectados en furia y dolor.

—No... no te acerques —gimió, retrocediendo un paso.

Pero yo lo hice. Un paso más, decidido, como si el aire mismo me arrastrara hacia ella. Y entonces ocurrió: de un movimiento brusco, desesperado, sus manos se aferraron a mi cintura, al cinturón. Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar antes de ver cómo mi pistola cambiaba de dueño. Sus dedos temblaban, pero sus ojos... sus ojos estaban firmes.

El estruendo del disparo me desgarró los oídos. Un ardor insoportable me atravesó el hombro y el mundo se tambaleó bajo mis pies.

Caí de rodillas, jadeando, la sangre manando a borbotones, empapándome la camisa.

Intenté llevarme la mano al walkie, pero los dedos me temblaban demasiado, las fuerzas se me escapaban como agua entre las manos.

Ella, en cambio, se erguía frente a mí, con la pistola aún humeante entre sus manos esposadas. Una visión imposible, salvaje, con las lágrimas corriéndole por la cara y la voz quebrada, pero firme como el filo de un cuchillo:

—Esto es un aviso, agente. Para que te quede claro quién manda aquí. —Me señaló con el cañón, los labios le temblaban de rabia—. No vuelvas a besarme. No vuelvas a tocarme. Y olvida todo lo que pasó en ese ascensor.

Me desplomé de lado, con la vista nublándose y el hombro convertido en un río de sangre. Aun así, forcé las palabras, mascullando con lo poco que me quedaba de aire:

—Eres una zorra.

De pronto escuché pasos precipitados y voces en el pasillo. Dos guardias aparecieron en el marco de la celda, con los ojos abiertos como platos al ver la escena: yo desplomado en el suelo, el uniforme empapado en sangre, y ella con la pistola aún en las manos.

—¡Santo Dios! —gritó uno de ellos, arrebatándole el arma de un manotazo.

El otro me levantó de golpe, sujetándome por debajo del brazo herido.

Un alarido se me escapó de la garganta.

—¡Rápido, a la enfermería! —ordenó el primero.

Me arrastraron por el pasillo a toda prisa. La sangre me corría a borbotones por el costado, manchando el suelo tras de mí como un rastro maldito. Sentía las piernas flojas, la vista cada vez más borrosa. El dolor era un zumbido sordo, constante, que me golpeaba como un martillo dentro del cráneo.

Al girar la esquina alcancé a oír el chirrido metálico de la celda cerrándose tras nosotros. Ella se quedó dentro, en silencio. Ni un grito, ni una palabra.

El mundo comenzó a deshacerse en sombras.

La enfermería parecía un espejismo cada vez más lejano. Notaba la consciencia escapándose, a pesar de que me obligaba a mantener los ojos abiertos. Un último pensamiento me atravesó, entre el dolor y el mareo: esa maldita cría mafiosa me había ganado la partida esta vez. Y después... la oscuridad me devoró.

•••

Había pasado una semana desde el disparo. Una semana sin verla.

Michael me observaba con el ceño fruncido, más serio de lo que nunca le había visto. Ni una pizca de su cordialidad habitual. Solo ese gesto rígido que decía que algo estaba muy jodido.

El hombro seguía doliéndome a cada movimiento. La bala no había entrado demasiado, pero lo suficiente para dejarme con el puto cabestrillo, como un recordatorio constante de lo que había pasado. Y lo peor no era la herida: era la humillación. El eco de su voz diciéndome que no me volviera a acercar todavía me retumbaba en la cabeza.

—No debí haberte metido en esto —admitió al fin con la voz grave—. Ha sido demasiado arriesgado. Ella es peligrosa, Muller. Muy peligrosa.

Me quedé callado unos segundos, tragándome la rabia que me subía como fuego por la garganta.

—No pienso volver a fingir, Michael —solté por fin, con un tono seco que me sorprendió hasta a mí—. No pienso volver a tocarla. No después de lo que me ha hecho. Habla con quien tengas que hablar, di lo que sea... pero lo único que quiero es no volver a verla jamás.

Michael apoyó los codos sobre la mesa, entrelazando las manos. Sus ojos no se apartaron de los míos.

—Te entiendo, Muller. Créeme que sí. Pero no puedo darte órdenes claras todavía. Esta mañana he tenido una reunión con los de arriba. ¿Y sabes qué? Ni ellos mismos saben qué coño hacer. Están dudando. No saben si seguir adelante con la misión... o abortarla.

Inspiré hondo, casi con alivio.

—Que la aborten, joder. Eso sería lo mejor.

—Lo sé —asintió él—. Y más ahora que sabemos que la muy puta ya sospecha de todo.

Se me heló la sangre.

—¿Cómo que sospecha?

Michael no respondió con palabras. Giró la pantalla del portátil hacia mí y le dio al play.

La grabación de la visita con Andoni retumbó en mis oídos. La voz de ella, temblorosa, llorando. La voz de él, jurándole amor, matrimonio, promesas vacías. Pero lo que más me encendió, lo que me partió en dos, fue escucharlos hablar de trampas, de amenazas, de que sospechaban de todo lo que pasaba dentro de esas paredes.

Noté el calor subirme por el cuello, como lava. Cerré el puño hasta que los nudillos crujieron.

—Malditos cabrones... —escupí entre dientes.

Michael asintió despacio, sin apartar la vista de mí.

—Sí. Y dime tú, Muller... ¿qué cojones vamos a hacer ahora?

Me llevé una mano a la cara, exhausto.

—No lo sé, Michael. Yo lo único que sé es que no quiero volver a verla. No quiero.

Él se inclinó hacia delante, la voz más dura que nunca.

—Es tu deber. Que la misión no haya salido como esperaban no significa que vaya a cambiarte el trabajo que realmente se te asignó. Te guste o no, seguirás vigilándola. Si no quieres acercarte más de la cuenta, no lo hagas... pero no vas a librarte de ella.

—Joder... —murmuré, golpeando la mesa con el puño sano—. Esto es una puta mierda.

Michael suspiró, como si también estuviera cargando con un peso que no era suyo.

—De todas formas, te iré pasando información. A ver qué dicen los de arriba en los próximos días.

Lo miré en silencio, sintiendo cómo la rabia me carcomía por dentro. Y entonces solté lo que llevaba días quemándome en la boca:

—¿No sería mejor torturarla?

Michael se quedó en silencio un par de segundos, calibrando lo que acababa de decir. Luego apoyó la espalda en la silla y asintió, con la mandíbula dura.

—Yo también lo he pensado —confesó, seco—. Y no te voy a mentir: es una opción. En los próximos días lo propondré. Ya veremos si los de arriba se atreven a dar ese paso.

No hizo falta decir nada más. Nos quedamos mirándonos un instante, dos hombres hartos de un juego que no controlaban, y al final me levanté.

El dolor del hombro me recordaba cada segundo lo que había pasado. Michael solo me dio una palmada en la espalda sana antes de añadir:

—Vete a casa, Muller. Recupérate. Ya hablaremos.

•••

Pasó un mes.

Treinta putos días en los que estuve apartado de la cárcel, con el cabestrillo pegado a mí como una maldición. La herida no había sido profunda, pero la recuperación fue lenta. Lo peor no fue el dolor, lo peor fue la impotencia de estar fuera del terreno, lejos de esa guerra que parecía avanzar sin mí.

Se lo conté todo a Jezabell. La verdad es que al principio me lanzó una mirada que lo decía todo: decepción, rabia, celos. Pero poco a poco lo entendió. O al menos eso dijo. Nunca me fallaba, nunca me dejaba solo. Durante ese mes fue mi ángel guardián: me cuidó, me curó la herida, me obligó a descansar. Y lo más inquietante de todo fue escucharla decirme, con toda la calma del mundo, que hablaría con su padre para que presionara arriba, para que la torturaran de una vez y se dejaran de tonterías.

—No pueden seguir perdiendo tiempo contigo fingiendo lo que no se puede fingir —sus palabras aún me retumbaban en la cabeza.

Yo no respondí. Pero la idea se me había quedado grabada, como un eco.

Ahora, un mes después, estaba de nuevo cruzando los pasillos de la prisión. Mi hombro estaba recuperado, la venda ya no era necesaria. Solo quedaban las cicatrices y la rabia.

Michael me había recibido esa misma mañana en su despacho. Los de arriba todavía no habían dado nuevas indicaciones. Silencio total. Pero él había sido claro:

—Tu trabajo sigue siendo el mismo, Muller. Vigílala. No necesitas hablarle, ni mirarla siquiera si no quieres. Pero seguirá siendo tu responsabilidad.

Y ahí estaba yo, camino de encontrarme con ella otra vez. Después de un mes. Después de la bala. Después de todo.

Mi mandíbula se tensó, recordando sus palabras, su veneno y su traición. Era hora de volver al infierno.

El pasillo olía a humedad rancia, como siempre. Pero al llegar frente a su celda, algo dentro de mí se removió con violencia.

Estaba allí. Reinetta Romano. De pie, vistiéndose con esa calma fingida, como si no hubiera hecho nada, como si no me hubiera dejado un agujero en el hombro. Ajustaba la tela del uniforme con movimientos lentos, seguros, y por un instante sentí cómo la rabia me quemaba por dentro.

Me quedé observándola desde la reja, sin decir una palabra. El nudo en el estómago me apretaba, como si cada recuerdo de aquel disparo, de sus manos temblorosas robándome la pistola, me clavara cuchillas en la memoria. Y entonces lo hizo. Alzó la vista. Nuestros ojos se encontraron de golpe.

Por un instante, apenas un segundo, vi algo que no esperaba: sorpresa. Y debajo de ella, como una sombra casi invisible, algo que parecía arrepentimiento. Sus labios se entreabrieron, pero no dijo nada.

Eso me revolvió todavía más.

¿Cómo podía mirarme así, como si tuviera derecho a lamentarse después de lo que había hecho?

Esa pizca de humanidad en sus ojos me dio tanto asco que tuve que apartar la vista un segundo, respirar hondo para no explotar allí mismo.

Asco. Eso era lo que sentía. Un veneno ácido recorriéndome las venas.

La muy cabrona parecía querer decir algo, pero yo no pensaba darle espacio para abrir la boca.

REINA

Un mes.

Treinta días encerrada con mis propios pensamientos, y aun así, no conseguía sacármelo de la cabeza.

El primer día, después de dispararle, me sentí bien. Poderosa. Como si por fin hubiera recuperado un poco de control en este maldito lugar.

Ver al agente Muller arrodillarse, la sangre corriéndole por el hombro, fue como un subidón. Una coronación. Volvía a ser la Reina. Pero el subidón se apagó demasiado rápido. Con cada noche que pasaba, esa imagen regresaba. Su cuerpo desplomado, la respiración entrecortada, la camisa manchada de rojo y yo con la pistola aún caliente en las manos. No me dejaba en paz. Y cuanto más la recordaba, menos satisfacción sentía. Empezó a ser otra cosa. Una punzada en el pecho, un nudo en la garganta. Culpabilidad.

Jones apenas me hablaba desde entonces. Cumplía con su trabajo, distante, sin bromas, sin esas pequeñas palabras que a veces me aliviaban. Un día, no aguanté más y me atreví a preguntarle:

—¿Está bien Muller?

Él me miró un segundo, frío, y no contestó. Solo siguió caminando como si no hubiera escuchado nada.

Quizá me había pasado. Quizá me dejé llevar demasiado lejos. Pero en aquel momento estaba rota, fuera de mí, como si la cárcel me hubiera convertido en otra persona.

Joder, nunca había sentido algo así. Nunca había tenido remordimientos...

Ni siquiera Andoni llenaba ese vacío. Pensaba en él, en sus promesas, en su voz firme asegurando que me sacaría de aquí... pero no había vuelto a verle. Ni una visita en todo el mes. Jones dijo que era mi castigo por haber disparado a un policía. Y lo acepté, aunque me dolía.

Cada día que pasaba me sentía más sola. Más perdida. Como si el mundo entero me hubiera dado la espalda. Y en medio de esa soledad, lo único que no podía sacarme de la cabeza era a él. Al

puto agente Muller. Su olor, su voz, sus palabras, su maldita presencia. Y, sobre todo, la duda que me corroía las entrañas:

¿Estará vivo?

Ya me había hecho a la idea de no volver a verlo. De que aquel disparo había marcado un final. Así que cuando me estaba vistiendo, ajustándome la camiseta y preparándome para que algún guardia me llevara a desayunar, lo que menos esperaba era encontrármelo de nuevo.

Él estaba ahí. Frente a mí. Vivo. Entero. De pie, sólido como siempre.

No supe qué decir, ni qué hacer. Mi cuerpo se movió solo, acercándome a los barrotes. El corazón me golpeaba con tanta fuerza que pensé que lo escucharía.

—Agente, yo... —alcancé a murmurar, sin reconocer mi propia voz.

No me dejó seguir. Su mirada me atravesó, helada, y un gesto brusco bastó para callarme.

Abrió la celda con un chirrido metálico y entró sin dudar.

Me giró de un tirón, me colocó las esposas con manos firmes, sin una sola palabra de más. Y, aun así, en cuanto el frío del metal se cerró en mis muñecas, sentí esa electricidad absurda que tanto odiaba. La misma que había sentido en el ascensor, en cada roce, en cada mirada. Y para mi desgracia... me reconfortó.

De mala gana, con los labios apretados, se inclinó lo justo para hablarme al oído:

—Ni una palabra, niña. Ni una.

Y yo, con las esposas mordiendo mi piel y su aliento rozándome la nuca, solo pude tragar saliva, odiándome por lo mucho que había echado de menos esa tensión insoportable.

El comedor hervía en un silencio extraño, casi antinatural. El murmullo habitual de bandejas y voces roncas estaba apagado, como si hasta los presos intuyeran que algo pesado flotaba en el

aire. Yo comía con movimientos mecánicos, sin probar bocado, sintiendo la presencia de Muller a mi lado como una sombra de hielo.

Papá siempre me enseñó que pedir perdón era humillarse, que un Romano nunca baja la cabeza. Que el remordimiento no existe, solo la acción. Y, sin embargo, por primera vez en mi vida, lo sentía. Ese peso en el pecho, ese nudo en la garganta... sabía que tenía que hacerlo. Tenía que decirlo.

Abrí la boca, dispuesta a hablar, pero entonces estalló el caos.

Un estrépito de bancos arrastrándose retumbó en la sala. Dos presos, altos, armados con navajas improvisadas, se levantaron de golpe y se lanzaron hacia los dos policías de la entrada. El ruido fue atronador: gritos, golpes secos, un silbido de cuchilla.

—¡Que nadie se mueva! —rugió uno de ellos, levantando la navaja ensangrentada.

El comedor entero se congeló. Presos y policías clavaron la mirada en aquel foco de violencia. El aire olía a metal, a sudor, a miedo contenido.

Muller reaccionó al instante. Tiró de mí hacia abajo y nos agachamos bajo una mesa de acero atornillada al suelo.

El sonido de las botas golpeando el pavimento retumbaba alrededor, las órdenes gritadas de los amotinados se mezclaban con el murmullo tenso de decenas de presos que no sabían si unirse o esperar.

Él ni siquiera me miraba. Ni un gesto, ni una palabra. Como si yo fuera una sombra más bajo aquella mesa. No lo soporté. Extendí una mano temblorosa y le agarré de la nuca, obligándolo a girar hacia mí.

Mis labios quedaron a un susurro de su oído, mi voz sonó rota:

—Mírame, agente… —dije con un hilo de voz—. Tienes que perdonarme.

Las palabras me ardieron en la garganta. No eran de una Romano, no eran de la hija de Alessio. Eran mías, desnudas, quebradas. Y al salir de mi boca sentí que estaba cometiendo la mayor traición a mí misma.

Él no respondió.

Durante un segundo pensé que iba a decir algo, cualquier cosa. Pero no lo hizo. Simplemente apartó la mirada de mí y volvió a clavarla al frente, en el caos que nos rodeaba. Su expresión se cerró por completo, fría, impenetrable, como si hubiera levantado un muro de piedra entre los dos.

Estábamos de cuclillas bajo la mesa, tensos, con el murmullo feroz del motín retumbando alrededor. Los gritos de los presos, el forcejeo con los guardias, el estrépito de sillas cayendo… todo era un caos.

Yo apenas respiraba, con el corazón galopando en el pecho.

Adam, a mi lado, seguía como una roca: la mirada fija al frente, la mandíbula apretada, como si yo no existiera. Me dolió. Joder, me dolió más que la bala que le metí en el hombro.

Me incliné hacia él. Primero un roce, leve, en la comisura de sus labios. Luego otro. Pequeños besos torpes, desesperados, alrededor de su boca. Apenas un suspiro, apenas un ruego. No era lógico, no era el momento. Pero llevaba un mes entero convenciéndome de que no volvería a verlo, de que lo había matado con mis propias manos. Y ahora lo tenía ahí. Vivo. Frío. Indiferente. Y aun así no podía parar.

Me odiaba por hacerlo, odiaba sentirlo. Pero mis labios seguían buscando los suyos, rogándole en silencio que me perdonara, que me mirara, que dejara de ignorarme. Era una locura. Y, sin embargo, era lo único que me mantenía en pie en medio de ese infierno.

Me apartó con brusquedad.

—Si fuese por mí —escupió, con voz grave y cortante— no volvería a verte nunca. Preferiría verte muerta.

Sus palabras me golpearon directo en el orgullo. Sentí cómo la rabia me subía a la garganta. Estuve a punto de contestarle, de soltarle todo lo que hervía en mi pecho... pero no tuve tiempo. Unas manos ásperas me agarraron por detrás y me sacaron a la fuerza de debajo de la mesa. Solté un grito ahogado mientras el metal frío de una pistola me rozaba la sien.

—¡Quietos, hijos de puta! —rugió el preso que me sujetaba.

Sentía la respiración caliente en mi oído.

En un segundo, Adam estaba de pie, su pistola desenfundada, apuntando directo a la frente de aquel cabrón. Su mirada era pura furia contenida.

—Suéltala. Ahora.

El preso rio, con una mueca torcida.

—O estás con nosotros... o contra nosotros.

Silencio. El tiempo se congeló en aquel comedor. Sentí la presión de la pistola en mi cabeza y el brazo del preso rodeándome con fuerza.

Tragué saliva, y con voz firme, solté:

—Con vosotros.

Adam me fulminó con la mirada. Fue un instante, apenas un destello en sus ojos, pero vi el dolor, la decepción, el asco.

El preso sonrió satisfecho, alzó su arma hacia Adam, pero no llegó a disparar.

Un arranque de rabia me sacudió el cuerpo. De un empujón brutal me solté de su agarre, le torcí el brazo con todas mis fuerzas y en un segundo le arranqué la pistola de la mano. Antes de que pudiera reaccionar, apreté yo el gatillo. El disparo retumbó en todo el comedor. El cuerpo del preso se desplomó contra el suelo, muerto.

Me quedé allí, jadeando, con la pistola aún humeante en las manos y el eco del disparo vibrando en mis oídos.

Mi pecho subía y bajaba descontrolado, el humo de la pólvora se mezclaba con el hedor metálico de la sangre. El comedor estaba irreconocible: mesas volcadas, charcos oscuros sobre el suelo, cuerpos tirados como muñecos rotos. Y lo más extraño de todo: silencio. Un silencio tan denso que parecía gritar.

Los demás presos ya no estaban. Nos habían dejado allí, rodeados de cadáveres, como en un escenario maldito.

Mis manos seguían firmes alrededor de la pistola aún caliente, y cuando alcé la vista, lo encontré a él. Muller. De pie, con su arma todavía en la mano, la respiración agitada, los ojos clavados en mí como dos brasas encendidas.

Nuestros pechos subían y bajaban a destiempo, pero había algo en esa mirada que me arrancó el aire. No había odio. No había insultos. Solo un hambre, un fuego, algo que reconocí en el acto porque ardía igual dentro de mí.

No sé quién dio el primer paso. Tal vez yo. Tal vez él. Solo recuerdo el choque brutal de nuestros labios. Fue como estallar, como liberar toda la tensión que habíamos acumulado durante semanas, todo lo que nos habíamos negado a sentir.

Le agarré por la nuca con fuerza, notando bajo mis dedos el raspar de su pelo cortado al ras, mientras lo devoraba sin pensar. No había espacio para dudas ni para rencores. Solo para ese beso salvaje que me arrancaba el alma.

Él me sujetó de la cintura, tirándome contra su cuerpo, como si quisiera fundirme con él. Su boca era áspera y dulce a la vez, un contraste imposible que me hacía temblar más que cualquier motín, más que cualquier bala.

Éramos enemigos. Nos odiábamos. Y, sin embargo, en ese instante, besarnos era lo único que tenía sentido.

Sus labios ardían todavía contra los míos cuando, sin pensarlo, enrosqué mis piernas alrededor de su cintura. Sentí sus manos firmes sujetándome por la espalda, mi cuerpo pegado al suyo, como

si el mundo entero fuera a desmoronarse y él fuese el único lugar donde podía sostenerme.

Nos separamos apenas, lo justo para apoyar mi frente en la suya. Su respiración chocaba contra mis labios y el silencio del comedor nos envolvía como una campana. Sangre, cuerpos, caos... nada existía ya. Solo nosotros.

Durante unos segundos ninguno dijo nada. Era como si el tiempo nos hubiera robado la voz.

—Por favor, Adam... —susurré al fin, mi voz temblaba tanto como mis manos. Una lágrima, traicionera, escapó del rabillo de mi ojo y resbaló hasta su mejilla.

Él no apartó la mirada.

—Perdóname por lo que te hice —continué, la garganta se me cerró en un nudo—. Llevo un mes entero con tu imagen clavada en mi cabeza... tú en el suelo, sangrando por mi culpa. Cada noche me repetía que te había matado, que te había borrado de este mundo con mis propias manos...

Mi voz se quebró, y por un segundo odié mostrarme así, débil, desnuda por dentro.

Sentí cómo él se inclinaba, sus labios rozaron los míos, apenas un roce de aire, como si el beso pudiera volver a estallar en cualquier momento.

Su aliento me envolvía, cálido, intoxicante.

—No basta con pedir perdón —dijo, con los dientes apretados.

Abrí los ojos, confundida, todavía temblando por el contacto. Sentí su cuerpo tenso, al límite, como si se odiara a sí mismo por haberme besado.

Entonces me deslicé despacio, soltando la presión de mis piernas alrededor de él. El aire entre nosotros se volvió frío. Denso.

Sin decir nada, alcancé la pistola. El metal pesó en mi mano cuando me la llevé a la sien… no iba a apretar el gatillo. Lo supe desde el

primer segundo. No era eso. Pero necesitaba verlo. Necesitaba empujarlo hasta el borde y obligarlo a decirlo en voz alta. Escuchar, aunque fuera una sola vez, que no quería que muriera.

—Entonces... —dije, mirándolo fijamente— ¿Preferirías verme muerta?

Su expresión cambió al instante. El enfado se quebró, sustituido por algo mucho más peligroso: miedo.

—¿Qué coño haces? —espetó, avanzando hacia mí.

En dos zancadas estuvo frente a mí. Me agarró la muñeca con fuerza y me arrancó el arma de las manos, lanzándola lejos.

—No vuelvas a hacer eso —gruñó—. Nunca.

—¿Por qué no? —repliqué—. Has dicho antes que te gustaría verme muerta. ¿No es eso lo que quieres?

Entonces me agarró de las muñecas con fuerza, y con un gesto firme me quitó las esposas. El clic del metal sonó seco, definitivo.

Antes de que pudiera reaccionar, sus manos subieron despacio hasta mi cara. No me sujetó con brusquedad; me sostuvo como si fuera algo frágil, como si al mínimo error pudiera romperme.

Se inclinó hacia mí sin prisa, dándome tiempo a apartarme si quería. No lo hice.

Sus labios encontraron los míos en un beso lento, cálido, distinto a todos los anteriores. No había urgencia ni rabia en él, solo una cercanía contenida, una necesidad silenciosa.

Sentí su respiración acompasarse con la mía, el mundo reduciéndose a ese instante en el que nada más importaba.

—Te odio Reinetta —murmuró contra mis labios—, pero verte muerta me dolería más que cualquier disparo.

Oír aquello me dejó aturdida, como si flotara dentro de una nube espesa y tibia. Durante un segundo no supe dónde estaba ni cómo respirar. Sus palabras se me quedaron clavadas en el pecho y, de

repente, un calor lento empezó a recorrerme el cuerpo, subiéndome desde el estómago hasta la garganta.

El corazón se me desbocó, golpeando con fuerza, como si quisiera salirse de mi pecho. Sentía la sangre correr más rápido, los oídos zumbándome, la piel demasiado sensible. No era miedo. No era alivio. Era algo nuevo, desordenado, imposible de controlar. Algo que jamás había sentido.

¿Qué coño me pasa?

Parpadeé, intentando recomponerme, pero fue inútil. Otra lágrima inútil se deslizó por mi mejilla sin que pudiera detenerla.

CAPÍTULO 11

ADAM

La tenía delante de mí.

Una lágrima se deslizaba despacio por su mejilla, dejando un rastro brillante sobre su piel. Sin entenderlo, sentí que algo se me desgarraba por dentro.

Todo lo que le había dicho era cierto. No quería verla muerta. Ni aunque me repitiera lo contrario. Ni aunque me obligara a odiarla. Había pronunciado esas palabras con rabia, intentando convencerme a mí mismo… Y, aun así, cuando la vi apuntándose a la cabeza, sentí algo romperse dentro de mí con una violencia que no supe contener.

El recuerdo me golpeó de nuevo: la pistola. El metal frío contra su sien. Su mirada clavada en la mía, retándome a decir algo que no quería admitir.

No entendía qué coño me estaba pasando.

Un minuto antes le había dicho que preferiría verla muerta. Al siguiente, la estaba besando como si el mundo se acabara ahí mismo.

¿Qué clase de mierda era esa? ¿Desde cuándo perdía el control de esa manera?

Yo, que me había jurado no volver a caer en este juego. Yo, que había decidido acabar con toda esta farsa. Y aun así… allí estaba. Con su imagen clavada en la cabeza. Con el latido desbocado. Con esa sensación incómoda, peligrosa, de haber cruzado una línea que no sabía cómo desandar.

El disparo volvió a mi mente. La sangre ardiéndome en el hombro. La rabia que me había hecho jurarme no volver a tocarla nunca más.

¿Cómo podía permitirme sentir esto después de todo?

Pero luego estaban sus ojos. Ese arrepentimiento real cuando me pidió perdón. Sin cálculo. Sin teatro. Crudo. Auténtico. Y yo, que llevaba años siendo de piedra en esta cárcel, entendí la verdad que más me jodía admitir: ella era mi grieta. Mi punto débil. El lugar exacto por donde todo podía venirse abajo. Y no tenía ni puta idea de qué hacer con eso.

Me repetía que estaba loco, que era un imbécil, que ella era la hija de un capo, que me había disparado sin dudar... pero en cuanto me dio esos pequeños besos alrededor de la boca, como una súplica rota, caí.

Caí como un crío sin defensas.

Y lo peor fue ese instante final. El momento en que me salvó la vida. Ese disparo al preso, esa mirada clavada en mí, como si su mundo dependiera de que yo siguiera respirando.

Ese beso... ese beso no era parte de un plan. No era una táctica para sacarle nada, ni una estrategia que Michael pudiera ordenar. Era real. Era mío. Era de verdad.

Me odié por ello. Me odié por querer más.

En el comedor, dos de mis compañeros yacían muertos; la prisión entera se deshacía en gritos y un motín rugía a pocos metros de nosotros. Todo era caos. Y, aun así, yo no podía pensar en nada de eso. Solo en ella. En la cercanía de su boca. En la forma en que su respiración alterada rozaba la mía, recordándome que seguía ahí, que no se había ido… y que yo tampoco había sido capaz de hacerlo.

Estaba frente a mí, demasiado cerca, tanto que podía sentir su respiración mezclándose con la mía. El aire entre los dos estaba cargado, denso, como si el calor de su cuerpo se hubiera quedado suspendido justo ahí, negándose a disiparse. No me tocaba… pero tampoco se apartaba.

Sentí su mano antes incluso de verla. Un roce leve en la mejilla, casi tímido, como si dudara de si debía hacerlo. El contacto me atravesó con una intensidad que no esperaba, directa al pecho.

—Adam… —susurró.

Oír mi nombre así, tan cerca, me hizo cerrar los ojos un instante. La respiración se me volvió pesada, irregular.

Joder.

Fue como si algo me golpeara por dentro. Una descarga lenta, espesa, que me nubló la cabeza. Me sentía fuera de mí, como si estuviera drogado, como si el cuerpo hubiera tomado el mando y me hubiera dejado atrás.

No pensé. No razoné.

Cuando abrí los ojos ya la estaba agarrando. La atraje contra mí con brusquedad y ella reaccionó al instante: sus piernas volvieron a rodearme la cintura, aferrándose con desesperación, y ese contacto terminó de empujarme al borde.

Entonces escuché un ruido. Un golpe metálico. Pasos. Voces demasiado cerca. La realidad volvió de golpe, como un cubo de agua helada.

Sin pensar, actué: la agarré con fuerza y la arrastré conmigo entre mesas volcadas hasta un cuartillo de la cocina. Empujé la puerta, entramos a trompicones y la cerré de un portazo. El pestillo sonó seco cuando giré la llave.

Silencio.

Un silencio espeso, cargado, roto solo por nuestras respiraciones desbocadas. Me apoyé un segundo en la puerta, con la espalda tensa, intentando recomponerme. Ella seguía pegada a mí, caliente, real. Perdida. Igual que yo.

Entonces habló.

—¿Me estás intentado proteger, agente? —susurró, tan cerca que sentí la vibración de su voz en el pecho.

Entrecerré los ojos. Algo parecido a una sonrisa se me escapó, torcida, peligrosa.

—No me provoques ahora, niña —murmuré.

La tenía bien sujeta, mis manos firmes en su cuerpo, sus piernas aún enroscadas a mi cintura como si soltarse no fuera una opción. Pensé que se detendría.

No lo hizo.

Sentí sus labios bajar despacio por mi cuello, dejando besos lentos, marcados, como si supiera exactamente dónde tocar para hacerme perder el control. Su lengua me rozó la piel, subiendo hasta mi oreja, dejando un rastro húmedo, provocador.

Me recorrió un escalofrío entero, de arriba abajo.

—No me digas lo que no puedo hacer, *stronzo* —dijo entonces, sonriendo, mirándome directamente a los ojos.

Ahí se acabó. No aguanté más. La besé.

No fue un beso suave ni contenido. Fue un choque brutal de nuestras bocas, una necesidad salvaje. La apreté contra mí con más fuerza, perdiendo cualquier rastro de control, sintiendo cómo su cuerpo respondía al instante, cómo se aferraba a mí como si no existiera nada más.

El cuartillo era pequeño, sofocante. Apenas un espacio olvidado en la cocina, con paredes manchadas de humedad y una única bombilla desnuda colgando del techo, lanzando una luz amarillenta e inestable. En el centro, una mesa de madera vieja, marcada por cortes y quemaduras, tembló cuando la senté sobre ella sin dejar de besarla.

El aire era denso, caliente, cargado de nuestros jadeos. Mis labios regresaban a los suyos una y otra vez, con hambre, con una urgencia que me quemaba por dentro, como si ese espacio reducido no fuera suficiente para contener todo lo que estaba a punto de desbordarse.

No dejamos de besarnos ni un segundo.

Mis manos comenzaron a moverse casi sin darme cuenta, como si supieran el camino antes que mi cabeza. La toqué despacio, por encima de la tela, recorriendo su cintura con una caricia firme pero contenida, sintiendo cómo se tensaba bajo mis dedos. La acerqué más a mí, pegándola a mi cuerpo, y subí las manos hasta su espalda, trazando su silueta con una calma que contrastaba con el latido desbocado que llevaba dentro.

Deslicé los dedos hacia arriba, rodeándole el torso, notando su respiración acelerarse contra mi boca. La toqué así, suavemente, sin prisas, como si quisiera memorizar cada reacción suya mientras seguíamos besándonos, una y otra vez, sin aire.

Mis manos encontraron el cierre de su uniforme. Dudé apenas un segundo. Luego, con un gesto lento, empecé a desabrocharlo, botón a botón, sin apartar los labios de los suyos, como si cada movimiento fuera una decisión consciente… y aun así imposible de detener.

Mientras mis manos seguían desabrochando su uniforme, empecé a notar su piel bajo la tela. Suave. Cálida. Mis dedos se demoraron un segundo más de la cuenta en su pequeña cintura, recorriéndola despacio, como si necesitara asegurarme de que era real.

Cuando el tejido cedió un poco más, mis manos subieron por sus brazos. Ahí fue cuando los vi de verdad.

Las serpientes.

Enroscadas a lo largo de su piel, una en cada brazo, dibujadas con una precisión casi hipnótica. No eran toscas ni agresivas; estaban rodeadas de líneas armoniosas, trazos cuidados, como si cada centímetro hubiera sido pensado con intención. La tinta contrastaba con su piel clara, marcando un camino que mis dedos siguieron sin permiso.

Siempre había odiado los tatuajes. Los asociaba con todo lo que despreciaba, con la mafia, con mi pasado, con un mundo del que había jurado mantenerme lejos. Los aborrecía. Y, sin embargo, en ella… en ella me encendían.

Me incliné para besarla sin dejar de tocarla, notando cómo su cuerpo reaccionaba a cada caricia, cómo se mecía contra mí. Mis labios no se apartaban de los suyos mientras mis manos seguían explorando, memorizando la suavidad de su piel, el relieve de la tinta bajo mis dedos.

Aquello no tenía sentido. Nada de eso lo tenía.

Cuando al fin el uniforme cayó al suelo y quedó en ropa interior, se mordió el labio y me miró directamente a los ojos. Tenía el pecho subiendo y bajando con fuerza, los pezones a través del sujetador estaban endurecidos por el frío y la excitación. Y entonces su mirada

bajó hacia mi pantalón, hacia mi polla; dura, palpitando con cada latido de mi corazón. Sus ojos se abrieron más, brillantes, cargados de deseo.

—He soñado con este momento desde que entré en esta cárcel... —confesó con un hilo de voz, tan excitada como yo, pero con un peso que iba más allá del sexo.

Ella extendió la mano y comenzó a quitarme el uniforme, acariciando mi pecho, bajando despacio hasta mi vientre. Me miraba como si no pudiera creerse lo que tenía frente a ella. Yo acerqué mi boca a su cuello, besándola, mordiéndola con fuerza hasta que gimió.

Cuando ya estábamos casi desnudos, piel contra piel, se inclinó hacia mi hombro herido. Lo besó despacio, con una delicadeza que no esperaba, como si intentara borrar con su boca el recuerdo de la bala.

La miré a los ojos, preciosa, jodidamente preciosa. Y lo único que pude hacer fue volver a besarla, con toda la rabia y el deseo que me consumían.

—Me estás volviendo loco... —gruñí contra su boca, la respiración entrecortada, mientras mis manos recorrían su cintura, su espalda, su cuello.

Ella me miró fijamente con los labios entreabiertos, los ojos brillantes de deseo y de algo más profundo que me atravesaba. Tragó saliva antes de susurrar:

—¿Has pensado en mí este mes, agente...? Aunque me odies...

Me quedé quieto un segundo, como si sus palabras me hubieran atrapado. Y luego asentí, con el pecho ardiendo.

—Cada puto día. —Mi voz salió grave, rota, casi un rugido contenido —. Aunque quisiera arrancarte de mi cabeza, no he podido. Estabas ahí. Siempre.

Un jadeo escapó de su garganta. Sus uñas se clavaron en mis hombros, bajando hasta mi pecho como si quisiera arrancarme la verdad a tiras. El aire entre nosotros era fuego.

—Entonces... —su voz tembló con una mezcla de orgullo y súplica, mientras sus piernas se apretaban más contra mi cintura—. Por favor, agente... fóllame.

Sus labios rozaron los míos al decirlo, húmedos, desesperados.

—Estoy a tus órdenes, mi Reina... —susurré con una sonrisa torcida, mi voz ronca, casi rota.

La agarré de la cintura, suave pero firme. Su piel ardía contra mis manos. Ella me miró con los labios temblorosos, las piernas abiertas, esperando. No dudé. De un solo empujón, lento pero implacable, me hundí en ella. Toda mi polla entrando en ese coño estrecho, caliente, palpitante, empapado como si llevara semanas ansiando ese momento.

El gemido que escapó de su garganta fue brutal, desgarrado, me hizo vibrar entero. Y yo... yo también gemí, joder. La sensación me atravesó como un relámpago, un choque eléctrico que me arrancó el aire de los pulmones.

—Joder, Reina... —susurré contra su cuello, con los dientes apretados mientras sentía cómo me apretaba por dentro—. Estás... estás tan mojada...

Ella arqueó la espalda, clavando las uñas en mis hombros, aferrándose como si fuera a romperse.

—¡Agente...! —gimió, temblando bajo mí, con esa mezcla de placer y rabia que me estaba volviendo loco.

El vaivén empezó casi instintivo, mis caderas golpeando las suyas, la mesa de madera rechinando bajo nosotros. Cada embestida nos arrancaba un nuevo gemido, una nueva maldición.

Nos movíamos como dos condenados, como si quisiéramos devorarnos hasta quedar en cenizas. Su cuerpo caliente, húmedo, me apretaba como si no quisiera soltarme jamás. El crujido de la mesa de madera marcaba el compás, pero yo solo oía su respiración enredada con la mía, sus gemidos dulces mezclados con mis gruñidos.

—Mírame, mi niña—gruñí, sujetándole la cara con una mano mientras seguía hundiéndome dentro de ella—. Eres preciosa, joder.

Me agaché, bajé mis labios hasta sus pechos y atrapé uno de sus pezones con mi boca, lamiéndolo, mordiéndolo con cuidado, mientras seguía bombeando dentro de ella.

Sentí cómo se estremecía entera.

—Nunca más... —jadeó, llevándose la mano a mi hombro herido y besando la cicatriz con una ternura desesperada—. Nunca más voy a hacerte daño... lo juro.

Ese gesto me desarmó. La besé salvajemente, como si necesitara fundirme con ella. La empujé aún más contra la mesa, acelerando el ritmo, cada embestida más dura, más sucia. El sonido de su coño mojado llenaba el cuarto, mezclado con nuestros gemidos.

El ritmo se volvió frenético, mi respiración rota contra la suya, sus uñas marcando mi espalda como fuego. La sentía temblar, el cuerpo entero arqueándose contra mí, y supe que estaba al límite.

—Adam...—gimió, con la voz quebrada y deliciosa—. Me voy a correr...

La sujeté fuerte por la cintura, hundiéndome aún más en ella, mirándola a los ojos, casi suplicante.

—Hazlo... córrete para mí, Reina.

Y entonces explotó. Su cuerpo se tensó, se arqueó, un grito ahogado escapó de su garganta mientras sus piernas se cerraban con fuerza alrededor de mi cintura. Sentí cómo su coño me apretaba con espasmos incontrolables, húmedo, palpitante, y me quedé embobado viéndola deshacerse en mis brazos.

Ese fue mi límite. Yo también estaba a punto de caer, al borde del abismo. Saqué la polla a toda prisa, jadeando, y con dos movimientos más me corrí sobre su vientre. Un chorro caliente, intenso, manchando su piel tersa, brillando bajo la luz tenue del cuartillo.

Me incliné sobre ella, todavía temblando, respirando como si acabara de correr una maratón, y apoyé mi frente en la suya.

— Eres increíble. —susurré con la voz ronca.

Ella, todavía jadeante, bajó la mirada hacia su vientre, donde mi semen se deslizaba despacio, y luego me miró con una mezcla de orgullo y ternura que me partió en dos.

La besé despacio, esta vez sin violencia, solo con el cansancio dulce de dos cuerpos que acababan de rendirse el uno al otro.

Ella iba a decir algo, pero de pronto, unos golpes secos retumbaron en la puerta, seguidos de una voz desesperada que me heló la sangre.

—¡Abrid, joder, abrid! ¡Los presos vienen hacia aquí! ¡No puedo detenerlos solo!

Reina y yo nos miramos apenas un instante, aún con la respiración entrecortada por lo que acababa de pasar. La magia se deshizo de golpe, la realidad cayó como una losa.

Nos vestimos a toda prisa con los dedos torpes y el corazón desbocado. Apenas tuve tiempo de abrocharme el cinturón cuando abrí la puerta.

El pasillo estaba ardiendo de caos. Gritos, golpes metálicos, pasos que retumbaban como un ejército. Y entonces los vi: una horda de presos avanzando desde el fondo, con barras, navajas improvisadas y la furia tatuada en la cara.

—¡Ahí están! —rugió uno, señalándome.

Vinieron a por mí.

El primero me lanzó un puñetazo brutal; lo esquivé y le estampé el codo en la nariz. Cayó con un chasquido seco, pero otros dos se abalanzaron enseguida. El choque fue salvaje, carne contra carne, puños y patadas a toda velocidad.

Y de pronto, a mi lado, ella. Reina. Se lanzó contra uno de los presos con una rapidez que me pilló desprevenido. Bajita, pero letal. Le

agarró del brazo, giró el cuerpo y en un segundo lo derribó con una llave seca que lo dejó gritando en el suelo. Otro se abalanzó por su espalda; giró con un movimiento felino, le estampó la rodilla en el estómago y lo dejó doblado de dolor.

—¡Muller! —gritó alguien desde atrás, pero yo ya no escuchaba.

Era sangre, sudor y adrenalina. Dos me golpeaban a la vez, conseguí apartar a uno con un rodillazo y a otro lo derribé de un empujón contra la pared.

Un cuchillo improvisado brilló en la penumbra, directo hacia mi cuello.

No tuve tiempo.

Reina se interpuso. Le agarró la muñeca al tipo, giró con una fuerza brutal y le arrebató el cuchillo de un tirón. El arma cayó al suelo con un tintineo metálico. Y ella, con un grito salvaje, le metió un cabezazo que lo mandó a besar el suelo.

Nos quedamos un segundo espalda contra espalda, rodeados de cuerpos jadeantes, el pecho subiendo y bajando con violencia. No había palabras, solo esa certeza: en medio del motín, en ese infierno, estábamos juntos luchando.

Más pasos resonaron en el pasillo. Más sombras acercándose. La guerra apenas empezaba.

El pasillo olía a sangre y óxido, los gritos resonaban como ecos de guerra. Y entonces, el estruendo: disparos secos que retumbaron como truenos.

—¡Atrás, hijos de puta! —la voz de Jones cortó el aire, firme, furiosa.

Los presos empezaron a caer uno a uno, atravesados por las balas.

Jones avanzaba como un muro de plomo, disparo tras disparo, sin pestañear, hasta que el pasillo se tiñó de silencio y cuerpos en el suelo.

Solo quedaba uno. Un malnacido con la cara ensangrentada y un brillo asesino en los ojos. Rugió como un animal acorralado y, en un

movimiento desesperado, se lanzó directo contra Jones.

—¡No! —grité, alargando la mano, pero fue tarde.

El acero brilló un instante y después se hundió. El cuchillo entró en el costado de Jones con un sonido sordo, húmedo. Su cuerpo se dobló hacia adelante, jadeando.

—¡JONES! —mi voz retumbó como un disparo. El mundo se me nubló de rojo.

Saqué la pistola, no pensé, no dudé. Apunté directo a la frente de ese cabrón y apreté el gatillo. El eco de la bala aún flotaba en el aire cuando el cuerpo del preso cayó desplomado a sus pies.

Mis manos temblaban. El corazón me reventaba en el pecho. Y entonces la vi. Reina estaba de rodillas junto a Jones, sujetando su cuerpo con torpeza como si pudiera sostenerle la vida con solo las manos. Sus lágrimas caían sobre su uniforme manchado de sangre.

—¡Jones! ¡Jones, por favor, aguanta! —su voz temblaba como nunca la había escuchado. Suplicante. Rota.

La miré, atónito. Era la primera vez que la veía así. Ya no era la hija de Alessio Romano, la presa orgullosa, la fiera venenosa. Era una chica de dieciocho años con la mirada hecha pedazos, llorando por un hombre que no quería dejar morir.

Por primera vez desde que la conocía, vi en ella algo distinto. Algo que nunca hubiera esperado. Humanidad.

REINA

Nunca pensé que lloraría por un policía. Nunca. Pero ahí estaba Jones, agonizando entre mis brazos, la sangre empapándome las manos, sus ojos abiertos y vidriosos, apagándose poco a poco.

Las lágrimas me caían sin control.

Joder... Jones era distinto. Él me había tratado como a una persona cuando todos los demás me veían como un monstruo con apellido. Era bueno. Y ahora se estaba muriendo como un perro en ese suelo frío.

Sentí un nudo insoportable en el pecho.

Adam se agachó a mi lado, tenía el rostro descompuesto, temblando, en shock. Y al mirarlo, todo lo que había pasado en esas horas me golpeó de lleno, como una avalancha imposible de contener.

Me maldije por dentro.

Joder*, ¿qué había hecho?* Me lo había follado. A un policía. Yo, Reinetta Romano. Me había entregado a alguien que debería odiar hasta la médula. Mi cuerpo me había traicionado. Y lo peor... lo peor no era eso. Lo peor era lo que había sentido. Esa maldita conexión en el cuartillo, su aliento mezclado con el mío, sus manos en mi piel, su boca en la mía. Ese beso furioso en medio del motín, como si fuésemos dos condenados devorándose antes de arder en el infierno.

Me había hecho sentir cosas que jamás había sentido. Ni siquiera con Andoni. Ni con sus promesas de amor eterno, ni con los planes de matrimonio de toda una vida. Con Adam había sido distinto. Salvaje, sucio, pero también... intenso. Real. Y lo que más me partía en dos, era que había sido increíble… jamás me había corrido así. Nunca nadie me había hecho perder el control de esa forma.

Quise arrancarme la piel de puro asco. Quise borrarlo todo. Pero estaba ahí, clavado en mi memoria, palpitando todavía en cada rincón de mi cuerpo.

Me odié. Me odié como nunca en mi vida. Y, aun así, en medio de la sangre y los gritos ... mi mirada se cruzó con la de Adam, y el nudo en mi estómago se hizo más fuerte. Porque, aunque lo negara, aunque me lo prohibiera, aunque me maldijera mil veces... lo necesitaba.

El silencio en la cocina era irreal, solo roto por los jadeos agónicos de Jones. La sangre le manchaba el uniforme y el suelo se había vuelto un charco oscuro bajo su cuerpo.

Yo tenía sus manos entre las mías, pero de pronto sentí otra. Grande, áspera, temblorosa.

Adam.

Nuestros dedos se entrelazaron sobre el pecho de Jones. Una caricia suave, desesperada, como si en ese gesto quisiéramos sostenernos el uno al otro en medio del derrumbe.

Levanté la mirada. Sus ojos estaban enrojecidos, a punto de desbordarse. Y los míos ya no podían contenerse: las lágrimas me caían por las mejillas sin control. Nos quedamos así, mirándonos fijamente, atrapados en un silencio imposible. Era como si el tiempo se hubiese detenido, como si Jones hubiera sido el puente entre nosotros, la prueba de que incluso en lados opuestos había algo que nos unía.

Entonces la puerta reventó. Un grupo de guardias irrumpió, sus botas resonaron contra el suelo, mientras llevaban las armas en alto.

—¡Muller! —uno de ellos gritó—. El motín está controlado, los hemos dominado.

Dos agentes se abalanzaron sobre el cuerpo de Jones, intentando estabilizarlo mientras lo levantaban con cuidado. La sangre goteaba, marcando el camino.

Yo apenas respiraba. El contacto de Adam seguía en mi piel, pero en cuanto un guardia me agarró del brazo con brutalidad, la realidad me golpeó de lleno.

—A tu celda, zorra —escupió, tirando de mí con violencia.

No tuve tiempo ni de reaccionar. Un estruendo seco retumbó en la sala: el puño de Adam se estrelló contra la mandíbula del guardia. El hombre cayó al suelo de rodillas, gimiendo de dolor.

Todos se quedaron helados.

Adam lo fulminó con la mirada, su voz sonó grave, helada, cargada de una furia que estremecía:

—Esta reclusa es cosa mía.

El guardia no se atrevió a replicar. Los demás intercambiaron miradas, tensos, pero nadie dijo nada.

Yo me quedé quieta, con el corazón desbocado. La sangre de Jones en mis manos, la fuerza de Adam en las mías, y su puño todavía palpitando tras el golpe.

No sabía qué era peor: la rabia... o esa maldita sensación de protección que me recorrió la piel como un veneno dulce.

El camino hasta la celda fue un trayecto en silencio absoluto. Las paredes del pasillo parecían cerrarse sobre nosotros, cada paso, resonaba en mi cabeza como un martillazo.

Adam no soltó mi brazo, aunque ya no apretaba: simplemente me llevaba con él, sin mirarme, sin pronunciar una sola palabra.

Al llegar, abrió la reja con la llave y me empujó suavemente hacia dentro. Cerró... pero no del todo. Se quedó allí, de pie, como si necesitara decir algo.

Lo vi dudar, abrir la boca, y por un segundo pensé que iba a sacar a la luz todo lo que había pasado entre nosotros en ese cuartillo, en medio del caos. Ese beso, ese polvo salvaje, la sangre, los disparos. Pero antes de que soltara nada, levanté la mano y le tapé los labios con los dedos, temblando todavía.

—Shhh... —susurré, con la voz rota y los ojos fijos en los suyos—. Ahora no, Muller.

Él se tensó. Durante un segundo no supe si iba a apartarme con rabia... pero no lo hizo. Bajó la vista apenas, aceptando mi silencio.

—Luego hablaremos de eso... —continué, tragando saliva—. Ahora ve a ver a Jones.

Adam bajó la cabeza un instante, y luego, en un gesto que me desarmó por completo, se inclinó sobre mí. Sus labios rozaron apenas mi mejilla, un beso fugaz, sutil, cargado de todo lo que ninguno de los dos podía decir. Su mano, cálida, me acarició la cara antes de apartarse. Y entonces se fue.

El eco de sus pasos se perdió en el pasillo y la reja quedó cerrada del todo.

Yo me quedé sola, tambaleándome hasta el lavabo. El agua fría corrió sobre mis manos, pero no consiguió borrar la sensación del calor de las suyas.

Me miré en el espejo: los ojos enrojecidos, el pulso desbocado. Toqué mis labios sin querer, recordando cada beso, cada caricia, y el caos del comedor.

—Joder... —susurré, casi sin voz, mientras el agua seguía corriendo.

Tenía el corazón a mil, la cabeza ardiendo. Todo lo que había pasado esa noche era demasiado: el motín, Jones, Adam, mis propios remordimientos y deseos mezclados.

Me apoyé contra el lavabo, cerrando los ojos con fuerza. Necesitaba recomponerme, recuperar el control. Pero lo único que sentía era que mi vida, hasta ahora hecha de certezas, se había fracturado en mil pedazos.

•••

Pasaron las horas. Ningún agente venía. Yo me sentía intranquila.

¿Jones habría muerto? ¿Dónde estaba Muller? ¿Por qué nadie venía?

La celda permanecía sumida en la penumbra cuando, de pronto, los oí.

Tacones. Firmes. Seguros.

No era el sonido de los guardias. Tampoco el de los presos. Era algo distinto, un eco que no pertenecía a aquella cárcel. Me incorporé de golpe, con el corazón acelerado, y me acerqué a los barrotes.

Entonces la vi.

Una mujer. Alta, esbelta, con un porte tan elegante que parecía una intrusa en aquel agujero. El cabello rubio, liso, perfectamente colocado. Los labios pintados de un rojo impecable. Era hermosa, sí, pero de una belleza fría, cortante, como de hielo.

Se plantó frente a mí y me miró desde arriba. Literalmente desde arriba. Como si yo fuese menos que nada.

Su voz me atravesó:

—Ni se te ocurra volver a acercarte a él.

Mi cuerpo se tensó. No dijo su nombre. No tenía por qué. Lo supe. Esa mujer solo podía ser la suya. La de Muller.

Por un instante, la culpa me golpeó de frente: había cruzado una línea que no me pertenecía y pensé que quizá merecía ese desprecio. Que esa mujer tenía derecho a estar allí, a mirarme así, a reclamar lo que era suyo.

Estuve a punto de decir algo. De disculparme. De bajar la cabeza. Pero entonces la vi de verdad: su postura rígida. La altivez en la mirada. La forma en que me observaba como si yo fuera un error que debía corregirse. No esperaba una explicación. Esperaba sumisión.

Y ahí se acabó todo… recordé quién era. De dónde venía. Que yo no me inclinaba ante nadie. Nunca.

Enderecé la espalda, alcé el mentón y le sostuve la mirada sin pestañear.

—¿Y tú quién eres? —pregunté.

La culpa se disipó al instante y el orgullo volvió a ocupar su sitio.

—Sabes perfectamente quién soy —dijo—. Sabes que soy la mujer de Adam Muller.

Sonrió entonces. No fue una sonrisa amable, sino una risa breve y malvada, cargada de desprecio.

—¿De verdad te creíste especial, pequeña zorra?

Sentí el golpe de sus palabras antes incluso de procesarlas.

—¿Sabes cuántos años tenías cuando Adam y yo empezamos a salir? —continuó, inclinando un poco la cabeza—. Diez. Diez años, niñita. Él no se fijaría en ti. Nunca.

Me observó con una mezcla calculada de burla y falsa compasión.

—Y por si aún no lo has entendido —añadió—, a los padres de Adam los mataron los de tu especie. Mafiosos como tú. Los odia. Te detesta.

Volvió a reírse, disfrutando de cada palabra.

—¿De verdad creíste que significabas algo?

Fruncí el ceño, desconcertada.

—¿De qué hablas? —alcancé a decir.

Ella soltó una breve risa por la nariz.

—¿Pensaste que lo que te dijo era real?

El suelo pareció moverse bajo mis pies. La miré sin entender, buscando una grieta, una mentira evidente en su expresión. No la encontré.

La rubia no dijo nada más. Sacó el móvil con calma, como si no tuviera prisa, y pulsó la pantalla. El sonido llenó la celda.

Reconocí su voz al instante.

Adam.

No necesitó ponerlo muy alto. Bastó con unas pocas frases para que se me helara la sangre. Hablaba con otro hombre, uno al que no conocía. El tono era duro, cargado de desprecio. Decía que no soportaba vigilarme, que me odiaba, que compartir espacio conmigo lo estaba llevando al límite.

Sentí un nudo en el estómago.

El audio cambió. Otra conversación. La misma voz, pero distinta. Más fría. Más calculadora. Hablaba de fingir. De acercarse a mí. De ganarse mi confianza para obtener información sobre algo que mi padre estaba creando. De hacer lo que fuera necesario para controlarme.

Adam se resistía. Decía que no podría lograrlo, que me odiaba, que aquello no iba a funcionar. El otro hombre insistía, presionándolo,

llevándolo cada vez más lejos. Incluso llegó a sugerir que me sedujera. Que se acostara conmigo si eso facilitaba las cosas.

Luego vino otra grabación. Más corta. Más brutal.

En ella, Adam ya no discutía. Decía que, si servía para obtener resultados, que me torturaran.

Me faltó el aire.

La rubia apagó el audio sin mirarme, como si ya supiera el efecto que estaba teniendo.

—¿Lo entiendes ahora? —dijo al fin—. Nada de eso fue real. Todo formaba parte de una misión.

Quise decir algo. No pude.

Entonces volvió a tocar la pantalla del móvil, pero esta vez no reprodujo nada. Solo me miró.

—Y por si te lo preguntas… sí, también tenemos grabada tu conversación con Andoni.

Levanté la vista de golpe.

—Adam fue quien te puso el micrófono —añadió, con una calma cruel—. Lo llevabas escondido en tu uniforme. Cada palabra que dijiste quedó registrada.

Guardó el móvil y dio un paso atrás, satisfecha.

—Así que no, Reinetta. No te protegía. No te quería. Solo estaba haciendo su trabajo.

La rubia dio un paso más hacia los barrotes. Esta vez sí sonrió.

—Y para que no te quede ninguna duda —añadió, inclinándose un poco hacia mí—ningún beso fue real. Ninguno.

Me sostuvo la mirada sin parpadear.

—Ni siquiera cuando te folló hace unas horas. —Lo dijo despacio, saboreando cada palabra—. Vino corriendo a contármelo. A reírse. A

decirme lo patética que habías sido creyendo que ese polvo había significado algo.

Sentí el golpe seco en el pecho, como si me hubieran arrancado el aire de una vez.

—Así que hazte un favor —remató, enderezándose—. Olvídate de él. Nunca fue tuyo. Nunca lo será.

La rabia me subió de golpe, violenta, descontrolada. Sentí el calor estallarme en la cara, la sangre golpeándome las sienes con fuerza. Cerré los puños hasta que las uñas se me clavaron en las palmas. Me temblaban los brazos. Todo el cuerpo.

Ese puto agente se había reído de mí. De mí.

Recordé cada palabra que había salido de su boca en aquel maldito ascensor. Sus confesiones. Sus promesas veladas. Incluso cuando me dijo que acabaría loca por él. Todo. Cada sílaba. Cada mirada. Cada gesto.

Nada era real.

Todo formaba parte de una misión. De un plan diseñado para sacarme información. Para acercarse a mi padre. Para usarme como un medio, como una herramienta.

Él era un cabrón. Y yo había sido una imbécil.

Años entrenada para no perder el control. Para no confiar en nadie. Y aun así lo había hecho. Lo había perdido todo por un puto policía.

La vergüenza me quemó más que la rabia. Porque no era solo que me hubiera engañado… era que yo le había abierto la puerta.

Quise decir algo. Gritarle a esa rubia. Lanzarme contra los barrotes. Pero no salió nada. La furia era tan grande que me dejó muda, fuera de mí, consumiéndome por dentro.

La mujer se dio la vuelta con la misma calma con la que había llegado y empezó a alejarse por el pasillo. Erguida. Segura. Como si nada de lo que acababa de decir tuviera peso alguno.

La seguí con la mirada. Y entonces los vi.

Sus tacones.

Rojos. Altos. Con un estampado de cocodrilo que brilló bajo la luz de la cárcel. El sonido seco de cada paso retumbó en mi cabeza como un latido.

Una imagen. Un rostro. Luces. Música. Mi cumpleaños. Esa noche. La última antes de que todo se volviera negro. El recuerdo me golpeó sin aviso, como un flash maldito. Esa mujer… yo la había visto antes. No sabía dónde ni cómo, pero la certeza se me clavó en el pecho.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

No entendía nada. No sabía qué papel jugaba, ni por qué mi instinto gritaba con tanta fuerza. Pero supe, con una claridad inquietante, que había algo en ella que iba mucho más allá de Muller. Mucho más allá de unos simples celos.

CAPÍTULO 12

ADAM

La enfermería olía a alcohol y sangre seca. Jones seguía en la camilla, vivo, aunque con la piel del color de la cera.

Respiraba, y eso bastaba.

Me quedé allí hasta que la médica me aseguró que estaba estable. Solo entonces apareció Michael, serio como pocas veces lo había visto.

—Vete a casa, Muller. Necesitas descansar —dijo, tajante.

Asentí, aunque por dentro me ardía otra cosa.

—Mañana quiero hablar contigo. El plan... puede que todavía funcione. —Las palabras me salieron con un deje amargo, como si tratara de convencerme a mí mismo antes que a él.

Michael me sostuvo la mirada, luego asintió con un gesto seco.

—Mañana.

Salí de la cárcel sin mirar atrás. Subí al coche, conduje como un autómata hasta mi apartamento. Cuando crucé la puerta, el silencio me golpeó de lleno. Nadie. Ni Jezabell. Solo yo y mis pensamientos, que eran mil cuchillos.

Me dejé caer en el sofá y apreté los dientes. Hoy había sido la primera vez que veía a Reina en un mes. Un mes entero desde que me disparó, desde que casi me deja tirado en el suelo con un agujero en el hombro. Durante ese tiempo, lo único que había querido era no volver a verla. Incluso le dije a Michael que abortaran la misión de una puta vez. Y, sin embargo... bastaron unas horas. Bastó volver a tenerla delante. Bastó verla suplicar, verla pedir perdón, verla tan rota y a la vez tan jodidamente orgullosa. Bastó follármela en ese cuartillo para que mi cabeza hiciera clic.

En cuestión de horas me había convencido de que podía hacerlo. Que podía sacarle información, que todavía había una oportunidad… pero el precio era yo. Mientras la besaba, mientras la tenía ardiendo contra mí, sabía que no estaba fingiendo. No era parte de un plan. Era real. Y ahí estaba la trampa: convencerme de que todo era por el informe, por la misión, mientras en realidad me estaba perdiendo. Me estaba hundiendo en algo que no sabía controlar.

Me pasé las manos por la cara, gruñendo entre dientes. Tenía que hablar con Jezabell. Tenía que decírselo, pero no como había pasado. No la verdad. Inventaría una versión que sonara calculada, fría, controlada. Una mentira pulida: que lo de Romano había sido solo estrategia, solo actuación para ablandarla. Ella lo aceptaría. Y yo... yo repetiría esa mentira tantas veces que quizá llegara a creerla.

El sonido de las llaves en la cerradura me sacó del trance. Jezabell entró con paso firme, el abrigo colgando de sus hombros, impecable como siempre, pero en cuanto me vio sentado en el sofá, con la mirada perdida, supo que algo no encajaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con esa voz afilada que pocas veces usaba conmigo.

Tragué saliva. Tenía que decírselo. Era mejor que lo escuchara de mí.

—Estuve con ella —solté con la voz ronca, sin rodeos—. Con Reinetta Romano. Todo... se salió de control.

Vi cómo su rostro mutaba en cuestión de segundos. La mujer dulce, elegante, casi perfecta, se desvaneció de golpe. En su lugar emergió algo que jamás había visto en ella: una furia desnuda, brutal, los ojos encendidos como cuchillas que me atravesaban.

—¿Me estás diciendo que te has follado a esa zorra? —escupió con la voz rota de rabia, temblando de pies a cabeza.

Apreté la mandíbula, intentando mantenerme firme.

—Fuiste tú la que me dijo que, si era necesario, imaginara que ella eras tú. Que lo hiciera si servía para sacar información.

—¡Eso fue antes! —me cortó con un grito que me heló la sangre—. ¡Antes de que esa cría te disparara, antes de que casi te matara! Eso lo cambió todo, Adam. —Su respiración era agitada, sus palabras un veneno que me devoraba—. ¿Qué te pasa? ¿Te gusta esa cría? ¿Qué coño te ha dicho para que caigas?

Me aferré a la única mentira que podía sostener.

—La que ha caído ha sido ella, no yo —mentí con la voz áspera, mientras un nudo me cerraba la garganta.

Era consciente de lo que estaba siendo: un hijo de puta de manual, intentando ocultar lo que de verdad había sentido. No podía permitirme mostrarlo. No debía.

El odio en su mirada era algo que jamás había presenciado. Sus labios temblaban, como si contuvieran un grito que podía destrozarlo todo.

—No voy a permitirlo, ¿me oyes? —su voz ya no era un grito, era un rugido envenenado—. Hablaré con mi padre. Él encontrará otra manera de destruirla. Tortura, presión, lo que sea, pero no pienso quedarme mirando mientras te follas a esa hija de puta, Adam.

Asentí despacio, intentando mantener la calma, aunque por dentro algo parecido a la ansiedad me estaba destrozando el pecho. Un nudo imposible de tragar.

No quería que nadie le pusiera una mano encima a Reina. Ni mi suegro. Ni nadie. Y eso me golpeó como un mazazo, porque hacía apenas un día yo mismo había querido que la torturasen.

Jezabell me miraba como si no me reconociera, como si acabara de traicionarla de la peor forma posible. Esa mujer a la que había amado durante años, que siempre había sido mi refugio, ahora parecía otra: rabiosa, fría, peligrosa.

Cogió su bolso, se giró con un movimiento seco y salió del apartamento sin darme tiempo a responder. La puerta se cerró de golpe tras de ella, dejándome en un silencio espeso, con el eco de sus palabras clavado en la cabeza.

•••

La mañana me recibió con ese aire denso y agrio. Había dormido poco, apenas un par de horas. Jezabell había vuelto a las tantas, sin mirarme, sin una sola palabra. Solo oí la puerta cerrándose de golpe y el silencio helado de nuestro apartamento. Ni una explicación, ni una bronca.

Horas después, ya dentro de la cárcel, entré en el módulo con el ceño apretado. Cada paso resonaba en mi cabeza como un martillazo. Decidí pasar primero por la enfermería; necesitaba ver a Jones, asegurarme de que seguía vivo, pero al asomarme a la puerta, lo que vi casi me arrancó una carcajada amarga.

Allí estaba mi compañero, tumbado en la camilla con medio cuerpo aún vendado... y encima de él, la enfermera, moviéndose con un ritmo que dejaba claro que no estaba curándole ninguna herida. Él, con las manos torpes, aferrándola como podía, jadeando entre risas.

—Será cabrón... —mascullé por lo bajo, negando con la cabeza.

Apenas podía moverse hacía unas horas, y ya estaba follándose a la enfermera.

No le di importancia. Ni toqué la puerta, ni hice ruido. Me di la vuelta, dejándolos a lo suyo.

Salí de la enfermería con el ánimo extremadamente alto. Jones estaba vivo, estable. Se iba a recuperar. Por primera vez en horas, el peso del pecho aflojó. Incluso me permití una mueca parecida a una sonrisa mientras caminaba por el pasillo.

El corazón empezó a latirme demasiado deprisa. Iba a verla. A hablar con ella. A poner palabras a lo de ayer.

No sabía qué coño me pasaba. Me sentía ridículo, descolocado, como un crío a punto de reencontrarse con algo que le importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Llegué a su celda con ese cosquilleo todavía en el cuerpo, pero la sonrisa se me borró de golpe.

La celda estaba vacía.

—¿Qué…? —musité.

Abrí la puerta sin pensarlo y entré. El aire frío me dio en la cara. Miré alrededor rápido, demasiado rápido. La litera. El suelo. El rincón. Nada. Ninguna señal de movimiento. Ningún rastro.

El pulso se me disparó.

Di dos pasos, luego otros dos, inspeccionando el espacio como un animal enjaulado. Me agaché, miré bajo la litera, recorrí con la vista cada pared, como si pudiera haberse evaporado.

Mis manos tocaron el colchón, el hierro, la mesa.

—No… —dije entre dientes, ya sin calma.

Salí de la celda y miré a ambos lados del pasillo. Volví a entrar. Volví a mirar.

El cuerpo se me tensó entero, la respiración se me volvió corta, urgente. El pitido en los oídos regresó, más fuerte, como una alarma interna que no sabía cómo apagar.

Fui directo al comedor, convencido de que algún agente la habría sacado a desayunar sin avisar. Tenía que estar allí. Tenía que ser eso. Barrí el espacio con la mirada nada más entrar: mesas llenas, ruido metálico, presos hablando a gritos. La busqué entre las cabezas, entre los uniformes, entre el caos habitual.

No estaba.

El estómago se me encogió.

Giré sobre mis talones y salí de nuevo al pasillo, recorriéndolo casi a la carrera. Módulo tras módulo. Esquinas. Puertas. Cada vez que no la veía, el calor me subía más por el pecho, por el cuello, por la cara.

—Joder… —mascullé, apretando los puños mientras avanzaba.

No estaba en ningún sitio.

Fue entonces cuando ya no pude fingir calma. Saqué el walkie con manos que no estaban tan firmes como deberían y lo llevé a la boca. El corazón me golpeaba tan fuerte que casi me tapaba la voz.

—Atención a todos los módulos —solté, tenso—. Falta una interna. Falta Reinetta Romano.

Tragué saliva, notando el sudor en la nuca.

—Activad protocolo. Cerrad accesos y revisad movimientos de las últimas horas. Ya.

Bajé el walkie despacio, con la mandíbula tan apretada que me dolía.

Las sirenas rompieron el aire de la cárcel con un aullido metálico, largo, agresivo. Un sonido que no dejaba espacio para la duda ni

para el pensamiento. El caos se encendió de golpe: puertas cerrándose, pasos apresurados, voces cruzándose por los pasillos.

Yo ya estaba en marcha: eché a correr sin pensar, sin plan, sin nada más en la cabeza que encontrarla. Giré esquinas, bajé escaleras, atravesé corredores como un autómata. El mundo se redujo a pasillos grises y a un nombre golpeándome por dentro.

Reinetta.

No pensaba en protocolos. Ni en órdenes. Ni en consecuencias. Solo en sus ojos. En su boca. En lo que había quedado suspendido entre nosotros…

El pecho me ardía. Las piernas me respondían por pura inercia. Cada segundo que pasaba sin verla era una puñalada seca, una presión creciente que me empujaba a correr más rápido.

—¿La habéis visto? —lancé a un agente al pasar, sin frenar.

Negó con la cabeza. Seguí.

El pitido en los oídos era constante, mezclado con el ulular de las alarmas. El sudor me corría por la espalda, pero no aflojé. No podía. No ahora.

Subí las escaleras del módulo de dos en dos, el aire me quemaba los pulmones. Cada tramo parecía eterno. Entonces lo oí: un estruendo. El suelo vibró bajo mis botas.

Salí a la azotea y el viento me golpeó de lleno en la cara. El ruido era ensordecedor. Un helicóptero se cernía sobre el edificio, bajando las aspas y cortando el aire con furia. A unos metros, vi movimiento.

Ella. Reinetta.

Iba con otro hombre con uniforme. Arma en mano. No le vi la cara. No importaba. Los dos corrían hacia el borde, hacia el punto de extracción.

—¡Hija de puta! —rugí sin pensar, echando a correr hacia ella.

Me oyó.

Se giró de golpe con los ojos encendidos, más peligrosa que nunca.

Alzó el arma y me apuntó con una firmeza que me heló la sangre.

—Ni un paso más, Muller—escupió—. Si te acercas, te mato.

Me detuve en seco, con el pecho subiendo y bajando a golpes, y entonces estalló el infierno.

Disparos. Gritos. Mis compañeros abrieron fuego hacia el helicóptero y hacia el otro agente. El ruido era ensordecedor, el aire se llenó de pólvora y metralla. El hombre que iba con ella la llamó a gritos, tirando de su brazo.

—¡Reina! ¡Ahora!

Ella dio un paso atrás… y luego otro hacia mí.

Se detuvo a apenas unos metros. Nos miramos, el mundo se redujo a ese espacio mínimo entre los dos.

—Te voy a encontrar —dijo, con una calma que daba miedo—. Y cuando lo haga, la muerte te parecerá una caricia.

El viento le agitaba el pelo. El arma seguía firme.

—De mí no se burla nadie, agente. Sé que todo lo que hiciste fue fingido. Y vas a pagar por ello.

Sus palabras me atravesaron como un disparo que no vi venir.

Fingido.

El cerebro se me quedó en blanco. No entendía cómo lo sabía. Ni quién se lo había dicho. Ni en qué momento todo se había torcido hasta ese punto.

Sentí un desconcierto brutal, una sacudida interna que me desarmó por dentro. Porque, aun sabiendo que había mentido… no todo lo había sido. Y escucharla decirlo con esa certeza me dejó totalmente expuesto.

El hombre volvió a llamarla. Más fuerte. Más urgente.

Reinetta me sostuvo la mirada un segundo más. Uno solo. En sus ojos no había duda. Ni miedo. Solo una promesa de muerte. Se dio la vuelta y corrió.

Levanté el arma por puro reflejo. La seguí con la mirada mientras avanzaba hacia el helicóptero. Tenía el tiro limpio. Sabía exactamente dónde apuntar. Un disparo bastaba, pero no lo hice. Algo dentro de mí se negó: una presión en el pecho, una fuerza invisible que me sujetó el brazo. Sabía que ella quería verme muerto. Sabía que debía detenerla. Y, aun así, no pude apretar el gatillo.

El helicóptero se elevó entre disparos y caos, perdiéndose en el cielo mientras yo me quedaba clavado en la azotea, con el arma descendiendo despacio y el corazón deshecho.

Se había escapado.

REINA

El ruido del helicóptero me taladraba los oídos mientras la cárcel se hacía cada vez más pequeña bajo mis pies. El viento frío me azotaba la cara, pero no conseguía despejarme la cabeza. Tenía el cuerpo rígido, los dedos entumecidos alrededor del arnés, y aun así, lo único que sentía era el eco de los últimos minutos repitiéndose una y otra vez dentro de mí.

Todo había empezado en la litera.

Estaba tumbada boca arriba, con la mandíbula apretada, ardiendo de rabia. El cielo aún estaba oscuro, a punto de amanecer, y las palabras de aquella mujer seguían clavadas en mi cabeza como agujas. Cada burla. Cada mentira. Cada risa.

No había pegado ojo y nadie se había dignado a aparecer por aquí todavía, salvo esa estúpida. Aún no sabía si Jones seguía con vida… entonces, en medio de esos pensamientos, oí un ruido.

Pasos.

Me incorporé al instante. Ese sonido no era de Adam y mucho menos de Jones. Un agente se asomó a la celda. Llevaba casco. Visera oscura. Uniforme correcto… pero algo fallaba.

Fruncí el ceño.

No lo conocía. Y su cuerpo no era tan musculado como el de los demás.

—¿Quién eres? —pregunté, con la voz dura.

No respondió. Abrió la celda y me agarró del brazo con firmeza.

—¿Por qué llevas casco? —insistí, forcejeando—. ¿Quién cojones eres?

Silencio.

Cuando salimos al pasillo, el agente miró a ambos lados, rápido, calculando. Yo seguía sin entender nada.

—¿Dónde está Muller? —escupí—. ¿Y Jones?

Entonces se detuvo. Se quitó el casco y el mundo se me vino abajo.

—Soy tu padre, *principessa*.

Lo miré como si estuviera viendo un fantasma. El aire se me atascó en la garganta. Las piernas me fallaron y, antes de poder detenerlo, el llanto me rompió por dentro, descontrolado, salvaje, infantil.

—Papá… —susurré, y la palabra me salió hecha pedazos.

Me abrazó fuerte, como si temiera que desapareciera. Yo me aferré a él con una desesperación que no recordaba haber sentido nunca, llorando sin vergüenza, sin orgullo, sin máscara.

No me dejó derrumbarme demasiado tiempo.

Me sostuvo a la distancia justa para mirarme a la cara, sus manos firmes en mis brazos, los ojos oscuros recorriéndome con rapidez, evaluando heridas, midiendo si alguien me había hecho daño.

—He venido a sacarte de aquí hija mía—dijo, tocándome el mentón en una caricia—. Está todo planeado.

Metió la mano dentro del uniforme y me tendió una pistola. El metal estaba frío cuando la cogí.

—Módulo tres —continuó—. En la azotea nos espera un helicóptero. No mires atrás. No hables con nadie. Y si algo se tuerce…

No hizo falta que terminara la frase.

Asentí despacio. Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano, respiré hondo y sentí cómo algo dentro de mí volvía a colocarse en su sitio. La furia seguía ahí. El dolor también, pero ya no me dominaban.

Sonreí. Una sonrisa pequeña, dura.

—Vamos —dije.

Me giré y eché a andar tras él, con el arma firme en la mano y la espalda recta. La niña que había llorado hacía un segundo se quedó atrás, ahora solo quedaba la hija de Alessio Romano.

Avanzamos por los pasillos sin encontrar resistencia. Nadie nos vio. Nadie nos detuvo. Mi padre se movía con la precisión de alguien que conocía el terreno mejor que quienes lo custodiaban, y yo iba tras él, acompasando mis pasos a los suyos.

Entonces sonaron las sirenas, el aullido metálico atravesó la cárcel como un cuchillo.

Sentí como el corazón se me aceleraba de golpe, bombeando la sangre con fuerza, pero lejos de paralizarme, aquella descarga me devolvió algo que había echado mucho de menos.

Adrenalina.

La sensación de estar en una misión. De volver a ser quien era. De moverme junto a mi padre, como tantas otras veces. El miedo quedó atrás. El cuerpo sabía qué hacer. Siempre lo había sabido.

Subimos las últimas escaleras y salimos a la azotea. El viento me golpeó la cara, frío y violento. El ruido de las aspas comenzó a mezclarse con las sirenas. Todo iba demasiado rápido… hasta que oí un insulto:

¡Hija de puta!

Era Adam.

Mi corazón dio un vuelco traicionero. Me revolvió el estómago. No quise reconocerlo, pero ese puto agente seguía alterándome, incluso ahora. Incluso después de saber la verdad. La repulsión llegó un segundo después, pesada, amarga. Me había usado, me había mentido, y eso no se lo iba a perdonar jamás.

Le apunté. Le hablé. Las palabras salieron cargadas de veneno. No necesitaba repetirlas en mi cabeza; ya estaban dichas.

El infierno estalló al instante: disparos, gritos y el helicóptero descendiendo mientras los guardias de la prisión abrían fuego.

Mi padre me llamó con voz firme, autoritaria, arrastrándome de vuelta a la realidad.

—¡Reina! ¡Ahora!

Di un último paso atrás, sin apartar la mirada de Adam, grabándome su cara a fuego. Luego me giré y corrí hacia el helicóptero.

Ahora, ya en el aire, el ruido ensordecedor se había vuelto constante, casi lejano. El viento golpeaba el fuselaje, pero por primera vez desde que salí de aquella celda, respiré de verdad.

Mi padre me inspeccionó con rapidez con manos firmes recorriéndome los brazos, los hombros, el costado. Buscando sangre. Buscando daños.

—Nada —murmuró, aliviado.

Entonces me abrazó. No como el capo. Como un padre.

Sentí su cuerpo tensarse contra el mío y, cuando levanté la vista, vi cómo una lágrima silenciosa se deslizaba por su mejilla.

—Reinetta… mi vida —susurró—. No sabes cuánto te he echado de menos.

El pecho se me cerró.

—Yo también, papá —respondí, rompiéndome por dentro al decirlo.

El helicóptero nos dejó en una zona aislada, lejos de miradas indiscretas. Apenas tocamos tierra, volvió a elevarse y desapareció en el cielo. Sabíamos que nos perseguirían. Siempre lo hacían, pero mi padre, como siempre; tenía un plan.

Subimos a un coche blindado que nos esperaba oculto entre la maleza. Cuando las puertas se cerraron y el motor arrancó, sentí por primera vez el cansancio caerme encima como una losa.

El trayecto duró dos horas.

Dos horas en las que mi padre me contó todo lo que había averiguado. Habló despacio, midiendo cada palabra, como si temiera romperme si iba demasiado rápido.

Alguien con mucho poder me había puesto droga el día de mi cumpleaños. Lo suficiente para incriminarme. Para meterme en prisión. Todo había sido un movimiento calculado para llegar a él, para sacarle información, para chantajearlo.

—Te usaron como carnada —dijo, con los dientes apretados.

Había estado investigando desde entonces. Siguiendo hilos. Rompiendo alianzas, pero aún no tenía demasiadas respuestas.

Yo lo escuchaba como a través de una niebla. Aturdida. Exhausta. Con la cabeza llena de imágenes que no terminaban de encajar.

Cuando llegamos a casa, mi padre se inclinó y me besó la frente con ternura.

—Ya te contaré más cosas, *principessa* —dijo—. Pero ahora descansa. Estás a salvo.

Cerré los ojos.

Cuando los abrí de nuevo, la casa se alzaba ante mí como un recuerdo intacto. Enorme. Lujosa. Silenciosa. Demasiado perfecta para alguien como yo en ese momento. Sentí un nudo subir desde el pecho hasta la garganta.

Estaba despeinada, sucia, con el maldito uniforme naranja desteñido colgándome del cuerpo como una burla. Las uñas negras de mugre.

La piel marcada. Olor a encierro. A cárcel. A infierno. Y aun así… estaba en casa.

Crucé el umbral despacio, como si temiera que todo desapareciera si avanzaba demasiado rápido. El mármol frío bajo mis pies, las luces cálidas, los cuadros, los muebles que conocía de memoria. Todo seguía allí. Yo era la que no encajaba.

Y entonces la vi.

—Reina…

La voz de mi madre, Estela, se quebró al pronunciar mi nombre. No sé quién dio el primer paso. Solo sé que corrimos la una hacia la otra, desesperadas, y nos abrazamos con una fuerza salvaje, como si soltarnos significara perderlo todo otra vez.

Caímos al suelo juntas.

—Mamá… —sollocé—. Te quiero tanto…

Las palabras me salieron rotas, infantiles, verdaderas. Me aferré a ella como cuando era pequeña, enterrando la cara en su cuello, respirándola, comprobando que era real. Que estaba viva. Que yo estaba viva.

Mi madre no pudo responder. Lloraba demasiado. Su cuerpo temblaba contra el mío, los brazos apretándome con una desesperación que me partió el alma. Sus lágrimas empaparon mi pelo, mis mejillas, mi uniforme sucio, y no le importó. Nada le importaba más que tenerme allí.

Entonces la miré de verdad.

Tenía unas ojeras profundas, oscuras, marcadas como nunca antes se las había visto. La piel apagada. El rostro más delgado. Por un segundo me sobresalté, pero enseguida pensé que era normal: llevaba días sin saber de mí, preocupada, rota por el miedo.

Tardamos unos minutos en recomponernos. No del todo. Solo lo suficiente para poder separarnos unos centímetros sin rompernos.

Mi madre me sostuvo la cara entre las manos, mirándome como si necesitara memorizar cada rasgo, cada respiración.

—Andoni… —empezó a decir, con la voz todavía quebrada—. Andoni no podrá venir hasta mañana.

Asentí despacio.

—Está en una misión importante —continuó—. En cuanto vuelva, vendrá directo a verte.

—Está bien, mamá —respondí en voz baja.

No dije nada más.

Por fuera, asentía, obediente, tranquila. Por dentro, algo me pesó en el pecho con una incomodidad que no quise analizar demasiado. Me sentí culpable. No porque Andoni no estuviera allí… sino porque no había pensado en él ni un solo segundo desde que había salido de aquella cárcel. Ni uno. Y eso me jodió, porque por mucho que me negara a aceptarlo, por mucho que me repitiera que era absurdo, peligroso y estúpido, lo único que seguía ocupando mi mente era él. El agente Muller. Su voz. Su boca. Su traición.

Después de un rato charlando los tres de anécdotas triviales y recuerdos suaves, mi madre me miró con esa mezcla de ternura y autoridad que siempre había tenido conmigo.

—Sube arriba —me dijo—. He mandado preparar tu baño. Con las sales de vainilla que te gustan.

Sonreí, cansada pero feliz, y me incliné para besarla en la mejilla. Luego abracé a mi padre con fuerza. Estaba aturdida por la avalancha de emociones… pero, aun así, una felicidad tímida se abría paso.

Subí las escaleras despacio y, al llegar al pasillo, me encontré con Carmen.

—¡Señorita! —exclamó al verme.

No sé qué fue exactamente lo que me rompió, pero corrí hacia ella y la abracé sin pensarlo. Nunca había sido especialmente cariñosa con

el servicio, pero había echado tanto de menos mi casa, mi vida, mi mundo, que en ese momento todo me dio igual. Carmen me devolvió el abrazo con un cuidado casi reverencial.

—Mírese… —dijo separándose un poco—. Está hecha un desastre.

Solté una risa temblorosa.

—Pero no se preocupe —añadió—. La vamos a dejar como nueva.

Y lo hizo… horas después, volví a reconocerme en el espejo: el aroma a vainilla y lujo impregnaban mi piel; el pelo lacio, negro y brillante caía perfecto por mi espalda; las uñas arregladas, adornadas con pequeños diamantes que atrapaban la luz; un vestido negro elegante, ceñido en los puntos justos, y unos tacones negros impecables que me devolvían la postura y la presencia.

Volvía a ser yo.

Cuando entré en mi vestidor y vi mis abrigos de pelo perfectamente ordenados, me derrumbé. Lloré como una loca, sin contención, con el pecho sacudiéndoseme de pura nostalgia. Los toqué con los dedos, uno a uno, como si fueran reliquias de otra vida. Sentí que llevaba toda una eternidad lejos de casa.

Cuando conseguí calmarme, salí al jardín. El aire nocturno me acarició la piel y, entonces, la vi… a mi yegua Nera: negra, preciosa e imponente.

Me acerqué despacio, con el corazón acelerado, y ella alzó la cabeza al reconocerme. Era hija de Lupo, el caballo de mi padre, y siempre había sido mía. Mi orgullo. Mi refugio.

—Hola, bonita… —susurré.

Apoyé la frente en la suya, respirando su calor, su calma.

—Nera… —susurré.

Mi voz salió rota, débil, muy lejos de la mujer que todos creían que era. Le acaricié el cuello despacio, enterrando los dedos en su crin oscura, buscando algo que me sostuviera.

—Estoy en casa… debería sentirme bien, ¿verdad? —murmuré, como si pudiera responderme—. Debería estar feliz.

Pero no lo estaba. Sentía el corazón hecho pedazos. Me separé apenas lo justo para mirarla a los ojos y fue entonces cuando la verdad me golpeó sin piedad, clara y brutal.

¿Me había enamorado del agente Muller sin darme cuenta?

La pregunta me quemó por dentro, no entendía por qué dolía tanto. No solo la traición. No solo la mentira. Me dolía él. Me dolía haberle creído. Me dolía haber bajado la guardia por primera vez en mi vida.

Yo, que nunca había confiado en nadie.

Mi padre me lo había enseñado desde pequeña: no te fíes de nadie. Ni siquiera de los que dicen quererte. Por eso siempre me había costado relacionarme con la gente. No tenía amigas. Nunca las tuve. No sabía cómo mantenerlas. Mi mundo siempre había sido pequeño, cerrado, seguro.

Solo estaba Andoni. Y, de pronto, entendí algo que me dio miedo reconocer: eso no me había bastado.

Porque con Muller me había abierto. Le había contado cosas de mi infancia que casi nadie sabía. Le había mostrado partes de mí que ni siquiera mi padre conocía del todo. Me había dejado ver vulnerable. Había hecho el amor con él.

La palabra me atravesó como un cuchillo.

Cerré los ojos y el dolor se desbordó sin control. Me apoyé contra Nera y lloré. Lloré con el cuerpo entero, con sollozos que me sacudían el pecho, con una tristeza que no sabía dónde colocar.

Ella resopló suave, inquieta, moviendo la cabeza como si entendiera. Se acercó más, apoyando el hocico contra mi hombro, empujándome despacio, con esa torpeza dulce que siempre había tenido conmigo.

—Lo sé… —susurré entre lágrimas—. Lo sé, bonita.

Le rodeé el cuello con los brazos y me dejé ir. Lloré como no lo había hecho en años, como una niña perdida, rota, traicionada.

Y mientras Nera se quedaba quieta, acompañándome en silencio bajo el cielo oscuro, entendí que, por muy fuerte que fuera, por muy Reinetta Romano que me llamara el mundo… esa noche estaba sola.

CAPÍTULO 13

REINA

La niebla lo devoraba todo, no era una bruma suave: era espesa, pesada, casi viva. Se me metía en los pulmones, me rozaba la piel como dedos fríos.

Caminaba por una calle que no reconocía, con el suelo húmedo reflejando una luz inexistente y el corazón golpeándome el pecho con una violencia absurda. Y entonces los vi: unos tacones rojos con estampado de cocodrilo.

Estaban allí, inmóviles, plantados en medio de la calle como una advertencia. El sonido de uno de ellos golpeó el suelo seco, metálico; sonó demasiado fuerte para el silencio que lo rodeaba.

Se me encogió el estómago.

Intenté mirar hacia arriba, ver quién los llevaba puestos, pero la niebla no me dejaba. Me envolvía, me cegaba, me atrapaba. Sentí pánico. Un miedo primitivo que me empujó a dar un paso atrás.

—No… —susurré, con la voz temblando.

Me giré y eché a correr.

La niebla se cerró a mi alrededor, haciéndose más densa a cada paso. Tropecé. Caí. Me levanté con las manos temblando, buscando algo, cualquier cosa: una puerta, una luz, una salida. Nada. Solo blanco. Solo vacío.

Entonces vi una silueta al fondo.

Corrí hacia ella con el pecho ardiendo mientras las lágrimas se me escapaban sin permiso.

—¡Adam! —grité.

Era él.

Me sostuvo antes incluso de que pudiera detenerme. Me envolvió con sus brazos y el alivio fue tan intenso que casi dolió. Me aferré a

él con desesperación, hundiendo la cara en su cuello, respirándolo como si fuera lo único real en ese mundo sin forma.

—Estás aquí… —murmuré.

Me besó. Un beso profundo, pero entonces noté algo extraño: su cuerpo se tensó.

Me aparté apenas unos centímetros, lo justo para mirarlo. Sus ojos eran los mismos… pero no había nada dentro. Ni culpa. Ni rabia. Solo una calma helada.

—Adam… —susurré, inquieta.

Vi el cuchillo en su mano. No dudó. Me lo clavó. Directo en el cuello. En la yugular.

El dolor fue inmediato, brutal, desgarrador.

Sentí el metal atravesándome la piel, la presión, el calor de la sangre brotando a borbotones.

El aire se me escapó en un jadeo ahogado mientras él me sostenía para que no cayera.

—No… —intenté decir, pero solo salió sangre.

La niebla volvió a cerrarse a mi alrededor mientras me deslizaba entre sus brazos y el mundo se apagaba poco a poco.

Grité.

Me incorporé de golpe en la cama, empapada en sudor, con el corazón desbocado y la respiración rota.

—¡Adam! —grité, con la voz quebrada.

La habitación estaba en silencio.

Me llevé una mano al cuello, temblando, intentando convencerme de que seguía viva. No había sangre. No había herida. Solo piel caliente y el pulso acelerado. Aun así, el dolor seguía allí, fantasma, persistente. Y su nombre aún me ardía en los labios.

Poco a poco, la respiración se me fue calmando. El pecho dejó de dolerme tanto. Las lágrimas llegaron entonces, silenciosas, resbalando sin fuerza.

Me quedé mirando al vacío, intentando entender.

¿Por qué soñaba con él? ¿Por qué, después de todo, seguía apareciendo así, clavándose en mí incluso dormida?

No entendía nada. No entendía cómo alguien que me había mentido, usado y traicionado podía ocupar todavía ese espacio dentro de mí. Me sentía ridícula. Débil. Enfadada conmigo misma.

Al final me levanté.

Al salir al pasillo, mi madre me esperaba. Me miró con una sonrisa suave, tranquila, como si supiera exactamente lo que había pasado sin necesidad de preguntar.

Se acercó y me dio un beso en la frente.

—Buenos días, mi vida.

—Buenos días, mamá —respondí en voz baja.

No dije nada más. No hacía falta.

Fui directa al despacho de mi padre. Estaba de pie, revisando papeles, hablando por teléfono, con esa concentración implacable que siempre había tenido cuando algo importante se movía entre sombras. Colgó en cuanto me vio.

—Tenemos mucho trabajo que hacer —dije sin rodeos—. Necesito a tres detectives.

Alessio me observó con atención, midiendo cada gesto.

—¿Para qué, *principessa*?

—Para vengarme —respondí con calma—. De varias personas que conocí en la cárcel. Es asunto mío.

Frunció el ceño.

—¿No sería mejor que esperaras a Andoni? —sugirió—. No tienes por qué hacerlo sola.

Negué despacio.

—No necesito a nadie.

El silencio cayó pesado entre nosotros. Mi padre me sostuvo la mirada unos segundos más de la cuenta y, entonces, preguntó:

—¿Sigues queriéndole, *principessa*? —dijo en voz baja—. No has preguntado nada sobre él, ni si quiera como está.

Le devolví una sonrisa que me costó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Sí.

Alessio suspiró, se levantó de la silla y rodeó el escritorio para abrazarme. Fue un abrazo firme, protector, de los que no juzgan.

—Ahora mismo te consigo a tus detectives —dijo, esbozando una leve sonrisa.

—Gracias, papá —respondí.

Salí del despacho y el día pasó como una corriente intensa, arrastrándome sin darme tregua.

A la hora de la comida mi ánimo se elevó un poco. Estar con mis padres, verlos frente a mí, escucharlos reír, saber que estaba en casa, me devolvió algo parecido a la calma.

Me preguntaron por la cárcel, con cuidado, midiendo las palabras. Yo respondí lo justo. Apenas nada. Recordar significaba volver a sentir, y sentir era peligroso. Demasiado. Porque entre esos recuerdos había una verdad que me quemaba por dentro, una que no podía permitirme ni nombrar.

Me había enamorado de un policía, joder.

La sola idea me daba náuseas. Era una traición en todos los sentidos. A mi apellido. A mi sangre. A todo lo que me habían

enseñado desde niña. Ese secreto no podía salir a la luz. Ni siquiera mis padres debían saberlo.

Lo enterré muy hondo. Donde no doliera. Donde no pudiera destruirme.

Luego me contaron lo suyo. Durante mi ausencia se habían marchado a un lugar seguro, a unas islas de Madagascar, lejos de todo; mientras Andoni se quedaba vigilando nuestra casa.

Tuvieron que irse porque alguien con mucho poder, alguien fuera del mundo de la mafia, los quería muertos. Aun así, habían conseguido volver a casa. A salvo. Por ahora.

—¿Quiénes son los que nos buscan? —pregunté.

Mi padre negó despacio.

—No lo sabemos todavía.

Más tarde, le conté lo que había averiguado yo dentro de la cárcel. Omití detalles. Me limité a decir que había descubierto que me estaban investigando y que todo parecía girar en torno a algo que él había creado.

Entonces vi como mi padre cambiaba de expresión, apenas un gesto. Miró a mi madre y le cogió la mano.

—¿Qué pasa? —pregunté, alerta.

—Aún no es el momento de hablar de eso, *principessa* —respondió con una calma medida.

Me molestó, pero no dije nada.

—Gracias por la información, mi vida —dijo con suavidad—. Si recuerdas algo más, dímelo. No importa cuándo, *amore*.

Se inclinó y besó mi mano despacio, con ese gesto suyo tan contenido y protector, como si con él quisiera recordarme que, pasara lo que pasara, siempre estaría de mi lado.

Más tarde, mi madre mencionó que había hablado con Andoni. Dijo que hoy tampoco podría venir. Puse cara de pena. La justa. La

necesaria para que no sospecharan nada. Por dentro, sin embargo, el peso era otro y, no tenía nada que ver con Andoni.

Por la tarde, cuando la casa volvió a sumirse en ese silencio elegante que siempre había sido mi refugio, me encerré en mi habitación y saqué el móvil.

Contacté con los detectives uno a uno: al primero le di una orden clara; averiguar si el agente Jones, de la prisión *Fortezza di Sangue*, seguía con vida. Si estaba estable. Si respiraba.

Al segundo le encargué algo distinto. Algo más sucio: quería saber dónde estaban los tres presos que habían intentado violarme. Le expliqué que habían sido trasladados hacía unas semanas desde la *Fortezza di Sangue* a otra prisión y que necesitaba todo: nombres, ubicación exacta, régimen, contactos. Absolutamente todo.

No sabía si ya estarían muertos. Se lo había contado a Andoni en aquella visita que me hizo en la cárcel, y sospechaba que él ya se habría encargado de ellos. Aun así, conservaba la esperanza de que siguieran con vida, porque esta vez quería hacerlo yo sola.

Y al tercero… al tercero le pedí algo que me hizo detenerme un segundo antes de enviar el mensaje.

—Necesito saber dónde vive el agente Adam Muller.

No añadí explicaciones.

Cerré el móvil despacio y lo dejé sobre la mesa. El reflejo del cristal me devolvió una imagen serena, controlada. Nadie habría imaginado el incendio que llevaba por dentro.

Más tarde salí a montar con mi padre. El aire fresco me despejó un poco la cabeza, aunque no del todo. Alessio cabalgaba a mi lado, atento, vigilante como siempre. En un momento dado se giró hacia mí, serio.

—Tienes que tener cuidado, *principessa*. Estás en busca y captura. No salgas sola. Quiero guardaespaldas contigo en todo momento.

Asentí sin discutir.

—Vale.

Me miró un segundo más, como si quisiera asegurarse de que lo decía en serio. Luego su expresión se suavizó y, con una mano firme sobre la mía, añadió:

—Te quiero mucho.

—Yo también, papá.

De vuelta a casa hablé por teléfono con Andoni. Me pidió perdón por no haber podido estar allí, dijo que pronto nos veríamos, que todo se arreglaría. Hablamos de cosas pequeñas, de nada importante. Le dije que lo quería y, era verdad; pero cuando colgué, me quedé mirando la pantalla en negro, con una duda incómoda creciendo en el pecho. No estaba segura de querer casarme con él. No ahora. Quizá nunca.

Al poco rato, los mensajes empezaron a llegar.

El primero me hizo soltar el aire que llevaba horas conteniendo. Jones estaba vivo. Estable.

Sonreí sin darme cuenta. Una sonrisa breve, sincera, que me pilló desprevenida.

El segundo mensaje fue distinto. Más frío. Más oscuro.

El detective fue caro: los hijos de puta que habían intentado violarme, habían sido asesinados y torturados hacía apenas unos días. El responsable no era un hombre, sino un apellido. El linaje Garavani.

No me sorprendió. Lo había sabido incluso antes de leerlo.

Andoni los había matado.

La rabia me atravesó el pecho con violencia. Me jodió. Me jodió porque esos hijos de puta eran míos. Porque yo quería hacerles pagar cada segundo, cada mano, cada abuso. Quería ver cómo se rompían sabiendo que era yo quien los estaba destruyendo.

Pero, al mismo tiempo… una parte oscura de mí se calmó.

Porque si Andoni Garavani había sido quien se encargó de ellos, sabía exactamente lo que eso significaba. No fue rápido.

Los cabrones lo habían pasado mal.

Y entonces llegó el tercero. El nombre del edificio. La calle. El apartamento. El lugar donde vivía Adam Muller… el corazón me dio un vuelco seco, violento, como si alguien me hubiera empujado desde dentro.

Cerré los ojos un instante y respiré hondo.

•••

Amanecí igual que la noche anterior: rota.

La pesadilla volvió a arrastrarme a la superficie con violencia. La misma niebla. Los mismos tacones rojos perdiéndose entre la bruma. El mismo cuchillo. Esta vez no pronuncié su nombre. Solo grité. Un grito desgarrado, animal.

La puerta se abrió de golpe y mi madre entró corriendo con el pelo suelto, el rostro pálido. No dijo nada al principio. Se lanzó a la cama y me rodeó con los brazos mientras yo me deshacía contra su pecho, llorando sin control, temblando como una niña pequeña.

—¿Qué pasa, Reina? —susurró, con la voz rota—. Tranquila… mamá está aquí.

Me aferré a ella como si fuera lo único real en el mundo. El llanto me sacudía el cuerpo entero, sin freno, sin orgullo, sin máscara.

Estela me apartó lo justo para mirarme a la cara. Sus manos temblaban al acariciarme el pelo, las mejillas.

—Te han hecho algo en esa cárcel, ¿verdad? —dijo en voz baja—. Estás distinta… te conozco.

Y ahí se rompió todo. Le conté lo que había pasado. No cada detalle, pero lo suficiente. Le hablé de los hombres que intentaron tocarme, de cómo me sujetaron, del miedo, de la rabia que todavía me quemaba por dentro.

Los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas al instante.

—A mi niña nadie la toca—susurró, temblando.

Negué con la cabeza, secándome la cara con manos torpes.

—Pero eso no es lo que me provoca las pesadillas, mamá.

Se quedó quieta. Me miró con esa intuición suya que siempre lo veía todo antes de que yo pudiera decirlo.

—Entonces… —murmuró— Es otro hombre, ¿verdad, mi vida?

Agaché la cabeza.

Las lágrimas volvieron a caer, silenciosas, pesadas.

—Sí, mamá.

Estela me acarició el pelo con infinita suavidad, como cuando era pequeña.

—¿Te ha hecho daño?

—No… —respondí entre sollozos—. Pero voy a olvidarme de él. Voy a matarlo hoy mismo.

Su expresión cambió. Frunció el ceño y me sostuvo la cara entre las manos, obligándome a mirarla.

—Reina… —dijo con una firmeza que pocas veces le había oído— Antes de cometer un error, quiero que hables con el psicólogo.

Solté una risa breve, rota, mezclada con el llanto.

—No va a ser ningún error, mamá.

Lo dije despacio. Segura de mí misma.

Mi madre no respondió de inmediato. Se limitó a abrazarme de nuevo, con una fuerza que no intentaba ocultar el miedo. Como si temiera perderme si aflojaba un segundo.

—Cariño… —la voz de mi madre tembló.

Estela me observó con el rostro pálido y los ojos cargados de preocupación.

—Ten cuidado —me pidió—. Estás en busca y captura. Si te ven…

—No me verán —la interrumpí con suavidad—. Iré con guardaespaldas.

No pareció tranquilizarla del todo, pero asintió despacio, resignada.

—No se lo digas a papá —añadí—. Confía en mí, por favor.

Dudó apenas un instante. Luego cedió.

Se acercó, me besó la frente con ternura y, sin decir nada más, se dio la vuelta. La vi salir de la habitación despacio, cerrando la puerta tras ella como si dejara atrás algo que no podía detener.

El día pasó demasiado rápido.

Estuve ultimando cada detalle de la misión, revisándolo todo una y otra vez. El detective me confirmó que en el apartamento de Adam no había cámaras ni alarmas. Que esa noche no tenía guardia, así que estaría en casa. Y que su novia no se encontraba allí.

Perfecto, pensé.

Cuando por fin llego la noche, fui al vestidor.

El corazón me latía con fuerza, desbocado, pero no era nerviosismo. Era algo distinto. Era claridad.

Me sentía eufórica. Viva.

Me puse el traje negro que siempre utilizaba en las misiones en las que sabía que alguien iba a morir: la tela se ajustaba a mi cuerpo con precisión, marcando cada línea sin exagerar, envolviéndome como una armadura elegante. No era provocador, pero tampoco discreto; tenía ese equilibrio peligroso que convierte la sobriedad en poder: mangas ceñidas, corte limpio, cintura definida. Nada sobraba. Nada faltaba.

Después me puse los tacones negros y recogí mi pelo lacio en una coleta tirante. El maquillaje fue exacto: piel pulida, mirada afilada, labios suaves.

Añadí unas joyas plateadas, finas, discretas, casi invisibles. Nada que llamara la atención. Por último, guardé la pistola, bien escondida, donde solo yo sabía alcanzarla.

Estaba lista.

El reflejo no tenía nada que ver con la chica de la cárcel. Ni con la que se había vuelto débil entre los brazos de un policía. Esa chiquilla iba a desaparecer esa misma noche, y con ella, el agente Muller.

•••

Un coche blindado me esperaba abajo. Subí sin decir nada y me dejé caer en el asiento trasero. Delante iban dos de nuestros guardaespaldas: Nathan al volante y Romeo a su lado. Dos hombres de confianza. De los de mi padre… pero también míos. Me habían visto crecer. Sabían leerme incluso cuando yo no decía nada.
Y sabía que, a menos que yo lo pidiera, no le contarían nada a mi padre.

No podía usar el helicóptero. Demasiado visible, demasiado ruido; y, en el fondo, quería algo más íntimo, más oscuro… quería llegar de noche. Quería que estuviera dormido, verle vulnerable.

El coche se puso en marcha y apoyé la cabeza contra el cristal. Cuatro horas de carretera. Cuatro horas para pensar… o para no hacerlo. El corazón me latía rápido, pero no era miedo. Era esa mezcla peligrosa de anticipación y rabia que siempre precedía a una misión.

—Entraré sola —les dije al cabo de un rato, rompiendo el silencio—Si en dos horas no salgo, entráis.

Nathan me miró por el retrovisor. No preguntó por qué. Nunca lo hacía.

—Hecho —respondió—. Estaremos vigilando todo señorita.

Asentí. Sabía que cumplirían. Sabía que, si algo salía mal, no dudarían.

Cuando por fin llegamos, era la una de la madrugada. La ciudad dormía bajo un silencio espeso, roto solo por el murmullo lejano de algún coche perdido.

El edificio de Adam Muller se alzaba discreto entre otros bloques similares: nada de lujo, nada ostentoso. Un barrio bonito, tranquilo, de esos en los que la gente cree estar a salvo. Las farolas proyectaban una luz amarillenta sobre la acera, alargando las sombras y dándole al lugar un aire casi irreal.

Bajé del coche con paso seguro mientras Nathan y Romeo me abrían la puerta y barrían la zona con la mirada, atentos a cualquier movimiento extraño.

—Todo bien, señorita —dijo Romeo en voz baja.

Asentí sin detenerme y me dispuse a entrar.

Subí sola. La llave maestra giró sin resistencia. El clic sonó más fuerte de lo que debería en el silencio absoluto.

Entré y cerré con cuidado. Solo había oscuridad.

Saqué la linterna pequeña y la encendí lo justo. El apartamento era moderno, minimalista, frío. Líneas rectas, colores neutros, un orden excesivo… le pegaba. Ese vacío elegante. Esa falsa pulcritud.

Avancé despacio por el salón, el comedor, la cocina. Todo era pequeño, normal.

Los tacones producían un leve sonido contra el suelo, pero no podía detenerme a quitármelos. Saqué el arma y la mantuve firme bajo la mano. La adrenalina me recorría el cuerpo como un viejo conocido. Hacía meses que no sentía algo así.

En la cocina cogí un cuchillo. Lo sentí pesado, real. No iba a ser rápido. No para él.

Me acerqué a la habitación. La puerta estaba entreabierta. Dentro, Adam respiraba quedo, profundamente, como un gato dormido.

Entonces lo escuché: un murmullo bajo, inconsciente, roto.

—Reina…

Me quedé completamente quieta.

—Reina… —susurró de nuevo, dormido.

El corazón se me encogió de golpe, como si alguien lo hubiera apretado con fuerza.

¿Por qué soñaba conmigo, joder?

Tragué saliva. Sentí algo que no esperaba: una fisura. Una grieta mínima en toda esa frialdad que me había puesto como armadura. El calor comenzó a subirme por la cara.

Me acerqué despacio, conteniendo la respiración. No veía bien dónde estaba su cuello, dónde terminaba la sombra y empezaba él. Encendí la linterna con cuidado, solo un hilo de luz, lo justo para no delatarme.

La luz resbaló por su piel y se me cortó el aliento. Deslicé el cuchillo hasta su garganta, sin apretar todavía, sintiendo el pulso bajo la hoja, constante, vivo.

Adam dormía profundamente, ajeno a todo. A mí.

Con la otra mano aparté la sábana despacio. Quería verlo. Quería marcarlo. Cortarle la piel y hacerle pagar cada mentira. Torturarlo. Que sufriera, joder. Pero en el instante exacto en que la tela cayó… algo dentro de mí se quebró, y me arrepentí al instante.

Estaba completamente desnudo. Vulnerable de una forma que no había previsto.

La luz recorrió su cuerpo con lentitud: brazos fuertes, pecho firme. Su respiración marcaba un ritmo tranquilo que me desarmó más de lo que quise admitir.

Bajé la mirada sin querer. Fue un gesto mínimo, casi involuntario, pero no pude detenerlo. Y lo que vi, me hizo abrir los ojos de par en par... tenía la polla dura, expuesta.

Me quedé inmóvil mientras mi tanga se humedecía sin poder evitarlo y una oleada de calor me atravesaba.

Tuve que apretar los dientes para no maldecirme en voz alta. Era absurdo. Ridículo. Imperdonable.

Me había engañado. Me había usado. Y, aun así, mi cuerpo respondía como si no supiera nada de traiciones ni de mentiras. Como si solo reconociera lo que había habido entre nosotros.

El cuchillo seguía en mi mano, pero ya no pesaba igual.

ADAM

Llevaba dos días atrapado en el mismo bucle.

No era exactamente un sueño. Tampoco estaba del todo despierto. Era ese estado extraño en el que la cabeza sigue funcionando mientras el cuerpo descansa, donde los recuerdos se mezclan con pensamientos que no has pedido tener.

La imagen volvía una y otra vez: el helicóptero elevándose, el viento agitándole el pelo, su mirada clavada en la mía justo antes de desaparecer. Reina huyendo. Reina perdiéndose en el cielo mientras yo me quedaba abajo, impotente, con el arma inútil en la mano.

A veces creía haberme dormido. Otras sabía que no. Solo estaba allí, tumbado, con los ojos cerrados, respirando hondo, incapaz de echarla de mi cabeza.

Entonces el recuerdo cambiaba.

El cuartillo. Su cuerpo demasiado cerca. El calor. Su respiración rota. Y mi voz, baja, inconsciente, repitiendo su nombre sin darme cuenta, como si fuera lo único que anclara todo aquello a la realidad.

—Reina…

Su olor a vainilla y lujo me perseguía incluso con los ojos cerrados. La sentía demasiado cerca. Demasiado dentro. Como si no se hubiera ido nunca del todo.

Me estaba volviendo loco, pensé.

Tenía grabado en la memoria el peso de su cuerpo contra el mío. Demasiado presente. Demasiado vivo. Mi cuerpo reaccionaba sin pedirme permiso, tenso, despierto, traicionero. La sangre se me iba a la polla. La sentía dura y solo me quedaba una opción … deslizar la mano por las sábanas, buscando anclarme a algo real, a algo que me devolviera el control. Estaba al límite. A un paso de masturbarme pensando en sus ojos, en sus labios, en su coño.

Pero de pronto oí un sonido. Apenas unos pasos. Un cambio mínimo en el aire.

No abrí los ojos. El instinto tomó el mando antes que el pensamiento. Mi cuerpo se volvió de piedra, cada músculo alerta, la respiración reducida a lo justo.

Había alguien en mi habitación. El pulso se me disparó y antes de poder reaccionar sentí un contacto lento, deliberado, deslizándose por mi cuello. Una hoja recorriéndome la piel con una precisión que no era torpe ni nerviosa. Alguien sabía exactamente dónde estaba tocando. Alguien que no tenía prisa.

No me moví.

Sentí cómo la sábana se apartaba con una lentitud insoportable, como si quien estuviera allí quisiera saborear cada segundo.

El aire frío golpeó mi piel desnuda y un sudor helado me recorrió la espalda. Estaba expuesto. Completamente indefenso. La humillación me quemó por dentro, mezclándose con un miedo crudo, animal. No sabía quién había entrado. No sabía por qué. Solo sabía que no estaba jugando.

Mi respiración se volvió pesada, contenida a la fuerza. El corazón me martilleaba el pecho con violencia, tan fuerte que me dolía. Tenía el cuerpo entero en tensión, esperando el golpe.

Entonces el contacto cambió: el metal abandonó mi cuello y descendió despacio, con una calma calculada, hasta apoyarse en mi pecho. Apreté los dientes con tanta fuerza que me crujió la mandíbula.

Sentí el filo hundirse lo justo para romper la piel. Un dolor seco, limpio, inmediato. Ardiente. La sangre comenzó a brotar y el calor me confirmó que aquello no era una advertencia. Era real.

Abrí los ojos de golpe.

Un destello breve rasgó la oscuridad: una linterna pequeña, firme en una mano que no temblaba. No me dio tiempo a distinguir un rostro, ni una sombra, ni una intención. La linterna cayó, rodó por la cama… y se apagó. Solo quedó una oscuridad absoluta.

El pánico intentó apoderarse de mí, pero el instinto fue más rápido.

Giré el cuerpo con violencia, lanzando el brazo a ciegas, y atrapé la muñeca que sostenía el cuchillo. No era un agarre torpe. Era preciso. Y en ese instante lo supe: no era un hombre. Esa muñeca era pequeña. Fina. Demasiado frágil para la fuerza que estaba usando contra mí.

Apreté con todo lo que tenía y sentí el hueso ceder bajo mis dedos.

—Aaah—

El grito fue puro dolor, crudo, desgarrado, y me atravesó como una descarga. El cuchillo se le escapó de la mano y cayó al suelo con un golpe metálico que resonó en la habitación silenciosa.

La empujé hacia atrás de inmediato, usando mi peso, mi impulso, mi rabia. El colchón cedió cuando la acorralé contra la cama. Todo ocurrió en segundos. Instinto puro. Supervivencia.

Mi respiración era un rugido. La suya, rápida, entrecortada.

Noté su cuerpo bajo el mío. El traje ajustado, tenso, caliente. El contacto era demasiado cercano, demasiado físico, mi polla sentía la tela de su traje. No era una posición buscada, pero era inevitable. Mi cuerpo seguía reaccionando por pura inercia, cargado aún del sueño interrumpido, del peligro, de la descarga brutal de adrenalina.

—Me has roto la muñeca, *stronzo* —escupió, con rabia y dolor.

Esa voz.

El mundo se detuvo.

—...Reina.

Su nombre me salió como un golpe.

La tensión cambió de forma, pero no desapareció. Era peor ahora. Más densa. Más personal. Seguía encima de ella, inmovilizándola sin saber si debía soltarla o no, con la sangre caliente deslizándose por mi pecho y el corazón golpeándome como si quisiera romperme las costillas.

No se movió. Yo tampoco. Y en ese instante lo entendí con una claridad brutal: la muy hija de puta había venido a matarme.

No dudé.

Sin apartar el peso de mi cuerpo del suyo, estiré el brazo y agarré las esposas de la mesilla de noche. Las había dejado allí el día anterior, casi por inercia. El clic metálico resonó en la habitación cuando inmovilicé una muñeca, luego la otra, fijándolas a la cabecera de la cama.

Encendí la luz de noche y entonces la vi de verdad. Maquillada. Impecable. Con un traje negro ajustado que no tenía nada que ver con la prisionera que había escapado dos días atrás. Tacones negros. El pelo recogido en una coleta tirante que le endurecía aún más las facciones. Estaba peligrosa. Hermosa de una forma que no pedía permiso ni perdón.

Me sostuvo la mirada con odio. Con resentimiento puro.

Sonreí sin humor.

—Estás en busca y captura en todo un puto país, niña —murmuré— ¿Y se te ocurre que la mejor idea es venir a casa de un policía?

Durante un segundo algo se quebró en sus ojos. Vulnerabilidad. Dolor. Apenas un destello. Luego alzó el mentón, felina, afilada.

—¿Te piensas que me importa? —escupió—. Lo único que quiero es matarte. A mí nadie me miente. Soy la hija de un capo, joder. —Clavó la mirada en la mía, furiosa—. ¿De verdad creíste que ibas a

seducirme, sacarme información mientras me follabas y salirte con la tuya? —rió sin humor—. Aunque tengo que felicitarte… eres un gran actor.

El corazón empezó a latirme desbocado. Llevaba días preguntándome cómo coño se había enterado.

—¿Por qué dices eso? —gruñí.

—Tu novia —respondió sin apartar los ojos—. Vino el día del motín. Me puso audios. Me dijo que todo había sido un plan para sacarme información. Te escuché con mis propios oídos. Y luego añadió que te habías reído de mí después de follarme.

El golpe fue seco.

—Eso no es verdad —dije, tenso—. No me he reído de ti.

Me acerqué, bajando hasta quedar a su altura. Ella apartó la cara con desprecio.

—Déjame —escupió—. Me das asco.

La rabia me subió como un incendio descontrolado. No solo por ella. Por Jezabell. Por la mentira. Por el silencio de esos dos días. Por haber destrozado el plan y dejarme aquí, expuesto, con todo ardiendo a mi alrededor como si yo fuera el único idiota que no había visto venir el golpe.

Pero lo peor… lo que de verdad me atravesó… fue que Reinetta Romano me mirara con asco. Eso no. Eso no podía soportarlo.

Algo dentro de mí se rompió.

Estaba fuera de mí, perdido, sin entender cuándo había empezado esta obsesión enfermiza, ni por qué su desprecio me dolía más que la herida aún caliente en el pecho.

Me lancé hacia ella sin pensarlo. Le sujeté la cara con ambas manos y la besé con una furia desesperada, brutal, como si ese choque pudiera borrar el odio, la traición… o al menos obligarla a sentir lo mismo que yo.

Fue un beso salvaje, cargado de rabia y necesidad, sin control ni cuidado.

—No vuelvas a decir que te doy asco —gruñí contra sus labios—. No vuelvas a decirlo.

Me separé de golpe. Sus ojos brillaban, oscuros, encendidos. Me miraba como si quisiera arrancarme la piel.

—Odio tus besos —escupió, respirando con dificultad—. Odio todo de ti.

Eso fue lo que terminó de hacerme perder la cabeza.

Me acerqué de nuevo, demasiado cerca, invadiendo su espacio, respirando su olor como si fuera una droga.

Le sujeté la barbilla con firmeza, obligándola a mirarme.

—Dímelo otra vez —murmuré, con la voz rota—. Dime cuánto me odias. Dime que no me crees. Que no entiendes lo jodidamente loco que me tienes.

Ella sonrió. Lenta. Peligrosa.

—Adam…

Oír mi nombre en su boca fue como gasolina sobre el fuego.

—Sigue —dije, con una mezcla de furia y deseo que me estaba destruyendo—. Dime que quieres matarme.

Y en ese instante supe que aquello ya no era odio: era una guerra mucho más peligrosa.

CAPÍTULO 14

ADAM

—Quiero matarte —dijo.

Me acerqué despacio, sin prisa, consciente de que seguía esposada a la cabecera de la cama. De que no podía moverse. De que cada centímetro que acortaba entre nosotros era una provocación.

Incliné la cabeza y mis labios rozaron su cuello. Primero apenas un roce, luego un beso lento, cargado de algo que no era ternura ni violencia, sino una mezcla peligrosa de ambas.

Sentí cómo su respiración se quebraba.

—Cualquiera diría que has venido a matarme, niña —murmuré contra su piel.

Mi mano descendió, firme, segura, recorriendo su costado hasta detenerse entre sus piernas, a través del traje negro. La sentí arder. Empapada. Traicionándola.

Un gemido breve se le escapó. Apenas un susurro. Como si intentara tragárselo antes de que existiera.

—Para... —dijo con la voz rota—. Adam, para...

Me detuve al instante.

Aparté la mano como si me hubiera quemado. El calor me subió al rostro, al pecho, a la garganta.

La miré y entonces la vi de verdad: las lágrimas. No una. Varias. Deslizándose sin control, rompiéndole la cara, empapándole las pestañas. Su cuerpo estaba tenso, temblaba. Ya no había odio en sus ojos… Solo dolor.

Me senté en la cama de golpe, pasando una mano por mi cara, respirando mal.

—¿Qué te pasa? —pregunté, con un nudo en la garganta que no supe ocultar.

Ella soltó un sollozo y luego otro. Se dobló sobre sí misma hasta donde las esposas se lo permitían.

—¿Por qué...? —balbuceó—. ¿Por qué me tienes aquí encadenada y no llamas a tus compañeros para volver a encerrarme?

Levantó la cara hacia mí, destrozada.

—¿Por qué decías mi nombre mientras dormías, joder? —continuó, entre lágrimas—. ¿Por qué?

Se le quebró la voz.

—He venido a matarte, sí... porque odio sentir lo que siento. Porque no lo soporto. Porque no sé cómo sacarte de mi cabeza.

Respiró hondo, como si cada palabra le costara.

—Te quiero... —susurró, pero la voz se le quebró al instante. Tragó saliva, inútilmente—. Te quiero, agente...

Las lágrimas le caían sin control. No intentaba ocultarlas. Ya no podía.

—Y… y la única forma que he encontrado de verte... —aspiró aire, temblando— ha sido auto convencerme de que venía a matarte.

Negó con la cabeza, como si aún no pudiera creerlo.

—He intentado odiarte —continuó, atropellándose—. De todas las formas posibles. Me repetía que eras un cabrón, que me habías usado, que si desaparecías de este mundo yo podría seguir adelante. Que dejaría de doler.

Se rio entre sollozos. Una risa rota. Desesperada.

—Pero es mentira... —susurró—. Es imposible.

Alzó la mirada hacia mí. Tenía los ojos enrojecidos, brillantes, desarmados.

Sentí el golpe antes de entenderlo.

Fue como si el suelo cediera bajo mis pies. Como si algo se rompiera en el centro de mi pecho y me dejara sin aire. El calor me subió de

golpe a la cara, a la garganta, a los ojos.

Me mareé. Tuve que apoyar una mano en la cama para no caer.

Una mafiosa enamorada de mí. Y lo peor... lo que me dejó sin defensa... era que yo también lo estaba de ella.

—Si solo me estabas engañando... —continuó, y las lágrimas ya no podían contenerse—. Si todo lo de la cárcel fue mentira... mátame.

Alzó la barbilla.

Mi respiración se volvió errática. Corta. Violenta. El corazón me golpeaba tan fuerte que dolía. No sabía qué hacer.

Las manos me temblaban cuando cogí las llaves. El sonido del metal al liberar las esposas fue casi ensordecedor en el silencio de la habitación. Y en cuanto quedó libre... la abracé. No fue suave. No fue bonito. Fue desesperado.

La atraje contra mí como si soltarla significara perderla para siempre. Como si el mundo fuera a desaparecer si no la sujetaba en ese instante.

Hundí el rostro en su pelo y cerré los ojos, respirándola, intentando no venirme abajo.

—Te quiero, Reina —confesé al fin, con la voz rota—. Y joder... al principio sí fue una misión. Me pidieron que te vigilara. Que te sedujera si hacía falta para sacarte información.

Me separé lo justo para mirarla, para que viera la verdad en mis ojos.

—Pero me perdí. Me obsesioné contigo. Hasta el punto de que cada vez que cierro los ojos... apareces tú. Siempre tú.

La abracé otra vez, más fuerte. Sabiendo que ya no había vuelta atrás.

Su respiración estaba desordenada, pegada a la mía. Sentía su pecho subir y bajar contra el mío, su cuerpo aún tenso, temblando.

Bajé un poco la cabeza y apoyé la frente en la suya. Cerré los ojos.

Le acaricié el pelo con la punta de los dedos, despacio, con cuidado. Me incliné un poco más y aspiré su olor sin pensar. Ese olor que ya reconocía incluso con los ojos cerrados. Vainilla, algo dulce, algo peligroso.

—Que bien hueles—dije sin darme cuenta.

Sentí cómo su respiración cambiaba. Fue un matiz apenas perceptible, pero lo noté.

Se movió un poco y, casi con pudor, hizo un gesto mínimo con la muñeca.

—Me duele... —admitió al fin.

Abrí los ojos al instante y bajé la mirada. Su piel estaba enrojecida, sensible, marcada por la presión de antes.

—Joder... —murmuré—. Lo siento.

Me incliné y le dejé un beso suave sobre la muñeca, lento, casi una disculpa silenciosa.

—Voy a por el botiquín —le dije—. No te muevas.

Me aparté despacio, como si cada centímetro de distancia costara demasiado, como si separarme de ella fuera antinatural.

Cuando volví, seguía sentada en la cama. Me miraba con una mezcla de cansancio y atención absoluta.

Me senté a su lado y apoyé con cuidado su muñeca sobre mi muslo, consciente de cada punto de contacto.

—Avísame si te duele —murmuré.

Asintió.

Fui moviéndole la muñeca con cuidado, probando despacio, atento a cualquier gesto suyo.

—Creo que no está rota —dije al fin, más tranquilo.

Entonces empecé a vendarla. Lo hice despacio, sin prisas, con una concentración casi reverencial. La venda rodeaba su piel mientras

mis dedos la sostenían con firmeza y cuidado, como si temiera romper algo sagrado. Y, sin querer, mi atención volvió a perderse en sus tatuajes. Los conocía de memoria... y aun así seguían volviéndome loco.

Las serpientes ascendían desde sus manos hasta los hombros, enroscándose en su piel con una elegancia peligrosa. A su lado, dibujos precisos, casi rituales; fechas marcadas en números romanos, grabadas como recuerdos que no se borran. Más arriba, cerca del hombro, la figura se transformaba: media pantera negra, poderosa, salvaje; la otra mitad, su propio rostro, mirándome desde la tinta con una intensidad peligrosa.

Sin darme cuenta, los recorrí con la yema de los dedos mientras seguía vendando, memorizando cada trazo, cada relieve. Su piel era suave, caliente bajo mis manos.

De vez en cuando me inclinaba y le dejaba un beso breve en el brazo, casi inconsciente. Ella no apartaba la mirada de mí.

—Perdóname... —confesé al fin, alzando los ojos hacia los suyos— No sabía que eras tú. No quería hacerte daño.

Sus ojos, felinos y brillantes, me devolvieron una sonrisa tranquila. De esas que no necesitan palabras. Era preciosa, joder. Peligrosa y preciosa.

Luego fue su turno. Cogió un algodón del botiquín, lo empapó con cuidado y lo apoyó en mi pecho. El contacto fue frío al principio, después ardiente.

Aspiré el aire entre los dientes.

Sus dedos eran firmes, atentos. No había reproche en ese gesto. Solo cuidado.

—Así —susurró—. Respira.

Le obedecí.

Levanté la vista y entonces lo vi. Por primera vez desde que la conocía, no estaba segura. No estaba desafiante. Estaba nerviosa.

Tensa. Como si llevara varios minutos luchando contra algo que no terminaba de atreverse a decir.

Sus dedos se detuvieron un segundo sobre mi pecho. Inspiró hondo. Luego volvió a hacerlo, como si necesitara reunir valor.

—Adam... —murmuró, tan bajo que casi pareció una duda más que una palabra.

Calló otra vez. Bajó la mirada. La mandíbula se le tensó apenas.

—Yo... —tragó saliva—. Cuando tu novia vino a mi celda... —se detuvo de nuevo, incómoda, como si repetirlo le supiera amargo— Me dijo que me odiabas porque unos mafiosos asesinaron a tus padres... ¿Es cierto? —añadió, alzando los ojos, con una mezcla peligrosa de cuidado y miedo a la respuesta.

La pregunta me tensó al instante. Sentí cómo los hombros se me cerraban sin permiso. Giré la cara, rompiendo el contacto, como si el aire se hubiera vuelto demasiado pesado.

Nunca hablaba de eso con nadie.

Entonces sentí sus dedos en mi barbilla.

—Dímelo solo si te sientes preparado, *amore mio* —susurró.

Tragué saliva. Cerré los ojos un segundo. Su mano seguía ahí, cálida, paciente.

—Tenía ocho años... —empecé a decir— y lo vi todo.

La frase salió, pero el cuerpo no la acompañó. El aire dejó de entrar bien. Sentí el pecho cerrarse, como si algo invisible me apretara desde dentro.

Continué hablando porque parar era peor.

—Entraron en casa de noche. Cinco hombres. Mafiosos...

Mientras hablaba, las imágenes regresaron con una violencia que no esperaba. No como recuerdos lejanos, sino como si estuviera allí otra vez: el armario, la rendija, la oscuridad.

El pulso se me disparó.

—Yo... —me llevé la mano al pecho— yo estaba escondido y escuchaba todo... cada grito, cada risa.

Sentí un mareo súbito, un zumbido en los oídos.

—Adam —dijo ella en voz baja.

No la escuché.

—A mi madre... —la voz se me quebró del todo— la ataron al suelo. La pusieron a cuatro patas y le levantaron el vestido. Ella gritaba, pero no podía resistirse a la fuerza de cinco hombre. Dos de ellos la follaban por detrás y otro le metía su sucia polla en la boca. Yo apretaba los puños... tan fuerte... que me hice sangre.

El aire ya no entraba bien. No entraba casi nada.

Me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, respirando rápido, demasiado rápido.

El corazón me golpeaba con una fuerza salvaje. Me sudaban las manos. La vista se me nubló.

—No... no puedo... —murmuré, sin saber a qué me refería.

Entonces la sentí.

Sus manos firmes rodearon las mías. Calientes. Reales.

—Mírame —me pidió—. Adam, mírame.

Levanté la vista como pude. Ella estaba muy cerca.

—Respira conmigo —dijo—. Solo conmigo. Aquí. Ahora.

Colocó una mano sobre mi pecho y la otra en mi nuca. No me apretó. No me sujetó. Me sostuvo.

—Inhala —susurró—. Despacio. Uno... dos... tres.

Obedecí sin darme cuenta.

—Eso es —continuó—. Ahora suelta.

El aire salió tembloroso, pero salió.

Repitió el gesto una y otra vez, guiándome, anclándome al presente con su voz, con su tacto.

—Estás aquí —me dijo—. Conmigo. No estás solo.

Las palabras me atravesaron más hondo que cualquier recuerdo.

La respiración empezó a regularse poco a poco. El temblor en las manos disminuyó. El mundo volvió a tener contornos.

Apoyé la frente en su hombro sin pedir permiso. No me apartó.

—Perdón... —murmuré—. No suelo...

—Shh —me cortó—. No pidas perdón.

Me acarició el pelo con una lentitud casi reverencial. Como si supiera exactamente dónde tocar para que el cuerpo dejara de huir.

Cuando pude volver a hablar, la voz me salió rota, pero estable.

—Después... obligaron a mi padre a mirar. —Tragué saliva—. Y cuando acabaron... lo arrodillaron. Lo mataron delante de ella. Delante de mí. Le cortaron la cabeza y cayó al suelo. Sentí ganas de vomitar, pero me contuve.

Reina dejó escapar un sollozo ahogado. No dijo nada, pero vi cómo se llevaba una mano a la boca, cómo sus hombros temblaban mientras intentaba respirar en silencio. Sus ojos se llenaron de lágrimas que no terminaban de caer.

Sentí mi respiración alterarse, el pecho cerrándose, pero no me moví. Me dejó terminar.

—Y a mi madre... —cerré los ojos—. La mataron de un tiro en la cabeza después.

El aire se volvió espeso. Reina ya no pudo contenerlo. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro sin control, una tras otra, empapándole las mejillas.

Se inclinó hacia delante, como si el peso de la escena le estuviera cayendo encima a ella también.

—¿Sabes quiénes fueron? —preguntó muy despacio, con la voz rota.

Negué.

—La policía investigó. Nunca encontraron nada.

Reina cogió mi mano con decisión. Fuerte. Como si necesitara anclarme al presente. La llevó a sus labios y la besó.

—Te lo prometo por mi sangre —dijo, mirándome fijamente, con lágrimas aún cayendo—. Los voy a encontrar a todos… y los mataré uno a uno.

Reina se movió antes de que pudiera decir nada más. Se subió a mi regazo, rodeándome el cuello con los brazos y apoyando la frente en mi hombro. Su cuerpo encajó contra el mío como si siempre hubiera sabido dónde ir.

Estaba desnudo. Y ella lo sabía.

Me abrazó fuerte. No con urgencia. Con necesidad. Como si aquel gesto fuera un refugio después de todo lo que habíamos dicho.

Entonces se quedó rígida un segundo.

Alzó la cabeza y miró hacia un reloj que colgaba de la pared.

—Mierda... —murmuró—. Solo me quedan veinte minutos.

No pude evitar reírme. Una risa baja, cargada de algo que ya no tenía que ver con el miedo.

—¿Te han puesto hora, mi niña? —dije, con una sonrisa torcida.

Ella me miró y, por primera vez desde que había entrado en esa habitación, se rió de verdad.

—En veinte minutos entrarán dos guardaespaldas —añadió—. Y si nos ven así... te matan ellos mismos *amore mio*.

—Qué detalle —respondí, sin borrar la sonrisa.

Ella volvió a reír, una risa baja, nerviosa, que se apagó tan rápido como había nacido. Después se inclinó hacia mí y apoyó la frente en la mía. El gesto fue simple... y devastador.

Cerramos los ojos al mismo tiempo.

Su respiración estaba desacompasada, rozando la mía. Sentía el calor de su piel, el leve temblor que aún no se le había ido del todo.

Y ahí, en ese silencio, me golpeó la realidad.

¿Y ahora qué?

No podía seguir con Jezabell. No después de esto. No después de darme cuenta de que el amor que sentía por ella se me estaba resquebrajando entre las manos....

Ocho años. Ocho años creyendo que ella era el lugar seguro, la mujer con la que iba a construirlo todo. Y, aun así, llevaba semanas fingiendo. Sonriendo cuando tocaba sonreír. Abrazándola cuando tocaba abrazar. No estaba fingiendo con Reina, estaba fingiendo con ella.

Me sentía culpable, joder.

Porque cuando tenía a Jezabell cerca, cuando la follaba. Siempre faltaba algo. La miraba... y sin querer buscaba otros ojos. Otros labios. Otro olor. Otro coño. Solo quería perderme en Reina, una y otra vez.

Pero tampoco podía decirlo en voz alta. No podía presentarme en la cárcel y decir: *me he enamorado de Reinetta Romano.* No podía decir: *ha venido a mi casa.* No podía decir que lo único que me importaba era que nadie se le acercara, que si alguien lo hacía... lo mataría.

La solución coherente, racional, la que encajaba con todo lo que yo era, sería mandarla de vuelta a la *Fortezza di Sangue*. Pero solo de pensarlo, la bilis se me subía por la garganta. No podía dejar que volviera allí. No después de saber lo que había vivido. No después de verla así.

Sabía perfectamente en el problema en el que me estaba metiendo. Sabía que, si la dejaba marcharse esa noche, me convertiría en un traidor. A mi uniforme. A mi trabajo. A todo lo que había sido hasta ahora.

Pero por primera vez en mi vida, el corazón le estaba ganando la batalla a la cabeza.

—¿Y ahora qué vamos a hacer, cariño...? —murmuré, casi para mí mismo, frotando despacio mi nariz contra la suya.

Ella no abrió los ojos al principio. Inspiró hondo, como si también le pesara el pecho.

Cuando habló, su voz fue suave, firme, distinta a la de antes. Menos herida. Más decidida.

—Amore... —susurró—. Mi madre era la hijastra de mi padre. Todo el mundo los tachó de locos. Dijeron que era imposible. Que no podían. Que no debían.

Abrió los ojos entonces y me miró de frente, con esa mirada suya que siempre parecía prometer guerra.

—Y aun así lo consiguieron —continuó—. Se enfrentaron a todos.

Llevó una mano a mi pecho, apoyándola justo donde latía mi corazón, fuerte, desbocado.

—Algo podremos hacer —dijo con una convicción que me desarmó —. Te lo prometo.

No era una solución. No era un plan, pero era esperanza, y joder... en ese momento, con su frente aún apoyada en la mía y el reloj avanzando sin piedad, fue suficiente para hacerme querer quedarme allí... aunque el mundo se viniera abajo después.

REINA

No sabía en qué momento exacto había pasado, ni cuándo el odio se había convertido en otra cosa. Solo sabía una cosa y es que lo quería. Lo había sabido incluso antes de decirlo en voz alta. Mucho antes de que se me rompiera la voz. Mucho antes de que las lágrimas me delataran.

Había ido a matarlo. Fue una decisión firme, calculada, fría; pero, cuando lo tuve bajo mi control, cuando podría haberle cortado la garganta sin que nadie lo impidiera... no fui capaz.

Si hubiese sido cualquier otra persona, estaría muerto. Sin dudas. Sin remordimientos. Sin este vacío incómodo en el pecho, pero Adam Muller era diferente.

Con él me sentía débil y eso me humillaba.

Mi cuerpo me había traicionado de una forma que jamás había permitido: estar empapada, temblando, suplicándole que parara... yo, que siempre había mandado, que siempre había elegido.

Nunca, ni siquiera con Andoni, había sentido algo así. Con Andoni todo era fácil. Nunca me perdí en él. Nunca me desarmó.

Adam sí.

Y no solo por el deseo. No era eso. Era verlo vulnerable. Escucharlo romperse.

Cuando empezó a hablar de sus padres... algo dentro de mí se quebró.

El niño escondido en un armario. Los gritos. La sangre. La risa de esos hijos de puta. Sentí náuseas. Rabia.

Ahora mismo solo podía pensar en una cosa: encontrarlos. Si fueron mafiosos, no tardaría y cuando los tuviera delante... no morirían rápido. Pero... incluso con todo eso... lo que más me aterraba no era la venganza. Era el futuro. Andoni. Mi padre. Mi familia.

Sabía que mi padre jamás aceptaría que estuviera con un policía. Un hombre criado para odiar a los míos.

O eso creí.

Hasta que pensé en la historia de ellos. De mis padres. De Alessio Romano y Estela Rodríguez. En cómo el mundo entero los señaló. En cómo mi padre se enamoró de su hijastra. En cómo mi madre se atrevió a elegirlo a él. En cómo se enfrentaron a todos... y ganaron.

Quise creer que yo también podría ser así de valiente, pero en el fondo lo sabía... Adam jamás entraría en el mundo de la mafia y yo jamás abandonaría a mi familia.

Esa verdad estaba ahí, inamovible, pesando más que cualquier promesa, más que cualquier *te quiero.*

Y aun así... aun así no me aparté; porque, aunque supiera que aquello no tenía un lugar claro en el mundo, tampoco podía fingir que no existía. Lo que sentíamos era real, y negarlo habría sido otra forma de cobardía.

—Por ahora... —murmuré, separándome apenas de él, lo justo para poder mirarlo a los ojos sin romperme del todo— tendremos que llevarlo a escondidas.

En cuanto lo dije, algo me apretó el pecho con una fuerza casi insoportable.

Él no respondió. Me miraba en silencio.

—Nadie puede saberlo —continué, y noté cómo la voz empezaba a traicionarme—. Nadie. Ni tu gente. Ni la mía.

El aire me faltó un segundo. Inspiré despacio, pero el dolor seguía ahí, clavado justo en el centro del pecho, latiendo al mismo ritmo que el corazón.

—Si se enteran... —tragué saliva, obligándome a seguir— esto puede acabar muy mal.

Asintió despacio.

—Lo sé.

Solo fueron dos palabras, pero en su voz había algo que me hizo daño: aceptación.

Sentí cómo una lágrima se me escapaba sin permiso, caliente, silenciosa, deslizándose por mi mejilla. No la aparté. No tenía fuerzas para fingir. Me dolía demasiado.

No quería irme. No quería separarme de él. No quería soltarlo.

Me obligué a mantener la postura, a no romperme del todo, pero por dentro estaba gritando que no, que no era justo, que no podía ser así.

Cuando me separé, el aire me faltó. Sentí sus manos aferrarse a mis brazos con urgencia, y después una de ellas subió hasta mi nuca, firme, posesiva, obligándome a volver hacia él.

Su boca regresó a la mía sin pedir permiso.

Fue un beso profundo, desesperado. Luego se separó a penas y sentí como su lengua húmeda descendía despacio, marcando el camino por mi mandíbula, por mi cuello. Noté cómo inhalaba hondo, cómo cerraba los ojos un instante, como si necesitara grabarme en su memoria.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza.

Me tensé... y sin poder evitarlo me moví despacio encima de él, acercándome más, buscando ese contacto que me hacía perder el equilibrio. Sentí su polla dura, y un calor traicionero volvió a recorrerme.

—¿Cuándo vamos a volver a vernos? —preguntó en voz baja, todavía pegado a mi piel, respirando lento.

Sonreí, aunque el pecho me dolía.

—Yo me encargaré de eso, *amore mio* —susurré.

Me levante.

Al incorporarme sentí un ligero mareo; los tacones me hicieron tambalearme un segundo. El mundo pareció inclinarse conmigo.

Di un paso hacia la puerta.

Entonces sentí su mano atrapándome del brazo y, en un segundo, me vi acorralada contra la puerta, su cuerpo me cerraba el paso.

—Todavía te quedan diez minutos, cariño.

El tono me recorrió la espalda como un escalofrío lento.

No me dio tiempo a responder. Me atrajo hacia él con una urgencia casi violenta y su boca volvió a encontrar la mía, dura, hambrienta, como si el tiempo se le estuviera acabando. El beso me robó el aire. Sentí sus manos perder la paciencia, tirar de la chaqueta del traje

con una necesidad torpe, desesperada, hasta que la tela cayó al suelo y mi piel quedó expuesta.

El aire frío me golpeó de cintura para arriba.

Me quedé inmóvil un segundo, con el corazón desbocado, la respiración rota. No sentí vergüenza. Solo una tensión brutal, eléctrica, recorriéndonos a los dos.

Alcé la mirada despacio.

Sus pupilas estaban dilatadas, oscuras, clavadas en mí como si fuera la única cosa real en la habitación.

Se inclinó hasta mi oído.

—Me vuelves loco, joder...

Su voz fue suficiente para hacerme temblar.

Bajó despacio, su boca encontró mi pezón y comenzó a saborearlo, arrancándome un gemido que no supe contener. Sentí su saliva pasar de un pezón a otro insistiendo, lamiendo, mordiendo... haciéndome perder cualquier resto de control.

Me arqueé sin darme cuenta, buscando más, respirando mal.

—Agente...— dije

—No sabes lo que me pone que me llames así —respondió, con la voz grave, cargada de algo peligroso—. Soy tu agente, Reina. Solo tuyo.

El tono me atravesó entera.

Me moví sin pensar, guiada solo por el deseo, agachándome y juntando mis pechos alrededor de su polla, provocándolo.

Sentí cómo su respiración se rompía al instante. Sus manos se apoyaron en mis hombros, no para empujar, sino para dirigir. Para decidir el ritmo. Para recordarme quién mandaba en ese instante.

—Mírame —ordenó.

Alcé la cabeza despacio. Sus ojos estaban fijos en mí, oscuros, brillantes. Y, entonces, comenzó a moverse mientras su miembro atravesaba mis tetas.

Se movía con una cadencia controlada, profunda, y cada vez que lo hacía un gemido bajo se le escapaba sin permiso, más ronco, más urgente.

—Joder... —murmuró entre dientes.

El sonido de su voz me atravesó. Noté cómo su cuerpo reaccionaba una y otra vez, cómo perdía la compostura que intentaba mantener.

Yo ya no podía controlarlo más; bajé una de mis manos hasta mi coño chorreante y comencé a tocarme el clítoris, al mismo tiempo que notaba cómo su glande pasaba entre mis senos, balanceándose hasta casi rozar mi mandíbula.

Antes de que pudiera reaccionar, me agarró con fuerza y me elevó contra su cuerpo. El cambio de posición me arrancó un gemido ahogado; su respiración se volvió áspera, descompuesta, perdiendo el control que había mantenido hasta entonces.

Comenzó a moverse con una urgencia que ya no intentaba controlar. Una de sus manos buscó aliviar su propia tensión, tocándose la polla mientras con la otra introducía sus dedos dentro de mí.

Me aferré a su cuello sin pensar, rodeándolo con los brazos, arqueándome contra él mientras el cuerpo me pedía más de lo que podía procesar.

La respiración se nos rompía a los dos.

Sentía cada gesto, cada movimiento, como si no existiera nada fuera de ese instante.

—Te quiero, Reina —jadeó, con la voz rota, pegada a mi oído—. Y te necesito.

Mi cuerpo se tensó de golpe, sacudido por una oleada que no pude contener. Perdí el aire, aferrándome a él mientras los espasmos me recorrían sin permiso, uno tras otro.

—Te quiero, Adam —susurré al final.

Sentí cómo él también perdía el control, cómo su respiración se quebraba mientras me sujetaba con fuerza y se corría sobre mi vientre. Noté el líquido caliente contra mi piel, pero antes de poder procesar lo que acababa de ocurrir escuché un ruido.

Llaves.

El sonido metálico fue leve, casi imperceptible, pero inconfundible.

—Mierda —murmuré, en un hilo de voz.

Adam no había oído nada. Seguía demasiado cerca, todavía atrapado en el instante anterior. Fui yo la que se movió primero.

Me giré de inmediato, cogí la sábana y la pasé por mi vientre con movimientos rápidos, mecánicos.

—¿Qué pasa? —preguntó Adam, asustado.

No había oído nada. Yo sí.

—Mis guardaespaldas acaban de entrar —susurré.

No alcancé a decir nada más.

Lo vi reaccionar al instante: su cuerpo se tensó y la mirada se le endureció de golpe. No preguntó. No dudó. Alargó el brazo y agarró una sudadera que colgaba de la silla, lanzándomela casi a ciegas.

—Póntela —dijo, seco—. Ya.

El corazón me golpeaba tan fuerte que me costó respirar. Me la subí como pude, torpe, con los dedos temblando, mientras el tiempo se nos deshacía entre las manos.

Entonces lo oí.

Unas pisadas. Claras. Firmes. Demasiado cerca. Venían directos hacia la habitación.

El suelo crujió al otro lado de la puerta y sentí cómo el pulso se me subía a la garganta. No había margen. Ni un segundo más. Todo mi cuerpo gritaba que iban a entrar.

—Joder... —murmuré entre dientes.

Adam no esperó a que reaccionara.

En un movimiento rápido, silencioso, se agachó y desapareció bajo la cama justo cuando la puerta saltó por los aires.

El golpe resonó seco, brutal.

Nathan irrumpió primero, arma en alto, seguido de Romeo, ambos con la mirada afilada, entrenada, barriendo la habitación en cuestión de segundos.

—¿Reina? —dijo Nathan al verme—. ¿Estás bien?

Bajó el arma al instante y se acercó a mí, alerta, evaluándome sin tocar nada más.

No les di tiempo a pensar.

—Estoy bien —respondí firme, adelantándome un paso—. Ya está. La misión ha terminado.

Me moví hacia la puerta, obligándolos a retroceder conmigo, cerrándoles el paso antes de que pudieran fijarse en nada más. En la cama. En el suelo. En los detalles que no podían ver.

—Salimos ya —añadí—. Aquí no queda nada.

Los dos fruncieron el ceño al mismo tiempo. Nathan me sostuvo la mirada un segundo más de lo normal. Romeo observó alrededor, desconfiado, pero no preguntaron. Nunca lo hacían cuando yo hablaba así.

Asintieron en silencio y se giraron para salir, dejándome cerrar la puerta tras nosotros. Solo entonces, me permití respirar.

Avancé hasta el coche sin mirar atrás. El pulso me martilleaba las sienes, pero mi paso no vaciló. Subí al asiento trasero y cerré la puerta con un gesto seco.

Nathan arrancó. Romeo ocupó su sitio sin decir nada.

El silencio duró apenas unos segundos.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, señorita? —preguntó Nathan, sin apartar la vista de la carretera.

Alcé la mirada despacio hacia el espejo retrovisor.

—No es asunto tuyo —respondí, firme—. El trabajo ya está hecho.

Nathan frunció el ceño, pero no insistió. Aun así, añadí, con la voz más baja, más peligrosa:

—Y no quiero que mi padre se entere de nada.

El coche siguió avanzando. Romeo asintió una sola vez, imperceptible. Nathan hizo lo mismo.

No volvieron a hablar.

El trayecto fue un silencio absoluto. Me llevé una mano a la boca sin darme cuenta, como si pudiera borrar lo que aún sentía en la piel. Adam. Su voz. Su boca. La manera en que me había hecho correrme.

El miedo apareció entonces, frío y nítido. No a él. A mí. A lo que sentía. A lo que estaba dispuesta a hacer por volver a verlo... porque sabía que iba a hacerlo. Me encargaría de todo. De los tiempos. De los lugares. De las mentiras necesarias. Nadie tendría que saberlo. Nadie tenía por qué salir herido.

Respiré hondo, apoyando la frente un segundo contra el cristal frío.

Tenía que ser fuerte. Siempre lo había sido y esta vez no podía ser distinto.

El coche avanzaba despacio cuando el cielo empezó a cambiar. La noche se retiraba sin hacer ruido, como si supiera que ya no le pertenecía el mundo. El negro se volvió azul, luego gris claro, y poco a poco aparecieron pinceladas de rosa y naranja en el horizonte.

Me quedé mirándolo, embelesada.

Las primeras luces acariciaban los edificios, las farolas se apagaban una a una, y durante unos segundos todo pareció en calma.

Me sorprendí sonriendo. No solo por el cielo, sino por todo lo que había vivido esa noche. Por la sensación todavía tibia en el cuerpo. Por la certeza absurda de que, si las cosas fueran distintas, me habría encantado estar viendo ese amanecer con Adam.

Seguí pensando en él hasta que las luces de la ciudad empezaron a aparecer y el coche redujo la velocidad.

Nathan aparcó con precisión en la entrada. El sonido del motor apagándose resonó sobre el suelo de piedra pulida que rodeaba la casa. Antes de bajar, me incliné un poco hacia delante.

—Gracias a los dos —dije—. Os habéis portado muy bien.

Ambos asintieron sin decir nada.

Cuando introduje el código y la puerta se abrió, me invadió una sensación inesperada de bienestar. Me sentía bien. Contenta. Poderosa.

Entré sin hacer ruido; no quería preguntas. No todavía.

Me quité los tacones despacio y avancé descalza hacia el salón, dejándome llevar por la inercia del cansancio. Y entonces los vi: unos ojos color café clavados en mí.

Andoni.

Estaba apoyado contra la pared, fumando con el gesto relajado, casi insolente. El humo ascendía lento, envolviéndolo, dándole ese aire peligroso que siempre había tenido. Estaba guapo. Alto. Imponente.

—Amore... —dijo.

Me quedé quieta. El shock fue inmediato.

No supe cómo reaccionar. Mentiría si dijera que no sentí nada al verlo allí. Andoni era parte de mi vida desde siempre, era casi de mi familia, y su presencia removía cosas antiguas, profundas... inevitables, pero no era amor.

Lo miré en silencio, intentando recomponerme, consciente de que tenía que enfrentarme a él. Decirle la verdad. O al menos... una

parte.

No me dio tiempo.

Se acercó sin decir nada y me besó. Fue automático. Instintivo. Como siempre había sido entre nosotros.

Me quedé rígida.

Noté el cambio al instante. Su cuerpo se tensó. Se separó despacio y frunció el ceño, observándome con atención, como si algo no encajara.

—¿No te alegras de verme, princesa? —dijo, más bajo. —¿Dónde estabas a estas horas?

Abrí la boca para hablar. Para decir algo. Lo que fuera, pero entonces me di cuenta: una silueta al fondo del salón. Oscura. Inmóvil. Apenas definida entre las sombras.

El instinto fue más rápido que el pensamiento.

Saqué la pistola en un movimiento limpio, automático, y la apunté directamente a su cabeza.

—¡No te muevas! —ordené.

El mundo se congeló.

Andoni giró de golpe.

—¡Reina! —dijo—. ¡Baja el arma!

La figura dio un pequeño paso atrás. Entonces la luz la alcanzó lo justo para verla. Era una chica bajita y delgada. Llevaba un hijab negro cubriéndole el pelo y un vestido ancho, oscuro, que la hacía parecer aún más pequeña. Tenía los brazos pegados al cuerpo, los hombros encogidos, los ojos abiertos por el miedo. No dijo nada. No gritó. No corrió. Solo tembló.

—Reina —repitió Andoni, esta vez más firme—. Baja la puta pistola. Es mi nueva sirvienta. Nadira.

Hizo un gesto despectivo con la mano.

—No le hagas mucho caso. Es insignificante.

Mis ojos recorrieron su figura en un segundo. Tragué saliva y bajé el arma despacio, sin perderla del todo de vista.

El silencio se volvió espeso. Incómodo.

—¿Confías en ella? —pregunté, sin apartar del todo la mirada de la chica.

Andoni suspiró, como si la pregunta le pareciera innecesaria.

—Lleva solo una semana trabajando para mí —respondió—, pero parece leal.

Nadira bajó la mirada de inmediato. Los hombros se le encogieron apenas, como si quisiera desaparecer entre las sombras. No dijo una palabra, ni si quiera levantó los ojos.

Andoni volvió a acercarse a mí como si nada hubiera pasado. Me cogió del mentón y dejó un beso lento en mi frente.

—Mira que eres preciosa... —murmuró.

Sonreí. O fingí hacerlo.

Tragué saliva. El pulso me latía demasiado rápido. Estaba nerviosa. Sabía que tenía que contárselo todo. Que no podía seguir aplazándolo. Abrí la boca para empezar a hablar, pero no me dejó.

—Vete a descansar —me cortó—. Cuando te levantes me cuentas la misión que has ido a hacer esta noche... y yo te contaré todo lo que ha pasado estos días.

Se inclinó hacia mí y habló junto a mi oído.

—Y te voy a follar por todo este tiempo perdido, mi vida.

En otro momento, esas palabras me habrían hecho temblar las piernas. Andoni había sido el único capaz de provocarme así. El único. Pero ahora no sentí nada parecido. Solo asco.
Solo rechazo. Solo la certeza brutal de que ya no era él. Porque en mi cabeza solo había un nombre, y no era el suyo.

Me aparté con suavidad, sin darle opción a leerme del todo, y caminé hacia la salida del salón.

Al pasar junto a Nadira, me detuve.

La miré por fin de frente. Tenía los ojos claros, de un verde apagado, y la piel ligeramente bronceada, como si el sol no terminara de abandonarla ni siquiera en la sombra.

—Ni se te ocurra traicionar a esta familia —le dije en voz baja, con una calma helada—. Si lo haces... te cortaré las manos yo misma.

Nadira asintió de inmediato, con un movimiento casi imperceptible, la mirada clavada en el suelo. No respondió. No se defendió.

Mientras me alejaba, una idea fugaz me cruzó la cabeza.

Aquella mujer no encajaba en esa casa.

Había algo extraño en su presencia, algo que desentonaba. Me pareció raro que Andoni la hubiera contratado. Más raro aún sabiendo lo que enfatizaba siempre: la sangre, la lealtad, la familia. Y ella… musulmana, silenciosa, casi invisible. Demasiado distinta a nosotros. Pero estaba agotada. El cuerpo me pesaba y la mente iba un paso por detrás. No tenía fuerzas para analizarlo. No esa noche. Ya habría tiempo.

Di un paso más, decidida a irme, cuando la voz de Andoni retumbó en el salón.

—Reina.

Me giré a medias.

—¿Por qué cojones llevas una sudadera con la palabra *police* detrás?

Sentí cómo todo mi cuerpo se tensaba de golpe, como si alguien hubiera tirado de un cable invisible desde dentro.

El corazón me dio un vuelco seco, violento. Durante una fracción de segundo no pude ni respirar.

¿Cómo he podido cometer tantos errores en una sola noche?

Yo. La que nunca deja cabos sueltos tras una misión. La que siempre va tres pasos por delante. La Reina de la mafia, joder. Y allí estaba, delatada por una sudadera.

Todo por haber bajado la guardia. Todo por haberme enamorado.

Tragué saliva, obligándome a no moverme, a no reaccionar demasiado rápido, mientras por dentro me maldecía una y otra vez.

CAPÍTULO 15

REINA

Me di la vuelta despacio.

Bajé la mirada y no dije nada. Sentí el cuerpo rígido, los hombros tensos, la garganta cerrada. No tenía fuerzas para mentir. No esa noche. No después de todo.

Andoni se acercó un paso.

—Has estado con ese hijo de puta, ¿verdad? —dijo con una calma falsa, peligrosa—. Con el policía. El que te reclamó como suya el día que te visité en la cárcel.

Levanté la cabeza lo justo para mirarlo. La vena de su sien palpitaba. Inflamada. A punto de estallar.

Asentí.

No sentí miedo. Sentí asco. Asco de mí misma. Vergüenza. Un nudo horrible clavado en el pecho. Los ojos me ardían, enrojecidos de todo lo que había llorado ya, pero me negué a hacerlo otra vez.

Había traicionado a alguien que me habría dado el mundo entero. Y aun así... no me arrepentía.

Fue entonces cuando Andoni dejó de ser Andoni.

El primer jarrón voló contra la pared y se hizo añicos. El sonido del cristal rompiéndose me atravesó la cabeza. Luego otro. Y otro. Gritaba. Gritaba como un animal herido, fuera de sí.

—¡YO TE LO HE DADO TODO! —rugió—. ¡TODO! ¡Siempre te he amado, joder!

Se echó a reír de repente, una risa rota, desquiciada.

—¿Y por quién me cambias? —escupió—. ¿Por un policía? ¿POR UN PUTO POLICÍA?

Intenté acercarme.

—Andoni, para... —dije, alargando la mano.

No terminé la frase.

Un manotazo brutal me alcanzó de lleno y me lanzó contra el suelo. Sentí el golpe seco en la cabeza, un estallido blanco detrás de los ojos. El dolor fue inmediato. Caliente. Pegajoso. Noté la sangre correr por la sien, bajar por la cara, mancharme el cuello.

Oí un grito.

—¡Basta! —era Nadira.

La vi acercarse, temblando, intentando interponerse entre nosotros.

—¡Por favor! —dijo con un acento árabe marcado, suplicante.

Andoni la empujó con violencia. Nadira cayó al suelo.

Yo apenas podía incorporarme. El mundo me daba vueltas. Todo era ruido, cristales, gritos, sangre.

Entonces escuché la voz de mi madre.

—¿¡Qué está pasando!?

Estela apareció en el salón y se quedó paralizada al ver la escena. Los restos de cristal por el suelo. Nadira en el suelo. Yo... cubierta de sangre.

—¡ANDONI! —gritó.

Corrió hacia mí.

—¡Sal de aquí ahora mismo! —le ordenó—. ¡Vete fuera!

Andoni se detuvo en seco. Estaba sudado, rojo, irreconocible. Era otro hombre.

Antes de salir, se giró hacia ella.

—Todo lo que he hecho por tu hija no ha servido para nada —escupió al suelo—. Nada.

Me miró entonces. Con asco. Con resentimiento.

—Meses averiguando quién coño te metió en la cárcel —continuó— Para que tú estuvieras follándote a otro ahí dentro.

Sentí que el mundo se partía.

—Que sepas una cosa —añadió, con una sonrisa enferma—: la novia de tu policía de mierda es quien te metió ahí.

No entendía nada.

La cabeza me latía. La sangre seguía cayendo. Estaba aturdida.

—He averiguado muchas cosas, Reina —siguió—. Por ti. Y mira cómo me lo pagas. Te lo iba a contar todo hoy mismo... y me traicionas así.

Abrió la boca para seguir hablando.

—¡VETE! —le gritó Estela, arrodillándose a mi lado—. ¡VETE AHORA MISMO!

Andoni la miró un segundo más, luego se dio la vuelta y salió dando un portazo que hizo temblar la casa.

Nadira fue la primera en moverse.

Se acercó a mí casi arrastrándose, con los ojos muy abiertos, llenos de miedo. Se arrodilló a mi lado sin importarle la sangre, ni los cristales, ni el caos.

—Aguante, señorita... —dijo con su acento suave, tembloroso.

Con manos torpes pero decididas, se llevó los dedos al costado de su vestido y desgarró un trozo de tela sin pensarlo dos veces. Luego lo dobló como pudo y me lo presionó contra la cabeza.

—No se mueva... por favor —susurró.

Sentí la presión. El calor. La sangre empapando la tela casi al instante.

La miré.

Por un segundo, entre el mareo y el dolor, me pareció un ángel. Pequeña. Silenciosa. Arrodillada a mi lado en mitad del desastre, cuidándome como si me conociera de toda la vida.

Quise decirle algo. Darle las gracias. Decirle que no tuviera miedo, pero la habitación empezó a inclinarse. El ruido se volvió lejano, amortiguado, como si estuviera bajo el agua. El pulso me retumbaba en los oídos.

Sentí un frío extraño subir por el cuerpo mientras la fuerza se me escapaba poco a poco.

—Mamá... —creo que murmuré. O quizá solo lo pensé.

—¡Reina, mírame! —la voz de Estela sonaba rota, desesperada—. ¡No cierres los ojos!

Intenté hacerlo. Aferrarme a esa voz, a esas manos que me sujetaban, pero el peso fue demasiado. La luz se apagó de golpe y el suelo dejó de existir bajo mi cuerpo.

Dos semanas después

Cuando volví a abrir los ojos, no supe dónde estaba. Lo primero que percibí fue el sonido. Un pitido constante, rítmico. Luego otro más suave, casi un susurro mecánico.

El aire olía a limpio, a desinfectante. Sentí un ligero mareo, como si el mundo se moviera con un segundo de retraso, y una presión sorda, profunda, en la cabeza.

Parpadeé varias veces, intentando enfocar.

Había cables. Un monitor junto a la cama marcaba mi pulso con líneas verdes que subían y bajaban con cada latido. Otro aparato controlaba la respiración. Una vía intravenosa salía de mi brazo.

Entonces lo vi.

Un hombre de pie junto a la cama, con bata blanca, revisando una carpeta con gesto concentrado.

—Tranquila —dijo al notar que me movía—. No intente incorporarse todavía.

Mi garganta estaba seca, como si llevara días sin tragar saliva.

—¿Dónde...? —pregunté, y la voz me salió rota, apenas un hilo.

—En casa —respondió—. Está a salvo.

Giré un poco la cabeza. Reconocí el techo. Las molduras. El olor familiar de mi habitación mezclado con el del material médico. Todo era mío... y, aun así, nada encajaba del todo.

—¿Cuánto tiempo...? —murmuré.

El médico dejó la carpeta a un lado y se acercó un poco más, asegurándose de que me viera bien.

—Dos semanas, Reina.

Sentí un vacío frío abrirse en el estómago.

—La brecha ocultaba una fractura del cráneo —continuó con un tono calmado, profesional—. El cerebro empezó a inflamarse. Tuvimos que inducir el coma para evitar daños irreversibles y darle tiempo a desinflamarse.

Tragué saliva. Intenté mover la mano. Pesaba como si no fuera mía.

—Está fuera de peligro —añadió enseguida, como si supiera lo que me estaba pasando por la cabeza—. La inflamación ha cedido. No hay daño neurológico aparente. Necesitará reposo, vigilancia... pero ha despertado bien. Eso es lo más importante.

Respiré un poco mejor.

—No podíamos llevarla a un hospital —continuó—. Está en busca y captura, señorita. Así que montamos aquí un equipo completo. Ha sido delicado... muy delicado, pero ya pasó lo peor.

El pitido del monitor siguió marcando mi pulso, constante.

Me quedé mirando al techo, intentando ordenar los recuerdos.

—¿Mi madre...? —pregunté al fin.

—Está abajo —respondió—. En cuanto le diga que ha despertado, subirá.

Asentí despacio.

El médico salió de la habitación sin hacer ruido, cerrando la puerta con cuidado.

Fue entonces cuando pensé en Adam. El nombre me atravesó sin permiso. Me llevé una mano a la boca, como si así pudiera contener la ansiedad que me subía de golpe al pecho.

Dos semanas sin noticias de mí.

¿Qué habría pensado? ¿Que había desaparecido? ¿Que lo había abandonado?

El corazón empezó a latirme demasiado rápido.

Intenté incorporarme, pero todo dio vueltas al instante. El mareo fue tan fuerte que tuve que dejarme caer otra vez sobre la almohada, respirando hondo, con el estómago revuelto y la cabeza palpitando.

La puerta se abrió.

—Mi niña... —dijo mi madre.

Estela entró despacio, como si temiera hacer ruido.

Sonreía, pero era una sonrisa frágil, sostenida con esfuerzo. Cuando vio que tenía los ojos abiertos de verdad, se le humedecieron los suyos. Se acercó a la cama y me acarició la mejilla con una ternura que me rompió.

—Has vuelto —susurró—. Gracias a Dios...

—Mamá... —tragué saliva—. ¿Dónde está Andoni?

La noté tensarse.

—Ahora no —dijo enseguida—. No pienses en eso, tienes que descansar.

—¿Qué ha pasado? —insistí.

Apartó la mirada.

—Reina, por favor...

Algo dentro de mí se revolvió. No podía soportarlo. No después de todo.

—No —dije, con más fuerza de la que mi cuerpo tenía—. Quiero saberlo todo. Andoni dijo que había investigado todo acerca de la fiesta de mi cumpleaños. ¿Qué pasó? ¿Dónde está Andoni ahora?

Estela suspiró y se sentó en el borde de la cama. Se quedó unos segundos en silencio, con las manos entrelazadas, mirando al suelo. Dudaba. Lo veía en cada gesto.

—No es el momento —murmuró—. Acabas de salir de un coma.

El nudo en el pecho se me hizo insoportable.

—Mamá, dime la verdad —le exigí, con la voz rota—. Ahora.

Levantó la cabeza muy despacio. Sus ojos estaban llenos de miedo. No por ella. Por mí.

—No fueron los Moretti los que te metieron en la cárcel mi vida—dijo al fin, casi en un susurro.

Fruncí el ceño.

—¿Entonces quién?

Volvió a dudar.

—Mamá... —apreté los dientes—. No me hagas esto.

Cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, ya no había vuelta atrás.

—Fue el gobierno, Reina.

Sentí un escalofrío recorrerme entera.

—Esa chica... Jezabell —continuó—. La novia del hombre al que supuestamente amas. No es quien crees. Es hija de uno de los peces gordos. De los que deciden qué se tapa... y qué se destruye.

Mi respiración se volvió irregular.

—El día de tu cumpleaños —siguió, con la voz temblándole— se coló en tu fiesta. Te drogo. Espero a que te quedaras sola. Y cuando vio la oportunidad... llamó y te sacaron de allí en un coche de policía.

Imágenes sueltas me atravesaron la mente. Luces. Confusión. Unos tacones rojos con estampado de cocodrilo...

—Pero no te encerraron para sacarle información a tu padre —añadió—. Te encerraron para silenciarlo.

—¿Silenciarlo por qué? —pregunté, casi sin voz.

Estela apretó los labios. Le costaba respirar.

—Porque lo que tu padre está construyendo no puede salir a la luz.

—¿Qué está construyendo? —le exigí.

Se le quebró la voz.

—La cura del cáncer, cariño.

El mundo se vino abajo.

—Mi madre lo tuvo —continuó—. Y yo... yo también lo tengo.

Negué con la cabeza, incapaz de asimilarlo.

—No... —susurré.

Las lágrimas me brotaron sin control. Me incorporé como pude y la abracé, temblando.

—Mamá...

Me sostuvo con fuerza.

—Alessio no quería que lo supieras —dijo—. Quería protegerte, pero ya no podía ocultártelo más.

Se separó despacio y con manos temblorosas se bajó la camiseta del pijama. Entonces lo vi: la cicatriz, el vacío, la ausencia de un pecho.

El dolor que sentí fue brutal.

—Cuando nos fuimos a las islas mientras tú seguías en la cárcel —continuó— en realidad me estaban operando en otro lugar. En unas semanas empezaré con la quimio. Tu padre aún no ha encontrado la cura.

Lloré sin poder parar.

—Nunca se han metido con la mafia —continuó—. Ni con las drogas, pero esto es distinto. La cura del cáncer mueve demasiado poder, demasiado dinero, y el gobierno ha querido silenciarlo.

Respiró hondo antes de seguir.

—Te encerraron para chantajear a Alessio. Le dijeron que, si acababa con la cura, te dejarían libre. Y también le advirtieron que, si se lo contaba a cualquier medio de comunicación... te matarían.

Sentí un frío espeso bajar por la espalda.

—Tu padre les aseguró en innumerables ocasiones que la cura ya estaba acabada —prosiguió—, dijeron que te habían dado privilegios, pero que no te iban soltar. Entonces lo entendimos. No querían la información. Querían acabar con el linaje Romano. Con nuestra familia.

Levanté la mirada, temblando.

—Así que Alessio tuvo que idear un plan para sacarte de la cárcel —dijo—. No fue fácil. Nada fácil, pero lo consiguió.

Me quedé sin aire.

Entonces Estela dudó otra vez.

—¿Qué más? —pregunté, con un hilo de voz—. Dímelo todo.

—Reina... —intentó detenerse.

—¡DÍMELO! —grité.

Me miró con los ojos llenos de culpa.

—¿De verdad crees que ese policía del que te has enamorado no sabía nada?

Negué con la cabeza, desesperada, como si el gesto pudiera borrar lo que estaba oyendo.

—¿Cómo sabes que es un policía del que me he enamorado? —pregunté, con la voz rota—. ¿Te lo ha dicho Andoni?

Mi madre dudó un segundo antes de responder.

—Cariño... —susurró—. Me dijo su nombre. Hasta dónde vive. Andoni llevaba tiempo siguiéndole la pista. Era uno de principales sospechosos de tu captura.

Sentí un nudo brutal en el pecho.

—El suegro del policía, Peter se llama, —añadió entonces, con la voz ya quebrada— fue quien dio la orden de meterte en la cárcel.

Algo dentro de mí se rompió.

Empecé a temblar sin poder evitarlo. Primero las manos, luego todo el cuerpo. Las lágrimas me salieron a borbotones, descontroladas, como si el pecho ya no pudiera contener nada más.

Era demasiada información, demasiado dolor acumulado en tan poco tiempo.

—No es verdad... —murmuré—. No puede ser verdad.

Pero otra voz, más cruel, más fría, se abrió paso en mi cabeza.

¿Y si me ha mentido otra vez? ¿Él sabía que su suegro me metió allí? ¿Que el gobierno quería acabar con los Romano?

Él mismo lo había dicho... que me había estado investigando, que se había acercado a mí para vigilarme.

¿Y si nunca había dejado de hacerlo?

La angustia se volvió insoportable.

—Necesito pruebas —le dije a mi madre entre lágrimas—. Mamá... necesito ver todo. No puedo... No puedo quedarme solo con palabras.

Estela dudó un segundo, viéndome así, rota, temblando. Luego asintió.

— Te las iba a enseñar cuando estuvieras más fuerte, pero tienes derecho a saberlo todo. —dijo

Salió de la habitación y entró minutos más tarde con una tablet y una carpeta gruesa llena de documentos. Se sentó a mi lado en la cama y empezó a pasar archivos: vídeos, fotos, papeles....

Allí estaba ella en mi fiesta. La rubia. Jezabell. Sonriendo. Moviéndose entre la gente como si perteneciera al lugar. Vi claramente cómo se acercaba a mí, cómo aprovechaba un descuido, cómo echaba algo en mi bebida.

Sentí náuseas.

Otro vídeo.

Andoni se alejaba un momento hacia el baño. Yo ya estaba visiblemente desorientada. Entonces la vi cogiéndome del brazo. A ella y a otros hombres. Me sacaban de la fiesta casi en volandas, fingiendo risas, fingiendo normalidad.

El estómago se me encogió.

—¿Adam...? —pregunté, con un hilo de voz.

Estela negó despacio con la cabeza.

—No aparece en ningún video —dijo—. En ninguna imagen.

Volví a mirar la pantalla, buscando su cara como una desesperada. Nada. No estaba allí. No había pruebas de que hubiera participado en eso, pero tampoco pruebas de que no supiera nada.

Me dejé caer contra el respaldo de la cama, exhausta, con los ojos ardiendo.

Necesitaba respuestas. Necesitaba mirarlo a los ojos. Necesitaba la verdad, aunque me destrozara.

—¿Y papá...? —pregunté al fin, con la voz hecha trizas—. ¿Dónde está papá?

Estela respiró hondo antes de responder. Se notaba que llevaba horas sosteniéndose solo para no derrumbarse delante de mí.

—Está muy preocupado por ti —dijo—. No se ha separado del teléfono ni un segundo desde que despertaste.

Sentí un pequeño alivio, breve, insuficiente.

—Sigue investigando la cura —continuó—. Ahora mismo no está en la ciudad. Ha ido a Estados Unidos a reunirse con uno de los

oncólogos más importantes del mundo.

La miré, intentando procesarlo.

—Pero me ha dicho que te diga una cosa —añadió, inclinándose un poco hacia mí—. Que te ama, que todo esto va a terminar pronto y vamos a estar bien.

Las lágrimas volvieron a brotarme, silenciosas esta vez.

—¿Él... sabe lo de Adam? —pregunté con miedo a la respuesta.

Estela asintió.

—Sí, sabe todo.

Tragué saliva. El pecho me dolía.

—¿Y... Adam? —pregunté entonces—. ¿Sabes algo de él?

El cambio en su rostro fue inmediato, la rigidez en los hombros, la forma en que apartó la mirada...

Estela tardó unos segundos en hablar. Cuando lo hizo, su voz era apenas un hilo.

—Está en casa de Andoni.

Sentí que el corazón se me detenía.

—En el sótano concretamente —añadió, sin mirarme.

El mundo se inclinó.

—Le está torturando.

No pude respirar.

El nombre de Adam resonó en mi cabeza como un golpe seco, brutal, imposible de amortiguar. Y en ese instante lo supe: no me importaba si me había ocultado algo... Solo me importaba una cosa: sacarlo de allí.

ADAM

El dolor ya no tenía forma. Era una presencia constante, densa,

extendida por todo el cuerpo como un ruido de fondo que no se apagaba nunca.

Estaba colgado de unos grilletes, con los brazos por encima de la cabeza, la piel hecha trizas, cubierto de sangre seca y heridas abiertas que ya no sabía cuándo habían aparecido.

Tenía frío, sed y sabía con una certeza terrible que iba a morir allí... Pero no era el cuerpo lo que más dolía. Era ella, Reina. El pensamiento me atravesaba una y otra vez, como una hoja afilada girando dentro del pecho. No había venido, no me había buscado, no había irrumpido para sacarme de allí. El gilipollas de su prometido me iba a matar... y a ella no parecía importarle.

Eso era lo que me estaba matando de verdad.

Cerré los ojos un segundo y el recuerdo volvió: todo empezó un día después de que Reina hubiera estado en mi casa.

Me sentía tenso, nervioso. Aquella mañana iba a hablar con Jezabell. A contarle todo. A terminar con la farsa.

En el trabajo el ambiente era irrespirable. Michael no dejaba de repetir que los de arriba estaban nerviosos, que si no encontraban a la Romano iban a matarlo.

Cuando llegué a casa, con la cabeza llena de ruido, apenas tuve tiempo de meter la llave en la cerradura.

El golpe llegó de repente.

Lo siguiente que recuerdo es el frío del suelo, el olor a humedad... y despertarme atado en este sótano. El infierno empezó entonces… Andoni me había hecho de todo. Me había golpeado hasta no sentir la cara, me había abierto la piel solo para verme sangrar, había descargado su rabia una y otra vez como si yo fuera un saco al que romper.

A veces, cuando el sótano quedaba en silencio y el dolor se asentaba como una niebla espesa, aparecía ella: una figura baja, pequeña y silenciosa. Siempre cubierta con un hijab oscuro que

apenas dejaba ver su rostro. Se movía despacio, con pasos casi inaudibles, como si temiera perturbar algo sagrado.

Traía agua y comida. Me acercaba el vaso a los labios con cuidado, como si temiera hacerme daño incluso al respirar cerca de mí. A veces sus manos temblaban. Otras veces parecía rezar en silencio mientras esperaba a que pudiera beber. Era el único gesto humano que quedaba en ese lugar, pero hoy no apareció.

El sótano estaba vacío.

El cuerpo ya no me respondía bien, colgado, entumecido, ajeno al dolor. La garganta me ardía de sed. Cada respiración era un esfuerzo consciente, pesado, como si el aire tuviera que atravesar barro antes de llegar a los pulmones.

Ese día, lo supe, era el último.

Abrí los ojos con dificultad... La vista se me nublaba, la realidad entraba y salía como una mala señal. Y entonces, entre la neblina, vi movimiento junto a la puerta.

Una figura.

Al principio pensé que estaba alucinando. El cerebro buscando consuelo antes de apagarse, pero no.

Era ella, Reinetta. De pie, recortada contra la luz, tan real que me dolió mirarla.

—Reina... —intenté decir.

No sabía si el sonido salió de mi boca o solo de mi cabeza. Y en ese instante, aun colgado, roto, al borde de la muerte, pensé una sola cosa:

Si he de morir... que sea mirándola a ella.

Entonces se movió.

Corrió hacia mí. La vi venir entre lágrimas, tropezando casi, sin importarle nada más. Sus ojos estaban enrojecidos, desbordados, llenos de dolor..

—*Amore mío*... —sollozó— Lo siento tanto...

Intentó abrazarme.

El cuerpo me gritó al instante. Todo escocía. Todo dolía. Un dolor blanco, punzante, imposible de describir.

Un gemido ahogado se me escapó sin querer.

—No... —murmuré, apenas—. Reina...

Se detuvo de golpe, aterrada, como si no supiera dónde tocar sin romperme más, pero verla allí, hizo que algo dentro de mí cediera.

Una sola lágrima bajó despacio por mi mejilla. Silenciosa.

Ella me sostuvo el rostro entre las manos con una delicadeza imposible en un lugar así. Me obligó a mirarla.

—Te amo agente —dijo, rota—. Te amo y voy a sacarte de aquí.

Quise responderle, pero, entonces, me fijé en la venda que le rodeaba parte de su cabeza.

El mundo se volvió rojo.

—¿Qué...? —intenté preguntar con la voz rota, sin fuerzas—. ¿Qué te ha pasado...?

Ella abrió la boca para responder, pero no esperé.

Algo primitivo despertó dentro de mí. Una furia animal, brutal, nacida de la impotencia, del dolor, del miedo a perderla.

—¿Ha sido él...? —susurré, con lo poco que me quedaba de voz—. ¿Te ha hecho daño...?

Los grilletes tintinearon cuando mi cuerpo intentó moverse sin poder hacerlo.

Antes de que pudiera responderle, una risa cruel resonó desde la puerta.

—¿Y qué vas a hacerme, *stronzo*?

Andoni apareció en el umbral, relajado, como si aquello no fuera un sótano sino su salón. La mirada le brillaba con una satisfacción enferma.

Luego miró a Reina.

—Ahí tienes a tu agente —dijo, señalándome.

Reina negó con la cabeza, las lágrimas le caían sin control.

—Andoni, por favor... —suplicó—. Ya has hecho suficiente.

Él sonrió.

—Ya lo hemos hablado, princesa —respondió con calma venenosa—. Hoy puedes limpiarlo. Puede descansar en una habitación como una persona normal. Puedes hasta comerle la polla si te apetece.

Se acercó un paso más.

—Pero mañana vuelve aquí.

Sentí que Reina se rompía a mi lado.

—Y después —continuó— tú y yo nos casamos.

Algo dentro de mí estalló.

—Eso nunca —escupí con lo poco que me quedaba de voz—. Nunca, joder.

Andoni se rio. Se dio la vuelta y salió del sótano como si nada.

Antes de desaparecer, lanzó algo al aire. Las llaves cayeron al suelo, tintineando.

—No intentes jugar conmigo, Reina —añadió sin mirarla—. Ya sabes cómo han acabado todos los que me han desafiado.

La puerta se cerró, el sonido retumbó en el sótano como una sentencia.

Reina cogió las llaves, se acercó deprisa y desató los grilletes con torpeza, temblando. En cuanto cedieron, el cuerpo me falló. Caí al suelo sin fuerzas, pesado, lleno de sangre. Ella me sostuvo como

pudo y acabamos apoyados el uno en el otro, llorando en silencio, respirando mal.

—Llevo dos semanas en coma —susurró, con la voz rota—. Andoni me dio un golpe, por eso no he venido antes. Perdóname.

La miré.

Solo verla allí fue suficiente para que algo dentro de mí se soltara. Lloré sin pudor. No por el dolor. No por el miedo. Lloré porque no se había olvidado de mí.

—Estás aquí... —murmuré—. Eso es todo lo que importa.

Entonces apareció la chica del hijab. La de los ojos verdes. Silenciosa, como siempre. Se movió rápido, sin hacer preguntas. Entre las dos me levantaron como pudieron y me llevaron fuera del sótano, subiendo escaleras a trompicones hasta una habitación. Yo apenas veía nada. Solo sentía el contacto, el cuidado, la urgencia.

Estaba desnudo. Cubierto de sangre.

Me tumbaron con cuidado. La chica trajo un cuenco con agua caliente y un trapo. Reina se arrodilló a mi lado y empezó a limpiarme las heridas despacio, con delicadeza.

El agua se teñía de rojo. Ella cambiaba el trapo sin decir nada, concentrada, mordiéndose el labio para no romperse.

—Tranquilo, cariño —me dijo en voz baja—. Vas a ponerte mejor.

De vez en cuando se inclinaba y dejaba un beso suave en mis labios, como si quisiera anclarme al presente. Yo cerraba los ojos y respiraba hondo, aferrándome a ese gesto para no desmayarme otra vez.

La chica del hijab salió en silencio y regresó poco después con algo de comida. La dejó sobre la mesa, asintió apenas y volvió a marcharse. Cuando la puerta se cerró, nos quedamos solos.

Reina me tapó con la sábana con un gesto casi ceremonial, como si así pudiera protegerme de todo lo que había pasado. Luego se tumbó a mi lado y me abrazó con cuidado, ajustándose a mi cuerpo

roto sin hacerme daño. Respiré su olor. Me quedé ahí, quieto, aferrado a esa sensación como a un salvavidas.

Pasaron horas.

Horas en las que nos besamos con torpeza, como dos adolescentes que se reencuentran después de una eternidad. Yo sentía cómo las heridas se abrían con cada movimiento, cómo la piel protestaba, pero no me importaba. Ella me limpiaba con paciencia infinita, me acariciaba, me cuidaba como si el mundo se hubiera reducido a ese cuarto.

Me dio un calmante. El dolor empezó a bajar, lo justo para poder respirar sin apretar los dientes.

—Te quiero tanto —murmuré, sosteniéndole la mirada, perdido en el negro de sus ojos.

No respondió con palabras. Se inclinó y me besó, despacio, apoyando la frente en la mía después.

Entonces empezó a hablar.

Me contó cosas de su vida. De sus miedos, de lo sola que se sentía incluso rodeada de gente, de cómo le habían enseñado a desconfiar de todos, tanto, que ya no se fiaba ni de su propia sombra. Dijo que no tenía amigos, que nunca los había tenido de verdad.

Luego habló de Nera, su yegua. De lo bonita que era, de cómo se calmaba cuando estaba con ella. Sonrió al recordarla, y esa sonrisa me hizo daño de lo mucho que la quería.

Luego le conté lo mío.

De por qué me hice policía, de cómo; después de que mataran a mis padres, fui a vivir con mis abuelos, de cómo el tiempo también los había roto a ellos. Mi abuela se encontraba ahora en una residencia y mi abuelo había muerto hacía años.

—Y el trabajo... —añadí—. Me lo consiguió Peter. Mi suegro.

Noté el cambio al instante. Reina se tensó. Frunció el ceño.

Se incorporó de golpe, olvidando por un segundo lo frágil que estaba yo.

—¿Peter? —repitió, con la voz afilada.

—Sí... —dije, confuso—. ¿Qué pasa?

Se levantó de la cama de golpe. En sus ojos apareció algo oscuro.

—Ese hijo de puta quiere destruir a mi familia —escupió, con una mueca de odio.

No entendía nada.

—¿Cómo...?

Entonces me lo contó todo. Lo que su madre le había dicho: la cura del cáncer, el chantaje, el gobierno, el plan para silenciar a los Romano. Me habló de Jezabell, de cómo había estado en su fiesta de cumpleaños, de cómo la drogó aprovechando un descuido y de cómo, cuando quedó vulnerable, la subieron a un coche de policía

Yo escuchaba sin parpadear, con el estómago encogido, incapaz de creerlo.

Sentí un nudo cerrarse en el pecho. Una presión incómoda, como si me faltara el aire. Tragué saliva, intentando ordenar pensamientos que ya no encajaban.

—A mí solo me dijeron que tenía que acercarme a ti —confesé al fin —. Seducirte y sacar información de lo que estaba creando tu padre. Nada más. Nunca supe nada del chantaje. Ni de la cura. Te lo juro.

La miré, desesperado por que me creyera.

—Jezabell... —continué, con la voz tensa— incluso me dijo que, si hacía falta, imaginara que eras ella mientras te hacía el amor.

La frase me supo a veneno al salir.

Me pasé una mano por la cara, nervioso, sintiendo cómo la ansiedad me recorría el cuerpo como una descarga eléctrica.

—Pero no lo entiendo, Reina —añadí—. ¿Para qué querían que te sedujera? ¿Qué sentido tenía todo esto? Si lo único que buscaban

era acabar con la cura... acabar con los Romano. ¿Por qué yo? ¿Qué tengo que ver con todo esto?

Negué con la cabeza, cada vez más alterado, sintiendo cómo la ansiedad me apretaba el pecho.

Ella se acercó despacio, se sentó a mi lado en la cama y me besó la frente.

—No lo sé, *amore* —dijo en voz baja—. Pero lo descubriremos todo.

—Tengo que hablar con Jezabell —solté de golpe—. Tengo que preguntarle qué cojones está pasando.

El cambio en Reina fue inmediato. Se giró hacia mí de repente, fulminante.

—Claro —escupió—. ¿Crees que es inocente, no?

—No —respondí al instante—. Estoy intentando protegerte.

—No me mientas —me cortó—. Tienes dudas, lo veo en tus ojos.

Sus ojos brillaban de celos, de rabia, de miedo.

Con el poco resto de fuerza que me quedaba, la agarré del brazo. El gesto fue torpe, desesperado. La atraje hacia mí sin pensar, mis labios rozaron los suyos.

—Solo te quiero a ti, joder —murmuré contra su boca—. Solo a ti.

Se quedó rígida un segundo.

—Pero tienes que entenderlo... Ha sido mi pareja durante ocho años —añadí, con la voz rota—. Necesito respuestas, necesito entender qué parte de mi vida ha sido una mentira.

Ella iba a decir algo, pero no la dejé.

La besé.

Fue un beso desesperado, cargado de rabia, de miedo a perderla. Un beso que decía *no te vayas, no me dejes solo, no me quites esto también*. Sentí cómo se tensaba... y luego cómo cedía, respondiendo con la misma furia contenida.

Cuando nos separamos, ambos respirábamos mal. Sus labios se acercaron a mi oído.

—Entonces... —susurró— ¿quieres que te saque de aquí para ir con ella, agente? —hizo una pausa, cruel—. ¿Para pedirle explicaciones...?

Su voz se deslizó por mi piel como una amenaza. Y joder... me estaba excitando. Su tono, su olor, la forma en que me hablaba mientras yo estaba roto, vulnerable, sangrando.

Incluso así, incluso medio muerto, mi polla respondía a ella.

—¿Quieres que te lo diga otra vez? —murmuré excitado, con la voz rota, completamente ido—. Lo loco que me vuelves, que no existe nadie más que tú en mi cabeza...

La tenía tan cerca que podía sentir su respiración chocar contra la mía. Estaba tensa, furiosa todavía, los celos vibrándole bajo la piel. Se le notaba en la forma en que apretaba los labios, en cómo evitaba mirarme directamente, y aun así no se apartaba.

Mis dedos se deslizaron despacio por su cintura, lentos, provocadores, deteniéndose justo en el botón de su pantalón.

—Quítatelos... —murmuré—. Quédate desnuda, para mí.

La sentí estremecerse, un temblor breve que la traicionó antes de que pudiera ocultarlo.

—Le vas a dar órdenes a tu Jezabell de mierda —replicó, altiva, con la barbilla en alto—. A mí no me mandas, agente.

Sonreí despacio. Esa sonrisa peligrosa que aparece cuando el desafío no frena el deseo... lo enciende.

Reuní la poca fuerza que me quedaba y le sujeté las muñecas, inmovilizándola. Ella no se resistió. Al contrario: cada vez la sentía más débil, más ligera.

Me incliné y busqué su cuello. Fui depositando varios besos, dejando un rastro de saliva tras ellos. La sentí ofrecerme más piel, inclinarse

apenas para dejarme espacio, a la vez que mis manos la sujetaban y la atraían más contra mí.

Un gemido se le escapó de la garganta, bajo e involuntario, y eso terminó de hacerme perderme en ella. Seguí recorriéndola con la boca, despacio, insistente, como si no existiera nada más.

—Hazme caso, Reina... —murmuré—. Obedéceme... Sigo siendo tu agente.

Ella sonrió despacio, ladeando la cabeza, peligrosa.

—Shhh... —susurró—. Eres tú el que va a obedecerme a mí. Cierra los ojos, Muller.

El tono me atravesó como una descarga. Me rendí.

Solté sus manos, perdido, loco de deseo, sabiendo que en ese instante el control ya no era mío, y eso era exactamente lo que me estaba volviendo loco.

Me dejé caer de nuevo sobre la cama, exhausto, con los ojos cerrados.

Escuché pequeños ruidos. El desliz suave de una cremallera, el roce de la tela al caer. Mi respiración se volvió más pesada antes incluso de entender por qué.

Entonces sentí el calor. Muy cerca. Demasiado.

—Abre los ojos, agente —susurró.

Lo hice y perdí el aliento ante la vista más hermosa que jamás había tenido frente a mí. La tenía encima. Tenía su coño en la cara, sus muslos a los lados de mi cabeza y veía sus pechos enormes, preciosos.

Reina se apoyaba en el cabecero de la cama, mientas yo podía verla entera, sentirla, respirar su aroma. Su cuerpo dominaba todo.

El pulso se me disparó y solté un resoplido involuntario, como si el aire ya no supiera salir de otra manera.

Me perdí.

Me aferré a ella con lo poco que me quedaba, mi lengua empezó a deslizarse suavemente por su coño. La sentí estremecerse al mínimo contacto, húmeda, entregada, temblando sobre mí. Mi boca recorrió desde su clítoris hasta su ano, despacio al principio, saboreando cada reacción, cada cambio en su respiración.

Me perdí en su calor, en su piel, en ese punto exacto donde todo parecía arder. Luego el ritmo se volvió más urgente, más desesperado.

Ella gemía y yo me perdía en ese sonido, disfrutándolo como un condenado. Alargué el brazo para tocar uno de sus pechos, pellizcarle el pezón, aferrarme a ella mientras con la otra mano me masturbaba a mí mismo. Todo lo demás quedó en segundo plano.

Incluso las heridas. Seguían ahí, abiertas, ardiendo, pero apenas las sentía. El dolor se volvió un murmullo lejano, eclipsado por la necesidad y por la forma en que ella se entregaba al momento.

Estaba empapada de deseo y olía igual que aquel primer día. Ese aroma inconfundible que me golpeó cuando la conocí. Un olor que me decía que, pasara lo que pasara, la reconocería siempre.

—No pares agente... —alcanzó a decir— Eres mío Adam ... Y voy a correrme en tu boca.

Mi cabeza se quedó en blanco.

La forma en que lo dijo, la certeza en su voz. Me perdí por completo.

—Reina... —jadeé, casi suplicando.

El mundo se redujo a ese instante, a su peso sobre mí, a la sensación de que íbamos a correrno juntos.

Y entonces... la puerta se abrió de golpe.

—¡Señorita! —la voz llegó temblorosa, ahogada—. Yo... yo lo siento...

Era la chica del hijab.

Estaba pálida. Sudando. Tenía los ojos abiertos de par en par, como si hubiera corrido hasta allí sin respirar. Se quedó paralizada un segundo, mirándonos, comprendiendo demasiado rápido lo que había interrumpido.

Luego me miró a mí.

—Tienes que marcharte —dijo, casi sin voz—. Ahora.

CAPÍTULO 16

REINA

Me bajé de Adam de golpe con el corazón desbocado.

Las manos me temblaban mientras empezaba a vestirme a toda prisa. Ni siquiera pensé en el pudor. Nadira estaba allí y no me importaba.

—¿Qué pasa? —pregunté, intentando que la voz no me fallara.

Ella tragó saliva. Estaba pálida. Sudaba.

—El señor... —dijo, con su acento marcado—. Viene hacia aquí. Lo acabo de oír. Va a matarlo, señorita.

Sentí un vacío helado en el estómago.

Adam intentó incorporarse. Lo hizo con orgullo, como siempre, pero el cuerpo no le respondió. Resopló al caer sentado al borde de la cama; las heridas aún abiertas le arrancaron un gesto de dolor.

—Tranquilo —le dije enseguida, arrodillándome frente a él—. Yo te ayudo.

Nadira dio un paso al frente, nerviosa pero decidida.

—Hay un plan —susurró—. Tiene que vestirse como alguien del servicio. Le he traído un traje negro, unas gafas y una mascarilla.

Asentí sin pensar.

—Una vez fuera de la propiedad —continuó—, debes correr. No mires atrás. Luego... coge un taxi y váyase lejos.

Nos miramos los tres.

El miedo era palpable, pero no había tiempo para dudas.

—Señorita —añadió Nadira, mirándome fijamente—. Usted debe entretener al señor.

El golpe fue directo al pecho.

Asentí.

No sabía cuándo volvería a ver a Adam, y esa idea me partía en dos, pero; al mismo tiempo, sentía una felicidad desesperada al saber que podía escapar. Que podía ser libre. Que podía vivir.

La confusión me devoraba.

¿En quién estaba confiando? ¿Quién era Nadira realmente? ¿Y si nos traicionaba? ¿Y si Adam salía de aquí solo para acabar muerto en una esquina? ¿Y si corría a su casa y lo contaba todo?

La cabeza me daba vueltas, pero no podía permitirme caer ahora.

Me acerqué a Adam, le cogí la cara entre las manos y apoyé mi frente en la suya un segundo.

—Vete —susurré—. Vuelve a tu casa. Ponte a salvo. Cuando todo esté en su lugar volveremos a vernos.

Le cogí la mano con cuidado y la llevé a mis labios, besándola despacio, como si ese gesto pudiera protegerlo de todo lo que venía después.

No hubo tiempo para más.

Entre Nadira y yo lo ayudamos a vestirse. El traje negro del servicio le quedaba demasiado ajustado, marcándole los hombros y los bíceps, tirante sobre un cuerpo que seguía siendo fuerte incluso destrozado. La tela se ceñía a su pecho como si no estuviera hecha para alguien así, como si su sola presencia pudiera delatarlo.

Le abroché los botones con manos temblorosas, consciente de cada músculo bajo mis dedos, intentando no hacerle daño... intentando no pensar que quizá era la última vez que lo tocaba así. Nadira le colocó las gafas y la mascarilla, ajustándolas rápido, nerviosa.

Él apretó la mandíbula, aguantando.

Cuando estuvo listo, me miró...

—Te quiero, mi niña —dijo con la voz rota—. Eres mi vida.

Apoyó la frente en la mía un segundo más. Uno solo. Luego se giró.

Lo vi marcharse junto a Nadira, perderse por el pasillo con pasos inseguros pero decididos. No miró atrás. Yo tampoco fui capaz de llamarlo.

Y entonces lo sentí: un miedo como nunca antes había sentido. No era miedo a Andoni. Ni al gobierno. Ni a la traición. Era el miedo más profundo de todos: perder al amor de mi vida. Porque, pasara lo que pasara, lo sabía con una certeza dolorosa: me había enamorado del agente Muller y ya no había vuelta atrás.

Los pasos resonaron en la escalera. Fuertes. Pesados. Inconfundibles.

Era Andoni.

El sonido me atravesó como un disparo y, sin quererlo, el recuerdo me golpeó de lleno.

Cuando mamá me dijo que Adam estaba siendo torturado por Andoni, no pensé. No escuché razones. No acepté la negativa de Estela, ni sus lágrimas, ni sus súplicas.

Corrí hasta esta casa.

Todos me conocían. Era la prometida del señor.
Nadie se atrevió a detenerme.

Lo busqué como una loca, recorriendo pasillos, bajando escaleras, con el corazón desbocado. Y cuando por fin lo encontré... estaba en su despacho, tras el escritorio, fumando con absoluta calma.

No pensé. Le di una bofetada.

—¿Sabes que me has tenido dos semanas en coma, stupido? —le grité, con la voz rota.

La mirada de Andoni cambió solo un segundo. Un destello fugaz de algo parecido a la culpa, pero desapareció enseguida.

—Me traicionaste, princesa —dijo con frialdad—. Estuviste con otro, aun sabiendo que eras mi prometida.

Las lágrimas empezaron a caerme sin control.

—No sé cómo pasó... —balbuceé—. Yo pensé que le odiaba... pero esa noche, el día de la sudadera, me di cuenta de que estaba enamorada de él.

—¡Cállate! —gritó Andoni, fuera de sí—. ¡Vete!

—No me voy a ir —le respondí, temblando—. No hasta que sueltes a Adam.

Entonces se rio. Una risa lenta. Cruel.

—Está bien —dijo al fin—. El trato es este: hoy podrás cuidarlo. Está en el sótano. Si quieres, súbelo a una habitación. Lávalo. Cúrale las heridas. Míralo todo lo que necesites.

Hizo una pausa, disfrutando del golpe.

—Pero mañana vuelve abajo —continuó—. Y dentro de un mes tú y yo nos casamos. Después de eso... no volverás a saber nada de él. Nunca.

Sentí cómo el mundo se me derrumbaba bajo los pies. Todo se volvió gris, pesado, irreal. Pero aun así asentí. Porque ya pensaría un plan después. Porque ya encontraría la forma de romper aquel trato.

Ahora solo quería volver a verle.

El recuerdo se rompió. Volví al presente con un nudo en la garganta.

Los pasos seguían subiendo.

Andoni venía hacia aquí, convencido de que el pacto seguía en pie. Convencido de que Adam seguía bajo su control. Lo que no sabía, era que Adam ya había escapado.

La puerta se abrió y antes de que pudiera decir una sola palabra, Andoni habló.

—¿De verdad te piensas que no sé qué se está escapando? —dijo con calma —. ¿Crees que no sé qué Nadira le ha dado un uniforme del servicio?

El corazón me retumbó en el pecho con tanta fuerza que pensé que iba a delatarme. Sentí cómo la sangre me abandonaba la cara.

—Por favor... —susurré—. Déjalo escapar. Me casaré contigo. Será todo como tú quieras.

Las lágrimas empezaron a caerme sin ruido, una tras otra, sin que pudiera detenerlas.

Andoni me miró como si yo fuera algo frágil, y a la vez suyo.

—¿De verdad crees que voy a dejarlo vivir? —dijo despacio— ¿Sabiendo que ha tocado lo que es mío?

Tragué saliva. El miedo se convirtió en algo más frío. Más decidido.

—Si no lo dejas vivir... me mataré —dije—. Me suicidaré ante ti.

El silencio cayó como una losa.

Por primera vez, Andoni dudó. Lo vi en sus ojos. En ese segundo de vacilación. En el miedo a perderme. Yo lo sabía. Seguía enamorado de mí, y la idea de verme morir lo debilitaba.

Pasaron segundos eternos y, finalmente, asintió despacio.

—Está bien —dijo—. Por el momento, le dejaré vivir.

El aire volvió a mis pulmones.

—Pero no quiero que vuelvas a verlo —continuó—. Nunca. Y tienes que fingir que me quieres, ¿Me has oído? No le vayas con cuentos a tus padres. Diles que lo del policía fue un error. Que estabas confundida. Lo que quieras, pero que eso se acabó.

Cerré los ojos un instante.

—Será como tú quieras —susurré.

Se acercó y me sujetó el rostro entre las manos, obligándome a mirarlo.

—Así me gusta, princesa —dijo, satisfecho.

Se quedó muy cerca. Inhaló despacio, apoyando la frente contra la mía, aspirando mi olor como si quisiera apropiárselo.

—¿Por qué me has hecho esto? —murmuró de pronto, con la voz rota —. He sido el hombre perfecto para ti… Y me has convertido en

un puto monstruo.

Antes de que pudiera reaccionar, me agarró la cara con fuerza. Sus dedos se clavaron en mis mejillas, apretando hasta hacerme daño, hasta arrancarme un gemido ahogado. Sentí la presión subir, peligrosa, como si fuera a romperme algo.

Y entonces...

—¿Señor? —la voz llegó corriendo desde el pasillo—. ¿Necesita algo?

Nadira apareció, nerviosa, sin aliento.

Andoni me soltó de golpe y se giró hacia ella como un animal. La agarró por los hombros y empezó a zarandearla sin control.

—¡Mora de mierda! —escupió—. ¿Crees que no sé lo que has hecho? ¿Crees que soy idiota?

Nadira temblaba, incapaz de defenderse, tenía los ojos abiertos de terror.

Algo se rompió dentro de mí.

—¡Déjala! —grité, interponiéndome entre los dos—. ¡Déjala ahora mismo!

Andoni me miró, desbordado de rabia.

No pensé. No calculé. Lo único que se me ocurrió para detenerlo fue acercarme y besarle.

Mis labios chocaron con los suyos sin ternura, sin deseo. Fue un beso desesperado, urgente, una distracción. Solo pensaba en Adam. En que tenía que ganar tiempo. En que Nadira no podía pagar por esto.

Andoni se quedó rígido un segundo. Lo suficiente.

Me aparté apenas, mirándolo a los ojos.

—Por favor —susurré—. Basta.

Nadira aprovechó ese instante para retroceder un paso, temblando.

El silencio que quedó fue espeso, peligroso.

Andoni respiraba mal. Demasiado rápido. Demasiado fuerte. No dijo nada más. Se giró y salió de la habitación, dando un portazo que hizo temblar las paredes.

Entonces Nadira se derrumbó: las piernas le fallaron y se dejó caer al suelo, encogida sobre sí misma. Tan pequeña. Tan frágil. El hijab negro le enmarcaba el rostro y las manos le temblaban sin control. Lloraba en silencio, como si incluso el llanto le diera miedo.

Me agaché a su lado sin pensarlo y le limpié las lágrimas con cuidado, como si fuera de cristal.

—Lo siento, señorita... —murmuró entre sollozos—. Solo quería ayudarla.

Le levanté la cara despacio. Sus ojos verdes estaban llenos de miedo, pero también de bondad.

—Eres un ángel, Nadira —le dije con suavidad—. Gracias por haberme ayudado y por haber ayudado a Adam.

Tragó saliva cuando pronuncié su nombre.

—Voy a casarme con tu señor —añadí, con un nudo en la garganta —. Y no dejaré que nunca te haga daño.

Nadira frunció el ceño, confundida.

—¿Se va a casar con él...? —preguntó en voz baja.

Asentí.

—Es la única manera de que Adam sobreviva.

Guardó silencio un segundo.

—¿No puede pedir ayuda a sus padres...? —susurró.

Sentí cómo algo se me rompía por dentro.

—Me estoy dando cuenta de que soy mucho más cobarde de lo que pensaba —admití—. No tengo valor, y además mi madre tiene cáncer. No quiero cargarles con esto también.

Las palabras salieron rotas. Cansadas.

Nadira no dijo nada más. Solo me abrazó. Y yo la abracé de vuelta, fuerte, como si en ese gesto ambas estuviéramos intentando sostenernos en un mundo que se nos caía encima.

Un mes después

Hoy era mi fiesta de compromiso. No mi boda. Aún no. Pero el vestido, las flores, las sonrisas forzadas... todo pesaba igual que una condena.

Este mes había sido un infierno. Mucho peor que la cárcel.

Me miré al espejo y apenas me reconocí. Ojeras marcadas, la piel apagada, los hombros caídos. Estaba cansada de una forma que no se cura durmiendo. Algunos días levantarme de la cama me costaba más que cualquier pelea. No tenía ánimo. No tenía fuerzas. A veces ni siquiera tenía ganas de respirar hondo.

Por suerte —si es que esa palabra aún tenía sentido— Andoni había mantenido las distancias. Frío. Correcto. Como si lo nuestro fuera un trato y no una promesa.

Mis padres se creyeron mis mentiras, o fingieron creerlas muy bien. Al principio dudaron. Alessio me miró como si no pudiera reconocerme y, cuando me preguntó directamente, acabó echándome la bronca. No podía concebir que su hija se hubiera enamorado de un policía y que ahora dijese que ya no lo amaba.

Mamá había empezado la quimioterapia. Estaba tan débil... tan pálida. Yo intentaba ser fuerte delante de ella, sonreír, hacerla reír incluso. No se daba cuenta de que su hija se estaba muriendo por dentro.

No había vuelto a saber nada de Adam. Ni una palabra. Ni una señal. Nada. Quería pensar que seguía con vida. Tenía que pensarlo, porque si me permitía dudar... me rompía. Cada vez que intentaba

buscarlo, Andoni aparecía. Siempre. Como una sombra. Como un recordatorio. El chantaje era silencioso, constante:

No preguntes, no mires, no intentes nada.

El único consuelo había sido Nadira.

Con ella podía respirar. Habíamos terminado siendo amigas sin darnos cuenta. A su lado sonreía de verdad, aunque fuera un poco. A veces incluso la envidiaba. Me habría gustado crecer como ella. Lejos de la mafia, de la violencia, de las muertes. Su historia también había sido dura —lo notaba en sus silencios—, pero no pertenecía a este mundo, y eso la hacía distinta. Limpia.

Hoy debía salir. Sonreír. Cumplir.

La fiesta de compromiso se celebraba en un hotel lujoso, a pocos minutos de allí. Un lugar diseñado para deslumbrar, para aparentar felicidad, para que nada pareciera roto.

Yo iba vestida de negro, un vestido ajustado, elegante, hecho para una mujer segura de sí misma. Las joyas plateadas más caras descansaban sobre mi piel como si fueran una armadura. El pelo lo llevaba recogido en un moño alto, perfecto.

Nadira me lo había hecho.

Había trabajado en silencio, con una delicadeza casi reverencial. Cuando terminó y me miré al espejo, el resultado era impecable. La mujer que me devolvía la mirada parecía poderosa. Intocable. Pero no era yo.

Por dentro me sentía vacía. Triste de una forma profunda, pesada. No quería ir a esa fiesta. No quería las miradas, ni los brindis, ni las felicitaciones. No quería fingir que estaba viviendo el inicio de algo hermoso cuando, en realidad, estaba despidiéndome de todo lo que importaba.

Respiré hondo.

Me coloqué los pendientes despacio, como si alargar ese gesto pudiera retrasar lo inevitable. Nadira me observaba desde detrás, en

silencio, y en sus ojos vi una pregunta que no se atrevió a hacer.

—Estás preciosa —dijo al final.

Sonreí.

Por suerte, Andoni había permitido que Nadira me acompañara a la fiesta, aunque dejando claro que seguía siendo mi criada. Aun así, su presencia era lo único que me mantenía en pie.

La llegada fue un espectáculo. No de periodistas ni de curiosos, sino de los nuestros. Gente de la mafia, aliados, viejos conocidos de mi padre, familias poderosas que sabían exactamente quién era yo.

Luces, flashes privados, miradas calculadas. Felicitaciones vacías, copas en alto, pactos no dichos. Todo el mundo parecía encantado. Todo parecía perfecto. Yo ya estaba harta incluso antes de empezar.

Entonces vi a mis padres.

Mamá estaba en una silla de ruedas. Le había costado muchísimo venir. Se la veía frágil, agotada. Papá estaba a su lado, más serio de lo habitual. Aun así, cuando me vieron, los dos sonrieron.

Hablamos de cosas sin importancia. Del hotel. De lo bonito que estaba todo. De lo rápido que pasaba el tiempo.

—Mi vida... —me dijo Estela de pronto, mirándome con demasiada atención—. ¿Estás bien? Tienes la mirada apagada.

Sentí que algo se me rompía por dentro. Estuve a punto de explotar. De decirlo todo, pero me contuve.

—Sí, mamá. Estoy bien.

Mentira.

Las horas pasaron lentas, pesadas. El cuerpo me pesaba como si llevara plomo dentro. Me dolían los pies, la cabeza, el pecho. Ya no podía más.

—Voy a bajar un momento —le susurré a Nadira—. Necesito aire.

Cogí el ascensor. Lo odiaba. Siempre lo había odiado. Aun así, caminé hacia él, con las piernas entumecidas, como si no me

pertenecieran. Me sentía vacía, sin fuerzas, empujada solo por la necesidad de huir un momento de todo.

Nadira vino conmigo.

—Todavía no —me dijo en voz baja—. No podemos irnos. El señor aún no le ha dado el anillo.

Justo cuando las puertas iban a cerrarse, Andoni irrumpió en el ascensor.

Las puertas se cerraron. El espacio se volvió demasiado pequeño. Demasiado estrecho. El ascensor empezó a bajar.

Andoni se acercó, me agarró y me dio un beso brusco, posesivo. Yo me tensé al instante.

—Déjame —le dije, apartándolo—. Ahora no.

Entonces el ascensor se detuvo de golpe. Las luces parpadearon.

Nos miramos los tres, desconcertados.

El aire empezó a faltarme. El pecho se me cerró como si alguien me lo estuviera apretando con las manos. La cabeza se me llenó de ruido, de ecos, de recuerdos que no pedí.

Metal. Espacio cerrado. La sensación de no poder huir.

Me vi a mí misma, tiempo atrás, encerrada entre esas mismas paredes, con el corazón desbocado, a punto de perder el control. Recordé el pánico subiéndome por la garganta... y cómo Adam había conseguido bajarlo. Su voz. Su calma. Sus manos firmes, anclándome a la realidad. Sabía exactamente qué decirme, cómo respirar conmigo, cómo traerme de vuelta. Pero ahora no estaba.

Me giré hacia las puertas y empecé a golpear.

—¡No! ¡No, no, no! —grité, fuera de mí.

Mis manos chocaban contra el metal una y otra vez. No sentía el dolor. No sentía nada salvo esa presión insoportable en el pecho, esa certeza de que me estaba ahogando.

—Por favor... —murmuré, delirando—. Por favor...

Golpeé más fuerte. Grité. Perdí la noción del tiempo. Y entonces su nombre se abrió paso entre el caos.

—¡Adam! —salió de mí como un sollozo—. ¡Adam!

Su nombre se rompió en mi boca, repetido, desesperado, como si invocarlo pudiera traerlo hasta allí.

—¡Adam... por favor...!

Nadira intentó acercarse, decir algo, tocarme el brazo, pero yo no la oía.

Sentí un tirón brusco en el brazo.

—¡Suéltame! —grité, desorientada.

Era Andoni.

Su contacto me hizo perder lo poco que me quedaba de control. Me revolví, llorando, gritando sin sentido.

—¡No me toques! —le grité—. ¡Me das asco!

Las palabras salían solas, sin filtro, sin medir consecuencias. Estaba fuera de mí.

—¡Solo quiero a Adam! —lloré—. ¡Solo a él!

Y entonces... las puertas del ascensor se abrieron. La luz me cegó.

Lo que vi parecía una escena sacada de una película: había policías por todas partes. Cascos, escudos, armas levantadas, voces gritando órdenes que no entendía. Todo se movía demasiado rápido.

Yo seguía en trance.

Vi a Andoni tensarse a mi lado. Sentí el cambio en su cuerpo justo antes de que su mano fuera hacia la pistola.

—Si la sacas, te matamos —dijo una voz firme.

A lo lejos, entre los uniformes, vi una figura avanzar. Al principio pensé que era otra alucinación, pero no.

Era él, Adam.

Se abrió paso hasta mí y me cogió en brazos. Sentí su cuerpo firme, real, pero algo estaba mal. Su mirada era dura. Fría. Implacable. Me miró como si no me conociera. Como si yo fuera un error. Como si fuera basura.

Quise decir su nombre. No pude.

Antes de que pudiera entender nada más, sentí cómo me apartaba ligeramente. Vi el movimiento. Vi el arma en su mano. Dos disparos. Andoni cayó.

Abrí los ojos desmesuradamente.

El ruido se apagó, las luces se difuminaron, el mundo se deshizo y todo se volvió negro.

ADAM

Un mes atrás.

Corrí.

No sé cuánto tiempo ni cuántas calles. Solo recuerdo el escozor de las heridas abiertas, la sangre pegándome la ropa al cuerpo, el mareo constante, la sensación de que en cualquier momento iba a caer al suelo. Cada respiración dolía. Cada paso era un desafío.

Cuando vi un taxi, lo paré casi lanzándome delante.

—A esta dirección —dije como pude.

No tenía otra opción. No tenía a dónde más ir que a. mi casa.

Cuando entré, lo primero que vi fue a Jezabell. Se levantó de golpe del sofá, pálida, al verme en ese estado. Se abalanzó sobre mí.

—Adam... ¿Dónde estabas? ¿Quién te ha hecho esto?

No la abracé. No la miré con alivio. No sentí nada de eso.

La aparté despacio.

—¿Por qué estabas en la fiesta de cumpleaños de Reina? —pregunté, con la voz baja. pero cargada de algo peligroso—¿Qué

tiene que ver el gobierno con la mafia? ¿Y por qué quieren destruir la cura del cáncer?

Jezabell abrió los ojos.

El silencio duró un segundo de más.

—Te lo ha dicho ella, ¿no? —escupió de pronto—. Esa zorra.

—No la insultes, joder —la corté, dando un paso hacia ella.

Se quedó quieta.

Luego se rio. Una risa rota, temblorosa, mientras las lágrimas empezaban a caerle sin control.

—Te has enamorado de ella... —susurró—. De Reinetta Romano... Igual que me pasó a mí contigo.

Asentí sin darme cuenta.

—¿Cómo que igual que te pasó a ti conmigo? —pregunté, sintiendo un frío raro en el estómago.

Entonces explotó.

—Mi padre... —sollozó—. Mi padre hace ocho años me pidió que te vigilara. Que te sedujera. Que sacara información de ti. Igual que tú debías hacer con ella.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

—Pero me enamoré de ti —continuó—. Y por suerte mi padre me dejó estar contigo porque eras responsable, porque no parecías una amenaza. Hasta que llegó la puta mafiosa y todo se fue a la mierda.

No podía creerlo. Todo había sido una mentira.

—¿Y por qué yo, Jezabell? —pregunté— ¿Por qué querían investigarme a mí?

Ella se secó las lágrimas con rabia.

—Porque para el gobierno eras peligroso —dijo—. Tenían miedo de que investigaras la muerte de tus padres.

Me quedé helado.

—¿Qué? —susurré—. Mis padres eran personas normales.

Negó con la cabeza.

—No, Adam... —dijo en voz baja—. Tus padres tenían mucho más poder del que tú crees.

Se acercó un paso.

—Pero no le des más vueltas —añadió, casi suplicando— Si mi padre descubre que sabes esto... te querrá matar.

La miré.

Y lo entendí: no solo me habían robado a mis padres. Me habían robado la verdad. Mi vida. Mi identidad.

Empecé a gritar.

No supe en qué momento. Solo sé que el sonido me salió del pecho como un animal herido. Demasiada información. Demasiadas verdades cayendo a la vez. Mis padres. El gobierno. Reina...

Me llevé las manos a la cabeza, respirando mal, mareado.

—¡Para! —grité—. ¡Cállate!

Jezabell me miraba con los ojos enrojecidos, nerviosa. Me observó un segundo más... y entonces habló.

—Esas heridas... —dijo despacio—. Te las ha hecho su prometido, ¿verdad? Andoni.

Alzó la barbilla.

—Al saber que te habías enamorado de ella.

—¡Cállate! —rugí, dando un paso hacia ella—. ¡No sabes nada!

Tenía la cabeza a punto de estallar. No entendía qué tenían que ver mis padres con el gobierno. No entendía por qué yo. No entendía nada.

Jezabell también perdió el control.

Me dio una bofetada.

—¡Relájate, Adam! —gritó, temblando.

La miré como si no la reconociera.

—Vete de aquí —le dije—. Ahora.

Pero no se movió.

—Estoy intentando hacerlo por las buenas —dijo entonces, bajando la voz—. Pero si quiero, puedo hacer que maten a Reina ahora mismo.

El mundo se detuvo.

—Sé dónde está —continuó—. Mi padre y el gobierno lo controlan todo. Le estamos dando un respiro antes de volver a capturarla, pero no me obligues a adelantarlo.

—No... —susurré, devastado—. No, por favor.

—Muy bien —dijo, seca—. Entonces hazme caso en todo.

Se acercó.

—Para empezar, la olvidarás —ordenó—. Volverás a tu vida de antes. Si quieres recuperar tu puesto de trabajo y seguir viviendo en este apartamento, te olvidarás de ella.

Por dentro me reí.

Ni de coña.

Pero sabía que, si decía lo contrario, todo empeoraría.

—Está bien —mentí.

Jezabell respiró hondo.

—No le diré nada a mi padre —añadió—. Diré que necesitas una semana de baja. Después volverás a la cárcel como siempre.

Se giró para irse.

Yo me quedé allí, sangrando, roto... fingiendo obediencia.

Un mes después.

Había pasado todo tan rápido que apenas podía distinguir los días. Solo sabía que había sido un infierno.

En la cárcel todo se sentía extraño. Michael estaba medio ido, como si estuviera desconectado del mundo. Jones me observaba más de la cuenta, como si supiera que algo no encajaba. Nadie decía nada, pero el aire estaba cargado.

Peter fue quien dio la orden. Capturar a Reinetta Romano de una vez.

Antes de la misión, Jezabell fue clara.

—Actúa como si la odiaras —me dijo—. Como al principio.

Sonrió entonces. No fue una sonrisa normal. Fue la sonrisa de una arpía, lenta, calculada.

—Si alguien ve el más mínimo rastro de sentimientos —continuó—, cualquier cosa fuera de lugar, la matamos.

Hizo una pausa, disfrutando del golpe.

—Y si haces todo bien —añadió—, quizá empieces a recibir más información sobre la muerte de tus padres.

Asentí sin decir nada.

No entendía cómo había pasado de querer tanto a una persona a detestarla así. O quizá siempre había sido así y yo no quise verlo.

También me dejó claro algo más: su padre había decidido que yo siguiera siendo su vigilante. Que confiaba en mí. Tenía que ser yo quien la capturara.

La fiesta de compromiso era el escenario perfecto. Un hotel de lujo. Mafiosos. Aliados. Demasiada gente importante reunida. Demasiadas armas ocultas bajo trajes caros.

Mis compañeros y yo estábamos en la planta baja, preparados. Todo iba según lo previsto. Queríamos pillarlos por sorpresa.

Entonces las puertas del ascensor se abrieron y el mundo se detuvo.

Lo que salió de allí me dejó paralizado:

Reina. Deshecha. Fuera de sí. Llorando, gritando palabras que no entendí al principio. Tenía el vestido negro arrugado, el cuerpo temblando como si acabara de escapar de algo. El pánico puro reflejado en su cara.

Recordé al instante que le daban miedo los ascensores. Desde aquella vez. Recordé cómo se le iba el aire, cómo el cuerpo le traicionaba, y cómo había conseguido calmarla entonces.

Durante un segundo no supe reaccionar. Mi cuerpo se movió antes que mi cabeza. Crucé el espacio que nos separaba en dos zancadas y la arranqué de allí, cogiéndola en brazos como si fuera lo único real en medio de aquel caos.

Sentí su peso rendirse contra mí. Su respiración rota. Su miedo clavándoseme en el pecho, pero mi cara no mostró nada.

Entonces Andoni se tensó. Saqué la pistola y le disparé dos veces sin pensar. El sonido retumbó en la planta como un trueno.

Andoni cayó.

Toma, cabrón. *Por tocar lo que es mío. Por hacerle esto.*

Reina se movió en mis brazos. Abrió los ojos de golpe, desmesurados... y luego su cuerpo se aflojó del todo. Se desmayó.

La sujeté con más fuerza mientras a mi alrededor todo se llenaba de gritos, órdenes, pasos apresurados. Sirenas. Luces.

Yo solo la miraba a ella. Salí de aquel hotel y la subí al furgón en brazos, sin pensar en nada más.

Pesaba menos de lo que recordaba. O quizá era yo, que aún la sentía frágil después de verla desplomarse así. La acomodé en el asiento trasero y me senté a su lado, sin soltarla del todo. Delante de nosotros iban dos compañeros: uno conduciendo, el otro de copiloto. Sabía que oían cada palabra. Cada respiración.

Cerraron el portón con un golpe seco.

Le puse las esposas despacio, pero cuando mis dedos rodearon sus muñecas sentí su piel cálida, suave... perfecta. Me incliné un poco más de la cuenta para ajustarlas y su olor me golpeó de lleno.

Vainilla. Dulce. Ella.

Joder, cómo te quiero, mi amor. Pensé

Pero no podía decirlo. Ni mirarla como quería. Bastaba un segundo de debilidad para delatarlo todo.

El furgón arrancó.

A los pocos minutos la sentí moverse. Respirar más rápido. Despertar. Abrió los ojos despacio, desorientada. Bajó la mirada... y vio las esposas.

Su cuerpo reaccionó por instinto. Buscó su pistola. No estaba.

Giró la cabeza bruscamente hacia mí. Me vio y sus ojos se iluminaron un instante.

—Adam... —susurró, con una alegría rota—. *Amore mío.* Estás vivo.

Intentó tocarme.

Yo me quedé inmóvil. De piedra.

Desde delante, uno de los compañeros giró la cabeza un poco, extrañado.

—¿Qué cojones dice? —murmuré.

Reina me miró entonces con sorpresa... y algo más. Tristeza. Pero no bajó la cabeza. Alzó la barbilla, orgullosa.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Luego miró a su alrededor. El hierro. Las esposas. Los uniformes delante.

Lo entendió.

—Me lleváis a la *Fortezza di Sangue* otra vez... —dijo en voz baja.

Me acerqué a ella, despacio. Sabía que mis compañeros podían oír cada palabra.

Reina me miró con el ceño fruncido, sin entender. Como si buscara una broma, una grieta, cualquier cosa que explicara lo que estaba pasando.

Entonces hablé.

—Para que te pudras ahí dentro —dije, con una frialdad medida.

La confusión se le quedó congelada en la cara un segundo. Después... se rompió: los labios le temblaron, los ojos se le llenaron de lágrimas que no logró contener. Bajó la mirada, encogiéndose sobre sí misma mientras el llanto le salía en silencio.

No, mi vida. Es una farsa. Yo te amo.

Llegamos a la cárcel poco después.

La bajé del furgón con más brusquedad de la necesaria. A propósito. Ella no protestó. No dijo nada. Solo buscaba mi mirada, desesperada, como si aún intentara encontrar una grieta en mi máscara.

Yo no se la di. Hice ver qué pasaba de ella.

Atravesamos los pasillos hasta su módulo. El sonido de las puertas, los pasos, las órdenes... todo me parecía lejano. Automático. La llevé hasta su celda y la empujé dentro con gesto seco.

Cerré tras nosotros.

Le quité las esposas en silencio. Mis manos se movían rápido, mecánicas, pero sentía cómo me temblaban por dentro.

Entonces habló.

—Dime... —susurró, al borde del llanto—. Dime que estás fingiendo.

Levantó la cara hacia mí. Tenía los ojos rojos, brillantes.

—Dime que me quieres, agente.

Tragué saliva.

Iba a decírselo. Iba a romperlo todo.

Pero entonces escuché el sonido.

Tacones. Cada vez más cerca.

Mi estómago se encogió.

¿Jezabell? ¿Qué cojones hacía allí?

La vi aparecer en la entrada del módulo. Se apoyó en la puerta, cruzó los brazos y sonrió sin decir nada. Observándolo todo. Controlándolo todo.

Terminé de quitarle las esposas a Reina sin mirarla. Salí de la celda y cerré.

Jezabell no me dio tiempo a reaccionar. Me agarró del cuello de la camisa y me atrajo hacia ella, plantándome un beso.

Mi cuerpo se tensó. Quería apartarla. Decirle que me daba asco. Que solo quería a Reina. Pero no podía. No podía tirarlo todo por la borda ahora. No cuando sabía que un solo paso en falso podía matarnos a las dos.

Me quedé quieto, dejando que la farsa continuara.

Mientras, al otro lado de la puerta, la mujer que amaba se quedaba sola... pensando que la había traicionado.

CAPÍTULO 17

REINA

Lo vi. Vi cómo sus labios se juntaban con los de ella.

Durante un segundo solo pensé en una cosa: matarla, arrastrarla del pelo, estamparla contra el suelo, borrarle esa sonrisa de la cara; pero no me moví. Me quedé clavada en el sitio, porque, al mismo tiempo, algo mucho peor se abrió paso dentro de mí: un vacío frío, profundo, inexplicable.

¿Por qué Adam no se apartaba? ¿Por qué no hacía nada?

Mi cabeza iba demasiado rápido.

Está fingiendo. Le han amenazado. Tiene que ser eso.

No podía creer que Adam me hubiera traicionado, pero... *¿y si sí?*

El nudo en el pecho me apretó tanto que casi me dejó sin aire. No podía permitirme caer ahora, no allí.

Tenía que salir de ese lugar, tenía que volver con mis padres. Decirles la verdad, decirles que no estaba enamorada de Andoni. Que no quería esa vida. Que solo quería irme a casa y desaparecer durante meses. Dormir. Respirar. No sentir nada.

Necesitaba paz.

Vi cómo, después del beso, Jezabell se inclinaba hacia Adam y le decía algo al oído. Sonreía. Esa sonrisa lenta, venenosa, como si disfrutara cada segundo.

Él no reaccionó. No se apartó. No hizo nada.

Ella se giró y se marchó sin siquiera mirarme. Como si yo no existiera.

Sentí la humillación caerme encima como una losa.

El pecho me ardía. La garganta me quemaba. Tenía ganas de gritar, de romper algo, de matar. La rabia me subía por las manos, por los dientes, por la sangre.

Llevaba un puto mes aguantando las ganas de verlo. Aguantando el miedo constante de que Andoni le matara. Aguantando un infierno. Y ahora era él quien me había capturado. Era el quién me había devuelto a esta cárcel de mala muerte.

Si estaba fingiendo... *¿Por qué no me lo había dicho?* Si no lo estaba... *¿Cómo podía mirarme así?*

Entonces lo vi acercarse.

Se quedó al otro lado de los barrotes, mirándome con odio. La misma mirada dura, fría, que tenía al principio. Como si yo no significara nada. Como si todo lo que había pasado entre nosotros no hubiera existido.

Me dolió, pero no le permití verlo.

—¿Por qué me miras así? —pregunté, alzando la barbilla—. ¿Te ha obligado tu novia? ¿Esa, a la que supuestamente ibas a dejar?

Su expresión cambió. No fue rabia. Fue algo peor: desprecio.

—¿Y por quién iba a dejarla? —escupió—. ¿Por ti?

Soltó una risa seca.

—Mírate, Reina. Eres una niña. Lo único que sabes hacer es matar. ¿Sirves para algo más?

Se inclinó un poco y habló en voz baja.

—Ni follar sabes— murmuró.

El golpe me atravesó el pecho.

—Ni sabes hacer que la gente te quiera—continuó, cada palabra más fría que la anterior—. Estás sola. Siempre lo has estado.

Se inclinó un poco más hacia mí.

—Y así te vas a quedar. Sin amigos. Sin nadie que te quiera de verdad.

No pude soportarlo. Me giré hacia la pared, dándole la espalda para que no pudiera ver mis lágrimas. Las sentí caer igualmente,

silenciosas, calientes, inevitables.

Apreté los labios, intentando que no se me escapara ningún sollozo.

Qué estúpida había sido.

Había confiado en él. En un policía. Le había contado cosas que no sabía nadie. Cosas que ni siquiera mi propia familia conocía. Mis miedos. Mis dudas. Mis grietas.

Y ahora las estaba usando contra mí. Como un arma.

El pecho me ardía tanto que casi no podía respirar. Quise girarme. Quise mirarlo a la cara y destrozarlo con palabras igual que él estaba haciendo conmigo. Decirle algo que doliera de verdad... pero no pude. No me salía la voz. No me salía nada.

¿Cómo podía sentirme tan débil?

Cerré los ojos un segundo.

El corazón me latía tan fuerte que dolía. No era rabia. Era algo peor. Era darme cuenta de que, aunque me estuviera destrozando... seguía queriendo que fuera mentira.

—¿Tan cobarde te has vuelto por mí? —se rio.

Me giré de golpe hacia los barrotes y, sin apartar la mirada de sus ojos, me limpié las lágrimas con el dorso de la mano.

—Estas son... —la voz se me quebró y tuve que repetir— Estas son las últimas putas lágrimas que voy a derramar por ti.

El pecho me temblaba. Aun así, levanté la barbilla.

—A partir de este mismo momento dejas de importarme, agente.

Tragué saliva, sintiendo la garganta arder.

—Me das asco —susurré, con la voz hecha polvo—. Y solo de pensar que me has tocado...

Antes de que pudiera terminar, Adam me interrumpió con una risa baja, áspera.

—Niña, deja de decir gilipolleces.

Negó despacio, mirándome como si me conociera demasiado bien.

—Sé perfectamente que me quieres.

El corazón me dio un golpe seco.

—Sé que estás enamorada de mí —continuó, acercándose un poco más a los barrotes—. Y sé que, por mucho que intentes convencerte de lo contrario...

Su voz bajó, peligrosa.

—Si recuerdas cómo te he tocado... te mojas entera.

La rabia me subió como fuego por el pecho.

Durante un segundo estuve a punto de responder. A soltar veneno. Sabía perfectamente cómo podía hacerle daño. Sabía dónde golpear. Sabía lo de sus padres. Sabía qué palabras podían romperlo. Las tenía en la punta de la lengua. Pero negué con la cabeza. No iba a darle ese poder.

Ya no significaba nada. Nada.

El asco me llenó el estómago de una forma tan fría que ni siquiera sentí ganas de hacerle daño. Ni de matarlo. Ni de discutir. Solo... vacío.

Lo miré una última vez a los ojos.

Sonreí apenas, una sonrisa vacía.

Luego me giré y me tumbé en la litera, dándole la espalda, en silencio. Como si ya no existiera.

Esa iba a ser mi venganza: no volver a dirigirle la palabra jamás. Ni una mirada. Ni una respuesta. Nada. Dejar que el silencio hiciera lo que yo no estaba dispuesta a hacer. Que sintiera mi ausencia, aunque estuviera a dos metros. Que se diera cuenta, tarde o temprano, de lo que había perdido. Hasta que fuese él quien se rompiera y suplicara.

—¿No dices nada? —soltó, riéndose desde el otro lado de los barrotes.

No respondí. Ni siquiera me moví. El silencio fue mi única respuesta.

Después oí pasos. Ni siquiera tuve que girarme para saber quién era.

—Es mi turno —dijo una voz grave—. Tú vete a casa a descansar.

Jones.

Sentí cómo Adam dudaba un segundo. Luego sus pasos se alejaron.

No lo miré. No quise verlo irse. Esperé a que el sonido desapareciera por completo. Solo entonces me incorporé despacio de la litera y caminé hasta los barrotes.

Jones estaba allí.

Sonrió al verme.

—Cuánto tiempo, Reina.

Alargó la mano entre los barrotes y me rozó la mejilla con cuidado, como si comprobara que era real.

—Se te ha echado de menos por aquí.

Y ahí fue cuando todo volvió a romperse. Sentí cómo la garganta se me cerraba otra vez.

Qué débil soy, joder.

—¿Qué pasa? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Te han hecho daño?

Intenté contestar, pero no pude. Las lágrimas empezaron a caer sin control. Me llevé una mano a la boca, intentando contener el sonido, pero el sollozo salió igual.

Jones abrió la celda sin decir nada más y me rodeó con los brazos. Y yo... yo me derrumbé. Apoyé la frente en su pecho como una niña pequeña, llorando sin fuerzas, sin rabia, solo agotada.

Sin poder decirle que el dolor venía de Adam.

—Shh... —murmuró, acariciándome el pelo—. Ya está.

Respiré hondo entre sollozos.

—No se lo digas a nadie, Jones... —susurré—. A nadie. Ni siquiera a Adam.

Él sonrió con tristeza.

—Está bien.

Me dio un beso suave en la cabeza.

—Sabes que, aunque seas una presa... te considero una amiga, ¿verdad?

Ese comentario me partió un poco más. Porque, sin querer, recordé las palabras de Adam.

Estás sola. Nadie te quiere. No tienes amigos.

Se me escapó otro sollozo.

—Yo también, Jones... gracias.

Él intentó aligerar el ambiente, como siempre.

—Cuando estés mejor tendrás que contarme cómo cojones escapaste la última vez —dijo riéndose.

Se me escapó una risa pequeña, rota, pero real. Y por primera vez en horas... el pecho me dolió un poco menos.

—Y tú tendrás que contarme qué ha pasado desde que no estoy aquí... —murmuré, con la voz aún rota—. Y también qué tal está tu mujer, tu hija… y la enfermera.

Jones sonrió con ese gesto tranquilo que siempre tenía.

—Está bien —respondió—. Cuando estés mejor hablamos de todo, ¿vale?

Asentí despacio. No tenía fuerzas para más.

El cansancio me cayó encima de golpe, como si alguien hubiese apagado un interruptor dentro de mi cuerpo. No recuerdo en qué momento volví a tumbarme en la litera. Solo recuerdo oscuridad. Silencio. Y nada más.

Dormí todo el día. Sin sueños. Sin recuerdos. Sin pesadillas. Como si el cuerpo hubiera decidido desconectarse para no romperse del todo.

Cuando volví a abrir los ojos, el pasillo estaba en penumbra. La luz fría de la noche se colaba entre los barrotes.

Me costó unos segundos entender dónde estaba.

—Eh —escuché entonces.

Jones estaba apoyado en la pared frente a la celda.

—Por fin.

Me incorporé despacio. El cuerpo me pesaba como si me hubieran llenado los huesos de plomo.

—Tenemos que ir a la lavandería —dijo—. No puedes andar por la cárcel con ese vestido negro.

Bajó la mirada un instante.

—Aunque sea precioso.

Se me escapó una sonrisa cansada.

—Y... —añadió, mirándome con gesto más serio— también vamos a bajar a cenar.

Fruncí el ceño.

—No hace falta.

—Sí hace —respondió con firmeza suave—. Llevas todo el día sin comer nada.

Tragué saliva.

No me había dado ni cuenta. El estómago estaba vacío, pero no tenía hambre. Solo una sensación rara, hueca.

—Venga —insistió—. Un par de bocados, aunque sea.

Suspiré, pasando una mano por mi cara.

—Vale...

Me incorporé con cuidado, notando cómo el cansancio seguía pegado a cada músculo.

Bajamos por el pasillo en silencio. La cárcel de noche tenía otro sonido. Más hueco. Más frío. Los pasos resonaban demasiado.

Llegamos a la lavandería. El olor a detergente me golpeó de inmediato, limpio, artificial, casi agradable comparado con el resto del sitio.

Una de las funcionarias me lanzó un uniforme doblado.

—Póntelo —dijo sin mirarme—. Y después revisión.

Se giró hacia Jones.

—Hazle la revisión profunda.

Sentí cómo el estómago se me encogía.

Abrí los ojos de par en par. La memoria me golpeó sin avisar: la primera vez, las manos de Adam revisándome con esa mirada fría que entonces odié... y que ahora dolía recordar.

Tragué saliva.

No quería pasar por eso otra vez. Ni siquiera con Jones. Él lo notó al instante.

Se agachó un poco, lo justo para que solo yo pudiera oírle.

—Tranquila —murmuró.

Asentí.

Me quité el vestido negro despacio. Después los tacones. El sonido de los zapatos al caer contra el suelo resonó demasiado fuerte en la sala.

Jones se apartó unos pasos, dándome intimidad. Ni siquiera me miró.

Me quedé desnuda unos segundos, con el uniforme doblado entre las manos, sintiendo el aire frío sobre la piel. Luego me giré y me puse de espaldas. Escuché el sonido de látex tensándose. Jones se

estaba poniendo los guantes. El ruido fue lento. Cualquiera que entrara pensaría que iba a meterme los dedos.

Yo respiraba despacio.

Entonces, la puerta se abrió de golpe contra la pared. El estruendo retumbó en la sala como un disparo. Los dos nos giramos al mismo tiempo.

Era Adam. Venía directo hacia nosotros. Tenía los ojos inyectados en sangre. La mandíbula desencajada. Las manos cerradas en puños.

No dijo nada. No preguntó. No dudó.

Agarró a Jones del uniforme y lo estampó contra la pared con una violencia que me hizo retroceder un paso.

—¿Qué coño estás haciendo? —rugió.

El primer puñetazo llegó antes de que Jones pudiera contestar. El golpe resonó en toda la lavandería. Jones cayó contra la mesa metálica, que chirrió al deslizarse.

Adam volvió a lanzarse sobre él. Otro golpe. Y otro.

—¡Adam! —grité.

Pero no me escuchaba. Sus puños subían y bajaban con una violencia ciega. El sonido de los impactos era húmedo. Sordo.

La sangre empezó a salpicar el suelo.

—¡Para! —grité de nuevo.

La funcionaria chillaba desde la puerta.

—¡Estás loco! ¡Lo vas a matar!

Jones ya no se defendía. Su cabeza golpeó el suelo con un sonido que me heló la sangre. Estaba inconsciente. Y Adam seguía.

No pensé. Me lancé sobre él. Estaba desnuda, pero no me importó.

Me aferré a su espalda, rodeándolo con los brazos, intentando tirar de él.

—¡Déjalo! —grité— ¡Adam, déjalo!

Sentí su cuerpo tensarse bajo el mío. Respiraba como un animal acorralado. Levantó el puño un segundo más, luego se detuvo y todo quedó en un silencio espeso.

La sangre se extendía por el suelo.

Adam se incorporó de golpe y, antes de que pudiera reaccionar, me cogió en brazos como si no pesara nada.

Recogió el uniforme del suelo y me lo lanzó al pecho.

—Póntelo.

Fruncí el ceño. No entendía nada. No entendía su furia. No entendía esa mirada.

Me bajó con brusquedad y obedecí, todavía en shock, pasando la tela por mi cuerpo con manos temblorosas.

Miré a Jones. Inmóvil.

—¿Qué has hecho, Adam?

Su expresión volvió a cerrarse.

—Cállate.

Su voz fue dura.

—Soy el agente Muller para ti.

Después todo ocurrió rápido: Otros agentes entraron. Personal sanitario detrás. Voces. Órdenes. Adam dijo que había sido una discusión entre compañeros. Un malentendido. Nadie cuestionó nada. Lo entendieron. Como si fuera normal. Levantaron a Jones. Tenía el rostro ensangrentado. La camilla rodó por el pasillo.

No me moví.

Adam me puso las esposas otra vez. Frías. Sentí un cansancio brutal. En mi cabeza nada tenía sentido. Nada.

Al llegar a la celda cerró la puerta tras de mí. Se quedó frente a los barrotes.

—¿Te ha tocado?

Su voz era baja. Tensa.

—¿Te ha metido sus sucios dedos por el culo?

Parpadeé. Y entonces... una idea cruzó mi mente:

¿Había hecho todo eso por celos?

Sonreí, pero no contesté. Eso lo enloqueció.

Entró en la celda y me agarró por los hombros, zarandeándome.

—¡Contéstame! ¿Te ha tocado?

Me acerqué a él despacio. Hasta que nuestras caras casi se rozaron.

—Qué curioso... —susurré—. Hace unas horas decías que nadie me quería. Que no sabía follar. Que tu novia era mejor que yo...

Vi el cambio en su expresión y como sus ojos bajaron a mis labios.

Iba a besarme. Lo vi. Lo sentí.

Me aparté justo antes.

—¿Y qué dirías —continué— si te dijera que Jones sí me tocó?

Su mandíbula se tensó.

—Que metió las manos en mí.

Su respiración cambió. Se volvió más pesada. Más animal.

—Lo mato —dijo, con los dientes apretados—. Te juro que lo mato.

Estaba sudando.

Volvió a acercar sus labios a los míos.

—Nunca más vuelvas a tocarme, agente —susurré antes de que pudiera rozarme—. No voy a perdonar nunca lo que me dijiste.

Mi voz tembló apenas.

—Fuera fingido o no.

ADAM

Estaba fuera de mí.

Los celos me recorrían como veneno. Me ardían en la sangre. En las manos. En la cabeza, y aun así tenía que fingir.

Las últimas horas se repetían en mi mente como una tortura:

El beso de Jezabell. Su boca sobre la mía. El asco que sentí. Las ganas de apartarla, de empujarla contra la pared y gritarle que solo quería a Reina.

Cuando se separó, se inclinó hacia mi oído.

—Quiero que te odie —susurró—. La vamos a vigilar. Y si no lo haces la matamos.

Sentí el mundo arder.

Por un segundo quise cogerla del pelo y estamparla contra el suelo.

Después vino la celda. Las palabras. Cada frase que le dije a Reina fue como arrancarme la piel a tiras.

Vi cómo se rompía. Vi cómo se daba la vuelta y empezaba a llorar. Y aun así seguí. Porque prefería que me odiara a que muriera.

Al entrar en el apartamento vi a Jezabell sentada en el sofá.

Empezó a aplaudir despacio.

—Ya he visto que has cumplido, has hecho que esa zorrita te odie.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Sonrió.

—Te puse un micrófono cuando te besé.

Sentí un escalofrío. Me llevé la mano al uniforme y rebusqué hasta encontrarlo. Lo arranqué de un tirón y lo lancé al suelo.

La miré con odio puro.

—No me mires así, cariño —dijo con falsa dulzura—. Como te has portado bien, tengo noticias para ti.

Me acerqué un paso.

—¿Por qué cojones hacéis esto? ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres de Reina?

Se rio.

—A ti quiero protegerte de mi padre. Porque si se entera de lo que ha pasado... te mata.

Se levantó despacio.

—Y a Reina quiero verla sufrir.

Sentí como el aire desaparecía.

—Pero si me obedeces... sufrirá menos. Y no la mataremos.

Se inclinó un poco hacia mí.

—Las noticias que tengo para ti son sobre tus padres.

Mi mandíbula se tensó.

—Llevas toda tu vida creyendo que tus padres eran personas normales —dijo Jezabell con calma—. Que los mataron unos mafiosos por casualidad. Que fueron víctimas.

Sentí el estómago cerrarse.

—Lo eran —respondí sin dudar.

Ella negó despacio.

—Tu madre no era una víctima, Adam.

Mi corazón dio un golpe seco.

—Era parte de la mafia.

El mundo se quedó en silencio.

—No mientas.

—No miento. Era uno de ellos.

No podía estar escuchando eso. Yo había construido mi vida sobre el odio a esa gente.

Me había hecho policía por eso. Había jurado destruirlos.

—Mi madre odiaba a esa gente —gruñí.

—Tu madre era esa gente —respondió ella con frialdad—. Y cuando quiso hacer algo que no debía... la eliminaron.

Me llevé la mano a la cabeza. Todo lo que yo era se tambaleaba.

—Entonces ¿Todo fue una guerra interna entre mafias, por eso los mataron?

—No exactamente —dijo ella—. Fue más grande que eso.

Tragué saliva.

—Tu padre sabía en qué mundo vivía. No era inocente, Adam. Ninguno de los dos lo era.

Sentí náuseas.

—¿Qué cojones estás diciendo?

Jezabell sonrió.

—Lo que siempre te han ocultado. Lo que tu abuela nunca quiso contarte. Lo que el gobierno se encargó de borrar.

Sentí un zumbido en los oídos.

—¿Qué tiene que ver el gobierno con la muerte de mis padres?

La miré fijamente. No parpadeaba. No estaba dudando.

Eso fue lo que más miedo me dio.

—Mucho más de lo que crees —respondió tranquila.

El calor me subió a la cara de golpe. Di una patada a la mesa. La silla cayó al suelo.

—¡No juegues conmigo!

Mi respiración se volvió irregular. Sentía el pulso en las sienes. Las manos me temblaban.

—¡Dímelo!

—Adam... —su voz fue casi dulce—. Relájate.

Eso me encendió más.

Agarré un vaso y lo lancé contra la pared. Se hizo añicos.

—Si sigues portándote bien, te contaré más cosas.

La miré como si fuera a matarla.

Me acerqué hasta quedar frente a ella.

—¿Qué hicieron?

Sus ojos brillaron.

—Eso depende... —susurró—. ¿Vas a seguir obedeciéndome?

Sus ojos brillaron.

Me costó decirlo. Me costó como si estuviera firmando algo con sangre. Pero al final asentí.

—Está bien... —murmuré—. Haré lo que quieras.

Jezabell sonrió despacio.

—Así me gusta —susurró.

Después de varios minutos, se fue.

La puerta se cerró a mi espalda y el silencio cayó sobre mí como un golpe.

Fue entonces cuando me derrumbé: las piernas me fallaron y caí de rodillas al suelo. Golpeé el suelo con el puño. Una vez. Luego la pared. El dolor físico no hizo nada por calmar el otro.

Grité.

¿Quiénes habían sido mis padres realmente?
¿Hasta qué punto el gobierno había estado metido en todo?

Mi abuela siempre me dijo que mis padres habían sido dentistas. Gente normal. Sin secretos. Sin sombras.

¿Y ahora qué? ¿Quién era yo?

Yo... yo no era nadie. Solo una pieza más dentro de algo demasiado grande.

Pensé en ir a la residencia. En hablar con mi abuela. En arrancarle la verdad si hacía falta, pero no. Eso la pondría en peligro, y además... tenía Alzheimer. Ni siquiera sabía si recordaría algo.

Me quedé sentado en el suelo durante un rato que no supe medir, con la espalda apoyada en la pared, intentando recomponerme.

Entonces pensé en Reina, y todo lo demás dejó de importar. Ella era lo único por lo que tenía sentido seguir. Tenía que fingir. Aguantar. Callar. Esperar. Hasta idear un plan. Hasta sacarla de allí. Me habría gustado avisar a los Romano. Decirles que su hija estaba viva. Que estaba bien. Pero eso tampoco ayudaría. Todo estaba vigilado. Todo.

Me metí en la ducha. El agua fría me golpeó la cara, pero no apagó nada. No limpiaba lo que llevaba dentro. Cuando salí, me tumbé sin pensar más.

Necesitaba dormir.

•••

Un portazo me despertó.

Abrí los ojos de golpe. Miré el reloj. Las seis de la tarde. Hasta las ocho no tenía que volver a la prisión. La puerta de la habitación se abrió y Jezabell entró con esa sonrisa de arpía que empezaba a conocer demasiado bien.

—Parece que tu mafiosa no pierde el tiempo —dijo.

Me incorporé despacio.

—¿Por qué lo dices?

Ella se sentó en la cama, tranquila.

—Ahora va a por Jones.

El nombre me atravesó.

—La hemos estado vigilando —añadió con calma—. Estaba abrazadita a él. Llorando como una niña pequeña.

Algo me quemó el pecho. No celos. No exactamente. Algo peor.

Me incorporé de golpe y me puse el uniforme casi sin pensar.

—Recuerda —dijo antes de que saliera—. Pórtate bien si quieres que todo vaya bien.

Vete a la mierda, hija de puta, pensé.

Estaba ido.

Jones era mi amigo, pero la imagen de que se hubiese acercado a ella me estaba matando.

Es mía, joder.

Llegué a la cárcel casi sin recordar el trayecto.

—¿Has visto a Jones? —pregunté al primer compañero que vi.

—Está en la lavandería.

El mundo empezó a estrecharse.

Caminé rápido, y entonces los vi a través del cristal: Reina estaba de espaldas, desnuda; Jones detrás, con guantes, haciéndole la revisión profunda.

Algo dentro de mí estalló, todo se volvió rojo y dejé de pensar.

Después vinieron los golpes, la sangre, los gritos, pero eso ya no importaba... porque ahora estaba aquí, de pie frente a ella y con las manos aun temblando.

El recuerdo se disipó como humo y el presente me golpeó de lleno.

Reina estaba delante de mí. Enfadada. Rota. Peligrosa. Mirándome como si yo fuera el enemigo.

—Nunca más vuelvas a tocarme, agente —susurró, con la voz firme pero rota—. No voy a perdonar nunca lo que me dijiste.

—Fuera fingido o no.

Me quedé inmóvil un segundo... y entonces perdí el control.

La giré con brusquedad hasta que su espalda chocó contra mi pecho. Hundí la cara en su cuello y respiré su olor a vainilla como un condenado.

Besé su piel despacio. Con rabia. Con hambre. Con una desesperación que me quemaba por dentro, como si cada beso pudiera borrar las palabras que le había dicho horas antes.

—Te voy a tocar si quiero porque eres mía, joder— murmuré, fuera de mí.

Ella se tensó entre mis brazos.

—Suéltame —dijo, resistiéndose a mi agarre. —Te odio...

Sonreí, pero no había humor en ello. Solo una locura peligrosa.

Deslicé las manos por su cuerpo, lento, provocador, a través del uniforme. Quería poseerla, desafiarla, obligarla a sentir lo mismo que sentía yo en ese instante. Mi boca siguió recorriendo su cuello, dejando besos y lamiendo.

—¿Cuánto me odias, Reina? —susurré—. Dímelo.

Estaba enfadado. Estaba ardiendo. Y estaba excitado. En ese momento solo quería romper la distancia entre nosotros. Provocarla. Desafiarla. Ver hasta dónde llegaba su rabia... y la mía.

Miré alrededor de la celda de reojo. Silencio. Ninguna cámara visible. Ningún micrófono. Ya lo había comprobado antes de entrar, palpando el uniforme con cuidado, asegurándome de que no llevaba nada encima. Jezabell no confiaba en nadie... pero esta vez, si quería vigilarnos, tendría que mandar a alguien en persona.

Ese pensamiento se disipó en el mismo instante en que Reina habló.

—¿Mataste a Andoni?

Su voz me terminó de romper.

Le giré la cara para obligarla a mirarme. Seguía de espaldas a mí, pegada a mi pecho, a mi polla; sintiendo cada respiración, cada

latido. La besé con furia, sin control, como si besarla fuera la única forma de no gritar.

Se resistía, pero no del todo. Podía sentirlo. Podía sentir cómo quería odiarme... y cómo, pese a todo, no se apartaba.

—¿Te importa ese gilipollas? —gruñí contra su boca.

Ella soltó una risa amarga.

—Ahora mismo me importa más que tú —respondió—. Él me ha visto crecer. Es parte de mi familia.

Alzó la barbilla, desafiante.

—Y tú le disparaste.

La rabia me subió a la cara como fuego. Le arranque el uniforme con una furia animal, dejándola expuesta, en ropa interior.

Ella no se inmutó. Podía sentir el calor de su cuerpo. La curva de su espalda. Los tatuajes dibujándose sobre su piel como cicatrices hermosas, peligrosas.

El deseo me golpeó de nuevo. Mi polla cada vez estaba más dura.

—Dime que me odias —le pedí, con la voz rota—. Dime que no significo nada. Que lo prefieres a él. Dímelo a la cara.

Tragó saliva.

Reina intentó decir algo, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta cuando mi mano comenzó a descender hasta su coño. Dibujé círculos lentos, calculados a través de la tela del tanga, justo encima de su clítoris.

Se arqueó hacia mí sin darse cuenta.

—Andoni me toca mejor que tú —soltó entonces, con una crueldad calculada, casi temblando.

Me reí, una risa baja, rota.

Me acerqué aún más, saqué la polla del uniforme y dejé que la sintiera contra su espalda, recorriendo cada centímetro como una

amenaza cargada de deseo. Mi glande seguía las líneas de sus tatuajes, la curva de su piel, deteniéndose un segundo en la corona enorme grabada en su espalda.

Ella inhaló con fuerza.

Me incliné lo justo para acercarme más y bajar su tanga despacio. Sentí cómo su cuerpo reaccionaba antes incluso de que dijera nada. Giró la cabeza hacia mí, tenía los ojos oscuros, brillantes, desafiantes.

—¿No decías que no sabía follar, agente? —susurró, con una sonrisa peligrosa—. ¿En qué quedamos?

La provocación me atravesó de lleno.

Retrocedí unos pasos y me dejé caer en la litera, mirándola desde abajo, sin apartar los ojos de ella ni un segundo. Aún tenía el uniforme, pero mi polla estaba fuera.

Mi respiración estaba desordenada, el cuerpo tenso, al límite.

—Ven —le dije, con la voz grave—. Demuestra que me equivoco.

Se quedó quieta un segundo, desnuda, orgullosa, hermosa. Después avanzó despacio hacia mí. Se sentó lentamente encima mío, dándome la espalda, y empezó a moverse con una lentitud calculada, consciente del efecto que tenía.

Gemí sin poder evitarlo, aferrándome a la litera, con la mirada clavada en su espalda, en cómo su coño mojado rebotaba contra mi miembro, en como su ano se abría en cada embestida, en cómo me llevaba al límite sin tocarme apenas.

La sujeté por la cintura primero, luego por la nuca, marcando el ritmo. Fue apenas un instante. Después, ella volvió a tomar el control.

Me perdí.

El deseo me nubló la vista, me dejó sin aire, sin pensamiento.

—Sigue, Reina... —jadeé—. No pares.

Y entonces se detuvo. Mi polla seguía dentro de su coño, el contacto era insoportable, absoluto, pero ella no se movió. Yo no podía, me tenía atrapado.

Se inclinó lo justo para que su voz me atravesara.

—Ahora dime por qué lo hiciste —susurró, con una sonrisa peligrosa —. Por qué golpeaste a Jones, por qué disparaste a Andoni, y por qué me dijiste que nadie me quería...

Intenté hablar. Juro que lo intenté, pero el cuerpo me traicionó: una oleada me recorrió sin permiso, brutal, incontrolable, arrancándome un gemido mientras me aferraba a ella. Sentí como mi esperma se esparcía dentro de su coño.

Reina abrió los ojos de par en par. Se apartó de mí sin decir nada. El silencio cayó como una losa. Bajó la mirada hacia sus piernas de las que resbalaba mi semen.

Cerró los ojos un segundo y comenzó a respirar agitada. Su expresión cambió de golpe: incredulidad, rabia, algo que dolía demasiado para nombrarlo.

Antes de que ninguno pudiera decir nada, el golpe llegó.

La bofetada me giró la cara. Las lágrimas empezaron a descender por sus mejillas, silenciosas, furiosas.

Lo siento mi vida.

Volvió a levantar la mano, temblando, pero esta vez le sujeté la muñeca y la acerqué sin pensar.

—Te odio —escupió, rota.

Yo te amo.

Nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos, demasiado cerca, demasiado expuestos.

Entonces un ruido nos sobresaltó. Pasos. Alguien acababa de entrar en el módulo.

Reaccioné al instante.

Me moví delante de ella por puro reflejo, cubriéndola con el cuerpo mientras se vestía a toda prisa. Sus manos iban torpes, la respiración desordenada. La protegí sin pensar, como si eso pudiera borrar lo que acababa de pasar.

Justo cuando Reina terminó de vestirse, uno de mis compañeros asomó la cabeza entre los barrotes.

—¿Todo bien, Muller? —preguntó.

Asentí.

—Michael pregunta por ti.

—Ahora voy —respondí.

El compañero se giró sin añadir nada más y se marchó por el pasillo. Sus pasos se alejaron hasta desaparecer.

Me giré de nuevo hacia Reina.

—Ahora vuelvo —dije en voz baja.

Ella ni siquiera me miró.

Se dio la vuelta y se tumbó en la litera, de espaldas a mí, cerrándose en sí misma como si ya no quedara nada que decir. Y esa indiferencia... me dolió más que cualquier bofetada.

CAPÍTULO 18

REINA

Dio mio... Todo se me había ido de las manos.

Había cruzado una línea que juré no volver a pisar. Había follado con él. Después de decirme que no lo perdonaría jamás. Y, aun así, otra parte de mi se sentía extrañamente poderosa, porque, pese a todo, seguía deseándome.

Las lágrimas no dejaban de caer.

Mi coño aún palpitaba por lo que había pasado, pero no era placer lo que sentía ahora. Era rabia. Una rabia espesa, amarga. Rabia por cómo me había tratado. Rabia porque se había corrido dentro de mí.

Y entonces el pensamiento llegó de nuevo:

¿Y si me quedaba embarazada?

La idea me golpeó el pecho sin aviso, dejándome sin aire. Y, contra todo pronóstico, no sentí rechazo. Sentí vértigo. Porque, si ocurriera, sería lo más hermoso que me había pasado nunca... y al mismo tiempo, lo más aterrador.

Lo amaba. Joder, lo amaba.

Aunque me hubiera dicho cosas hirientes. Aunque me mirara como si yo no significara nada.

Seguí llorando.

Pensé en Jones, tendido en el suelo, y una culpa densa me cerró la garganta. Porque, en lo más oscuro de mí, había algo que no quería admitir: una parte de mí se había sentido satisfecha al ver como Adam le golpeaba. Al ver como perdía el control por mí. Al ver como casi mata a su amigo solo por haberme tocado.

Solo esperaba que Jones estuviera vivo. Que no hubiera pagado un precio demasiado alto por estar cerca de mí.

Después pensé en mi madre. En su cuerpo cansado. En la quimioterapia. Quería verla. Abrazarla. Besarla. Decirle que la quería

antes de que el tiempo me robara la oportunidad.

Pensé en mi padre. En su soledad, en su guerra silenciosa contra el gobierno y en su desesperación por encontrar una cura para mi madre.

Y por último pensé en Andoni. Me pregunté si seguiría vivo. Sabía que era fuerte. Que había sobrevivido a disparos, a traiciones, a guerras internas. Y, aunque ya no lo amaba como antes, aunque me hubiera dejado en coma... aún quedaba algo. Un resto de cariño incómodo. Doloroso. Difícil de colocar en algún sitio sin que quemara.

Con todos esos pensamientos amontonándose unos sobre otros, el cansancio me venció. Me quedé dormida con las lágrimas secándose en mis mejillas... y el corazón lleno de un miedo nuevo, profundo, real.

•••

El golpe me arrancó del sueño.

Un impacto seco hizo que la cabeza me estallase de dolor y un gemido se me escapó antes de que pudiera reaccionar. Todo dio vueltas. El mundo se inclinó.

Intenté incorporarme, pero alguien me sujetó con fuerza. Voces. Manos. El suelo frío rozándome la piel mientras me arrastraban.

No podía pensar. Solo sentía el martilleo en la cabeza, como si me hubieran partido algo por dentro.

La puerta se cerró con un estruendo. Dentro solo vi oscuridad. El aire olía raro. A metal caliente. A algo quemado.

Me ataron muñecas y tobillos, dejándome totalmente inmóvil. Forcé la vista. Parpadeé varias veces hasta que la neblina se aclaró un poco. Y entonces la vi: era Jezabell.

Sonreía.

La rabia me subió como una ola salvaje. Tiré de las ataduras con una furia animal, sin pensar en el dolor.

—Mira que le dije a Adam que mantuviera las manos quietas —dijo con suavidad —. Pero parece que no sabe obedecer si tú estás cerca.

Levanté la mirada un poco más.

Había un hombre de pelo blanco, traje impecable, observándome como quien evalúa una mercancía. A su lado, dos policías permanecían quietos, vigilantes, sin expresión.

—Ahora vas a pagar las consecuencias, Reina —añadió Jezabell, avanzando un paso más—. Por haberte follado a mi hombre. Por ser una Romano. Y por ser una furcia.

Algo dentro de mí se rompió del todo.

Antes de pensarlo, antes incluso de sentir miedo, escupí. Fue un gesto instintivo. Salvaje. Despreciativo. Mi saliva le dio en la mejilla.

La sonrisa de Jezabell desapareció. Sus ojos se oscurecieron, llenos de una rabia fría, peligrosa. No gritó. No levantó la voz. Se giró despacio. Cogió algo de una mesa metálica. Lo vi brillar un segundo antes de que el calor llegara a mí.

Intenté soltarme. Tiré de las ataduras con todas mis fuerzas. El corazón me golpeaba tan fuerte que me dolía el pecho.

—No... —alcancé a decir, con la voz rota.

El olor me llegó antes que el dolor. Metal al rojo. Hierro ardiendo.

El contacto fue inmediato: un dolor brutal me atravesó.

Grité.

Un grito desgarrado, animal, que no reconocí como mío. Sentí cómo el mundo se encogía alrededor de ese dolor, cómo el cuerpo reaccionaba solo, cómo las lágrimas brotaban sin permiso.

Me ardía la cara.

Jezabell se apartó por fin, respirando fuerte, satisfecha.

—Esto es solo el principio —dijo con calma—. Para que aprendas cuál es tu lugar.

Yo seguía temblando. Atada. Dolida. Pero con la mirada clavada en ella. Porque incluso entonces, incluso rota... no iba a suplicar.

—Mírame —ordenó Jezabell.

No lo hice.

Entonces el hierro tocó mi piel de nuevo.

El mundo se redujo a ese contacto imposible de soportar, a la sensación de quemarme viva, de que la piel ya no era mía. Las lágrimas me corrían sin control por la cara, mezcladas con el escozor de la mejilla, con la humillación, con la rabia.

No podía huir. No podía defenderme. Solo resistir.

Jezabell me observaba sin pestañear.

—Aprende —dijo, fría—. Aprende lo que pasa cuando crees que puedes tocar lo que no te pertenece.

El cuerpo me temblaba entero. La garganta me ardía de tanto gritar. Apenas podía respirar.

No sé cuánto tiempo pasó. Minutos. Horas. Quizá días.

El tiempo dejó de tener forma cuando el dolor me atravesó hasta apagarlo todo. Solo recuerdo el calor, los gritos, la oscuridad cayendo sobre mí como una losa... y después, nada.

Cuando volví en mí, estaba sola. Seguía atada. Las muñecas rígidas. Los tobillos entumecidos. Cada centímetro del cuerpo me dolía como si no fuera mío. Sentía la piel ardiendo, tirante, sensible al aire más mínimo. Quemaduras. Lo sabía sin mirar.

Un sollozo me salió sin permiso.

Lloré en silencio, rota, perdida, como una niña abandonada en la oscuridad.

Entonces la puerta se abrió.

Era Adam.

Entró casi corriendo. Sudado. Descompuesto. Los ojos abiertos de par en par, como si acabara de ver el infierno... y yo estuviera en medio.

—Reina... —su voz se quebró al decir mi nombre.

Quise gritarle. Quise escupirle todo el odio, todo el dolor, todo lo que me había hecho sentir. Pero nada de eso salió.

Lo único que mi cuerpo encontró fue su nombre.

—Adam... —susurré.

Él llegó hasta mí en dos pasos. Me agarró la cara con manos temblorosas, como si tuviera miedo de hacerme daño incluso al tocarme.

—Mi vida... —dijo, ahogado—. ¿Qué te han hecho...?

Me miró la piel, las ataduras, mis lágrimas. Sus ojos se llenaron de algo salvaje. Culpa. Rabia. Terror.

—¿Te importo? —le pregunté al fin, con la voz rota, casi irreconocible—. Dime... ¿te importo de verdad?

El silencio se alargó un segundo eterno.

Sus labios temblaron. Los vi abrirse y cerrarse como si no encontrara aire suficiente para responder.

No contestó con palabras. Empezó a desatarme. Primero las muñecas, con un cuidado casi doloroso, como si temiera romperme con solo rozarme. Luego los tobillos. Cada nudo que cedía parecía arrancarle algo por dentro. Sus manos no dejaban de temblar.

Cuando por fin estuve libre, sus fuerzas también se agotaron.

Cayó de rodillas frente a mí.

Levantó la mirada despacio y me cogió el rostro entre las manos. Sus dedos rozaron mi mejilla quemada y aspiró con fuerza, como si el dolor que veía le atravesara el pecho.

—¿Que si me importas...? —susurró, quebrado.

Su voz se rompió.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Besó mi frente con delicadeza.

—He sido un puto cobarde, Reina... —continuó, con la voz hecha pedazos—. Amor mío...

Me dejé caer contra él. Estaba débil. Me dolía todo. Cada respiración era un esfuerzo. Pero necesitaba sentir que era real, que no estaba sola, que no me lo estaba imaginando.

—Todo lo que he hecho ha sido para protegerte —dijo deprisa, atropellándose, como si temiera que no le dejara terminar—. Todo. Jezabell me amenazó. Me obligó a decirte esas cosas. A mirarte así. A fingir que te odiaba. A hacerte daño...

Sus manos temblaban al sujetarme, como si el miedo siguiera dentro de él.

—Pensé... —tragó saliva— que, si me odiabas, si creías que no significabas nada para mí... te dejarían vivir.

Las lágrimas me caían sin control. No podía detenerlas. No quería.

Quería creerle. Quería odiarlo. Quería abrazarlo y no soltarlo nunca.

—Voy a sacarte de aquí —dijo entonces, firme, como si esa promesa fuera lo único que lo mantenía en pie.

—¿Cómo...? —pregunté exhausta—. ¿Dónde está Jezabell? ¿Cómo has entrado aquí?

Sus labios rozaron mis manos, una y otra vez, como si necesitara asegurarse de que seguían ahí.

—Tenemos la cárcel de nuestra parte, Reina. El alcaide me va a ayudar. Vamos a escapar.

Por primera vez en lo que parecían siglos, algo dentro de mí se aflojó.

—¿Cuál es el plan? —pregunté al fin, con la voz aun temblándome un poco.

Adam no dudó.

—Iremos al módulo tres. Haré ver que te llevo de vuelta a tu celda. Desde allí iremos a la 308. Detrás del lavabo hay un túnel antiguo. Pero tenemos que ser muy cuidadosos.

Asentí despacio, memorizándolo todo.

En el fondo, aquella parte de mí despertó. La que había crecido entre planes, huidas y decisiones rápidas. Las misiones. El peligro. Era lo que había hecho toda mi vida. Era lo que mejor se me daba.

Me ayudó a vestirme deprisa, pero con una delicadeza que dolía. Cada vez que la tela rozaba una quemadura, se detenía un segundo. A veces, sin decir nada, dejaba un beso breve sobre mi piel dañada. Como si así pudiera curarme.

—Vamos a salir de esta —le dije, sosteniéndole el rostro entre las manos.

Le besé. Fue un beso corto, intenso.

Adam sacó una pistola y me la tendió. No dudé. La guardé en el escote y respiré hondo.

Salimos.

—¿Y Jezabell? —pregunté, con el corazón golpeándome las costillas.

—No está en la cárcel ahora —respondió—. Eso nos da una ventaja. Poca... pero suficiente.

Fruncí el ceño.

—¿Y por qué no hay guardias en la puerta?

Algo empezó a chirriar dentro de mí. La cabeza me dio un pequeño vuelco.

Era raro. Demasiado fácil. Jezabell no dejaba cabos sueltos.

—Algo no me cuadra, Adam —murmuré mientras avanzábamos.

Antes de entrar al módulo tres, me sujetó de las muñecas y me atrajo hacia él.

—Ahora actúa, mi vida —susurró junto a mi oído.

Asentí.

Varios policías nos miraron al pasar. Ninguno dijo nada. Ninguno preguntó.

Eso no me tranquilizó. Todo lo contrario.

Subimos hasta la celda. La que estaba justo frente a la mía. Adam la abrió y fue directo al lavabo. Yo me quedé vigilando, con el pulso acelerado.

Lo vi apartar el panel.

—Está aquí —dijo, satisfecho—. Hay un túnel.

Sonreí. Pero la alegría no llegó a asentarse.

Un disparo resonó desde la entrada del módulo.

—Joder... —grité.

Saqué la pistola sin pensarlo y empecé a disparar hacia la puerta.

El estruendo rebotó en las paredes del módulo. El pulso se me desbocó, pero mis manos se mantuvieron firmes. No era la primera vez. No iba a fallar ahora.

El disparo final resonó seco.

El policía cayó al suelo sin un sonido más. Ni tiempo para pensar. Ni para mirar atrás.

—¡Ahora! —grité.

Adam no dudó. Se lanzó hacia el lavabo, apartó la tapa metálica y ambos nos metimos en el túnel a la vez. El hueco se cerró tras nosotros con un golpe sordo que nos dejó a oscuras durante un segundo eterno.

El aire cambió de inmediato. Olía a humedad vieja, a óxido, a algo abandonado durante décadas. El suelo estaba irregular, resbaladizo. El túnel descendía y, tras unos metros, se abría en algo que no esperaba.

Una cárcel subterránea. Celdas de piedra, barrotes oxidados, paredes comidas por el tiempo. Un lugar olvidado. Muerto. O eso parecía.

Seguimos avanzando sin hablar, solo el sonido de nuestras respiraciones y de nuestras botas golpeando el suelo. Yo llevaba la pistola en alto. Adam hacía lo mismo, cubriéndome.

De pronto, oí un sonido y después disparos. Ambos comenzamos a correr, yo me sentía débil, mis heridas se abrían a cada movimiento, pero preferí no pensarlo.

El túnel se bifurcó de pronto en dos pasillos distintos, iguales, oscuros, traicioneros.

Todo pasó en un segundo.

Una sombra cruzando el pasillo. Un grito ahogado. Otro disparo rebotó en las paredes como un latigazo.

—¡Reina! —oí la voz de Adam, lejana—. ¡Corre!

Seguí corriendo, el corazón desbocado, el aire quemándome los pulmones. Alcancé a girar la cabeza y lo vi unos metros atrás, disparando para cubrirme, retrocediendo paso a paso.

Tenía que esperarlo. Tenía que volver. Pero entonces todo se desordenó.

En medio del caos, Adam giró bruscamente y tomó el otro pasillo, perdiéndose entre las sombras.

—¡Adam! —grité, desesperada.

Mi voz se la tragó el túnel.

No me oyó.

Los disparos sonaron más cerca. Demasiado cerca. El eco me rodeaba, no sabía de dónde venían. Corrí sin mirar atrás, con la garganta cerrada y el miedo mordiéndome por dentro.

Estábamos separados.

La respiración se me descontroló. El aire entraba y salía a trompicones, como si mis pulmones ya no supieran cómo funcionar. Todo me daba vueltas.

Seguí corriendo.

Cada paso era más torpe que el anterior. Las quemaduras me ardían, las costillas me dolían, la cabeza me latía con un martillo dentro. El suelo parecía moverse bajo mis pies.

Corría.

Pasillo tras pasillo, esquivando sombras, esquivando manos que parecían salir de las paredes para sujetarme. El túnel olía a humedad vieja, a sudor, a sangre, a miedo acumulado durante años.

El mundo se estrechó.

Y entonces...

Clac. Clac. Clac.

Tacones.

No deberían sonar aquí. Pero estaban ahí. Cada vez más cerca.

Me giré, desorientada. Un destello de luz parpadeó. No había tiempo. No había salida.

Tropecé.

Las piernas me fallaron y caí al suelo con un golpe seco. El aire se me escapó del pecho. Intenté incorporarme, pero no tenía fuerzas. Me quedé ahí, jadeando, con la frente apoyada contra el suelo helado.

Los disparos ya no sonaban.

Solo los pasos.

Clac... clac... clac...

Cada uno más cerca que el anterior.

Intenté arrastrarme. Apenas avancé unos centímetros. El cuerpo ya no me respondía. Todo me daba vueltas. La vista se me nubló.

Entonces el disparo llegó sin aviso.

El dolor me atravesó el costado como fuego líquido, arrancándome el aire. Sentí la sangre brotar caliente, empapándome la ropa.

El sabor a óxido me llenó la boca.

Clac... Clac... Clac...

Los pasos se detuvieron justo detrás de mí. Otro disparo sonó, pero esta vez no fue dirigido a mí.

Levanté la vista, temblando. Y lo vi.

—Adam... —susurré, sin voz, sin fuerzas.

Sus botas resonaron sobre el suelo manchado de sangre. El uniforme impecable. El arma aún humeante en su mano.

El dolor me doblaba el cuerpo, pero alcancé a mirarlo a los ojos. Oscuros. Duros. Inquebrantables.

No dijo nada. Solo dio un paso más hacia mí. Y entonces... el mundo se volvió negro.

ADAM

El sudor me empapaba la espalda.

Corría con Reina en brazos, notando cómo su sangre me resbalaba por los antebrazos, caliente, demasiado caliente. Su cuerpo pesaba más de lo normal. Demasiado blando. Demasiado quieto.

—No... no... aguanta —le murmuré sin saber si podía oírme—. Aguanta mi niña, por favor.

Me giré un segundo, el corazón golpeándome las costillas, buscando sombras, buscando más policías.

Nada.

Solo el túnel vacío... y Jezabell.

Había sido ella la que nos había seguido por los pasillos subterráneos. La de los tacones resonando detrás. La que levantó el arma sin dudar y disparó a Reina.

Y, por suerte, yo había llegado a tiempo.

Le había disparado.

Ahora yacía en el suelo, torcida, con un chorro oscuro escapándole del costado. Los ojos abiertos, fijos en ningún sitio. La boca manchada de sangre.

Sentí como si ocho años de mi vida se desmoronaran allí mismo, junto a ella.

—¡Adam! —me llamó con un hilo de voz.

Me detuve un segundo. Solo uno. Reina gimió entre mis brazos y eso me devolvió a la realidad.

—Antes de morirme... —jadeó Jezabell— necesito que lo sepas todo.

Su respiración era un estertor.

—Te quiero —dijo, con los ojos vidriosos—. Te he querido siempre. Todo lo que hice... fue para protegerte de mi padre.

No tuve tiempo de procesarlo.

Reina se movió, apenas, y un hilo de sangre le salió por los labios.

—Jezabell... —murmuré, desesperado—. No puedo...

Ella sonrió. Una sonrisa rota.

—Pregúntale a Andoni —susurró—. Pregúntale cómo murieron sus tíos. Dile cuál es tu segundo apellido... atará cabos enseguida.

Fruncí el ceño.

—¿Qué... qué estás diciendo?

Cuando volví a mirarla, sus ojos ya no se movían.
Jezabell estaba muerta. No hubo tiempo para duelo. No hubo tiempo para preguntas.

Reina estaba muriéndose en mis brazos.

Eché a correr.

Seguí el camino que Michael me había indicado. Cada paso era una eternidad. Cada respiración, una batalla. El túnel parecía no terminar nunca, hasta que por fin distinguí la silueta de una puerta metálica medio escondida entre el hormigón viejo.

Mientras corría, el recuerdo me golpeó con fuerza.

El despacho de Michael.

Nada más entrar, no me miró a los ojos. No preguntó nada. No dijo mi nombre. Simplemente dejó una hoja doblada sobre la mesa, empujándola hacia mí con un gesto casi imperceptible.

Tenemos micrófonos. Sígueme el juego.

Levanté la vista al instante, pero él ya estaba hablando en voz alta, teatral, exagerado.

—¿Sabes lo cerca que has estado de cargarte a Jones? —me soltó, golpeando la mesa—. Es tu amigo, joder.

Mientras hablaba, volvió a coger el bolígrafo y escribió rápido, sin mirarme.

Sé lo que está haciendo el gobierno. Huye con la chica. Soluciona todo ahí fuera.

Tragué saliva.

—Lo sé, Michael... —respondí en voz alta, bajando la cabeza—. Perdóname. Ha sido un error.

Asentí despacio, como si aceptara la bronca.

Otra frase apareció en el papel.

En el módulo tres. Celda frente a Reinetta. Detrás del lavabo hay un túnel. Os llevará fuera.

Michael rompió la hoja delante de mí y la tiró a la papelera.

—Vete antes de que empeores las cosas —dijo en alto, ya serio—. Y reza para que Jones despierte.

Ahora, corriendo con Reina desangrándose contra mi pecho, entendí lo que había arriesgado por nosotros.

La puerta metálica estaba ahí.

Alargué el brazo con el poco aire que me quedaba y empujé.

—Aguanta, mi vida... —le susurré a Reina, con la voz rota—. Ya casi estamos fuera.

Empujé la puerta y el aire frío me golpeó la cara de lleno.

Estábamos fuera.

La nieve cubría el campo hasta donde alcanzaba la vista. Blanco. Silencioso. La cárcel quedaba atrás, oscura, perdida en medio de la nada. No había luces cerca. No había coches. Solo campo abierto... y cielo gris.

Quedaban un par de horas para que anocheciera.

Y Reina se estaba yendo.

—Eh... mírame —le pedí, inclinando la cabeza para buscar sus ojos —. No te duermas ahora. No me hagas esto.

No respondió.

El pánico me apretó el pecho con violencia. El gobierno entero vendría detrás de nosotros. No había médicos. No había refugio. No había margen de error.

La dejé con cuidado en el suelo, arrodillándome a su lado con manos temblorosas.

—Aguanta... joder, aguanta —murmuré, más para mí que para ella.

Me quité el cinturón a toda prisa y le hice un torniquete en el costado, apretando con fuerza, concentrado, como si el mundo no existiera más allá de ese punto. Mis dedos estaban helados. El corazón me latía desbocado.

—No te voy a perder —dije entre dientes—. No después de todo.

Le aparté el pelo de la cara, manchado, húmedo por la nieve.

—No te he sacado de allí para que mueras aquí fuera —le susurré—. No me hagas esto, Reina... por favor.

Le apoyé la frente en el hombro, respirando mal, intentando pensar.

Me quité la chaqueta del uniforme sin pensarlo y se la puse encima, envolviéndola como pude para protegerla del frío. Estaba helada. Demasiado quieta.

Me incliné y le di un beso suave en los labios.

—Aguanta... —susurré—. Por favor.

La cargué de nuevo y empecé a correr.

Las piernas me ardían. El aire me cortaba los pulmones. La nieve crujía bajo mis botas. Y entonces lo vi: un coche negro en mitad de la nada.

—Mierda... —pensé.

Nos habían encontrado. Pero cuando estaba a punto de girar, la ventanilla bajó de golpe.

—¡Eh! ¡Aquí! —gritó una voz—. ¡Rápido, sube al coche!

No tuve tiempo de pensar.

Corrí. Abrí la puerta trasera y subí con Reina en brazos. El cuerpo me temblaba entero. No debía fiarme, pero no había opción... Reina se estaba muriendo.

La puerta se cerró de golpe. El motor rugió. El coche arrancó antes de que pudiera decir nada.

Levanté la vista.

El conductor miró un segundo por el retrovisor, y luego sus ojos se clavaron en Reina. Se le tensó la mandíbula.

—Señorita Romano... —murmuró, con preocupación.

Había otro hombre en el asiento del copiloto. Ambos vestidos de negro. Serios. Alertas.

—¿Quiénes sois? —pregunté, con la respiración agitada, apuntándolos con la mirada, preparado para cualquier cosa.

El conductor no apartó los ojos de la carretera.

—Mi nombre es Nathan —dijo—. Y él es Romeo.

El del copiloto asintió levemente.

—Somos los guardaespaldas del señor Alessio Romano —continuó Nathan—. Llevamos varios días vigilando la cárcel. Esperando el momento oportuno para sacarla. Ha sido... casualidad encontraros.

El coche aceleró de golpe. El velocímetro subió sin pudor. Doscientos por hora por una carretera secundaria cubierta de nieve.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el copiloto, Romeo, girándose lo justo para mirarme—. ¿Por qué la llevabas en brazos?

Tragué saliva.

—Soy Adam Muller —dije sin apartar la mirada de Reina—. Policía. Y estoy perdidamente enamorado de esta mujer.

Ambos abrieron los ojos de par en par, pero no dijeron nada, ni hicieron preguntas.

Apreté a Reina contra mi pecho, intentando darle calor con mi propio cuerpo.

—Tranquila, cariño... —le susurré—. Estoy aquí. No te duermas.

El silencio dentro del coche se volvió espeso. Solo el motor, el viento golpeando la carrocería, la respiración irregular de Reina.

Entonces el pensamiento me atravesó como un cuchillo.

Todo el país debía estar buscándonos.

—Nos van a encontrar... —murmuré, casi sin darme cuenta—. Nos van a encontrar seguro.

Nathan negó con la cabeza sin dejar de mirar la carretera.

—Eso no va a pasar —dijo con firmeza—. Vamos por carreteras secundarias. Cambiando rutas. No nos siguen.

Miré a Reina. Su piel estaba pálida. Demasiado fría.

—Se está muriendo, joder —grité, rompiéndome—. Tenemos que ir a un hospital. ¡Ahora!

Romeo se giró del todo esta vez.

—No podemos ir a un hospital, agente Muller.

—¡Pues entonces se muere aquí! —escupí, con la voz hecha trizas.

Nathan apretó la mandíbula.

—Voy a llamar al señor Romano —dijo—. Él sabrá qué hacer.

Sacó el teléfono mientras seguía conduciendo a toda velocidad.

Yo bajé la cabeza, apoyando la frente en el pelo de Reina.

Nathan habló por teléfono sin apartar los ojos de la carretera. Contestaba con monosílabos, asentía una y otra vez, serio, concentrado.

Cuando colgó, el silencio volvió a llenar el coche.

—El lugar más próximo y seguro al que podemos ir... —dijo al fin— es a casa de Andoni.

Solté una risa corta, incrédula. Casi histérica.

—Ni de coña —dije—. Ese hombre me quiere muerto.

Romeo me miró.

—El señor Romano ha sido muy claro —continuó Nathan—. No te tocará ni un pelo.

Negué con la cabeza, apretando los dientes.

—Me torturó —escupí, con la rabia ardiéndome en la garganta—. Y la última vez que lo vi estaba agonizando porque le metí dos tiros. ¿Y pretendes que me crea que no me va a tocar?

—Tenemos que ir allí, agente —insistió—. Es la única opción. Hay médicos. Médicos que no van a delatarnos.

Miré a Reina. Su respiración era débil. Irregular. Cada segundo contaba.

Cerré los ojos un instante y suspiré.

—¿Cuánto falta? —pregunté al fin, vencido.

—Veinte minutos —respondió Nathan—. Si todo va bien.

Apreté a Reina contra mí como si ese gesto, tan simple y desesperado, pudiera mantenerla a salvo.

La media hora siguiente se me hizo eterna.

El coche avanzaba y, poco a poco, algo empezó a resultarme familiar. Una curva. Los árboles cerrándose alrededor del camino. El silencio espeso del lugar.

Entonces lo entendí: ya había estado allí. Era la casa donde Andoni me tuvo cautivo y me torturo. Recordé la huida, el miedo, la adrenalina empujándome a correr sin mirar atrás. Aquella casa aislada, escondida entre la espesura, lejos del mundo.

El coche frenó en seco frente a la casa y, antes de que pudiera procesarlo, las puertas se abrieron. Luces. Voces. Pasos apresurados. Había médicos esperando.

La sacaron con cuidado de mis brazos.

Yo estaba empapado de sangre. Tenía las manos rojas, la ropa rígida, el corazón desordenado. Aun así, no la solté. No pude. Ella tampoco me soltó a mí. Sus dedos se aferraban a los míos con una fuerza que no encajaba con lo frágil que estaba.

—Despacio —dijo alguien—. Con cuidado.

La colocaron en la camilla y, durante un segundo eterno, pensé que me la iban a quitar. Pero ella apretó mi mano un poco más, como si incluso inconsciente supiera que no debía dejarme ir.

Caminé a su lado mientras la llevaban dentro de la casa. Pasillos que no eran míos. Gente que no conocía. Miradas que me atravesaban

sin reconocerme. Yo no pertenecía a ese lugar. Nunca lo había hecho.

Cuando por fin me obligaron a detenerme, fue como chocar contra una pared invisible.

La camilla siguió avanzando sin mí. Y ahí me quedé de pie. Con las manos manchadas de sangre y el pecho vacío. Demasiado consciente de que, en esa casa, yo era un intruso. El policía. El problema. El hombre equivocado en el lugar equivocado.

De pronto escuché un ruido.

Provenía de lo alto de la escalera. Era Nadira, estaba medio escondida entre las sombras, con el hijab oscuro enmarcándole el rostro. Tenía los ojos muy abiertos, asustados, recorriéndome de arriba abajo: mi ropa empapada de sangre, mis manos aun temblando.

—Adam... —dijo en voz baja, como si temiera romper algo.

Bajó un par de escalones despacio. Su media sonrisa era triste, cargada de alivio.

—Pensé que nunca más iba a verte —añadió, con su acento marcado.

No pude evitarlo. Levanté la mano y le toqué la mejilla con cuidado, como si necesitara comprobar que era real.

—En cuanto tu señor me vea aquí... va a matarme —murmuré, agotado.

Nadira negó despacio con la cabeza.

—No lo hará. —Su voz fue firme, inesperadamente firme—. Ha dado su palabra a Alessio Romano. Aquí... ya sabemos lo que ha pasado. Sabemos que tú la salvaste. Que la sacaste de la cárcel.

Eso fue demasiado.

El nudo que llevaba horas apretándome el pecho se rompió. Sentí cómo algo se me venía abajo por dentro y una lágrima, traidora, se

deslizó por mi mejilla.

—La amo, Nadira —dije, con la voz quebrada—. Tiene que sobrevivir... por favor.

Ella no dijo nada. Simplemente dio un paso más y me abrazó. No fue un abrazo fuerte, ni largo. Fue uno de esos abrazos silenciosos que sostienen cuando ya no queda nada que decir. Apoyé la frente un segundo en su hombro, respirando hondo, intentando no desmoronarme del todo.

—En esta casa están los mejores médicos —susurró—. Se va a poner bien. Te lo prometo.

Se separó lo justo para mirarme a los ojos.

—Ahora ve. Cámbiate. Date un baño. Estás temblando.

Señaló el pasillo con un gesto suave.

Asentí despacio, sin fuerzas para discutir. Antes de irme, miré una última vez hacia la puerta cerrada del fondo del pasillo. Donde ella estaba. Donde se estaba jugando la vida.

•••

Pasaron dos horas. Dos horas interminables.

Ya me había duchado. Nadira me había dejado ropa limpia. Aun así, seguía sintiendo la sangre pegada a la piel, como si no quisiera irse.

Reina seguía en el quirófano. Yo no había cruzado palabra con Andoni. Y, cuanto más lo evitaba, más me golpeaba el recuerdo.

La voz de Jezabell seguía clavada en mi cabeza como un cuchillo.

—Pregúntale a Andoni. Pregúntale cómo murieron sus tíos. Dile cuál es tu segundo apellido... atará cabos enseguida.

No tuve tiempo de ordenar el pensamiento.

La puerta se abrió, y allí estaba él. Como si lo hubiera invocado con la mente.

Andoni.

Llevaba un cabestrillo, tenía el rostro hundido, ojeras profundas, la piel pálida, pero lo que más impresionaba no era su aspecto... era su mirada de odio puro.

—¿Cómo está Reina? —pregunté antes de que él pudiera decir nada.

Su mandíbula se tensó.

—Los médicos siguen operándola. Está costando sacar la bala —dijo sin apartar los ojos de mí—. Pero está estable.

Solté el aire que llevaba conteniendo desde hacía horas.

—Da gracias a que Alessio me ha pedido que no te toque —añadió, esbozando una sonrisa torcida—. Si no, ahora mismo serías papilla.

Le devolví la sonrisa. Cansada. Vacía.

Antes de que pudiera responder, habló de nuevo. Y su voz cambió.

—Sé que te quiere. Y sé que tú la quieres a ella —dijo, con algo que parecía derrota mezclada con orgullo—. La has salvado.

Hizo una pausa.

—Pero su padre no dejará jamás que se case con un policía.

Lo miré fijamente.

—Eso ya lo veremos. Reina es mía, Andoni.

Algo parpadeó en su expresión. Ira. Dolor. Algo antiguo.

Y entonces lo recordé. El susurro de Jezabell volvió a atravesarme.

—Cuando escapábamos de la cárcel... Jezabell me dijo que te dijera mis apellidos —dije despacio—. Que así atarías cabos. Me llamó Adam Muller Garavani.

El efecto fue inmediato.

Andoni abrió los ojos de par en par. Dio un paso atrás. Negó con la cabeza.

—No... no puede ser —murmuró—. Me estás tomando el pelo.

—No. —Me acerqué un poco más—. ¿Qué pasa? ¿Qué coño sabes?

Me miró como si acabara de ver un fantasma.

—¿Cómo murieron tus padres? —preguntó, nervioso.

Tragué saliva.

—He pasado toda mi vida creyendo que unos mafiosos asesinaron a dos dentistas, a mis padres —dije con la voz quebrándose—. Eso me dijeron mis abuelos. Pero Jezabell me ha dicho que el gobierno estuvo implicado. Que mis padres no eran quienes yo pensaba.

Andoni no apartaba los ojos de mí.

—¿Tú sabes algo?

Asintió, despacio.

—Mi apellido es Garavani —dijo—. Y mis tíos fueron asesinados hace años... por el gobierno. Nos amenazaron. Dijeron que, si hablábamos, borrarían a todo el linaje Garavani.

El suelo pareció moverse bajo mis pies.

—¿Me estás diciendo que somos... primos?

—Pensábamos que habías muerto —respondió—. Te buscamos por todas partes, pero no había rastro de ti.

Las piezas empezaron a encajar de la peor manera posible.

Negué con la cabeza, incapaz de aceptarlo.

—Pero... tú me investigaste —dije, de pronto—. Sabías quién era. Sabías mi nombre.

Lo miré fijamente.

—¿Cómo no te diste cuenta antes?

Andoni apretó la mandíbula, incómodo.

—Porque nunca supe cómo se llamaba mi primo —respondió—. Solo conocía los apellidos por mis tíos. *Muller Garavani*. Eso era todo.

Bajó la mirada un instante antes de seguir.

—Cuando te investigué, solo busqué a Adam Muller. Un policía. Sin conexiones aparentes. Nada en tu expediente me llevó a pensar que pudieras ser tú.

Tragué saliva. Algo se colocó en mi cabeza con un clic seco.

—Creo que mis abuelos no eran mis abuelos —susurré, más para mí que para él—. Con veinte años mandaron a Jezabell a seducirme, a vigilarme... para que no descubriera nada.

Me llevé las manos a la cara.

—¿Por qué? —estallé—. ¿Por qué el gobierno se deshizo de mis padres? He odiado a los mafiosos toda mi vida... y resulta que soy uno de ellos.

Andoni respiró hondo.

—Tu madre era la hermana de mi padre —dijo—. Aurora Garavani. Y tu padre... —hizo una pausa— tu padre pertenecía a la realeza. Era el siguiente en la línea para ser rey.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—Se enamoró de tu madre —continuó—. Una mafiosa. Lo amenazaron. Le dijeron que renunciara. Que la dejara. No lo hizo. Ella incluso abandonó la mafia por él... pero dio igual. El gobierno los mató a los dos.

Cerré los ojos.

No podía respirar.

—¿Por qué no me acuerdo de nada?

—Porque tu madre se alejó de todos —dijo—. De la mafia. De nosotros. Mis padres la amaban. Investigaron su muerte durante años, pero tuvieron que callar. El gobierno usó a otros para ensuciarse las manos.

Levantó la mirada, sombría.

—Creo que fueron los Moretti —dijo al fin—. Les pagaron una fortuna para deshacerse de tus padres.

Sentí que algo me atravesaba por dentro. No era rabia todavía. Era vacío.

—He investigado día y noche —continuó Andoni—. Yo y toda mi familia. Removimos cielo y tierra... pero jamás encontramos una sola prueba de que siguieras vivo.

Tragué saliva.

—Lo que no entiendo —dije, con la voz ronca— es por qué me dejaron los apellidos de mis padres. Y. además, si querían borrar todo rastro de mí... ¿por qué no me mataron?

Andoni negó despacio con la cabeza.

—Yo también me hago esa pregunta, Muller. —Sus ojos se endurecieron—. Les haré una visita a los Moretti. Y dime... ¿tus supuestos abuelos siguen vivos?

—Solo mi abuela —respondí—. Pero tiene Alzheimer.

—¿En qué residencia está?

—De mi abuela me ocupo yo —dije de inmediato—. Por favor.

Me sostuvo la mirada unos segundos. Luego asintió.

—Está bien.

No añadió nada más. Se dio la vuelta y se fue, dejándome solo con un silencio demasiado grande.

Me dejé caer en una silla. En shock. Toda mi vida había sido una puta mentira.

Sentí la rabia subir de golpe, violenta, descontrolada. Me levanté y le di un puñetazo a la pared. Luego otro. Hasta que el dolor en los nudillos no pudo competir con el que me destrozaba el pecho.

Y entonces lloré.

Lloré como no lo había hecho nunca. Por mis padres. Por la vida que me robaron. Por el odio que había construido sobre una mentira. Por no saber quién cojones era.

Un rato después, la puerta se abrió despacio.

Nadira.

—Adam... —dijo en voz baja—. Reina ha despertado.

El pulso se me disparó.

Eché a correr.

Entré en la habitación casi sin respirar. Estaba conectada a cables, a máquinas, a instrumentos que pitaban con un ritmo constante. Muy pálida. Demacrada. Frágil. Pero viva.

Se iba a recuperar. Lo supe al verla.

—Mi vida... —susurré, acercándome.

Le besé la frente con cuidado.

—Te amo —dije, llorando sin vergüenza.

Sus párpados temblaron. Abrió un poco los ojos.

—Te amo... —murmuró.

Sonreímos los dos. Juntamos las narices, rozándonos apenas, como si ese gesto sencillo pudiera anclarnos a la realidad.

Entonces escuché un ruido al otro lado de la puerta.

—Espera... ahora vuelvo —le dije.

Salí al pasillo y el aire se me cortó en seco.

Un hombre alto, canoso, con barba cuidada, estaba allí. De pie. Había estado escuchándolo todo.

Me tendió la mano.

—Alessio Romano —dijo con voz grave—. Encantado.

CAPÍTULO 19

ADAM
Una semana después

Había pasado una semana desde entonces. Una semana en la que todo había cambiado.

Alessio me dio su bendición para estar con su hija. Porque sabía que la había salvado. Porque entendió que nos amábamos de verdad.

Pero hubo una condición.

—Si vas a estar con mi hija —me dijo—, no puedes seguir siendo policía del Estado. Seguirás siendo policía... pero para la familia Romano.

No contesté de inmediato.

Había pasado media vida persiguiendo criminales, creyendo que la ley era una línea clara, limpia. Ahora sabía que el mundo no funcionaba así.

Tardé unos segundos, pero al final asentí. Porque si algo había aprendido era que no existe mayor lealtad que proteger a quien amas. Y yo ya había elegido.

Reina estaba mejor. La bala era ya solo una cicatriz discreta en su costado, una marca de guerra que no había conseguido apagarle la luz.

Esa tarde estábamos en el establo de su casa. Olía a madera y heno.

—Esta es Nera —me dijo, girándose hacia mí con una sonrisa enorme.

La yegua negra levantó la cabeza. Elegante. Poderosa. Hermosa de una forma salvaje.

—Es preciosa —dije, sincero.

Reina se acercó un poco más y la acarició con suavidad, como si Nera pudiera entender cada gesto. El animal se calmó al instante,

apoyando el hocico contra su mano. No me sorprendió. Todo lo que tocaba Reina terminaba obedeciéndola.

La miré en silencio y, sin querer, el recuerdo volvió.

Dos noches atrás.

Habíamos estado sentados en la cama, con la luz baja, el cuerpo aún lleno de cicatrices recientes y verdades demasiado grandes. Fue entonces cuando se lo dije. Sin rodeos. Sin adornos.

Que Andoni era mi primo. Que mi apellido no era solo Muller. Que todo lo que creía saber sobre mí era una mentira cuidadosamente construida.

Reina me miró como si el mundo acabara de cambiar de eje.

—¿Andoni... tu primo? —susurró, incrédula.

Asentí. Le conté todo. Lo que sabía. Lo que sospechaba. Lo que todavía dolía decir en voz alta. No apartó la mirada ni una sola vez. No me interrumpió. Solo escuchó... como siempre hacía cuando algo era importante.

Después fui yo quien habló de mi abuela. De la residencia. De la necesidad urgente de enfrentarme a la verdad.

—Tengo que ir a verla —le dije—. Aunque no recuerde... quizá algo quede.

Reina negó despacio.

—Aún es pronto —respondió con firmeza, pero sin dureza—. Mi padre va a emitir un comunicado cuando tengamos toda la información. No antes.

Suspiré, frustrado, pero sabía que tenía razón.

—Andoni va a hablar con los Moretti —añadió—. Cuando todo esté claro... mi padre actuará.

La miré.

—¿Actuará cómo?

Reina sostuvo mi cara entre sus manos, obligándome a mirarla.

—Desmantelando al gobierno —dijo, sin titubear—. Todo este sistema podrido.

No había miedo en su voz. Había decisión.

Volví al presente cuando sentí su mano deslizarse hasta la mía en el establo.

—¿En qué piensas? —preguntó, suave.

La miré.

—Pienso en que te quiero —dije al fin.

Reina no respondió con palabras. Se acercó y me besó. Un beso lento al principio, como si quisiera comprobar que seguíamos ahí, vivos, reales... y luego el beso se abrió. Se volvió más profundo, más hambriento. Sentí su boca buscar la mía sin prisa, su lengua cálida, su aliento dulce envolviéndome. Me sostuvo del cuello y yo de su cintura, acercándola más, como si la distancia fuera un error que había que corregir.

El tiempo se detuvo en ese punto exacto donde el deseo no necesita correr, donde basta con sentir. Con recordar. Con prometer sin decir nada.

•••

Pasaron los días.

Y con ellos llegó el momento que llevaba evitando desde que todo salió a la luz.

La residencia.

Cinco hombres de Alessio me escoltaban como sombras demasiado visibles.

Mi abuela estaba sentada junto a la ventana. Tenía el pelo más blanco de lo que recordaba y la mirada perdida en un punto que no existía.

—Buenos días yaya—dije, intentando que la voz no me temblara.

Me miró. Frunció el ceño. Luego negó despacio.

—¿Tú quién eres?

Algo se me rompió por dentro.

Me senté frente a ella. Le hablé de mi infancia. De la casa. De las tardes en la cocina. De cómo me llamaba cuando creía que dormía. No reaccionó.

—Soy Adam —susurré—. Tu nieto.

Silencio.

Lo intenté todo. Cada recuerdo. Cada detalle. Cada nombre.

Nada.

Sentí cómo el peso de semanas enteras me caía encima. Me levanté despacio, derrotado.

—Está bien... —murmuré—. Perdona.

Le di un beso en la cabeza y di un paso hacia la puerta.

Entonces habló.

—No eres mi nieto de verdad, cariño.

Me giré en seco.

Ella seguía mirando al frente, pero su voz era clara. Lúcida. Dolorosamente lúcida.

—Un hombre te entregó a nosotros cuando tenías ocho años —continuó—. Vino de noche. Traía miedo en los ojos... y mucho dinero.

Me acerqué sin respirar.

—Dijo que si hablábamos... nos matarían.

Las piernas me fallaron. Me apoyé en la silla.

—Nos pidió que cambiáramos tu nombre. Tus apellidos. Todo en el registro —añadió—. Pero tu abuelo y yo... —tragó saliva— decidimos no hacerlo.

Las lágrimas me nublaron la vista.

—¿Por qué? —logré decir.

Por primera vez, me miró de verdad.

—Porque, aunque no llevarás nuestra sangre... eras nuestro, y no íbamos a borrar tu origen.

Lloré sin poder evitarlo, como un niño al que acaban de devolverle y arrebatarle la identidad al mismo tiempo.

—Te quiero, pequeño... y lo siento —dijo mi abuela.

Su voz fue suave, casi infantil. Después, su mirada se perdió otra vez en algún lugar al que yo no podía seguirla. El trance regresó como si nunca se hubiera ido.

Eso fue lo que terminó de romperme.

Porque en ese instante entendí que esa disculpa había salido de un rincón intacto de su memoria. De un lugar donde todavía sabía quién era yo. Y que, quizá, no volvería a decirlo nunca más.

Las lágrimas me cayeron sin control.

Salí de la residencia con la cabeza llena de ruido y el pecho demasiado vacío.

Yo nunca había conocido a mis verdaderos abuelos. Mis padres me habían mantenido lejos de todo: de la mafia, del apellido, del peligro. Me hablaban de unos abuelos a los que *algún día* conocería. Cuando fuera mayor. Cuando todo estuviera bien.

Era una promesa envuelta en calma. En normalidad. Una mentira piadosa para salvarme la vida. Y cuando el gobierno me arrancó de mi casa y me entregó a aquellas dos personas... pensé que eran ellos.

Pensé que por fin había llegado ese *algún día.*

Qué ingenuo fui.

Crecí creyendo que eran mis abuelos de sangre, los únicos que me quedaban. Que el mundo había sido cruel, pero no del todo. Que al

menos me había dejado eso. Un refugio. Una familia pequeña, sencilla. Una vida normal.

Y no.

Habían sido elegidos para protegerme. Para esconderme. Para mentirme... y salvarme al mismo tiempo.

Mis padres me alejaron de la mafia para que no heredara su guerra. El gobierno me entregó a otras manos para borrar su error. Y yo crecí en medio, sin saber que toda mi identidad era un parche cuidadosamente cosido.

Me habían salvado la vida, pero me habían robado la verdad.

Y ahora, mirando atrás, entendía por qué siempre me sentí fuera de lugar. Por qué odiaba algo que, sin saberlo, llevaba en la sangre. Por qué nada encajaba del todo.

No había sido solo engañado. Había sido reprogramado.

Cerré los ojos un segundo, con el pecho apretado, y respiré hondo antes de volver a casa.

Al entrar, los vi sentados alrededor de la mesa: Alessio, Reina y Andoni. La escena parecía tranquila, pero la tensión flotaba en el aire como una tormenta a punto de estallar.

Reina fue la primera en levantarse. No dijo nada. Simplemente me rodeó con los brazos y me abrazó fuerte, como si pudiera sostenerme a base de piel y latidos.

Les conté todo. Lo de la residencia. Lo de mi abuela. La verdad.

Cuando terminé, el silencio fue pesado.

Entonces Andoni habló.

—He ido a ver a los Moretti —dijo, serio—. Y sí. Fueron ellos. Confirmado. Se encargaron de la muerte de tus padres.

Sentí cómo algo se rompía dentro de mí. Una rabia antigua, dormida, me subió desde el estómago hasta la garganta.

—Yo me encargaré de ellos —intervino Alessio, con una calma que daba más miedo que un grito—. De todos y cada uno de los implicados.

Hizo una pausa, mirándome fijamente.

—A un Garavani no lo toca nadie. Y menos al futuro marido de mi hija.

Algo en mi pecho se aflojó al oír esas palabras. Sentí las manos de Reina entrelazarse con las mías, anclándome al presente, calmándome.

—Pero... —dije, aún confuso—. ¿Por qué no me mataron aquella noche? Yo estaba allí. Escondido en un armario. Podrían haberme encontrado fácilmente.

Alessio negó despacio.

—Porque el gobierno no quería matarte —respondió—. Solo a tus padres. Sabían que tú podías ser el único heredero. Preferían tenerte vivo. Vigilado. Controlado.

Tragué saliva.

—¿El heredero...? —pregunté.

—Sí, Muller —dijo Andoni—. Tú eres el heredero a la corona. Ahora vivimos en una república, pero si algún día se restaurara la monarquía... tú serías el rey.

Me quedé en silencio. El peso de esas palabras era demasiado grande para procesarlo de golpe.

Alessio se inclinó ligeramente hacia delante.

—Voy a emitir un comunicado —anunció—. Y tendrás dos opciones.

Alzó dos dedos.

—Quedarte con esta familia o reclamar lo que te corresponde por sangre. En ambas, podrás estar con mi hija.

Resoplé, confundido, abrumado. Me quedé un largo rato callado, mirando la mesa, las manos de Reina, su rostro.

Entonces levanté la cabeza.

—Quiero quedarme con esta familia —dije al fin—. Sé que es lo que tú querrías, mi niña.

La miré y sonreí.

Reina no respondió con palabras. Se acercó, me besó sin dudar, con una sonrisa que lo decía todo.

—Tú eres mi Reina —le dije, apoyando la frente en la suya—. Eres todo lo que necesito.

Reina sonrió y me rodeó el cuello con los brazos.

—Y tú eres mi hogar, Adam —susurró.

En medio de todo el caos, de las verdades rotas, de los apellidos manchados y los destinos que otros habían decidido por nosotros... en ese instante solo existíamos ella y yo.

Y eso era suficiente.

REINA

Un año después

Sentí la patada antes incluso de abrir los ojos.

Fue un golpe suave, insistente, desde dentro. Como si alguien llamara a la puerta de mi cuerpo para recordarme que estaba ahí. Sonreí sin poder evitarlo y llevé la mano al vientre, redondo, tenso, vivo.

—Tranquila... —murmuré, riéndome en voz baja—. Ya te he sentido.

Otra patada. Más fuerte esta vez.

Me reí de verdad.

A mi lado, Adam se removió entre las sábanas. Estaba despierto, lo supe antes de que hablara. Siempre lo sabía.

—¿Otra vez? —susurró, con esa voz grave que solo usaba por la noche.

Asentí, aunque sabía que no podía verme, y guie su mano hasta mi barriga. Él la apoyó con cuidado, como si temiera romper algo sagrado. No tardó ni dos segundos en sentir el movimiento.

—Tiene tu carácter —susurró cerca de mi oído—. Dominante. Peligrosa. Letal...

Un escalofrío me recorrió entera. Mi tanga se humedeció.

Me giré hacia él despacio, apoyando una rodilla entre sus piernas, lo suficiente como para invadir su espacio.

—¿Y qué más, agente? —murmuré, rozando su boca sin besarla.

No contestó enseguida.

Se levantó y comenzó a darme besos por el cuello descendió hasta quedar a la altura de la barriga. Lo acarició con una suavidad casi reverente, como si todavía le impresionara. Como si no se creyera que ahí dentro estaba algo nuestro.

—Hola princesa... —susurró, apoyando la frente en mi barriga.

Sentí un pequeño movimiento desde dentro y no pude evitar sonreír.

—Creo que te ha oído.

Levantó la mirada hacia mí. Oscura, hambrienta... pero distinta. Más honda. Más cargada de algo que no era solo deseo.

Con movimientos lentos empezó a deshacerse de mi pijama, como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel. Al mismo tiempo se dejó caer boca arriba, desnudo, respirando hondo, con la boca entreabierta y los ojos fijos en mí. Yo sentía el pulso acelerado, el calor creciendo, esa electricidad que me recorría entera.

—Eres lo más hermoso que he visto nunca —murmuró, llevando una mano a mi vientre con una ternura casi reverente.

Me subí a su cuerpo, haciendo que mi coño entrará en su polla, al principio marqué el ritmo despacio, sintiendo cómo nos encontrábamos sin prisa, sin miedo, completamente entregados.

Cada movimiento era una mezcla perfecta de deseo y protección, de hambre contenida y amor profundo.

Nuestros gemidos se entrelazaron, intensos, inevitables. Él apoyó ambas manos en mi barriga de siete meses, grande y viva, acariciándola con delicadeza, mientras me miraba con la boca entreabierta, los ojos oscuros, rendidos.

Sentí al bebé agitarse dentro de mí, una vida reclamando espacio. Me reí, mientras seguía gimiendo.

Nunca me había sentido tan deseada. Nunca tan cuidada. Nunca tan suya.

Seguí moviéndome sobre él, lenta, consciente de cada sensación. algo en mi cuerpo respondió de golpe, profundo, inevitable.

—Adam... —susurré, temblando—. Me corro...

Él me sostuvo por la cintura, firme, anclándome a él mientras su respiración se deshacía contra mi cuello.

—Yo también, amor —murmuró, roto.

Nos aferramos el uno al otro mientras el mundo se reducía a ese instante. El aire nos faltaba, el corazón desbocado, el cuerpo vibrando con una intensidad que no pedía permiso.

Cuando todo terminó, no me moví.

Me quedé apoyada en el pecho de Adam, escuchando su corazón todavía acelerado, sintiendo cómo su brazo rodeaba mi cuerpo con una delicadeza casi reverencial. Como si no me abrazara solo a mí, sino también a lo que crecía dentro de mí. A nuestra vida.

Respiré hondo.

Una lágrima me resbaló sin pedir permiso. No era tristeza. Era alivio. Era cansancio. Era saber que, pese a todo, seguíamos aquí.

—Este bebé... —susurré, con la voz quebrada— ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

Adam no respondió. Bajó la cabeza y besó mi pelo despacio, como hacía siempre que no encontraba palabras suficientes.

Y entonces, inevitablemente, mi mente volvió atrás.

A todo lo que había quedado a nuestras espaldas.

A las cicatrices que aún ardían cuando cambiaba el tiempo. A la bala que me habían sacado del costado y a la pequeña marca que ahora era solo eso: una señal de que había sobrevivido. A los meses de dolor, de rabia, de miedo, de amor mal entendido y de verdades a medias.

Adam me había pedido matrimonio dos meses después, bajo un atardecer imposible de olvidar. No hubo grandes discursos, ni promesas vacías. Solo sus manos temblando al coger las mías y una frase que todavía me atravesaba el pecho cada vez que la recordaba:

—Pese a todo lo que hemos pasado. Pese a que lo nuestro empezó prohibido, roto y lleno de odio... te amo. Y te amaré incluso cuando el mundo vuelva a intentar separarnos.

Dije que sí antes de que terminara la frase.

Mi padre tardó más en aceptar a Adam. No por falta de gratitud —le había salvado la vida a su hija—, sino porque entendía mejor que nadie el precio de pertenecer a una familia como la nuestra.
Pero al final lo hizo. No solo lo aceptó: lo abrazó como a un hijo.

Después vino la verdad. La verdadera.

Mi padre habló. Sacó a la luz todo lo que el gobierno había enterrado durante años: la persecución, las amenazas, la obsesión por impedir que descubriera la cura del cáncer, los asesinatos de los herederos al trono veinte años atrás. Nombres, documentos, pruebas. Nada quedó oculto.

El gobierno cayó. Fue reemplazado. No éramos aliados, pero juraron dejarnos en paz. No volver a tocarnos. No volver a cazar a los nuestros.

Mi madre sobrevivió. Perdió los pechos. Perdió el pelo. Perdió muchas fuerzas, pero no perdió la sonrisa. Seguía usando peluca, tenía días malos, noches largas... y aun así, reía. Vivía. Me miraba como si el simple hecho de tenerme delante ya fuera suficiente. Y eso lo cambió todo.

Una semana atrás habíamos vuelto a la *Fortaleza Di Sangre.*

Me temblaron las piernas al cruzar esas puertas. El cuerpo recuerda lo que la mente intenta olvidar. Pero tenía que hacerlo. Michael merecía nuestro agradecimiento. Sin él, Adam y yo no estaríamos aquí.

Jones también estaba allí. Nos sonrió con esa mezcla de ironía y ternura que siempre le caracterizaba. Dijo que, en el fondo, siempre había sabido que había algo entre nosotros. Perdono a Adam hacía ya tiempo, por haberle dado aquella paliza, ahora ambos se reían de ello. Y yo sentí que, por fin, cerraba un círculo.

Ahora, tumbada en la cama, con la mano de Adam entrelazada con la mía y el peso de nuestro hijo moviéndose dentro de mí, entendí algo con una claridad que nunca antes había tenido:

Sobrevivir no era el final. Era solo el principio.

Pensé en todo lo que habíamos perdido. En todo lo que habíamos ganado. Y, sin poder evitarlo, pensé también en Andoni y en Nadira, pero esa historia... ya no me pertenecía.

La mía acababa aquí.

FIN

EPÍLOGO

ANDONI

Siempre creí que Reinetta Romano sería mi esposa. Durante años no existió nadie más: ni tentaciones ni dudas, solo ella. Y cuando me falló, entendí que el amor también puede crear monstruos.

Desde entonces cargo con un apellido que pesa toneladas. **Garavani.** Un legado que no admite grietas ni debilidades. Mis padres me lo recuerdan cada día: necesitan una esposa a mi lado. Una mujer que esté a la altura del nombre, del poder, del imperio que algún día será solo mío.

Así que la busco. No por amor. Ese ya lo perdí. La busco entre fiestas interminables, entre cuerpos que no recuerdo al amanecer, entre copas que no emborrachan lo suficiente.

Lo que nunca imaginé es que el pecado que va a destruirme no comparte mi cama ni bebe en mis copas. Está frente a mí. Camina en silencio por mi casa. Me sirve el café. Baja la mirada. Cubre su pelo con un hijab.

Es mi sirvienta. Nadira.

Siempre la traté con dureza. Nunca la miré de verdad. Nunca me detuve a pensar en sus ojos verdes ni en la calma peligrosa que desprende. Hasta que empiezo a hacerlo, y ya no puedo parar.

Ella está prohibida para mí.

Por su fe.

Por su posición.

Por lo que dirán.

Por lo que soy.

Desearla es un pecado.

Tocarla, una condena.

Amarla... un suicidio.

Pero hay sueños que no se pueden silenciar. Y hay pecados que no quieren ser perdonados.